«Una historia totalmente romántica sobre segundas oportunidades y el poder del amor».
—Ali Hazelwood, autora *best seller* del *New York Times*

Un año atrás en España



EVELYN SKYE

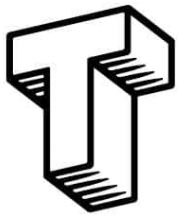
AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

Un año atrás en España

Un año atrás en España

EVELYN SKYE

Traducido por Ana Isabel Domínguez Palomo y Mª del Mar Rodríguez Barrena



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *One Year Ago in Spain*
Editor original: Penguin Random House LCC, New York.
Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo y Mª del Mar Rodríguez Barrena

1.ª edición: julio 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2024 *by* Evelyn Skye
All Rights Reserved
© de la traducción 2026 *by* Ana Isabel Domínguez Palomo y
Mª del Mar Rodríguez Barrena
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-88011-17-7

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Anne Groell,
por entender mis historias… y a mí.

Para Leo Teti y su equipo en España,
*quienes me ayudaron a entender la cultura española.**

* En español en el original. *(N. de las T.)*

Claire

Se besaron como si estuvieran hablando del tiempo. Pero no de los tornados del Medio Oeste ni de los incendios forestales de California. Fue un beso tibio en los labios, tan emocionante como una tarde un poco nublada.

A su alrededor, Manhattan se agitaba como un dragón impaciente, con las aceras brillando como escamas, sudorosas por la humedad. Las farolas resplandecían y los taxis tocaban las bocinas. La ciudad al completo vibraba; febril, incontenible.

Todo, salvo la cita de Claire y Gleen.

Era la tercera vez que quedaba con él y, en ese momento, se encontraban delante del restaurante perfectamente aceptable donde habían comido un plato de pollo perfectamente aceptable con una guarnición de verduras salteadas. La conversación también había sido perfectamente aceptable; no mala, pero tampoco genial. Simplemente… buena.

Glenn le sonrió. Era tan alto que no podía verle la calva de la coronilla, pero sabía que estaba ahí. Tenía unos dientes bonitos (era dentista, así que más le valía) y parecía llevar siempre uniforme, compuesto por polos en tonos azules apagados, combinados con pantalones chinos de color beis.

Se suponía que iban a ir a la inauguración de la exposición de un pintor español. La mejor amiga de Claire, una de las abogadas con las que trabajaba, estaba casada con el dueño de la galería, que había organizado una fiesta elegante con cócteles y un grupo de música

que tocaría en directo.

—¿Pido un taxi? —preguntó Claire, y Glenn siguió sonriendo con la amabilidad que lo caracterizaba—. Mmm… —murmuró mientras miraba a su alrededor para ver si se le había escapado algo que le indicara lo que estaba pasando, pero no vio nada.

Glenn le tomó una mano.

—Me estaba preguntando si te gustaría que nuestra relación fuera exclusiva —dijo él, que alzó un poco la voz para hacerse oír por encima del ruido de la calle.

Claire lo miró parpadeando.

—¿Exclusiva?

—Sí, ya sabes, que no salgamos con otras personas.

Frunció el ceño, pero solo un poco, de manera que solo ella era consciente de que lo estaba haciendo, aunque el resto del mundo ni se enteraba.

—¡Ah! Sé lo que significa tener una relación exclusiva, pero… ¿por qué?

Glenn soltó una breve carcajada.

—Porque se me ha ocurrido que estaría bien que no besáramos a nadie más.

Claire no creía que él estuviera besando a nadie más. Ella no estaba saliendo con otros, desde luego. Trabajaba como abogada en uno de los principales bufetes internacionales de Manhattan y estaba a punto de convertirse en socia, lo que significaba que se pasaba casi todo el tiempo en la oficina. Glenn y ella habían tardado semanas en encontrar una noche compatible en sus agendas para quedar por tercera vez.

—Además —siguió Glenn—, porque estaríamos bien juntos.

Somos inteligentes y tenemos nuestras vidas resueltas, algo que, para ser sinceros, ya no es habitual en nuestra generación, aunque tengamos treinta y un años. Somos prácticos y sensatos. Esos son los cimientos para un éxito duradero.

Claire suspiró. Había crecido con historias y películas de amor épicas, como los libros de *Forastera* y *Titanic.* Quería fuego y pasión, un hombre que se quedara con ella no porque fuera sensata, sino porque no podía imaginarse la vida sin ella. Y el argumento de Glenn no se parecía en nada a la declaración de amor con la que alguna vez había soñado.

Claro que los años iban pasando y él era el tipo de hombre al que nadie se avergonzaría de presentar a la familia, aunque en su caso, ni sus padres estaban vivos ni tenía hermanos.

Sin embargo, si Glenn y ella eran tan insulsos al principio, ¿qué futuro le esperaba a esa relación, además de unas altas expectativas de predecible estabilidad?

Un taxi se detuvo cerca de ellos, vomitando pasajeros a la acera. De inmediato, dos parejas distintas con las caras sonrojadas por el calor y la humedad se abalanzaron hacia la puerta abierta, luchando por subirse al taxi. Conseguir uno un sábado por la noche en Manhattan no era tarea fácil.

Glenn se apartó, pero no hizo nada para protegerla de la refriega. Tampoco necesitaba que un hombre la salvara, pero no le habría importado un poco de caballerosidad.

—¿Qué me dices? —preguntó Glenn después de que una de las parejas se metiera victoriosa en el taxi y dejara a la otra refunfuñando en la acera, tecleando en sus teléfonos en un intento por encontrar otro taxi disponible.

—¿Sobre qué? —replicó Claire, con la mente todavía en el minidrama del taxi.

—Sobre lo de ser exclusivos. Tú y yo. Los dos.

—Creo que… A ver, Glenn, me gustas.

Él le sonrió, dejando a la vista esos dientes tan rectos.

—Pero la cuestión es… —Claire respiró hondo—, ¿no crees que nos merecemos más? Y lo digo en el mejor sentido posible. Quizá tengas razón y formemos un buen equipo, pero ¿no crees que te mereces algo más que una compañera de equipo que funciona bien a tu lado? ¿No crees que te mereces a una mujer en la que sigas pensando cuando no la tienes junto a ti? ¿A una mujer a la que quieras enviar un mensaje cada vez que tengas un descanso en la agenda del trabajo? ¿Y con la que después de un largo día solo quieras acurrucarte a su lado y escuchar todo lo que le ha pasado? Porque, siendo sincera, dudo de que sientas eso por mí, ¿verdad? Y yo… Yo te respeto, Glenn, pero tampoco siento esa chispa contigo.

Glenn cruzó los brazos por delante del pecho del polo, cuyas axilas estaban empapadas de sudor a esas alturas, y cerró los ojos un instante. Claire se preguntó si se habría pasado de la raya. Sin embargo, él había dicho que apreciaba su lucidez, ¿no? Como la abogada que era, había expuesto un argumento bien pensado para lograr la felicidad. Solo que no implicaba estar juntos.

Glenn abrió los ojos y asintió despacio con la cabeza, como si acabara de considerar la descripción de un paciente sobre un dolor de muelas.

—Lo que has descrito es, efectivamente, la fantasía. Pero solo es eso, una fantasía. Y, Claire, ¡venga ya!, a ti te importa más la practicidad que la pasión. Mira tu vida. Eres abogada. Y decidiste

salir conmigo, un dentista. Somos personas responsables. Un poco aburridas, poco interesantes, quizá, pero estables. Las fantasías son para gente soñadora, no para dentistas y abogados como nosotros.

Por segunda vez en pocos minutos, Claire se encontró mirándolo fijamente en silencio. Si Glenn se hubiera enfadado o se hubiera marchado ofendido o hubiera hecho algo dramático, lo habría aceptado. En cambio, había respondido a su cuidadoso razonamiento con un argumento lógico propio, que acababa de darle un puñetazo en el estómago mucho más fuerte que si la hubiera mandado a la mierda.

—¿Claire?

Meneó la cabeza para salir de sus pensamientos.

—No —dijo.

—Lo siento. ¿Qué?

—No —repitió, mirándolo a los ojos—. Eres muy amable, Glenn. Y quizá tengas razón, pero todavía no estoy lista para rendirme. Todavía quiero…

—¿Lo imposible?

Se mordió el labio y asintió con la cabeza mientras decía:

—Sí.

Glenn soltó una carcajada carente de humor, pero era un hombre demasiado sosegado como para enfadarse.

—Pues muy bien. Mucha suerte, Claire. Espero que encuentres el amor de tu vida.

—Lo mismo digo, Glenn.

Él asintió una vez con la cabeza y se alejó en dirección a la boca del metro.

Claire se permitió soltar otro hondo suspiro, tras lo cual dio media

vuelta y puso rumbo hacia la galería donde la esperaba su amiga Yolanda.



Claire caminó despacio por Greenwich Village, casi ajena a la gente y los escaparates, mientras las palabras con las que Glenn la había descrito resonaban en su cabeza.

«Aburrida».

«Poco interesante».

«Te importa más la practicidad que la pasión».

¿Era cierto?

Su vida era muy predecible. Se levantaba todas las mañanas a las 5:30; salía a correr por Central Park; volvía a casa, se duchaba y se preparaba el mismo desayuno: avena con pasas, nueces y canela. Salía de su apartamento a las 7:25 para subir al tren, que la dejaba delante de la puerta del bufete de abogados a las 7:47, tiempo suficiente para tomarse un café en la sala de descanso y leer los mensajes de correo electrónico que habían llegado durante la noche antes de empezar con las llamadas a los clientes a las 8:30. Lo único impredecible era el fin de la jornada laboral, porque a veces había llamadas con clientes de la Costa Oeste o incluso de Asia.

«Pero mis clientes me aprecian precisamente porque soy fiable», pensó Claire en un intento por tranquilizarse.

Y ser fiable no era incompatible con querer esperar hasta encontrar un amor más grande, ¿verdad?

Además, las historias de amor épicas con las que había crecido siempre implicaban grandes dosis de espontaneidad y sobresaltos: viajes en el tiempo, naufragios y renunciar a todo lo conocido.

Era mucho pedir.

¡Ay, por Dios! ¿Y si Glenn tenía razón sobre ella?

Esquivó algunas de las apestosas bolsas de basura que habían dejado pudrirse en las aceras. Absorta en sus pensamientos, estuvo a punto de pasar sin darse cuenta por delante de la Galería Rose y su exposición «Delicia surrealista».

Sin embargo, justo pasó por debajo de una farola apagada que se encendió de repente e iluminó el escaparate, momento en el que contuvo el aliento, sorprendida, al ver el gran cuadro pintado al óleo del horizonte de Manhattan en un día lluvioso. De entrada, solo era una imagen realista más de la ciudad, resaltando el acero y el gris. Hasta que sus ojos se desplazaron a la mitad inferior, donde había una niña pequeña con un impermeable amarillo, agachada junto a un charco enorme que se extendía a lo largo de Manhattan. En el reflejo invertido del agua, había un mundo muy diferente; un mundo en el que los rascacielos eran girasoles gigantescos y la niña, un abejorro eufórico.

El siguiente cuadro también era realista a simple vista: un chef español trabajando delante de los fogones con una paellera enorme. A su alrededor, el personal de la cocina se afanaba en sus labores, sudando la gota gorda. Los intensos y vibrantes colores del cuadro le recordaron al arte clásico europeo.

Sin embargo, la exposición se llamaba «Delicia surrealista» y, al mirar más de cerca, se percató de que el salero que el chef tenía en la mano no esparcía sal, sino corazoncitos: confeti rojo que caía sobre el arroz con azafrán en una lluvia de amor culinario.

—Lo quiero —dijo en voz alta. No el cuadro en sí, aunque no le importaría tenerlo en su pared, sino esa sensación, ese destello de

alegría. Le encantaría tenerlo en su mundo, por lo demás tan ordenado.

La puerta de la galería se abrió a su espalda.

—¡Claire! —exclamó Yolanda Davis, su mejor amiga, compañera de trabajo y esposa del propietario, cuando asomó la cabeza. Como de costumbre, estaba impecable, con su piel oscura contrastando de forma maravillosa con una blusa de seda de color rosa claro y el pelo suelto—. Me había parecido verte a través del cristal. ¡Entra! ¿Y dónde está tu acompañante?

—Glenn se ha ido a casa temprano.

—¿Tan mal ha ido la cita?

—No, en realidad no —respondió Claire—. Más bien… no ha sido suficiente.

Siguió a Yolanda al interior y suspiró agradecida cuando la frescura gélida del aire acondicionado le rozó la piel. Bajo las altas vigas del techo flotaba una melodía compuesta por las notas de un saxofón y de una guitarra flamenca, mientras la elegante multitud de la Quinta Avenida se arremolinaba por la galería, bebiendo *sangría y rebujitos*, y mirando los cuadros de vez en cuando.

—¡Claire Walker, cuánto tiempo sin verte! —exclamó Jason, el marido de Yolanda, que se acercó para saludarla con un abrazo—. ¿Qué te parece la exposición?

—Solo he podido ver lo que había en el escaparate, pero… es extraordinaria.

—¿Te traigo algo para beber? —le preguntó Yolanda—. La *sangría* está buenísima, pero el camarero también está preparando *tinto de verano*, que es parecido a la *sangría*, pero con gas.

—Sí, por favor. Me vendría muy bien una copa.

Yolanda se alejó con paso rápido en dirección a la barra. Jason empezó a hablarle del cuadro más cercano, pero de repente guardó silencio y dijo mientras miraba hacia un punto situado detrás de Claire:

—¡Ah, ahí está el artista! ¿Quieres conocerlo? Te lo presentaré. Es de Madrid, pero va a pasar un par de años aquí en Estados Unidos como profesor visitante en la Academia de Arte de Nueva York. Pinta realismo clásico, con un toque imaginativo. Tiene un talento y una pasión inmensos, algo muy refrescante en esta era de arte artificial y sin alma, ¿sabes? —Levantó una mano para saludar a alguien.

Claire se dio media vuelta. Solo medía un metro y sesenta y dos centímetros, así que no podía ver por encima de las cabezas de las personas que tenía delante. Pero no importaba, porque la multitud se apartó y, de repente, allí estaba.

—Matías de León —dijo Jason—, me gustaría presentarte a una amiga, Claire Walker.

Era exactamente igual que sus cuadros, lleno de un realismo visceral e irradiaba calidez. Pelo negro ondulado. Piel morena. Hombros anchos y antebrazos musculosos, prueba de las horas que pasaba trabajando con las manos.

Sin embargo, tal como sugería el título de la exposición, había un delicioso destello surrealista en él: sus ojos eran como charcos de miel a la luz del sol matinal, intensos y dorados, y transmitían la promesa de una profundidad insondable.

—*Un placer* —dijo Matías en español, y luego lo tradujo para que lo entendiera, usando un inglés con un suave acento.

Claire abrió la boca, pero no le salieron las palabras.

Yolanda reapareció con las bebidas, pero al verla así y sabiendo que, como abogada, Claire nunca se quedaba sin nada que decir, le guiñó un ojo a Jason y dijo:

—¿Y si Matías acompaña a Claire por la exposición y le hace un recorrido personal por algunas de sus pinturas en la parte posterior? En fin, por eso de que ha llegado tarde y se ha perdido el discurso de inauguración.

—¡Qué buena idea! —exclamó Jason al instante y les dio un suave empujón a Claire y Matías para alejarlos de la música, de la barra y de la mayoría de los invitados. Acto seguido, Yolanda y él se fundieron con los asistentes sin mirar atrás.

Claire soltó una risa nerviosa. Yolanda no era precisamente sutil, pero ¿se podía saber en qué estaba pensando? Era imposible que un pintor español tan guapo se interesara por ella, que salía con dentistas calvos y, de vez en cuando, con algún contable.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir esta noche —le dijo Matías mientras se adentraban en la Galería Rose. Las cabezas se giraban allá por donde pasaba.

—¿De verdad? ¿Por qué? —No había pretendido añadir la segunda pregunta, pero era pasto de los nervios.

—Me preocupaba que no asistiera nadie a la inauguración de mi exposición —confesó él—. Pero Jason ha hecho un trabajo maravilloso. ¿Te lo estás pasando bien?

—Hasta llegar aquí, no. —Claire sintió de inmediato que se ponía tan colorada como la bebida que tenía en la mano.

Matías sonrió, y ella descubrió que era una sonrisa torcida, lo que aumentaba su encanto. Nada que ver con la sonrisa simétrica y perfecta de Glenn.

«¿Qué está pasando aquí?», pensó. Ella nunca hablaba sin pensar. Era algo que se aprendía durante el primer año en la Facultad de Derecho.

Llegaron al fondo de la galería, donde solo había un par de invitados, de manera que tenían esa zona prácticamente para ellos solos. Matías estaba tan cerca que podía oler la nota a pino y especias de su colonia, y el corazón empezó a latirle un poco más rápido.

—Mmm… Jason me pidió que preparara un discurso para esta noche —dijo Matías—, aunque no me gusta mucho hablar de mi trabajo. Todo lo que tengo que decir lo vuelco en mi arte, ¿sabes? Así que, por favor. —Señaló con la mano las pinturas que colgaban a su alrededor.

A Claire se le aceleró el pulso todavía más, pero por una razón diferente. En público, fingía que le gustaban las pinturas, las esculturas y demás porque era el tipo de cosas sofisticadas que parecían gustarles a todos los socios de su bufete. Ser amiga de Yolanda también significaba que sabía bastante sobre el mundo del arte.

Sin embargo, ella no era de las personas que se emocionaban especialmente con el arte, no como la gente que tenía pases anuales para el MoMA y que podía pasarse horas delante de un lienzo hablando de su complejidad. Para ella, los cuadros solo eran imágenes. Así que empezó a prepararse mentalmente para inventarse alguna mentira elocuente que contarle a Matías.

No obstante, de repente, volvió a encontrarse cara a cara con su obra, y fue como intentar caminar durante un terremoto mientras el suelo seguía temblando. Soltar un comentario insustancial ya no era tan sencillo.

Cada una de sus obras estaba pintada en un estilo que recordaba a los maestros clásicos europeos, realizada sobre tablas de madera en vez de lienzo, lo que parecía otorgarles a los colores una textura más intensa, casi brillante. El estilo de Matías era muy realista, aunque en todos sus cuadros había un elemento incongruente e imaginativo.

En uno de ellos había un hombre y una mujer en casa. Él, encorvado y con cara de aburrimiento en el sofá, viendo la tele sin pensar en nada, ajeno por completo a la mujer sentada a su lado, leyendo encantada un libro del que ha surgido un simpático extraterrestre rojo del tamaño de un dedal y que la está saludando desde las páginas. Claire soltó una carcajada y recordó su propio asombro cuando, después de mudarse a Nueva York y verse obligada a hacer algo durante el tiempo que pasaba en el metro, redescubrió el placer de la lectura.

A continuación, se quedó mucho tiempo delante del cuadro de un niño pequeño que estaba en el campo, soplando un diente de león, pero en vez de semillas, de la planta salían pequeños drones que se alzaban obedientes hacia el cielo azul, portando sus deseos. Una oleada de felicidad recorrió a Claire. Era una visión contraria a todos los titulares alarmistas que afirmaban que los ordenadores y los robots serían el fin de la humanidad. Matías, en cambio, había encontrado una forma de mostrar un camino en el que la tecnología se mezclaba con la esperanza.

Sin embargo, fue un cuadro en un rincón tranquilo de la galería el que la dejó sin aliento. En él, un monje sonriente de dientes separados le ofrecía una naranja a medio pelar a la persona que contemplaba la pintura. Pero lo que asomaba por debajo de la cáscara que quedaba no era una naranja, sino el planeta Tierra.

La paz, recogida en sus manos y ofrecida a cada persona que se detenía a mirar.

—¡Dios mío, Matías! —susurró.

Él se había mantenido en silencio a su lado mientras ella recorría la exposición, consciente de que, a veces, la mejor visita guiada es la que el visitante realiza por sí mismo. En ese momento sonreía, y sus ojos dorados brillaban bajo los focos de la galería.

Si era posible conocer el alma de alguien sin conocer a la persona en absoluto, sería así. El arte de Matías era su pureza, su exuberancia optimista, su creencia en la promesa del mundo. Y, tal como le pasó cuando vio su pintura del horizonte de Manhattan reflejado en un charco como un bosque de girasoles, en ese momento pensó:

«Lo quiero».

«¡Lo quiero a él!».

Sin embargo, la gente corriente solo puede mezclarse con lo extraordinario durante breves interludios antes de verse obligada a regresar al mundo normal. Claire sabía que debía saborear esos momentos porque no volvería a tenerlos una vez que saliera por la puerta de la Galería Rose.

Por desgracia, la multitud de admiradores no tardó en dar de nuevo con Matías. Un grupo de señoras de la alta sociedad se abalanzó sobre él y se lo llevó antes de que Claire pudiera siquiera darle las gracias por compartir su obra.

Y se quedó allí sola, con su arte, preguntándose si alguien como ella podría inspirar alguna vez una pasión similar en una persona tan intensa y original como Matías.

Sin embargo, acabó riéndose de sí misma después de unos segundos. Había tenido su breve interludio con lo extraordinario y

había llegado la hora de volver a la normalidad.



Él la llamó a su oficina al día siguiente a las nueve de la mañana.

—Hola, Claire. Soy Matías. Le he pedido tu número a Yolanda. Espero que no te importe. Me gustaría invitarte a cenar.

Claire se quedó mirando su teléfono durante un momento. ¿De verdad la estaba invitando a salir?

Su voz sonó chillona cuando respondió:

—Mmm… Quedar para cenar me parece bien. ¿Qué fecha tienes en mente?

—Esta noche si estás libre.

«¿¡Esta noche!?», pensó. Los abogados nunca estaban libres con tan poca antelación. Normalmente, tenía la agenda completa con un mes de antelación.

—Por desgracia, estoy ocupada toda la semana —contestó.

—¡Ah, vale! Lo entiendo. Si no te interesa, siento haberte molestado…

—¡No, espera! ¡Que sí lo estoy! Interesada, quiero decir. Pero tengo que trabajar hasta tarde.

Matías soltó una risilla.

—De acuerdo. Bueno, ¿y si es una cena tardía esta noche? Tienes que comer, ¿no?

—Sí —contestó—. Pero, la verdad, no sé hasta qué hora estaré trabajando. Tengo una llamada a las siete que durará por lo menos dos horas, y luego tendré que hacer seguimiento de un tema. Es posible que esté aquí hasta las once más o menos. Había pensado comprarme una ensalada en la cafetería antes de que cierren y

comérmela en mi mesa después de la llamada.

Matías chasqueó la lengua… ¡en señal de desaprobación!

—Claire, esa no es forma de vivir. En España, las comidas son algo más que alimentarse. Sin embargo, entiendo que estás ocupada, así que voy a proponerte algo: yo te llevo la comida a la oficina después de tu llamada. Si haces un descanso de media hora, te demostraré que la cena puede ser eficiente y placentera.

Su forma de decir «placentera» le provocó un cálido estremecimiento en las entrañas.



El bufete Windsor & Black LLP ocupaba veinte plantas de un rascacielos en Midtown. La primera planta era para el equipo de seguridad; la segunda, una sala de recepción tan elegante como un hotel Four Seasons; la tercera, el centro de copiado y el gimnasio; y la cuarta, la cafetería gratuita para los empleados. En las plantas quinta, sexta y séptima se encontraban las salas de conferencias con paredes de cristal, y el resto estaba destinado a los despachos. Todos los abogados de Windsor & Black LLP tenían su propio despacho con una gruesa puerta de roble. Las secretarias y los asistentes jurídicos tenían sus mesas justo delante de los despachos de sus respectivos abogados, organizados en módulos.

Matías llegó justo después de las nueve, y Claire lo acompañó arriba. Las plantas, normalmente bulliciosas, estaban vacías a esa hora, salvo por unos cuantos abogados que seguían en sus despachos, con las puertas cerradas para evitar distracciones y poder terminar el trabajo y, con suerte, llegar a casa antes de medianoche. Ella misma tenía la mesa tan cubierta de carpetas y de pilas de

documentos que no había espacio para comer, así que lo llevó a la biblioteca jurídica.

Era un espacio precioso, con techos altos y columnas de mármol, que por desgracia ya nadie utilizaba porque todas las investigaciones se hacían de forma digital. Cuando ella empezó a trabajar en Windsor & Black, se prometió a sí misma que iría a la biblioteca todos los días para recordar que el derecho y la justicia eran conceptos nobles y venerados, y no solo una pantalla de ordenador reluciente y un sinfín de llamadas telefónicas. Pero esa promesa había quedado en el olvido, consumida hacía tiempo por las exigencias de sus superiores y de sus clientes.

Sin embargo, soltó un suspiro de satisfacción al entrar en la biblioteca.

—Intimidante —dijo Matías mientras recorría con la mirada las imponentes estanterías, llenas de tomos encuadernados en cuero.

Claire sonrió.

—No. Todo es una fachada. Los abogados solo son unos estudiosos a los que les gustan las palabras rimbombantes, y soltarlas todas juntas.

—Te subestimas —replicó Matías—. Pero hay una cosa que tengo en común con los abogados: ambos trabajamos hasta tarde. —Levantó la nevera portátil y la bolsa de lona que llevaba—. Los españoles también cenamos a las nueve o las diez de la noche.

Claire se rio y lo llevó al fondo de la biblioteca, a una mesa en el rincón más alejado.

Matías sacó un mantel. Era de colores alegres, como azulejos de cerámica azules y amarillos, y lo levantó en el aire como el juego del paracaídas que hacen los niños, manteniéndolo suspendido durante

un momento antes de dejarlo caer con suavidad sobre la mesa, por lo demás corriente.

Luego sacó platos de verdad, no de papel, cubiertos pesados y servilletas de tela.

—Tres platos en media hora —dijo, y Claire se rio.

—¿Dónde has pedido?

Él frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿La comida? ¿Dónde la has comprado?

—¡Ah! Bueno, vamos a ver. El queso manchego lo he comprado en Murray's Cheese. Las aceitunas y las almendras las he comprado en Despaña, en el SoHo. La fruta y la verdura son del mercadillo de productos ecológicos que montan cerca de donde vivo, y el vinagre y el aceite de oliva los compré el primer día que llegué a Nueva York, en el Mercado Little Spain.

Claire lo miró boquiabierta.

—Espera. ¿Quieres decir que me has preparado la cena tú?

Matías puso una cara rara.

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Claire no quería que se diera cuenta de que muchos neoyorquinos nunca cocinaban. Se limitaban a pedir comida a domicilio a través de aplicaciones, que les llevaban a la puerta de casa un poco pasada, pero todavía bastante caliente.

Para empezar, Matías había preparado una artística ensalada de manzana rallada con rúcula, queso manchego, almendras marcona y una ácida vinagreta de sidra. Claire se quedó pasmada por el crujiente dulzor de la fruta, que contrastaba con el picante de la rúcula y la intensidad de los frutos secos y el queso.

—Es imposible comparar esta ensalada con la de la cafetería —afirmó.

—Eso espero.

Aunque no solo estaba mucho más rica que las ensaladas normales. Le gustaba porque la había preparado… ¡para ella!

A continuación, Matías le sirvió empanadillas de atún (unas empanadas pequeñas con forma de media luna, rellenas de atún y aceitunas verdes), acompañadas por una salsa de tomate, cebolla, ajo y pimiento, sofrita hasta dejarla bien caramelizada.

—¿Tengo que usar cuchillo y tenedor? —le preguntó Claire, que no quería cometer un error cultural en su primera cena.

—Si quieres, hazlo —respondió Matías—. O puedes usar los dedos así… —Y se llevó una empanadilla a la boca.

«¡Por Dios! —pensó Claire—. ¡Qué boca!». Al morderla, la masa se desmoronó en una lluvia de deliciosas láminas, y ella sintió el impulso de arrastrarse por la mesa y lamer la mancha de *sofrito* que se le había quedado en las comisuras de los labios. Pero se contuvo porque (a) era Claire Walker, que no hacía ese tipo de cosas, y (b) estaban en una biblioteca, ¡por el amor de Dios! Aunque estuviera desierta después del fin de la jornada laboral.

Y luego Matías sacó un tarrito de cristal lleno de lo que parecía caramelo moteado.

—Esto es bienmesabe canario —anunció—. Un postre de almendras de las islas Canarias, de donde eran mis bisabuelos. Es una antigua receta familiar y mi preferida desde que era pequeño. —Metió una cuchara en el tarro y luego se inclinó hacia ella, ofreciéndosela—. Pruébalo.

Claire separó los labios.

La punta plateada de la cuchara le rozó la lengua. El dulzor le invadió las papilas gustativas y gimió.

Todas las mujeres tienen sus límites.

Apartó los restos de la cena, se subió a la mesa y lo besó, fundiendo sus bocas como si fueran azúcar.

Nunca se había acostado con nadie antes de la sexta cita, pero con Matías no se aplicaban las mismas reglas.

Él la tumbó sobre la lujosa moqueta y le desabrochó el traje, primorosamente planchado, botón a botón. Ella le quitó la camisa por la cabeza y le desabrochó la bragueta como pudo.

Pese al aire acondicionado de la sobria biblioteca, sus cuerpos se fundieron como el calor que hace brillar el aire en pleno verano.

Cuando llegó al clímax, Claire contuvo un grito, pero los libros temblaron en las estanterías a su alrededor.

Cuando le tocó a él, Matías susurró su nombre.

El silencio pleno y satisfactorio que siguió lo dijo todo.

Y así fue como Claire Walker se enamoró de Matías de León.

Claire

Once meses después

—Estoy deseando enseñarte España —dijo Matías mientras sacaba su maleta vacía para empezar a hacer el equipaje.

Estaba a punto de dejarla sobre la cama cuando Claire gritó:

—¡Espera, no la pongas ahí! —Corrió hacia su armario y volvió con el portaequipajes que le había comprado—. Es que… ¿recuerdas aquel artículo que leí sobre todos los gérmenes que hay en las ruedas de las maletas? —Puso cara de asco—. Lo siento, pero…

—No tienes que disculparte, *churri* —replicó Matías, que usó su apodo cariñoso preferido. Se inclinó y la besó en la nariz, que seguía teniendo arrugada por el mohín. Acto seguido, le quitó el portaequipajes de la mano, lo desplegó y colocó su maleta encima.

Claire suspiró. Matías era bueno con ella, de verdad. Pero, a lo largo de los once meses de su apasionado romance, habían surgido algunas… diferencias. Matías era caótico, mientras que ella era ordenada. Aunque él se esforzaba por dejar las cosas en su sitio, no siempre lo conseguía. Al principio, no le importaba y se reía cada vez que dejaba las llaves en la isla de la cocina en vez de dejarlas en la mesita de la entrada, o cuando ponía las tazas de café en el estante de los vasos de agua.

Sin embargo, esas cosas ya llevaban un tiempo molestándola cada vez más. Quizá porque el huracán de su relación se estaba calmando y convirtiéndose en una suave brisa, y era mucho más fácil detectar

los defectos cuando no se estaba en medio de una tormenta.

En ese momento, tuvo que apartar la mirada mientras él metía camisetas mal dobladas en la maleta.

«No seas tan rígida», se ordenó.

Aun así y para evitar mirar, se acercó a la cómoda situada en el rincón más alejado del dormitorio para sacar los calcetines y los calzoncillos. Si lo hacía antes que Matías, podría enrollarlos bien y evitar que se arrugaran.

Sin embargo, cuando fue a sacar los calcetines, su mano chocó con algo duro en el fondo del cajón. Pero ¿qué…?

Se colocó de manera que Matías no pudiera ver lo que estaba haciendo y sacó el misterioso objeto del cajón.

Era un calcetín, pero dentro había un estuche de terciopelo, la típica cajita de un anillo.

Se le encogió el estómago, aunque no estaba segura de que fuese por la emoción.

«Ha planeado proponerme matrimonio. Durante el viaje a España. Delante de toda su familia y de sus amigos…».

Sin embargo, ella ya sabía que no podía ir. La fusión en la que estaba trabajando era una locura, y todavía no había encontrado el momento adecuado para darle la noticia a Matías.

Además, no estaba segura de querer casarse con él.

Matías y ella eran dos polos opuestos, algo que, a juzgar por las relaciones de sus amigos, normalmente no funcionaba. Y su relación modelo, la de sus padres, se había cimentado en personalidades similares y ocupaciones compartidas. Sus padres trabajaban los dos en el servicio postal y, por eso, entendían los altibajos de la vida cotidiana del otro. Todas las mañanas iban juntos al trabajo en coche.

Su madre trabajaba en la oficina de correos y su padre era repartidor, por lo que se veían durante el día cada vez que él pasaba en busca de un nuevo lote de paquetes y cartas. Al final del día, se sentaban el uno al lado del otro en el sofá, disfrutando de sus respectivos baños de pies y viendo la tele, y se compadecían entre murmullos cada vez que aparecía un repartidor perseguido por algún perro. Ambos murieron en un accidente de tráfico justo después de que Claire se graduara en la universidad, pero seguía pensando en ellos todos los días. Los echaba de menos. Esperaba que se hubieran sentido orgullosos de la vida que se había forjado.

¿Qué habrían pensado de su relación con Matías?

La cajita de terciopelo le parecía cada vez más pesada en la mano.

Una parte de ella no quería mirar, porque eso la haría más real.

Sin embargo, su parte de abogada, a la que le gustaban los hechos claros, quería abrir la cajita para asegurarse de que no se lo estaba inventando. Porque a lo mejor no era un anillo de compromiso. A lo mejor eran unos pendientes para más adelante, para Navidad por ejemplo, aunque solo estuvieran en julio.

«Si vas a hacerlo, es mejor que te des prisa», se dijo. Matías podía acercarse en cualquier momento.

Se mordió el labio inferior y abrió la cajita de terciopelo.

En el interior relucía un pequeño sol: un anillo con un diamante redondo, rodeado de delicados topacios que refulgían como llamas. Porque, por supuesto, Matías no se conformaría con otra cosa que regalarle el sol.

Era demasiado.

Volvió a meter la cajita en el calcetín y la guardó en el fondo del cajón donde la había encontrado.

¿Cómo podía sorprenderla Matías con algo así? ¿No sabía que necesitaba tener la vida planificada? Y, en los tiempos que corrían, ¿quién seguía sorprendiendo a la gente con anillos de compromiso? Todas sus amigas abogadas habían hablado con sus parejas del tema del matrimonio antes de que se plantearan siquiera la pregunta e, incluso entonces, era una conclusión inevitable, porque habían comprado juntos los anillos y se habían asegurado de que las tallas fueran las correctas.

Además, Matías debería saber que a la larga lo suyo no funcionaría. La proposición de matrimonio era demasiado precipitada, demasiado apresurada. Si esperaba un año más, acabaría dándose cuenta de que ella era demasiado sosa para él. Siempre llevaba blusas blancas y pantalones de pinzas, mientras que él era un torbellino de colores con una imaginación desbordante. Durante los últimos once meses, había intentado disfrutar de todos los momentos con él porque, en el fondo, sabía que no durarían.

¿Cómo iba a aceptar una proposición de matrimonio a sabiendas de que solo sería un lastre para él durante el resto de su vida?

Todavía aturdida, se volvió hacia la maleta de Matías, que no contenía ni calcetines ni calzoncillos.

Solo se había alejado unos minutos, pero él se las había arreglado para cubrir su cama con unos cuantos cables enredados, varios papeles aparentemente aleatorios, su pasaporte, chicles y artículos de aseo. Así era Matías. Si había algún espacio disponible, su entusiasmo se extendía al instante y cubría todas las superficies.

Claire le echó un vistazo a la estantería que Matías tenía al lado de la cama. A diferencia de las que ella tenía en su casa, llenas de libros ordenados por género, la de Matías mostraba sus diversas aficiones:

un ukelele y las partituras correspondientes; una caja llena de bloques de madera y cuchillos para tallar; un tablero de ajedrez; una baraja de cartas para practicar trucos de magia; un cuaderno de dibujo y un juego de lápices de carboncillo. Por no hablar de las cartas semanales de su *abuela* de noventa y dos años, enviadas durante los últimos once meses. Los montones de sobres con su preciosa letra se habían volcado y habían derribado a las demás como una cascada de fichas de dominó.

—No tardo nada y luego vamos a tu casa para que puedas hacer el equipaje —le dijo, sonriendo, mientras levantaba la mirada de su maleta.

Se le encogió el corazón. Estaba emocionadísimo con un viaje al que ella pensaba decirle que no podía ir.

Y, a esas alturas, no acompañarlo a España le parecía todavía peor. Antes, solo se trataba de trabajo. Pero descubrir la cajita del anillo había hecho que ese viaje dejara de ser unas simples vacaciones para convertirse en un acontecimiento importante en sus vidas, así que el hecho de que lo cancelara podría suponer el final de su relación.

Sin embargo, no quería cortar con él.

Los últimos once meses habían sido los más emocionantes de su vida. Era como un palo bien clavado en el barro hasta que apareció Matías y la liberó. Seguía practicando sus rutinas y horarios; pero cuando había un hueco oportuno en su agenda, él lo aprovechaba y la llevaba a un pícnic improvisado en Central Park o a una cata de vinos en una bodega *pop-up*. Las noches que ella trabajaba hasta tarde, él se pasaba a veces por el bufete cuando ya estaba lista para irse a casa y, en vez de usar el coche que le pagaba la empresa, caminaban juntos por Midtown. Si las calles estaban vacías, Matías

bailaba con ella y la hacía dar vueltas sin motivo alguno.

Y el sexo… ¡Por Dios, el sexo! No era como el que practicaban los abogados y los contables estrictos. En la cama, Matías era como su arte: le prestaba una atención exagerada a cada centímetro de su cuerpo y se movía con una confianza elegante y segura. A veces, hacían el amor con languidez por las mañanas, todavía aturdidos por el sueño, mientras se espabilaban. En otras ocasiones, tenían que hacer una pausa en medio de la cena y hacerlo en la cocina, abrumados por los intensos y sensuales sabores de la comida que él había preparado e incapaces de mantener las manos y las bocas alejadas el uno del otro un segundo más.

Quería a Matías y todavía no estaba preparada para dejarlo marchar. Lo que necesitaba era ralentizar las cosas, ganar tiempo para pensar. Pero tenía que decirle que no podía ir a España.

—Matías…

Sin embargo, al pronunciar su nombre, él sonrió. Aunque se sentía cohibida al intentar hablar bien el español, también quería respetar sus raíces, por lo que siempre le salía una mezcla porque, al principio, pronunciaba las palabras con acento español y, al final, le salía el acento estadounidense. Matías había decidido que eso le encantaba.

Se ablandó al recordar lo mucho que él la adoraba, con sus defectos y todo.

—Sé lo que estás pensando —dijo ella, con una sonrisa renuente en los labios. Levantó una almohada y se la tiró.

Matías se rio.

—Di «*guacamole*» para mí. Con acento español.

—No. —Sin embargo, a esas alturas ella también intentaba no

reírse, porque esa era su forma preferida de burlarse de ella, y aunque lo había practicado una y otra vez, seguía siendo incapaz de decir bien «*guacamole*».

—¿*Por favor*?

—¡No puedo!

—Sí que puedes. Solo tienes que esforzarte con la «g».

Claire frunció el ceño, respiró hondo e hizo lo que pudo, aunque era consciente de que su pronunciación seguía siendo horrorosa.

—Ua-ca-mo-ley.

Matías la abrazó y la besó.

—Me encanta cuando hablas español. En cuanto lleguemos a Madrid, podrás practicar.

Claire torció el gesto. Meses antes, afirmó que iba a aprender español, pero después de un comienzo entusiasta, las cosas en el trabajo se complicaron mucho y, desde entonces, no había hecho muchos progresos.

Además, estaba a punto de decirle que no iba a acompañarlo.

Se dejó abrazar un momento más. Y luego llegó la hora de afrontar las consecuencias.

—Tengo malas noticias —dijo.

—¿Ah, sí? —Matías frunció el ceño, pero se apoyó en el alféizar de la ventana y le prestó toda su atención. Siempre lo hacía. Dejaba el teléfono, la revista o el ukelele para escucharla cuando ella empezaba a hablar. Le resultaba asombroso y, al mismo tiempo, exasperante que fuera tan increíble, porque ella nunca podía ser tan maravillosa a cambio. El listón a su lado estaba altísimo.

—No puedo ir contigo a España.

—¿Qué? —preguntó él con expresión consternada—. ¿Por qué?

—La fusión de la que estoy a cargo… está en un momento crucial y necesito estar aquí para gestionarla. Lo siento mucho. Pero si lo consigo, me harán socia. Sinceramente, todavía tengo que pellizcarme para creer que estoy dirigiendo este tema. Es un acuerdo de mil millones de dólares para Intelligentsia Tech, y no puedo irme en medio de las negociaciones. Lo siento mucho, cariño.

—Pero lo habíamos planeado —replicó Matías.

—Lo sé —dijo ella—. Y pensé que el momento sería el adecuado, pero la empresa me necesita. Soy la pieza clave de toda la adquisición.

—Tenía muchas ganas de enseñarte dónde crecí —siguió él—. Y de que conocieras a mi familia.

—Ya he conocido a tu familia por videollamada, ¿no? —replicó ella, que intentaba mostrarse conciliadora.

—No es lo mismo.

Claire sabía lo importante que era la familia para Matías y lo mucho que deseaba que se conocieran en persona. Se apoyó en el alféizar de la ventana, a su lado.

—Me siento fatal por esto.

—¿Y si te vienes conmigo, pero reservamos tiempo para que trabajes a distancia?

Ella negó con la cabeza.

—No es el tipo de trabajo que puedo hacer bien sin estar en la misma oficina que mi equipo.

Matías tenía treinta y seis años y era un artista consumado, pero en ese momento parecía un niño que acababa de perder su juguete favorito.

—Oye… A ver, que quiero conocer a tu familia. Te prometo que

iremos juntos a España en el futuro, ¿sí? —dijo Claire—. En esta ocasión, diviértete sin más. No has vuelto a casa desde que llegaste a Nueva York hace casi un año.

Matías miró hacia la cómoda, y Claire estaba bastante segura de que estaba pensando en la pedida de mano frustrada.

—Puedo quedarme contigo —replicó.

Claire se tensó por un segundo, pero insistió:

—No, no lo hagas, Matías. Son tus vacaciones de verano. Las clases no empezarán hasta agosto y no tienes programada ninguna exposición en la galería hasta otoño. Deberías ir a España y hacer todas las cosas que a mí no me apetecería hacer. ¡Ah! ¿Qué hay de ese viaje que querían hacer Diego, Carlos, Facu y Leo?

Matías ladeó la cabeza mientras se lo pensaba. Sus amigos de la infancia le habían propuesto una semana de motos acuáticas, paracaidismo y todo tipo de actividades arriesgadas al aire libre que hacían que Claire quisiera esconderse debajo de una mesa con solo pensarlo. Había rechazado los planes de sus amigos porque ella se negaba a acompañarlo, pero si no iba, ya no era necesario que se reprimiera.

—Sería muy divertido —dijo.

Claire le apoyó la cabeza en el torso.

—Te agradezco que comprendas mi trabajo. Y cuando vuelvas y mi fusión esté terminada, te prometo que dedicaré tiempo solo para nosotros. Haremos algún tipo de escapada romántica, aunque solo sea de un fin de semana.

Casi podía ver los pensamientos que se agolpaban detrás de esos ojos de color miel, descartando un lugar para la proposición en favor de otro todavía por determinar. Que así fuera. Quizá para entonces

ella ya habría decidido qué hacer.

Aunque sí que tenía una cosa clara.

—Voy a echarte mucho de menos —dijo al tiempo que levantaba la mirada y apartaba la cabeza de su torso. Siempre se sentía segura allí, acurrucada contra él, un cálido respiro temporal de cualquier otra cosa que estuviera sucediendo a su alrededor.

Él se quedó callado un segundo y luego replicó:

—Creo que tengo una solución para eso.

La llevó hasta el borde de la cama y la dejó allí. Sin embargo, en vez de hacerle el amor, que era lo que ella pensaba que pretendía, Matías le tomó la mano izquierda y se la abrió. Se la llevó a la boca y le dio un beso prolongado en la palma, tras lo cual le cerró los dedos.

—Este beso es para que lo guardes hasta que vuelva a casa —le explicó—. Para que puedas llevarme contigo mientras estoy fuera. Si me echas mucho de menos, solo tienes que presionar los labios contra la palma e imaginar que tu beso se encuentra con el mío, y estaré aquí contigo.

—Eres muy romántico —dijo Claire. Sin embargo, se miró la mano y mantuvo el puño bien apretado, conservando a salvo el beso que él le había dejado.

Claire

Resultó ser un buen momento para que Matías se fuera. Desde su marcha, Claire pasó diecisiete horas al día en la oficina. Dado que estaba encargada de una fusión de gran repercusión mediática, era la responsable de cada pequeño detalle y de miles de páginas de documentos. Tenía varios equipos trabajando con ella: abogados especializados en propiedad intelectual negociando acuerdos de licencia tecnológica; abogados medioambientales ocupándose de cuestiones relacionadas con la EPA, la Agencia de Protección Medioambiental, en unas cuantas sedes de la empresa objeto de la fusión; una empresa inmobiliaria investigando algunos contratos de alquiler caducados, y más.

Justo antes de las tres de la tarde, dos subordinados que estaban en su primer año en el bufete entraron en su despacho para asistir a su próxima conferencia telefónica.

El puesto de Claire le otorgaba un despacho situado casi en una esquina del edificio, una estancia más amplia que los despachos normales, al lado del que ocupaba uno de los socios más poderosos del bufete. A veces, se sentaba en su mesa de caoba y se quedaba mirando la pared que la separaba de la oficina del socio, soñando despierta con el momento en el que ella también tuviera un despacho en una esquina.

Lo único que tenía que hacer era llevar a buen puerto la fusión de Intelligentsia Tech.

—Me gusta el cuadro que tienes detrás de la mesa —le dijo Julia,

una de sus subordinadas.

Claire sonrió y se volvió para mirarlo. La pintura representaba una galleta de la fortuna, abierta para revelar la cinta de papel blanca que contenía y que conectaba las dos mitades como un puente. Sobre el papel había una versión en miniatura de Matías y de ella, disfrutando de un pícnic con comida china, como si estuvieran en un parque y no dentro de una galleta.

—Gracias —replicó—. Me lo regaló mi novio hace unos meses cuando volví a casa después de estar fuera diez días por cuestiones de trabajo. Vine de vuelta en un vuelo nocturno y llegué agotada. Lo único que quería era darme una ducha y dormir en mi cama. Pero, cuando abrí la puerta de mi apartamento a las seis de la mañana y entré, descubrí café y churros recién hechos, además de una taza de chocolate negro fundido, todo preparado por Matías. Aunque lo mejor de todo fue el caballete que había colocado en el centro de la mesa de la cocina, cubierto por una sábana. Al quitarla, descubrí este cuadro. No sé si desde ahí alcanzas a leer lo que hay escrito en el papelito de dentro de la galleta, pero dice: «Esto es la felicidad».

Julia suspiró.

—Es la historia más bonita que he oído en la vida.

Claire se permitió un momento para reflexionar sobre lo que diría a esas alturas una galleta de la fortuna sobre su futuro con Matías.

Sin embargo, no tardó en regresar al trabajo. Preparó a los novatos para la llamada y les informó de las tareas que tendrían que llevar a cabo después.

Ambos abrieron sus portátiles mientras Claire marcaba el número con el altavoz activado. El consejero delegado de Intelligentsia Tech detestaba las videollamadas y solo aceptaba llamadas de voz. En el

fondo, Claire se alegraba de contar con un respiro de las continuas reuniones por Zoom, porque así podía apurar a escondidas la ensalada que no se había terminado antes.

Ese era otro de los detalles por los que echaba de menos a Matías. Si no trabajaba hasta tarde en su estudio ni daba clases en la Academia, preparaba cenas exquisitas, y las sobras eran su almuerzo del día siguiente. No obstante, en su ausencia tenía que conformarse con la comida de la cafetería.

En cuanto el consejero delegado aceptó la llamada, se presentó.

—Soy Claire Walker, de Windsor & Black.

—Hola, Claire. Todavía no se ha unido nadie más. —Mitch Tahir ni se molestó en decir su nombre, porque daba por sentado que era lo bastante importante como para que la gente lo conociese. Era el consejero delegado de Intelligentsia Tech, un abogado cincuentón de la vieja escuela que había dirigido los departamentos jurídicos de algunas de las empresas más importantes de Silicon Valley. Era un hombre brusco y famoso por su alto nivel de exigencia. Si pedía que le llevaran un pez que hablara, esperaba un pez que hablara. A su paso, había dejado una estela de abogados marchitados por sus exigencias.

Sin embargo, Claire no era así.

—Me alegro de volver a hablar contigo, Mitch. Vamos con unos minutos de adelanto, así que Yolanda y Kwame no tardarán en unirse.

Como si fuera una señal, los dos abogados laboralistas se conectaron en ese momento.

—Yolanda Davis, Windsor & Black.

—Kwame Jones, Windsor & Black.

—Muy bien —dijo Claire—. Gracias a todos por estar aquí. Empecemos.

Yolanda y Kwame se lanzaron a informar sobre el estado de las negociaciones con los directivos de Einstein Corp., la empresa que Intelligentsia Tech intentaba adquirir. Al otro lado de la mesa de Claire, los dos novatos tecleaban frenéticamente en sus ordenadores portátiles, tomando notas.

Claire tenía un cuaderno amarillo en su escritorio, por si lo necesitaba, que casi nunca era el caso. Vivía y respiraba esa fusión, y conocía todos sus entresijos. Había redactado los documentos principales de la adquisición y, aunque no era la autora de todos los acuerdos complementarios, los había leído más de diez veces.

—Bueno —dijo Yolanda—, Jennifer Kahale-Brewster exige que Intelligentsia Tech duplique su compensación en acciones restringidas para firmar el contrato de trabajo.

Claire silenció el altavoz para explicárselo a los novatos.

—Las acciones restringidas, o RSU, son una compensación a modo de incentivo que se les ofrece a los ejecutivos. —Ambos se dispusieron a anotar la definición sin pérdida de tiempo.

—¿¡Duplicar el número de acciones restringidas!? —estalló Mitch —. ¿Quién se cree que es para poder chantajearnos de esa manera?

—Para ser justos —terció Claire—, Jennifer es la responsable de la estrategia tecnológica de la empresa.

—¡Como si es la puta presidenta de Estados Unidos! —soltó Mitch —. Dile que si insiste en mostrarse tan irrazonable, a ver cómo le sienta que la fusión se vaya a la mierda y no reciba ninguna acción nuestra.

Los novatos se quedaron inmóviles, con los ojos muy abiertos,

pero Claire torció el gesto e intentó contener una carcajada, porque conocía bien a Mitch después de haber trabajado con él durante los últimos ocho meses y sabía cómo manejarlo. Mitch Tahir lideraba con fuego y solo respetaba a quienes podían responderle de la misma manera.

—Mitch, la necesitas —le dijo sin rodeos—. Puede retrasar el acuerdo si mantiene sus condiciones y vas a darle lo que quiere, porque sin ella no tienes nada. No tiene sentido comprar Einstein Corp. si no cuentas con Jennifer. Así que no perdamos el tiempo…

—Está bien, está bien —refunfuñó Mitch—. Dale lo que quiere. ¿Siguiente?

Claire les guiñó un ojo a los novatos, que la miraban como si acabara de desactivar una bomba con los dientes.

Kwame, el otro abogado laboralista, comenzó a explicar las ventajas y las desventajas de prolongar el contrato del director de operaciones.

De repente, se abrió la puerta de su despacho y George, su secretario, asomó la cabeza canosa y agitó una mano para que lo mirase.

Claire negó con la cabeza y señaló el teléfono. ¿Por qué la interrumpía George? Era obvio que estaba hablando por teléfono, y él podía ver en su agenda que se trataba de una llamada muy importante.

Su secretario, sin embargo, que normalmente era muy bueno a la hora de anticipar sus necesidades y peticiones, se adentró en su despacho y se llevó una mano a una oreja como si fuera un teléfono, con el meñique y el pulgar extendidos.

Molesta, Claire articuló con los labios: «Ahora no».

George empezó a mostrar indicios de pánico. Acto seguido, se acercó, se hizo con el cuaderno amarillo que tenía delante, escribió algo rápidamente con un rotulador Sharpie y lo subrayó dos veces.

Ha habido un accidente.
Te está llamando la hermana de Matías por la otra línea.

El corazón de Claire se precipitó en caída libre.

No podía moverse.

Sin embargo, oía los fuertes latidos de su corazón. Y sintió el subidón de adrenalina, ya no por la fusión de mil millones de dólares, sino por el terror de que le hubiera pasado algo a Matías. Se atragantó mientras intentaba recordar cómo respirar.

—¿Claire? —susurró George.

—¡Dios mío! —gritó ella al comprender de golpe el peso del mensaje de George. Se levantó de un brinco del sillón, volcando en el proceso la taza con los bolígrafos, que cayeron con un estruendo.

Los participantes de la llamada guardaron silencio un segundo y luego Mitch preguntó:

—¿Pasa algo, Claire?

—Tengo una emergencia. Continuad sin mí —contestó a medio camino de la puerta del despacho.

—Claire, esto es inaceptable —protestó Mitch, aunque ella no escuchó el resto, porque salió al pasillo detrás de George.

—La hermana de Matías está en espera —le dijo él—. Puedes atender la llamada en mi mesa.

Rodeó la mesa de George, en el interior de su cubículo, y se hizo con el teléfono, que aferró con las manos temblorosas mientras pulsaba el botón rojo parpadeante.

—¿Hola? ¿Araceli? Soy Claire.

—¿Claire? *¡Ay, Dios mío, ha pasado algo terrible! Matías y sus amigos estaban en la playa y han tenido un accidente. La lancha…*

—Espera, ¿qué? —Claire agarró el reposabrazos del sillón con los nudillos blancos, completamente perdida en una conversación rápida que debería entender, algo que le resultaba imposible—. Más despacio, por favor. Mi español es muy malo y no…

—Ha habido un accidente —repitió Araceli en inglés, con el mismo acento que Matías, tan suave y bonito que dejó a Claire al borde de las lágrimas—. Los chicos… La lancha se estrelló. Dos de ellos… —La hermana de Matías contuvo un sollozo—. Dos han muerto. Tres están en el hospital.

—¿Matías? —susurró Claire con un hilo de voz.

—Matías… está en coma. Debes venir. Ya.

Claire

Comprar un billete a última hora a Madrid significaba que Claire estaba apretujada en un asiento central entre un hombre que roncaba a pleno pulmón y que se quedó dormido nada más despegar y un adolescente que estaba claro que no había activado el modo avión en el móvil, ya que se iluminaba cada dos segundos con nuevos mensajes de sus amigos. Sin embargo, eso era mejor que estar sentada al lado de la charlatana del asiento de atrás, una mujer que compartía demasiada información y a la que le gustaba interrogar a las personas que la rodeaban. Le habría resultado insoportable. Tenía la sensación de que le habían perforado su armadura personal un millón de veces, de manera que tanto el corazón como el resto de sus vísceras se le escapaban como si pasaran por un colador.

—Hola a todos. Les habla la capitana, Amanda Cheasequah. Hemos alcanzado la altitud de crucero de cuarenta y un mil pies, por lo que voy a apagar la señal de los cinturones de seguridad. Por desgracia, parece que tendremos algunas turbulencias cuando nos aproximemos a España, pero los mantendré informados a medida que nos acerquemos a la tormenta. Por ahora, siéntense, relájense y disfruten de nuestro vuelo de siete horas y veintisiete minutos.

Claire cerró los ojos con fuerza. «Turbulencias cuando nos aproximemos a España». El eufemismo más grande de la historia. Todo su futuro dependía de un respirador artificial. Matías estaba conectado al oxígeno y a una sonda de alimentación. Iba a conocer a la familia de su novio, aunque no sabía si ellos estaban al tanto de

que había estado a punto de proponerle matrimonio y tampoco sabía cómo se sentirían cuando descubrieran que había abandonado sus vacaciones planeadas con Matías en el último momento. Por si eso no fuera suficiente, había salido corriendo de la oficina en medio de una de las fusiones más importantes que había gestionado su bufete, algo que posiblemente arruinara la carrera profesional por la que tanto había trabajado y para la que había contraído una enorme deuda mientras estudiaba Derecho.

Siete horas y veintisiete minutos. Claire había calculado la distancia entre el aeropuerto de Madrid y el Hospital Universitario La Paz y, por suerte, el trayecto solo era de dieciséis minutos si no había tráfico. Aun así, entre el tiempo de desembarque, el control de pasaportes y la aduana, pasarían más de nueve o diez horas antes de que pudiera ver a Matías.

Diez horas demasiado largas.

«Por favor, Matías, no me dejes. Aguanta. Ya voy», pensó.

Contuvo un sollozo. El adolescente que estaba a su lado puso los ojos en blanco. En circunstancias normales, Claire le habría dicho algo, pero, en ese momento, no tenía energía para discusiones insignificantes.

¡Por Dios, las discusiones insignificantes que había tenido con Matías!

Debería haber sido más indulgente. ¿Qué importaba que dejara vasos de agua por todo el apartamento porque se le olvidaba que ya tenía uno y sacaba otro del armarito? ¿Por qué se había esforzado tanto en obligarlo a seguir sus reglas de organización, cosas que para ella tenían sentido, pero que para cualquier otra persona podían ser arbitrarias?

El rollo de *film* transparente y de papel de aluminio debían estar alineados en el cajón con la abertura hacia la derecha.

Si había un paño de cocina blanco en el tirador del horno, el otro paño debía ser azul, porque la absorbencia no era la misma.

Además, las toallas se lavaban solas porque favorecían la formación de bolitas en la ropa.

Nunca se había considerado quisquillosa, pero mientras empezaba a catalogar los innumerables requisitos que exigía para formar parte de su vida, se preguntó cómo era posible que Matías no hubiera salido despavorido y dando alaridos el primer día.

Porque era un santo. Iba a la tintorería en busca de su ropa. La llevaba a la cama cuando le dolían los pies por haber estado todo el día con los zapatos de tacón. Le pintaba el cuerpo con colores que él mismo elaboraba con moras molidas, pétalos de rosa, polen de abeja y miel, y luego besaba cada centímetro de su piel y le hacía el amor como si fuera una obra maestra.

«No me lo merezco», pensó.

Matías le había dicho que la quería porque era fuerte, y él había estado rodeado de mujeres fuertes toda su vida. Pero ella llevaba una coraza porque había perdido a sus padres demasiado joven y porque trabajaba en un campo todavía dominado por hombres que hablaban por encima de todos los demás, ya que la vieja guardia que siempre los escuchaba los había malcriado.

Sin embargo, Claire ocultaba debajo de su armadura de guerrera las partes más sensibles y vulnerables de sí misma. Y, en ese momento, estaban expuestas, vulnerables a todas las terribles posibilidades que alcanzaba a imaginar.

—Por favor, Señor —suplicó, con la cara bañada por las lágrimas

—. Por favor, déjalo vivir. Haré lo que sea. Pero deja que Matías salga adelante.

Claire

Nueve años antes

—Enhorabuena, cariño. —Su padre le dio un beso en la mejilla, lo que hizo que se le cayera el birrete al césped.

Su madre lo levantó con una enorme sonrisa y luego miró a Claire.

—¡Ay, cariño, estamos muy orgullosos de ti! No solo eres la primera persona de la familia que va a ir a la universidad, y va a graduarse, ¡es que además vas a estudiar Derecho! —Volvió a colocarle el birrete a Claire en la cabeza y le ajustó la borla para que quedara en el lado izquierdo, que era donde debía estar una vez acabada la ceremonia de graduación.

Claire les echó un brazo a cada uno por los hombros y los abrazó a los dos. Siempre habían sido ellos tres. Jim y Sarah no habían podido tener hijos, así que la acogieron en su casa cuando tenía dos años (sus padres biológicos murieron por una sobredosis) y, en cuanto les fue posible, lo hicieron oficial y la adoptaron. Eran la única familia que ella recordaba y la única la familia que necesitaba.

—Te quiero, mamá. Te quiero, papá —dijo.

—No tanto como nosotros a ti —replicó su padre, que siempre decía lo mismo cuando ella le decía eso. Y siempre la hacía sonreír.

—Bueno —dijo su madre—, ¿qué tal una cena de celebración en Applebee's?

—Me parece perfecto —contestó Claire.

Casi todos sus compañeros de clase cenarían esa noche en asadores

caros o en restaurantes italianos de lujo, pero Applebee's era como su hogar para Claire, que había crecido en una casa llena de amor, pero sin mucho dinero. No se le ocurría mejor sitio donde estar que en Applebee's con sus padres.

Mientras comían alitas deshuesadas y *pretzels* con salsa de queso, su madre empezó a hablar del resto del viaje en autocaravana que habían planeado. Habían conducido desde el pequeño pueblo de Florida donde Claire había crecido hasta Nueva York para asistir a su graduación, pero luego pensaban desviarse hacia el oeste para ver el Gran Cañón y hacer otras paradas destacadas a lo largo del camino, como «Carhenge», una réplica de Stonehenge hecha con coches.

—Ojalá pudieras acompañarnos, cariño —le dijo su padre.

Su madre le dio un golpecito cariñoso.

—¡Ya está bien, Jim! No hagas que se sienta culpable. Claire tiene sueños más grandes que Carhenge. Algún día será una gran abogada en Nueva York, ¿verdad, cariño? Como las que salen en las series de televisión.

Claire sonrió mientras se lamía los dedos, cubiertos de salsa de miel y ajo de las alitas.

—Sí, igual que en la tele, pero con menos dramas románticos.

Su madre se rio.

—Eso espero. Los abogados de la tele no paran de acostarse entre ellos y con todos sus clientes. Estoy bastante segura de que eso provoca un conflicto de intereses.

Su padre torció el gesto y replicó:

—Lo siento. No puedo pensar en mi pequeña ya hecha toda una mujer y… mmm… manteniendo relaciones con alguien.

Claire se inclinó sobre la mesa y le dio un beso, pegajoso por la salsa, en la mejilla.

—No te preocupes, papá. Pase lo que pase, siempre seré tu pequeña.



Dos horas más tarde, llamaron a Claire por teléfono. Sus padres querían llevarla al cine después de comer, pero había planeado ir a una fiesta de graduación con sus amigos, así que decidieron dar una vuelta solos antes de que se pusiera el sol.

Salió de la fiesta al jardín.

—¿Hola? —dijo al contestar la llamada y vio que tenía cuatro perdidas del mismo número desconocido.

—¿Claire Walker?

—¿Sí?

—Soy el agente Grether, de la policía estatal de Maryland. Me temo que tengo malas noticias… Ha habido un accidente en la I-95 en el que se han visto implicados un camión de dieciocho ruedas y la autocaravana de sus padres.

—¿Qué? —Claire salió corriendo a la calzada, como si de alguna manera pudiera ver la autopista de Maryland desde allí y demostrar que el hombre se equivocaba—. ¿Están bien? Puedo ir hasta allí ahora mismo. No, ¡mierda!, que he bebido un poco. ¿Mi madre y mi padre están bien?

—El camión se ha cruzado en la autopista y ha aplastado la autocaravana de sus padres. Lo siento mucho, Claire… Jim y Sarah Walker han muerto.

Claire

Claire se despertó sobresaltada de algo que era mitad *flashback*, mitad sueño, con la cara mojada por las lágrimas.

«Mamá… Papá…».

Debería haberles pedido que se quedaran más tiempo después de su graduación. Así no habrían estado en la carretera cuando aquel camionero perdió el control. Así seguirían vivos.

Si los hubiera acompañado al cine, como ellos querían, sus planes habrían cambiado lo justo. La habían invitado, igual que Matías le había pedido que fuera con él a España. Y en ambas ocasiones ella había rechazado la invitación…

«¡Ay, por Dios!». Un violento sollozo le sacudió el cuerpo. El adolescente que estaba a su lado frunció el ceño y le preguntó:

—¿Está bien?

Claire negó con la cabeza. Se había quedado sola en el mundo cuando murieron sus padres biológicos, y Jim y Sarah habían aparecido como si fueran unos ángeles para abrirle las puertas de su familia. Pero luego ellos también murieron, y se quedó sola de nuevo. Había encontrado cierto sentido de pertenencia en la Facultad de Derecho y en su trabajo, pero hasta que conoció a Matías no sintió que por fin había vuelto a encontrar un refugio seguro. Y, en ese momento, también podía perderlo a él.

Se le escapó otro sollozo. El adolescente rebuscó en su mochila y sacó un paquete de pañuelos de papel.

—Tenga, señora.

—Gracias —susurró ella mientras aceptaba la compasión que le ofrecían.

—Saludos desde la cabina de mando —dijo la capitana Cheasequah—. Estamos realizando la aproximación final al aeropuerto de Adolfo Suárez Madrid-Barajas y aterrizaremos dentro de unos treinta minutos, por lo que voy a encender la señal para que se abrochen los cinturones. Por favor, permanezcan en sus asientos durante el resto del trayecto y gracias por volar con nosotros por los cielos del mundo.



Claire se bajó del avión con los ojos hinchados y la nariz enrojecida. Se fue a los aseos sin pérdida de tiempo y se echó agua fría en la cara.

«Tengo un aspecto horrible», pensó al ver su reflejo en el espejo. Se le había encrespado el pelo y lo tenía alborotado, se le había deshidratado la piel y le había salido un brote de acné durante el vuelo y también tenía unas bolsas entre grisáceas y moradas debajo de los ojos. Y en ese momento, porque tenía la cabeza hecha un lío por culpa del miedo y la ansiedad, se preguntó: «¿Debería maquillarme para conocer a la familia de Matías?». Al fin y al cabo, solo había hablado con ellos unas cuantas veces a través de Zoom y esa era su única oportunidad de tener una buena primera impresión.

Sin embargo, se miró de nuevo en el espejo y soltó una carcajada, sobresaltando a la pobre mujer que estaba en el lavabo contiguo.

Era imposible arreglar su aspecto. Tenía mala cara porque ¿de qué otra manera podía estar una persona cuando su pareja, con la que casi está comprometida, se encontraba en un coma, con dos de sus

amigos también en estado crítico y otros dos muertos?

Recogió sus maletas y salió del aseo casi arrastrándose. El aeropuerto era un hervidero de viajeros ansiosos por irse de vacaciones, o con destino a alguna reunión de trabajo, o emocionados por reunirse con amigos y familiares. En otra vida, Claire podría haber sido una más, pero ese día lo único que oía era una cacofonía de anuncios en español que no entendía, mezclados con el ruido de una versión de la humanidad que no podía comprender y que esperaba con ilusión lo que estaba por llegar.

Debido a su parada en el aseo, todos los pasajeros de su vuelo la adelantaron en el control de pasaportes, y las colas se doblaban sobre sí mismas varias veces. Se puso la última en la cola con expresión derrotada. La enorme sala estaba muy caldeada y con la humedad por las nubes, porque era verano y, a diferencia de los derrochadores estadounidenses, los europeos no ponían el aire acondicionado al máximo en cuanto el termómetro alcanzaba los veintidós grados. En la sala debieron de alcanzarse por lo menos los treinta y cinco grados cuando entraron todos los viajeros sudorosos.

Sin embargo, por una vez, ella no tenía prisa por salir del aeropuerto. Se quedaría allí, en el control de pasaportes, durante días si eso pudiera ralentizar el tiempo y deshacer la realidad. ¿Cómo era posible que Matías, que rebosaba energía y vitalidad, estuviera inconsciente en una cama de hospital en ese preciso momento? ¿Cómo era posible que alguien así estuviera en silencio, con su creatividad y alegría en pausa, como un programa de televisión, abandonado mientras el resto del mundo seguía adelante?

Claro que acabó llegando al principio de la fila. Le hicieron una foto, le escanearon las huellas dactilares y, cuando el agente de

aduanas le preguntó el motivo de su visita, ella solo fue capaz de susurrar mientras contenía las lágrimas:

—Voy a ver a mi novio y a su familia.

El agente asintió con la cabeza, le selló el pasaporte y le indicó que pasara.

Atravesó la aduana y salió a la sala de llegadas. Allí, un mar de caras la rodeó y el español la golpeó como una ola gigante. Atrás quedaron los anuncios de la auxiliar de vuelo y del piloto en español e inglés. Ya solo se oía el idioma que ella acababa de empezar a estudiar, aunque después de seis meses, solo había llegado al capítulo cuatro de su libro de texto porque el trabajo la mantenía demasiado ocupada.

Sentía los latidos de su corazón en la garganta mientras buscaba entre la multitud a la hermana de Matías, Araceli. «Por favor, que me acuerde de su cara», pensó, porque, de repente, era incapaz de recordar su imagen. Nunca había pensado que así sería su primer encuentro en persona.

Había conductores sosteniendo iPads con los nombres de los pasajeros a los que iban a recoger. Amigos con globos y carteles de ¡Bienvenidos! Gente ansiosa, con los ojos abiertos de par en par, dando saltos y gritando al ver a quienes buscaban.

Y, en ese momento, los vio. Una mujer de treinta y pocos años y un hombre unos diez años más joven, con expresiones tan serias y los ojos tan enrojecidos como los suyos. Araceli y Luis, los hermanos de Matías, permanecían como estatuas sombrías en medio de la animada sala de llegadas.

—Hola —dijo Claire cuando llegó hasta ellos. Araceli la abrazó con fuerza, en silencio. Era una mujer suave y regordeta, y estar entre sus

brazos le resultó reconfortante, aunque solo fuera durante unos segundos—. Gracias por venir a recogerme —siguió después de separarse—. ¿Cómo está?

—Matías está… —Luis titubeó—. Está igual.

Claire cerró los ojos con fuerza durante un momento. Cuando los abrió, encontró el valor para preguntar:

—¿No ha mejorado nada?

Araceli se mordió el labio y negó con la cabeza.

—Tienes que prepararte para verlo, porque… —Se echó a llorar y no pudo continuar.

Luis abrazó a su hermana. Solo tenía veintitrés años, era el benjamín de la familia y todavía tenía el aspecto desgarbado de la juventud, pero tenía el mismo pelo que Matías, negro y ondulado, y aunque sus ojos eran de un marrón oscuro y no dorados como los de su hermano, sí compartían la forma, y el parecido estuvo a punto de dejar también a Claire hecha un mar de lágrimas.

—Matías se rompió treinta y siete huesos —dijo Luis en voz baja—. Iban a ciento ochenta kilómetros por hora cuando chocaron y volcaron. Tiene muchos vendajes. Hay muchas máquinas… Lo siento, no sé cómo se llaman en inglés.

—No pasa nada —replicó, porque todavía no quería saber nada. «Treinta y siete huesos. Coma. Accidente de lancha motora con dos de sus amigos muertos». Solo eso ya era demasiado para asimilar—. ¿Cómo están Leo y Facu? —preguntó.

—Siguen en Valencia, pero también están en la unidad de cuidados intensivos —contestó Araceli, que apartó la cara del pecho de Luis—. Su estado es un poquito mejor que el de Matías. También rezamos por ellos.

—Vamos —dijo Luis, que rodeó a Claire con el otro brazo de forma protectora para guiarla hacia la salida del aeropuerto—. Te llevaremos a ver a Matías.

Araceli

Mientras conducía, Araceli observaba a Claire por el espejo retrovisor. La novia de Matías era más callada de lo que se había imaginado y también más bajita. Él la había descrito como la típica estadounidense que lleva las riendas, una mujer que gestionaba negocios multinacionales y multimillonarios durante el día y que le ordenaba la vida a su hermano por la noche.

«Bien. Necesitas a alguien así», le dijo Araceli a Matías cuando empezaron a salir.

Siempre había sido ella quien mantenía a Matías por el buen camino cuando eran pequeños, y no al revés, aunque él era dos años mayor. Lo descubrió muy pronto, durante su primer día de colegio. Matías la había acompañado orgulloso, se la había presentado a su maestra y luego se había ido a su clase. Sin embargo, su hermano se había dejado todos los libros e incluso los lápices en casa, por lo que el día acabó siendo horrible para él y lo castigaron. Araceli tuvo que quedarse hasta tarde mientras él cumplía su castigo limpiando el aula.

Incluso eso le llevó más tiempo del necesario porque no dejaban de ocurrírsele ideas emocionantes para dibujar y se ponía a garabatear en la pizarra en vez de dejarla impecable. Matías era la personificación de la entropía artística y necesitaba a alguien que lo contuviera. Araceli terminó ayudándolo a poner el aula en orden y llegaron a casa dos horas más tarde de lo esperado. A partir de ese día, decidió asegurarse de que Matías tuviera en la cartera todos los

deberes y el material escolar antes de salir de casa cada mañana.

Formaban una buena pareja. La imponente presencia de Matías en el patio del recreo significaba que a Araceli nunca la acosaban. Y cuando se fue haciendo mayor, significaba que los chicos de su clase la respetaban mucho más porque sabían que un solo comentario que estuviera un poquito fuera de lugar o no fuese del todo caballeroso implicaría que Matías les diera una paliza después de clase.

Al ver a Claire acurrucada en el asiento trasero, Araceli sintió una punzada de afinidad. Las dos eran mujeres que se valían por sí mismas y, sin embargo, habían disfrutado de la seguridad de estar bajo el ala protectora de Matías. También habían compartido el papel de dejarlo ser el genio que era al mismo tiempo que lo ayudaban a centrar su energía.

Y, en ese momento, ambas se sentían impotentes. No podían hacer nada más que retorcerse las manos y rezar.

Araceli apartó la mirada del espejo retrovisor y extendió el brazo por encima de la palanca de cambios para tomar la mano de su otro hermano.

—Todo irá bien —dijo Luis en inglés.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Eso no lo sabes —replicó Claire desde el asiento trasero antes de volver a quedarse en silencio.

Matías

Once meses antes

Matías se paseaba de un lado para otro por la Galería Rose.

—No te preocupes —le dijo Jason, el dueño—. La inauguración de esta noche va a ser un éxito. La cantidad de confirmaciones de asistencia ha sido excelente y tu trabajo es increíble.

Jason parecía seguro de sí mismo. No solo por sus palabras, sino también por su postura, con los hombros echados hacia atrás y relajados, y su sonrisa natural. Parte del éxito de Matías como pintor se debía a su capacidad para comprender hasta el más mínimo detalle de la forma humana y su significado: una arruguita en las comisuras de los labios, un ligero ensanchamiento de las fosas nasales, una tenue marca de mordisco en forma de media luna en un nudillo. Y lo que veía en Jason en ese momento era una tranquila confianza.

«Por lo menos uno de los dos se siente así», pensó mientras observaba el espacioso interior de la galería. Dentro de media hora, se abrirían las puertas y entrarían desconocidos para juzgar su obra con el acompañamiento de las burbujas del champán y un grupo de música español. Por supuesto, ya había llevado a cabo exposiciones en galerías con anterioridad, pero entre el público desconocido siempre veía las sonrisas de sus familiares. El clan De León en Madrid era numeroso y sociable, y siempre lo apoyaba, por lo que no solo sus padres y sus hermanos iban a todas las inauguraciones,

sino también su *abuela* y un montón de tías, tíos o primos. Por no hablar de sus amigos de la escuela de arte.

Sin embargo, allí, en Nueva York, era… nuevo. Se acababa de mudar a su apartamento (su única silla de momento era un cubo de pintura del revés) y esa misma mañana había recibido la llave de su despacho en la Academia de las Artes de Nueva York. No conocía a nadie, salvo los contactos profesionales con los que había estado intercambiando mensajes de correo electrónico antes de llegar, la gente de la administración de la universidad y Jason, aquí, en la Galería Rose. Y nadie lo conocía a él.

—¿Te importa si hago una llamadita rápida? —le preguntó a Jason.

—Claro que no —contestó él con un gesto cordial de la mano—. De todos modos, tengo que comprobar algunas cosas de última hora antes de que abramos las puertas.

Mientras Jason se alejaba hacia la parte delantera de la galería, donde el grupo y los camareros estaban preparándolo todo, Matías llamó a su hermana. Era medianoche, pero Araceli contestaría. Sabía lo nervioso que estaría antes de la exposición.

Araceli descolgó al primer tono.

—*Lo harás bien* —dijo ella sin preámbulos.

—Siento llamarte tan tarde —replicó Matías. Le reconfortaba hablar en español.

—Todavía no me he dormido —dijo Araceli—. Hace nada que he terminado de cenar.

Matías sonrió por ese recordatorio de su hogar. El horario de la cena en Estados Unidos lo había sorprendido un poco. En España, no se sentaba a comer hasta las diez de la noche, y casi siempre era con sus amigos o con su familia, por lo que la comida no terminaba

hasta las once y media. En Nueva York, muchos restaurantes cerraban a las diez, y los que cerraban a las once dejaban claro que no les gustaba que los clientes entraran por la puerta a la que habría sido una hora normal para cenar en España.

—¿Cómo es la galería? —le preguntó Araceli.

—Te mando una foto. —Matías hizo una foto de la pared más cercana, en la que colgaban dos de sus obras más grandes. Le mandó esa y otra del escaparate de la galería a su hermana.

—¡Oh, es preciosa! —dijo ella con voz cantarina—. Tu cuadro del horizonte de Nueva York es impresionante. Seguro que atraerá a los transeúntes.

—¿Crees que alguien comprará algo esta noche? —preguntó Matías, que se puso a pasear de un lado para otro de nuevo.

—Yo creo que sí —le contestó Araceli—. Pero tampoco importa. Esta noche solo es la inauguración; es tu entrada en el mundo del arte neoyorquino. La gente te conocerá y, aunque hoy no compren nada, tu obra es tan impactante que permanecerá en sus mentes mucho después de que termine la fiesta, se lo contarán a sus amigos y más gente irá a la galería durante el horario habitual, y te convertirás en una estrella, Matías. Así que no te preocupes. Esta noche no es el final. Esta noche es un comienzo.

—Esta noche es un comienzo —repitió él.

—Sí —convino Araceli mientras bostezaba—. Te quiero y eres increíble, ¿vale? Ahora ve a impresionar a esos estadounidenses, *hermanito.*

Dos horas después, se le habían marcado los hoyuelos de tanto

sonreír, pero no es que fuera realmente un problema. La asistencia, tal como Jason le había prometido, era excelente, aunque la mitad de los invitados no entenderían del todo el trabajo de Matías.

—¡Es muy divertido! —le dijo efusivamente una mujer de unos cincuenta años, mientras su grupo de amigas murmuraba en señal de acuerdo.

—Tus cuadros me recuerdan a la revista *Highlights* —añadió otra de las mujeres.

—Lo siento —dijo Matías—. No me suena esa revista.

—¡Ah, claro, por supuesto! —exclamó ella—. Seguramente no la publiquen en España. Es una revista muy popular para niños. Cada número incluye un juego de imágenes ocultas, que parecen ilustraciones normales, pero que siempre tienen dibujos extravagantes e inesperados. Por ejemplo, puede ser una escena de dos niños jugando a un videojuego delante de la televisión, pero cuando te fijas bien, descubres que la niña tiene el contorno de una espátula dibujado en el pelo o que los cables que hay sobre la alfombra se enroscan hasta formar un pulpo. ¡Era una de mis cosas favoritas de la revista cuando era niña!

—Parece… simpático —replicó Matías, con una sonrisa un poco más forzada.

—Igual que tú —dijo otra de las mujeres—. Estoy segura de que todos los que están aquí estarían encantados de llevarte a casa después de esta fiesta.

Matías se rio por educación.

—Bueno, por desgracia para esas personas, lo único que alguno de los presentes va a llevarse a casa de esta galería son mis cuadros.

Las mujeres soltaron risillas, pero, por lo menos, eso las llevó a

puntuar sus obras.

Era una conversación en la que Matías no quería participar, porque ningún artista quiere oír cómo se califica su trabajo según una escala. Ponía todo su empeño en cada cuadro, y todos eran distintos. Por supuesto, los mecenas podían tener sus opiniones, pero él no necesitaba oírlas.

Por suerte, Jason le estaba haciendo señas desde la puerta principal.

—Ha sido un placer charlar con todas ustedes —le dijo Matías al grupo de mujeres—, pero el dueño de la galería me está llamando, así que me temo que debo marcharme. Espero que disfruten del resto de la velada.

Se abrió paso entre la multitud, que era más densa en esa parte de la galería porque estaba cerca del bar y del grupo. La mayoría de los invitados ya había recorrido los pasillos mirando sus cuadros y, a esas alturas, se limitaba a disfrutar de las bebidas gratis.

Un chico joven se puso a hablarle a gritos a su compañero, un rubio de veintitantos años, para hacerse oír por encima de la música flamenca, justo delante de él.

—La elección del artista por parte de la galería es una sorpresa. El realismo clásico está pasadísimo de moda.

—A lo mejor el dueño está intentando ser atrevido —sugirió el otro hombre.

—O estúpido —replicó el primero—. Nadie va a comprar esta mierda anticuada. El arte abstracto es mucho más elevado.

El segundo hombre vio a Matías y se quedó paralizado. Luego dijo, como si siguiera conversando:

—¡Ay, cariño, qué gracioso eres cuando te pones sarcástico! Oye,

¿por qué no vamos a por otra copa? —Y le susurró algo de forma apresurada a su acompañante antes de echar a andar hacia la barra.

Matías se limitó a encogerse de hombros. Estaba más que familiarizado con la difícil tarea de pintar con un estilo clásico, aunque le añadiera un elemento imaginativo. Lo que decían no era del todo incorrecto; los gustos globales se inclinaban hacia lo contemporáneo. Pero, como siempre le decía su madre, Soledad: «Así es como destacas, Mati. Porque eres diferente al resto».

Su arte no era para todo el mundo. Matías solo tenía que encontrar el tipo de persona que lo apreciara, que entendiera lo que intentaba decir.

Los músicos terminaron su canción y, mientras el público aplaudía, la multitud se abrió.

Allí, delante de él, estaba Jason, junto a una mujer con una blusa blanca y una falda de tubo de color beis. Llevaba el pelo castaño peinado en un pulcro moño, con unos cuantos mechones sueltos que le enmarcaban la cara como una cinta de raso. Su sitio parecía más entre los sagrados pasillos de una biblioteca universitaria que en la extravagante inauguración en una galería en pleno apogeo.

Destacaba porque era distinta del resto.

—Matías de León —dijo Jason—, me gustaría presentarte a una amiga, Claire Walker.

—*Un placer* —dijo Matías en español, antes de repetirlo en inglés e inclinarse un poco mientras le tendía la mano.

Claire abrió la boca, pero no le salieron las palabras.

Yolanda, la mujer de Jason, salió de la multitud con dos copas en las manos. Pero cuando vio a Claire allí de pie (y lo miró a él para comprobar cómo se encontraba, algo que no le pasó desapercibido),

le guiñó un ojo a Jason y dijo:

—¿Y si Matías acompaña a Claire por la exposición y le hace un recorrido personal por algunas de sus pinturas en la parte posterior? En fin, por eso de que ha llegado tarde y se ha perdido el discurso de inauguración.

—¡Qué buena idea! —exclamó Jason. Con delicadeza, guio a Claire y a Matías a través de la multitud de invitados y los dejó cerca del pasillo que los adentraría más en la galería. Pero, antes de marcharse, Jason se inclinó hacia Matías y le dijo—: Lo siento. Hazle el favor a mi esposa. Es su mejor amiga. —Y, luego, Yolanda y él desaparecieron entre la multitud.

Claire se rio por lo bajo de un modo que le indicó a Matías que seguramente creía que no iba a oírla. Sin embargo, y aunque no lo hubiera hecho, habría sabido que estaba nerviosa solo por su forma de morderse con disimulo el labio inferior (clavándose los dientes, pero solo un poquito, en la parte interna de esa boca rosada y carnosa) y por el ligero rubor en la base del cuello, justo donde descansaba un sencillo collar de perlas. Era todo lo contrario a las mujeres de antes, que querían llevárselo a casa y devorarlo.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir esta noche —dijo Matías mientras se adentraban más en la Galería Rose. Por supuesto, no sabía nada de ella salvo que era amiga de Yolanda, y lo poco que podía interpretar de su lenguaje corporal, pero sí sabía que no quería que Claire estuviera nerviosa.

—¿De verdad? ¿Por qué? —le preguntó ella, sin cortarse ni un pelo.

—Me preocupaba que no asistiera nadie a la inauguración de mi exposición —contestó Matías con sinceridad. No le gustaban los

hombres que proyectaban una fachada de falso valor; prefería dejarse llevar por el corazón, tanto en su arte como en su vida—. Pero Jason ha hecho un trabajo maravilloso. ¿Te lo estás pasando bien?

—Hasta llegar aquí, no.

Su descaro lo tomó desprevenido, y sonrió. Ahí estaba ella. Había sospechado nada más verla que Claire no era de las calladas. Tal vez su sitio estuviera más en una biblioteca universitaria que en la inauguración de una exposición, pero no tenía el carácter para ser un reservado ratón de biblioteca. Se parecía más a una joven profesora que se sabía una estrella en ciernes. Era una mujer consciente de su propio potencial, pero no se lo restregaba a nadie… Quizá porque comprendía que el talento por sí solo no conseguía garantizar el éxito.

Matías siguió caminando hasta la pared del fondo de la galería. Solo había otros dos invitados más en ese pasillo, por lo que Claire y él tenían esa parte de la exposición para los dos solos. Le sacaba una cabeza, y cuando le llegaron las notas del ligero aroma cítrico de su champú, se quedó sin aliento.

Naranja de Sevilla.

Como las famosas naranjas de su hogar, España.

El corazón empezó a latirle un poco más rápido y, durante unos segundos, olvidó cómo habían llegado a estar solos allí. Pero luego recordó que Yolanda intentaba emparejarlos y que debía hablarle de sus cuadros a Claire.

Sin embargo, tuvo la sensación de que empezaba a olvidar todo el inglés que sabía. Una cosa muy rara, porque llevaba casi treinta años hablándolo con fluidez.

Carraspeó antes de hablar.

—Mmm… Jason me pidió que preparara un discurso para esta noche, aunque no me gusta mucho hablar de mi trabajo. Todo lo que tengo que decir lo vuelco en mi arte, ¿sabes? Así que, por favor. —Señaló con la mano los cuadros que colgaban a su alrededor.

¿Había sido demasiado torpe? Se suponía que debía ser el guía de Claire y se había embarcado en esa aventura para que ella no se sintiera nerviosa, pero acababa de sumergirla en su obra sin darle una explicación sobre el realismo clásico y sin ni siquiera ofrecerle un resumen de sus años formativos.

Claro que, tal como había supuesto, Claire no era tímida, el problema era que no estaba acostumbrada al mundo del arte. Mientras la veía absorber su trabajo (tomándose su tiempo con cada obra y valorándola como se merecía), se dio cuenta de que había acertado al dejarla explorar sus cuadros sin la carga de sus comentarios.

Y vio el instante en el que Claire descubrió la magia de cada pieza. No se reía a carcajadas ni la señalaba como casi todos los demás habían hecho esa noche. Más bien, se limitaba a sonreír en silencio y guardaba el detalle en su interior un momento, como si le estuviera dando vueltas en la cabeza o contemplara no solo la imagen, sino también el porqué de su existencia.

Sin embargo, cuando llegaron al cuadro del monje que ofrecía el planeta Tierra dentro de una cáscara de naranja, Claire no pudo contener su reacción.

—¡Dios mío, Matías! —susurró. Y con esas tres palabras, supo que había entendido todo lo que él intentaba decir.

Matías sonrió en ese momento, una sonrisa más radiante que

cualquiera de las que había esbozado esa noche, y ni siquiera fue forzada.

«Esta noche es un comienzo».

Claire

El ambiente del hospital estaba sobrecargado por el constante pitido de las máquinas y el olor del antiséptico, además de los pasos amortiguados de los médicos con sus fundas estériles sobre el calzado y la neblina de la preocupación de los pacientes y del miedo de los familiares. A Claire se le encogió el pecho nada más entrar.

Cuando el camión arrolló a sus padres, murieron en el acto. Ni siquiera había podido verlos en el hospital, porque no tuvieron posibilidad alguna de sobrevivir. Había deseado en muchas ocasiones tener la oportunidad de despedirse por lo menos, pero en ese momento, estando allí, en esa situación, no lo tenía muy claro. No sabía si era peor recibir la mala noticia de golpe o que se filtrara poco a poco como la tortura de la gota de agua, sin saber cómo ni cuándo iba a terminar.

Siguió a Araceli y a Luis por los pasillos, dejando atrás carteles en español que no comprendía y habitaciones llenas de la pesada carga de la espera. Había pasillos y pasillos llenos de habitaciones con pacientes y, de vez en cuando, una sala de enfermeras. Tenía la sensación de que estaban caminando a cámara lenta por los círculos del infierno de Dante; el trayecto era interminable. En realidad, solo tuvieron que cruzar tres plantas y cuatro salas antes de llegar a la de Matías.

En cuanto Araceli, Luis y ella atravesaron las puertas dobles, los De León se le echaron encima. Toda la familia vivía en Madrid, y todos sus miembros estaban allí, en el hospital. Se congregaron a su

alrededor en un abrazo colectivo y empezaron a hablar todos a la vez en una tormenta de español.

—*¡Ay, pobrecita!*

—*Claire, cielo…*

—*He estado muy preocupado por Matías, pero ahora estás aquí y espero que…*

Se sentía impotente, incapaz de comprender el torrente de emociones. ¿Por qué no le había dado más prioridad a aprender el idioma de la familia de Matías?

Claro que llevaban juntos menos de un año. No había tenido tiempo suficiente para estudiar español. Para conocer a su familia como era debido. Para analizar su vida y decidir si de verdad quería casarse con él. Si su conexión era real o solo una ilusión.

Una mujer idéntica a Araceli, pero con más arrugas, le tomó la cara entre las manos. Era Soledad, la madre de Matías.

—*Corazón mío…* —Eso también lo entendía, era una expresión que había aprendido de Matías—: Eres fuerte. Puedes hacerlo.

—¿Pu-puedo verlo? —preguntó Claire, con un hilo de voz.

—Está descansando —contestó uno de los muchos primos, en inglés.

—La enfermera ha dicho que nada de visitas —dijo otro.

La negativa fue demasiado. A Claire le flaquearon las rodillas. Casi se cayó al suelo, pero Luis la sujetó por los brazos.

—Me da igual lo que haya dicho la enfermera —dijo Soledad—. Claire no es una «visita» normal. *Va a ser la esposa de Matías.*

Claire sabía lo suficiente de español como para entender esa frase.

Así que sí les había contado sus planes de proponerle matrimonio, aunque no parecían estar al tanto de que ella lo sabía. De lo

contrario, Soledad no habría dicho esa parte en español y la habría mantenido en secreto.

Sin embargo, a esas alturas no sabía si Matías viviría lo suficiente como para convertirse en su esposa, con independencia de lo que ella sintiera al respecto.

Debió de escapársele un gemido, porque Araceli se acercó y la abrazó de nuevo.

Soledad se dirigió a la sala de enfermeras y empezó a hablar con ellas en voz baja, señalando a Claire de vez en cuando.

Un minuto después, Claire estaba de pie delante de la puerta cerrada de la habitación de Matías.

Con miedo de abrirla.

—*Entra* —le dijo Soledad en español, y luego lo repitió en inglés—: Entra, Matías te necesita.



Claire no sabía que alguien pudiera tener tantas vías, tantos tubos, tantos vendajes y tantas escayolas puestas. Después del accidente, habían operado a Matías de urgencia para detener la hemorragia interna y, en ese momento, estaba conectado a nueve monitores distintos: uno para controlar su respiración, otro para su frecuencia cardíaca y un conjunto de paneles que le administraban un sinfín de medicamentos. Tenía una sonda de alimentación y un catéter. La poca piel que se le veía estaba hinchada y cubierta de magulladuras tan moradas que casi parecían negras. Le habían afeitado parte de la cabeza para acceder al cráneo.

—¡Ay, Matías! —La poca coraza que le quedaba a esas alturas cayó al suelo de la habitación del hospital, y se desplomó junto a su cama

mientras lloraba—. Por favor, no te mueras. Por favor, aguanta. Estoy aquí… ¿Me oyes? Estoy aquí.

Ni siquiera podía tomarlo de la mano, porque la tenía cubierta de esparadrapo, cables y una vía intravenosa. No había ninguna parte de él que pudiera tocar: ni su pelo por debajo de la férula que le inmovilizaba la cabeza, ni su mejilla maltrecha y llena de rasguños, ni esa parte musculosa de su cuello sobre la que le gustaba acurrucarse cuando estaba asustada o estresada.

¿Y si nunca despertaba?

¿Y si lo hacía, pero quedaba con una lesión permanente? ¿Y si no podía pintar, si no podía jugar en su liga de voleibol los fines de semana o bucear con sus amigos? Si no podía participar en todas sus aficiones, y en la vida misma, que tanto amaba…, ¿cómo iba a sobrevivir?

¿Y si se recuperaba, pero le guardaba rencor por no haberlo acompañado a España? Sabía que era una idea irracional, que él no podía culparla por el accidente de la lancha ni porque se estuviese llevando la fusión en la que ella trabajaba en ese momento.

Claro que tampoco podía evitar pensar que, de alguna manera, siempre era culpa suya. Como con sus padres… ¿Y si los hubiera acompañado al cine aquella tarde? Porque entonces habrían estado en el cine con ella y no donde el tráiler había quedado cruzado en la carretera…

Si hubiera acompañado a Matías a España, él no se habría embarcado en aventuras arriesgadas con sus amigos. No habría acabado en una lancha, porque ella se mareaba con el vaivén de las olas. Y Matías, Facu y Leo estarían bien en ese preciso momento, y Diego y Carlos seguirían vivos, y, y, y…

Las lágrimas brotaban más deprisa a esas alturas.

—No quiero hacer esto sin ti, Matías. Vuelve conmigo, ¿sí? Por favor.

La cánula de oxígeno siguió silbando. El panel de monitores no dejó de pitar. Nada cambió.

—Te quiero, Matías. Vuelve. Te estaré esperando.

Matías

Once meses antes

Matías sonreía en la cocina mientras olía el tomate maduro que tenía en la mano. Conocer a Claire la noche anterior había sido lo más destacado e inesperado de su inauguración en la galería. La exposición en sí había sido una mezcla de emociones, como siempre que organizaba una muestra: el estrés de compartir su trabajo con un nuevo público y la emoción de mezclarse con los amantes del arte; la euforia de una venta; la decepción de los comentarios altivos sobre su estilo. Pero el breve momento que había pasado con Claire había sido pura alegría.

Ella captaba su esencia.

Y había aceptado cenar con él. Llevaba años sin quedar con una chica (su última relación había sido bastante larga y había terminado hacía poco) y no sabía si había diferencias entre Estados Unidos y España a la hora de hacer las cosas, pero una cosa sí tenía clara: la comida era un lenguaje universal.

Así que se había pasado toda la mañana y la primera parte de la tarde visitando diferentes tiendas de Nueva York. Había visitado cuatro queserías distintas para probar sus productos antes de volver a Murray's en busca del queso manchego que más se pareciera a su preferido en casa; con notas de nuez y un toque picante, y con la textura perfecta. Luego había echado un vistazo a Despaña en busca de aceitunas y de almendras marcona, y había estado charlando un

rato en un mercadillo de frutas y verduras ecológicas, tomándose su tiempo para hablar con cada uno de los agricultores para saber de dónde eran, qué cultivaban y por qué. Era lo que le habían enseñado su madre, Soledad, y su *abuelita*, Gloria. Las comidas no eran solo alimento, eran cartas de amor al sol y a la tierra en la que se cultivaban las verduras, a los agricultores que cuidaban la fruta y a los productores que prensaban el aceite de oliva y, sobre todo, a las personas a las que se les servía la comida. Si ponías amor y cariño en tu cocina, se notaba en cada bocado.

No se diferenciaba mucho de su forma de abordar la pintura.

Echó un vistazo al cuaderno abierto sobre la encimera, una recopilación de recetas familiares que su madre le había preparado antes de mudarse al extranjero. Le preocupaba que sintiera nostalgia, sobre todo por no poder asistir a las cenas familiares de los sábados, así que ella y su *abuelita* habían escrito a mano con mucho esmero más de un centenar de las recetas favoritas de los De León. Araceli había plastificado cada receta para protegerlas, ya que su personalidad en la cocina se podía describir como la de un chef caótico, y luego las había encuadernado todas juntas para que no perdiera ninguna.

Estaba preparando *empanadillas de atún con sofrito*. Ya tenía las empanadillas con forma de media luna en el horno (algunas familias las freían, pero la suya siempre las había horneado) y, en ese momento, estaba preparando la salsa de tomate, cebolla, ajo y pimiento. Las cebollas ya se estaban dorando en la sartén con aceite de oliva español, de modo que inundaban el apartamento con su rico aroma mientras troceaba los tomates.

Gracias al mundo del arte, sabía que las primeras impresiones eran

muy importantes, así que estaba poniendo todo su empeño en cocinar para Claire.

Esperaba que esa cena le revelara tanto sobre él como lo hicieron sus cuadros la noche anterior, y que le gustase lo que esos sabores transmitían.



El mundo de Claire era muy distinto del suyo. Dentro de la torre de acero y cristal había toda una industria de la que Matías no sabía nada: abogados corporativos de alto nivel que ayudaban a impulsar la economía mundial. Mientras él creaba obras de arte de una en una, Claire y sus colegas ayudaban a crear nuevas empresas y a cerrar acuerdos históricos para todo tipo de proyectos, desde tecnología eólica de vanguardia hasta piscifactorías, fusiones de hoteles de lujo o derechos de distribución de cerveza para la Super Bowl.

«Increíble», pensó mientras Claire lo guiaba por las oficinas de Windsor & Black. La mujer que lo guiaba tenía el poder de cambiar cómo funcionaba el mundo, solo con sus palabras.

Lo llevó a la biblioteca jurídica, donde dijo que tendrían más espacio para extender la cena que él había llevado. Claire escaneó su tarjeta de identificación en la puerta de cristal de doble hoja. Matías la sostuvo para que pasara, y ella se quedó parada un momento mientras lo miraba y sonreía.

—Hace mucho tiempo que nadie me abre la puerta —dijo—. Es muy agradable.

—Necesitas que te mimen más —replicó él.

Claire soltó una carcajada y encendió las luces de la biblioteca.

—En realidad, no. Solo tienes que ver dónde trabajo.

—¡Guau! —A su alrededor había relucientes columnas de mármol y un sinfín de estanterías de roble pulido llenas de preciosos tomos encuadernados en cuero. Vio un mostrador circular, supuso que para los bibliotecarios, y sobre él, en la pared y con letras doradas, se podía leer una cita de Jorge Luis Borges: «Siempre imaginé que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca».

Claire meneó la cabeza, aunque seguía sonriendo.

—No estoy segura de que esa cita se aplique a una biblioteca jurídica… Pero la verdad es que me gusta.

—A mí también me gusta —coincidió Matías, pero no estaba mirando la cita, sino a ella. Al igual que la noche anterior, mientras examinaba sus cuadros, había mucho detrás de esos ojos. Su inteligencia era palpable, y quería conocer cada uno de sus pensamientos.

—En fin —dijo Claire—, vamos a adentrarnos más. Al fondo, hay unas mesas donde podemos sentarnos y cenar como es debido. Habría sido horrible intentar comer entre todos los montones de documentos que hay en mi despacho. —Enfiló un pasillo situado a la derecha, pero antes de salir del vestíbulo, apagó las luces—. Para ahorrar en la factura de la luz —le explicó al verlo mirar por encima del hombro hacia la zona a oscuras que habían dejado atrás.

Le gustó que ella se preocupase, aunque fuera la empresa la que pagaba la luz.

Cuando Claire encontró la mesa perfecta en un rincón al fondo de la biblioteca, él vació la bolsa y la nevera portátil que había llevado consigo. Sacó un mantel que su hermano Luis le había dado como regalo de bienvenida a Nueva York. Un juego de platos y de

cubiertos, que pareció sorprender a Claire, seguramente porque estaba acostumbrada a comer en platos de papel o en recipientes de plástico desechables. Y, por supuesto, la comida: una ensalada ácida de manzana con el delicioso queso manchego, las empanadillas y el sofrito.

Claire comía con la misma expresividad silenciosa que él estaba empezando a adorar. Daba un bocado, cerraba los ojos para dejar que los sabores se deslizaran por su boca, tragaba y después una sonrisilla aparecía en su cara.

—Es imposible comparar esta ensalada con la de la cafetería —dijo ella.

—Eso espero —replicó Matías con una sonrisa. Le gustaba su comida. Estaba seguro de que Claire era capaz de saborear la pasión que había puesto al prepararla. Y pensó que quizá él también le gustaba.

Claire le preguntó sobre la pintura y España, pero en su opinión ya habían hablado mucho de su trabajo la noche anterior en la galería, así que le preguntó sobre su vida y su trabajo. Se mostró entusiasmada mientras le hablaba del subidón de orquestar acuerdos multinacionales, de reunir equipos de diferentes empresas y países. Él también entendía su entusiasmo por el trabajo, esa emoción de perderse en algo apasionante.

Sin embargo, mientras comían las empanadillas de atún, Claire pareció perder el hilo de lo que estaba diciendo. Se quedó inmóvil un momento, mirándole fijamente los labios. El pequeño hueco de la base de su garganta adquirió un rosa más intenso.

Matías se limpió la salsa de tomate que tenía en una de las comisuras de los labios.

La vio tomar aire con brusquedad antes de salir de ese trance momentáneo y luego frunció el ceño, como si estuviera discutiendo consigo misma. El rubor se le extendió por el cuello y floreció en sus mejillas.

«Sí. Le gusto», pensó Matías.

Le había prometido que solo le robaría media hora de su noche, ya que a Claire todavía le quedaba mucho trabajo por delante, pero le iba a costar marcharse.

Cuando le explicó lo que era el postre y le dio de comer el dulce de almendras con una cuchara, ella gimió. Acto seguido, se mordió el labio, reflexionó durante un segundo y, antes de apartar los platos que tenía delante, se subió a la mesa y lo besó.

Sabía a azúcar y a calor, a almendras y a anhelo.

La sentó sobre su regazo y la besó con más pasión, separándole los labios para rozarle la lengua con la suya. Y eso le habría bastado, abrazarla allí, sentir su cuerpo contra él, mientras el placer de la comida que le había preparado corría por las venas de Claire.

Sin embargo, ella se subió la falda hasta los muslos y se pegó con más insistencia contra él.

—Hazme tuya —susurró.

«¡Por Dios!».

—¿Estás segura? —le preguntó Matías, porque, aunque estaba dolorido bajo ella, Claire no le parecía la clase de mujer que hacía el amor en un lugar público, por más que dicho lugar fuera un rincón apartado de una biblioteca cerrada al público.

—Hay personas por las que vale la pena romper las reglas —respondió ella.

La levantó con un rápido movimiento y la tumbó sobre la mullida

moqueta entre las estanterías. La ropa voló por los aires y, durante la siguiente hora, hicieron el amor con tal pasión que a Matías le sorprendió que las páginas de los libros no se incendiaran.

Después, la acunó contra él, con el cuerpo y la mente más relajados que nunca desde que llegó a Nueva York.

Ella soltó una risilla nerviosa.

—En fin… Bienvenido a la Gran Manzana. Soy Claire, tu guía turística.

Matías la atrajo hacia él y le besó la coronilla.

—No querría más guía que tú.

Claire

El hotel de Claire era práctico. No era bonito ni nada del otro mundo, pero estaba limpio y se encontraba cerca del hospital, que era lo único que necesitaba de verdad. Las enfermeras habían tenido la amabilidad de permitirle pasar un rato con Matías, pero solo eso, un rato. Luego, con delicadeza, la invitaron a ella y a la familia De León a salir del ala del hospital, asegurándoles que podrían volver a visitarlo al día siguiente durante el horario habitual.

En ese momento, Claire se enfrentaba a una larga tarde y una noche sola. La familia de Matías la había invitado a ir al piso de Araceli, pero, pese a sus buenas intenciones, era demasiado. Araceli y Luis hablaban inglés con fluidez, y los padres de Matías, Soledad y Armando, también lo hablaban bastante bien, pero los demás familiares hablaban principalmente español. Por eso, seguía estando sola, en sentido figurado, incluso en el cálido océano de los abrazos y de la atención de la familia.

Con el único propósito de tener algún tipo de conexión humana, encendió su ordenador portátil para informarles a Yolanda y a sus otros amigos de la empresa, y también a George, su secretario, de que había llegado bien a Madrid.

Mientras esperaba a que se iniciara, Claire levantó las esquinas de las sábanas para comprobar si había chinches. Lo hacía en todos los lugares en los que se alojaba, incluso en los hoteles de cinco estrellas que sus clientes le reservaban durante los viajes de trabajo. Después, satisfecha de que no hubiera bichos, deshizo la maleta. La había

hecho a toda prisa, lo cual era irónico, teniendo en cuenta lo meticulosa que había sido al doblar la ropa de Matías solo unos días antes.

Solo entonces Claire se dio cuenta de que se le había olvidado meter ropa interior.

Le dio una patada a la maleta, ya vacía, como si fuera la culpable por no proporcionarle ropa interior y luego se dejó caer al suelo, con la cabeza entre las manos, y se echó a llorar.

Su portátil, que estaba en la mesa, soltó un pitido.

—Ahora no —dijo antes de seguir sollozando, aunque seguramente fueran sus amigos que la llamaban para ver cómo estaba y esa había sido la razón por la que había encendido el ordenador para empezar.

Pi.

Pi.

Pi.

—¡Más tarde! ¡Por favor!

Se quedó en silencio durante un minuto y la dejaron llorar en paz.

Pi.

Pi.

Pipipipi.

¿Estaba sonando cada vez más fuerte?

PI.

—¡Uf! Muy bien, ya voy, ¡ya voy!

Se pasó una manga por los ojos y sorbió por la nariz, para que se movieran los mocos que se la habían taponado.

«Estoy preciosa», pensó con ironía.

Antes de: «Pero ¿a quién le importa?».

El portátil pitó cuatro veces más.

Gateó hasta la mesa para llegar a él. La moqueta le dejó una sensación pegajosa muy desconcertante en la piel, como a limpiador de tapicerías que no se había secado del todo mezclado con varias décadas de suciedad procedente de las suelas de los zapatos de la gente.

En la pantalla del portátil, vio que el canal de chat interno de Windsor & Black estaba iluminado. No solo había unos cuantos mensajes de sus amigos, sino cientos (no, seguramente miles) de mensajes que no había leído desde que salió corriendo del bufete en mitad de la llamada con Mitch, de Intelligentsia Tech. Las fusiones no se detenían solo porque faltase un engranaje, pero, en su caso, ella era un engranaje importantísimo. El que estaba en el centro de todo. Y eso quería decir que todo el mundo tenía preguntas, porque ella no había tenido la oportunidad de compartir ninguna información antes de dejarlo todo para volar a Madrid.

Claro que a lo mejor el trabajo le sentaba bien. Podría distraerle la mente.

Decidió salir de la habitación y bajar. Quería imponerse unas condiciones para no acabar llorando de nuevo, y estar en público la ayudaría. Detestaba llorar en público; el vuelo había sido bochornoso, al igual que la escena en el hospital, cuando le negaron el acceso a la habitación donde se encontraba Matías. Estaba acostumbrada a mantener su vulnerabilidad bajo llave, y la reciente sobreexposición la hacía sentirse demasiado descarnada.

Así que cerró el ordenador portátil y se dirigió al vestíbulo. Junto a la recepción, la cafetería del hotel tenía muchos asientos libres porque solo abría para el desayuno y el almuerzo y, en ese momento,

eran poco más de las nueve. Se sentó a una mesa con vistas a la calle a través de los ventanales que iban del suelo al techo, todavía inundados por la luz del sol que se ponía poco a poco. Abrió el portátil y se sumergió en la tarea de contestar las preguntas sobre la fusión. Había varios mensajes con «Lo siento mucho» y «Deseo que se recupere pronto» por parte de compañeros que eran conocidos, pero no amigos. George fue quien le reservó el billete de avión mientras ella corría a su casa para hacer el equipaje, así que supuso que, a esas alturas, ya se había corrido la voz por el bufete sobre lo sucedido. Aun así, no les hizo caso a esos mensajes de apoyo y se centró en los puramente prácticos.

¿Cuál es el estado de los puntos pendientes en el Anexo de la declaración de divulgación 5(b)(ii)?

Escribió una respuesta a toda prisa.

El equipo de Freshfields en Londres está haciendo un seguimiento de la cláusula de cesión del contrato de Cunningham y nos informará de las novedades antes del cierre de la jornada laboral del lunes, hora GMT.

Claire, ¿recuerdas en qué quedamos con respecto a la sublicencia de la base de datos «Project Titanium» de Einstein a Sine Wave Enterprises?

Sublicencia de dos años, pero no exclusiva. Ciento cincuenta mil dólares al mes.

No tengo claro que podamos conseguir las apostillas checas a tiempo para cerrar el acuerdo dentro de dos semanas.

Ponte en contacto con Anežka Černý, de la oficina de Praga. Es asistente legal y tiene contactos en el ámbito notarial que pueden acelerar el proceso.

Como era de esperar, sentarse en la cabina de mando y sentir que tenía control sobre algo la ayudó. Allí, en mitad de esa fusión, ella era la titiritera mayor del universo. Comprendía cada detalle. Conocía a todos los actores y los tiempos, así como la forma de esquivar el desastre cuando las cosas se torcían. Había trabajado en suficientes acuerdos a lo largo de su carrera profesional como para anticiparse a los problemas antes de que surgieran, y cuando ocurría algo inesperado, tenía la experiencia necesaria para encontrar una solución. A diferencia de…

Sin querer, sus pensamientos se dirigieron a Matías, que yacía inmóvil y destrozado en el hospital.

Comenzaron a brotarle las lágrimas de los ojos, aunque no tenían permiso para hacerlo. ¡Estaba en público, por favor!

Joder. Joder, joder, ¡joder!

No podía enfrentarse a todo sola. La última vez que pasó por algo así, cuando murieron sus padres, por lo menos seguía viviendo cerca del campus de la universidad y no todo el mundo se había marchado después de la graduación. Tenía los hombros de sus amigos para llorar, gente que le llevaba tarta de chocolate de la tienda abierta las veinticuatro horas en mitad de la noche.

Sin embargo, en ese momento, estaba en un país extranjero, donde no conocía a nadie salvo a los miembros de su futura familia, a los que solo había visto en unas cuantas ocasiones a través de videollamadas. Y ni siquiera podía ir a una pastelería para comprar tarta de chocolate, porque no había aprendido la palabra en español

para hacerlo. No se le ocurrió que podía señalar lo que quería en la vitrina porque… porque…

—Te necesito, Matías —susurró mientras le daba la espalda a la zona de la recepción porque una de las mujeres ya la estaba mirando, preocupada.

Durante casi un año, cada vez que estaba estresada o cuando algo salía mal, había sido Matías quien la tranquilizaba y la hacía sentir segura. Con él, tenía la sensación de que todo se arreglaría, de que cualquier cosa que la estuviera desquiciando tenía solución y sería capaz de encontrarla. Él siempre creía que todo saldría bien, incluso si ese «bien» no se parecía en nada a lo que uno había imaginado.

Sin embargo, la crisis actual era el propio Matías, y él no podía estar a su lado para ayudarla a superar la situación.

Su ordenador volvió a sonar, pero a esas alturas estaba demasiado sumida en el dolor como para que el trabajo la salvara. Cerró de golpe el portátil y apretó los puños, como si pudiera aferrarse a la esperanza y a Matías solo con la fuerza de sus manos.

Se le clavaron las uñas en las palmas.

Empezó a hormiguearle la mano izquierda y, de repente, lo recordó.

A Matías, con los cálidos labios contra su piel.

«Este beso es para que lo guardes hasta que vuelva a casa. Para que puedas llevarme contigo mientras estoy fuera. Si me echas mucho de menos, solo tienes que presionar los labios contra la palma e imaginar que tu beso se encuentra con el mío, y estaré aquí contigo».

A través de las lágrimas, Claire extendió los dedos y se quedó mirando la palma de su mano. Quería pegar los labios a ella y, al

mismo tiempo, pensó en la posibilidad de que eso eliminara el beso. Presa del pánico, cerró la mano, como si así pudiera conservar el beso de Matías, y su cerebro empezó a disparar hipótesis irracionales. «Si Matías muere, ¿me acompañará siempre este beso y podré tenerlo a él para siempre? ¿O va a ser lo último que tendré de él? Y si lo uso, ¿qué me quedará entonces?».

Al final, fue incapaz de resistirse. Le temblaba todo el cuerpo por el anhelo (por la necesidad de contacto con él, por insignificante que fuera) y abrió la mano. Antes de cambiar de idea, posó los labios en el mismo lugar donde habían estado los suyos.

«Matías», pensó.

El mundo entero se estremeció.

Sintió su boca contra la suya, el beso que le había dado con tanta ternura y suavidad, una caricia aterciopelada. El recuerdo de su contacto disolvió su tensión, y sus músculos se relajaron en la seguridad de Matías, en la seguridad de saber que tenía a su compañero al lado, a alguien que la protegía, no porque lo necesitaba, sino porque juntos eran más fuertes.

El tiempo se detuvo, o tal vez retrocedió, porque todo volvía a parecerle seguro, firme y normal. El beso la unió a Matías y, durante ese largo momento, todo fue perfecto.

No quería abrir los ojos. No quería apartar la mano de sus labios y enfrentarse a la dura realidad.

Sin embargo, no le quedó más remedio que hacerlo, porque muy pronto empezó a desvanecerse la sensación de Matías. Se le enfrió la palma, se le secó la boca y se sintió sola.

Con un repentino vacío en el pecho, levantó los párpados a regañadientes.

La puesta de sol estival se reflejaba en las ventanas tintadas de un rascacielos cercano, casi cegándola. Chilló y se dio media vuelta.

Luego, el destello desapareció y, en el lugar que había sido demasiado brillante para mirar solo un segundo antes, estaba… Matías.

Contuvo el aliento.

—No, te lo estás imaginando —se dijo con severidad.

Aunque era él. Lo reconocería en cualquier parte. Esos hombros anchos con la chaqueta azul de loneta y la salpicadura de pintura verde en la manga derecha. El pelo negro y ondulado, siempre alborotado porque se pasaba las manos por él cada vez que veía algo que lo inspiraba, cosa que, dada la curiosidad de Matías, ocurría a menudo.

Y, sobre todo, el brillo de esos ojos dorados, más intensos y hermosos que cualquier puesta de sol española.

Era imposible. Hacía solo un par de horas, lo había visto vendado, magullado y conectado a todas esas máquinas.

Sin embargo, allí estaba. Era él de verdad y estaba sano, sin heridas y vivo, ¡y debía de estar buscándola!

Claire soltó un gritito y salió corriendo hacia la entrada del hotel.

—¡Matías! ¿Qué haces aquí? El hospital… se supone que deberías estar…

Él ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa, como si ella fuera otra de las cosas del mundo que le resultaba fascinante y que podría usar en un futuro cuadro.

—Lo siento —replicó él, y Claire pensó que se desmayaría al volver a oír el tono melodioso de su voz—. ¿Nos conocemos?

Se le tensaron todas las células del cuerpo. No había

reconocimiento alguno en sus ojos. Nada de nada. ¿Estaba alucinando? ¿Estaba viendo a su novio en un desconocido? Pero no, era él, hasta el mínimo detalle, desde su porte hasta su voz.

—So-soy Claire.

—Claire. *Un placer* —dijo en español, antes de repetirlo en inglés—. Matías. —Le regaló una de sus preciosas sonrisas torcidas—. Bueno, ¿qué decías sobre un hospital?

El sol poniente volvió a reflejarse en el rascacielos y el haz de luz atravesó a Matías.

Él seguía allí, pero, durante una fracción de segundo, se volvió transparente.

«¡Dios mío!», pensó Claire. Un fantasma.

Lo que debía significar que…

Matías estaba muerto.

—No… —susurró—. No puedes… Yo…

Y, por segunda vez ese día, le flaquearon las piernas.

Pero, en esa ocasión, no había nadie para atraparla.

Matías

Once meses antes

Para su segunda cita con Claire, Matías quería tomarse las cosas con más calma. No tenía miedo de enamorarse demasiado deprisa (creía en el impulso del destino y no pensaba impedirle a su corazón lanzarse a por ella), pero le daba la impresión de que Claire no estaba acostumbrada al ritmo tan acelerado con el que se había desarrollado la cena en la biblioteca y de que no se sentía cómoda.

De modo que dejó que Claire eligiese el lugar para su segunda cita, y dado que se había designado como su guía (aunque solo fuera una broma), se encontraba en ese momento en Coney Island, porque Claire le dijo que era un rito de iniciación en Nueva York.

—No puedes ser neoyorquino hasta que no has pasado por lo menos un día de verano sudando en las colas de Coney Island, atiborrándote de perritos calientes y gastando demasiado dinero en las casetas de la feria con la errónea creencia de que serás tú quien le gane la partida a la probabilidad —le dijo.

Él la miró con una ceja levantada.

—¿De verdad eso es un rito de iniciación en Nueva York?

Claire sonrió.

—Seguramente no, pero mis compañeras de residencia durante el primer año me obligaron a hacerlo cuando llegué de Florida, así que ahora te lo voy a hacer a ti.

Empezaron en Eldorado Auto Skooter, donde la música sonaba a

todo volumen mientras gente adulta se daba porrazos en los coches de choque. Claire conducía como si intentara ganar el premio a la conductora más prudente, así que Matías decidió perseguirla y empujarla contra otros coches mientras ella se reía y gritaba todo el tiempo, intentando escapar de él.

A continuación, lo llevó a dos puestos de perritos calientes para hacer una degustación: Nathan's Famous y Feltman's.

Matías tuvo que esforzarse por no hacer muecas mientras se los comía.

—¿Esto es… comida?

Claire se echó a reír.

—Es comida sin duda alguna. También es la venganza por los coches de choque.

—Ah, en ese caso… —Apuró lo que quedaba del segundo perrito caliente y lo acompañó con un trago de limonada—. Bueno, ahora me siento completamente estadounidense.

Ella le guiñó un ojo y se colgó de su brazo.

—Bien, ahora que has superado esa parte del rito de iniciación, tengo una recompensa para ti.

—Por favor, dime que no es una montaña rusa. No creo que pueda soportarlo tan pronto después de los perritos calientes.

—Por Dios, no. Nunca me verás en una montaña rusa.

Matías sonrió. Empezaba a entenderla. Conducía su coche de choque con cuidado por el perímetro de la pista. Bocados pequeños y medidos de perrito caliente. Nada de montañas rusas.

—Vale, entonces, ¿adónde vamos? —le preguntó.

—A Coney Island Art Walls —contestó Claire—. Es como un museo al aire libre de arte callejero que cambia cada año.

Eran unos paneles enormes, dispuestos como una galería de arte al aire libre, con la montaña rusa subiendo y bajando a su espalda. Matías soltó un suspiro feliz mientras los contemplaba. Había varios estilos, desde cómics al estilo de Roy Lichtenstein hasta grafitis y una representación abstracta de la vida vista a través de la pantalla de un teléfono. También era emocionante ver a la multitud revoloteando alrededor de cada pieza, a los adolescentes haciéndose selfis y a las familias posando para las fotos de las vacaciones de verano. Por fin entendía por qué Coney Island era una experiencia imprescindible que Claire quería que él viviera. Eso era Nueva York, una ciudad despierta y palpitante, llena de vida.

—Me encanta —dijo—. Gracias.

Ella sonrió.

—De nada. Pero hay otra pared que tienes que ver. —Le tiró del brazo, pero no vio el osito de peluche abandonado en el suelo y tropezó.

Aunque él la sujetó.

Claire levantó la cabeza y sus miradas se encontraron.

Y así fue como Matías supo que se había enamorado por completo, porque ya no necesitaba ver más partes de la galería al aire libre. Le bastaba con mirar a Claire, y era más que suficiente.

Claire

—*Señora… Señora*, ¿me oye?

Claire parpadeó despacio y abrió los ojos, aunque veía borroso porque le estaba dando el sol de lleno. ¿Por qué había tanta luz? Era como si alguien estuviese sosteniendo un espejo delante de una linterna, apuntándola directamente a ella…

¡Oh!

El rascacielos y la puesta de sol. Y el haz de luz que atravesaba a Matías.

Claire gimió y volvió a cerrar los ojos con fuerza.

—Mi compañera está llamando a una ambulancia —le dijo la recepcionista. Estaba arrodillada a su lado, sosteniéndole la mano. La mano que, hasta hacía unos momentos, había recibido el beso de Matías, pero que ya solo era una mano normal—. Se ha golpeado la cabeza al desmayarse. ¿Está…? ¿Cómo se siente?

«Lo siento todo y al mismo tiempo no siento nada», quería decirle. Matías estaba muerto. Todos sus miedos desde que recibió la llamada en su despacho, amplificados por lo que había sufrido al perder a sus padres, acababan de llegar al punto álgido con el peor desenlace posible. Sin embargo, ya había exprimido todas sus emociones durante el vuelo, la visita al hospital y el tiempo a solas en el hotel. De alguna manera, no le quedaba nada dentro.

Así que allí estaba, tirada en el suelo de la entrada del hotel, entumecida. Abrió los ojos y miró la cara de la recepcionista, que había fruncido el ceño por la preocupación, pero no tenía energía

para responder a sus preguntas. Así que volvió la cabeza hacia el fantasma de Matías.

Pero él se había ido.

—¡Espera…! ¡Vuelve! —El dolor la atravesó como un cuchillo, sacándola del entumecimiento con tanta fuerza que se incorporó y se sentó.

—¡*Señora,* debe tumbarse!

Demasiado tarde. Claire ya estaba de pie.

La recepcionista le dijo algo en español a otro empleado del hotel que estaba cerca. El hombre volvió corriendo al interior y regresó con una de las otomanas del vestíbulo.

—Si no quiere tumbarse —le dijo la recepcionista—, déjenos que la ayudemos a estabilizarse.

El empleado del hotel colocó la otomana detrás de Claire para que pudiera sentarse, allí en la entrada de aquel lugar.

—Por favor —le dijo, haciéndole un gesto con ambas manos para que se quedara quieta—. No se mueva. La ambulancia está a punto de llegar.

Claire se quedó mirando el lugar donde había estado Matías.

Los técnicos sanitarios llegaron al cabo de un rato y la llevaron al interior de la ambulancia para examinarla. Allí sentada en la estrecha camilla, le preguntaron en inglés cuándo había comido por última vez, cuánta agua u otros líquidos había bebido ese día y si sentía náuseas. Ella respondió con un lacónico:

—No lo sé, no lo sé, y he sentido náuseas desde que Araceli me llamó por teléfono para darme la noticia del accidente.

Ya se le estaba formando un chichón en la parte posterior de la cabeza, donde se había golpeado contra el suelo, y le examinaron los

ojos en busca de algún indicio de conmoción cerebral. Le preguntaron si la luz le molestaba.

—No, había un fantasma en la luz y quiero que vuelva.

Los técnicos sanitarios no supieron cómo interpretar su respuesta.

—*Señora* —le dijo uno de ellos—, creo que tiene una conmoción cerebral. Nos gustaría ingresarla en el hospital para que pase la noche en observación.

—¿En el Hospital Universitario La Paz? —Allí estaba Matías.

—No, en el Hospital Universitario La Moraleja…

—En ese caso, no. *No, gracias* —dijo Claire en español antes de que el hombre pudiera terminar. Si no se la llevaban al hospital de Matías, no iba a permitir que la ingresaran. Porque si lo hacían, se quedaría atrapada allí. Y necesitaba volver al otro hospital, donde estaba Matías…

Donde Matías estaba muerto.

El dolor la atravesó de nuevo y casi la dobló por la mitad. Pero, en el último instante, se mantuvo firme y se tragó el dolor. Debía mantener la compostura. Era imperativo convencer a los técnicos sanitarios de que estaba bien, de que la dejaran salir de la ambulancia.

—Me siento bien —dijo con lo que esperaba que fuera una sonrisa firme, o por lo menos persuasiva—. Solo necesito agua, una aspirina y comer un poco. Estoy segura de que estoy deshidratada por el vuelo, nada más.

Los técnicos hablaron entre ellos en español, mirándola de reojo cada dos frases. Claire siguió sonriéndoles.

Al final, llegaron a una decisión. El hombre que había estado hablando con ella se hizo con un portapapeles y un formulario, y

rellenó algunos datos.

«¡Joder! —pensó ella—. Me van a ingresar de todas formas».

—Muy bien, *señora* —dijo el técnico sanitario, que se acercó a ella con el portapapeles en la mano—. Este documento confirma que le hemos recomendado atención médica adicional, pero que usted la ha rechazado. Si eso es correcto y sigue sin querer ir al hospital, necesito que firme aquí.

Claire se quedó mirando el formulario, escrito íntegramente en español, durante un segundo. Pero en ese momento comprendió que el hombre le estaba ofreciendo una salida.

—*Gracias*, se lo agradezco mucho, no se arrepentirá, le prometo que beberé mucha agua y que cenaré bien —balbuceó mientras firmaba el documento.

El hombre le dio una copia, le entregó dos cajas de zumo y unos cuantos paquetes de galletas saladas y la ayudó a bajarse de la ambulancia.

—Me quedaré aquí para verla entrar, ¿vale? —le dijo—. Quiero asegurarme de que no se cae de nuevo.

Ella asintió con la cabeza.

—*Muchas gracias*.

Claire introdujo la pajita en el tetrabrik con gestos exagerados y empezó a beberse el zumo mientras regresaba al interior del hotel. La amable recepcionista se apresuró a llevarle el portátil y el maletín, que había dejado en la cafetería.

—Me han dicho que solo necesito comer, beber y descansar —dijo Claire, aunque era mentira.

La recepcionista no necesitaba saber que, seguramente, tenía una conmoción cerebral y que habían querido ingresarla en el hospital.

—Nos tenía preocupados —replicó la mujer.

Claire miró por encima del hombro para ver si la ambulancia ya se había ido, pero los técnicos sanitarios seguían en la entrada, observándola. No podía pedirle a la recepcionista que llamara a un taxi para ir al hospital de Matías. Tendría que subir al ascensor para convencer a los sanitarios de que se iba a descansar a su habitación.

—Tengo zumo y galletas saladas —dijo al tiempo que se lo enseñaba todo a la recepcionista—. Está todo controlado.

La mujer pulsó el botón del ascensor.

Claire bebió un sorbo de zumo.

El ascensor siguió en el tercer piso.

Claire se terminó el zumo.

El ascensor decidió subir en vez de bajar.

La recepcionista sonrió, incómoda.

Claire le sonrió, también incómoda.

—No tiene por qué esperar aquí conmigo si…

—¡No, no! Estaré encantada de llevarle el maletín y el portátil mientras la acompaño hasta su habitación para asegurarme de que está bien.

«Genial», pensó.

Claire abrió un paquete de galletas saladas y mordisqueó una. No tenía ganas de comer nada, pero seguía siendo el centro de atención, con la recepcionista y los técnicos sanitarios mirándola.

El ascensor por fin llegó al vestíbulo y de él salió una avalancha de turistas, preparados para recorrer Madrid en busca de restaurantes y bares.

La recepcionista acompañó a Claire hasta su habitación, como si temiese que pudiera desmayarse de nuevo en cualquier momento.

—De acuerdo, gracias —le dijo ella mientras abría la puerta y le quitaba el portátil y el maletín de las manos.

—Si necesita algo…

—¡Gracias! —repitió Claire, que prácticamente le cerró la puerta en las narices.

Una vez a salvo en el interior de su habitación, se apoyó contra la puerta y se deslizó hasta el suelo. Todo lo que había sucedido la golpeó de repente.

Había visto el fantasma de Matías.

Había hablado con él.

Matías estaba muerto y ella se estaba volviendo loca.

Respiró de forma entrecortada mientras el peso de la pérdida caía de nuevo sobre ella, aplastándola contra la mugrienta moqueta del hotel y comprimiéndole los pulmones hasta que empezó a respirar con dificultad. El pánico le atenazó el corazón, que le latía de forma errática, como un batería que hubiera perdido el control del ritmo, y solo veía la imagen de Matías en la cama del hospital, conectado a todas esas máquinas.

Salvo que, en ese momento, las máquinas estaban en silencio. No había monitores pitando. No había vías administrando medicamentos de forma intravenosa.

Ya no era necesario, porque Matías estaba muerto.

Claire gimió e intentó hundirse más en la moqueta.

No había muerto. Era imposible que se hubiera ido. ¿Cómo iba a apagarse la brillante chispa de Matías como si solo fuera una brasa perdida a la que pisotear?

«No puedo…».

Buscó el móvil en el maletín. Solo quería escuchar su voz una vez

más, o quizá diez veces más, o treinta. Marcaría su número para poder escuchar su buzón de voz, para poder fingir por un momento que seguía vivo, que recibiría el mensaje y la llamaría en cualquier momento.

Abrió la aplicación del teléfono y estaba a punto de marcar su número cuando se le ocurrió algo.

Nadie la había llamado. Si Matías hubiera muerto, Araceli la habría llamado al móvil o al hotel, ¿no? A menos que el fantasma de Matías se le hubiera aparecido justo en el momento de su muerte y el personal del hospital todavía no hubiera tenido tiempo de informar a la familia.

Revisó la lista de llamadas recientes.

No tenía ninguna perdida.

Le temblaban las manos.

«Muy bien, de acuerdo… Que no haya llamadas perdidas es una buena señal», pensó.

¿O no?

Quizá solo estaba alucinando. Al fin y al cabo, no había comido ni bebido mucho desde que salió de Nueva York.

Aunque necesitaba estar segura. Así que marcó el número de la hermana de Matías.

—¿*Diga*? —respondió Araceli antes incluso de que sonara el segundo tono.

—Hola, soy Claire. Yo… —Pero, de repente, no pudo articular palabra. No se atrevió a preguntar si Matías seguía vivo.

—*Hola*, Claire. ¿Estás bien? Quiero decir, dadas las circunstancias.

De fondo, Claire oía el jaleo que estaba formando la familia de Matías. No eran voces alegres, ni mucho menos, porque todos

estaban muy preocupados. Pero tampoco parecían histéricos, y Araceli estaba tranquila.

—Pues… —dijo— me preguntaba si había alguna… no-novedad. Siento molestarte. Es que no puedo llamar al hospital porque mi español es pésimo y…

—Puedes llamarme cuando lo necesites, Claire —replicó Araceli con amabilidad—. Y no, no hay noticias sobre Matías aparte de lo que ya sabíamos cuando salimos del hospital.

Claire se acercó a la ventana y miró hacia la entrada del hotel. La ambulancia ya se había ido y, por supuesto, no había ni rastro del fantasma de Matías.

—Y el personal del hospital llamaría si hubiera algún cambio en el estado de Matías, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí, lo han prometido y lo cumplirán —respondió Araceli.

—De acuerdo —dijo Claire—. Entonces, él está… ¿Podemos suponer que sigue igual?

—¿Seguro que no quieres venir? —le preguntó Araceli—. Quizá te vendría bien no estar sola. Luis puede ir a buscarte.

—No, no, yo… Seguramente necesito dormir. Ya sabes, por el *jet lag* —dijo—. Pero gracias.

—Muy bien. Pero llámame cuando quieras, lo digo en serio.

—Gracias, Araceli.

Claire se dejó caer sobre la cama, aplastando uno de los paquetes de galletas saladas. Matías no estaba muerto. Estaba en coma y eso era terrible, pero seguía vivo, seguía vivo.

Sin embargo, que ella estuviera tan mal como para imaginar su fantasma… la preocupaba.

Se obligó a comerse las galletas rotas y a beberse el otro zumo.

Luego se tomó dos pastillas para dormir, pero no durmió tranquila y estuvo soñando con fusiones, luces de ambulancias y Matías, que despertaba del coma y no la reconocía.

Luis

Cuando Luis no podía dormir, conducía. No solo era una parte importante de su trabajo (era ingeniero de pruebas en Stellantis, donde se diseñaban coches para Fiat y Alfa Romeo, entre otras marcas), sino que también lo reconfortaba. Fue un recién nacido muy inquieto y su padre descubrió que se dormía si lo sentaba en la sillita del coche con el motor en marcha. Cuando creció, se enamoró de las carreras de karts. Nunca llegó a ser lo bastante bueno como para convertirse en piloto profesional, pero cuando llegó a la universidad, descubrió la ingeniería y la posibilidad de convertir el trabajo con coches y su conducción en parte de su carrera profesional.

En ese momento, se dirigía por la autopista hacia Valencia en plena noche, a una velocidad lo bastante rápida como para oír la resistencia del viento, pero no tanto como para resultar imprudente, no después del accidente de lancha de Matías. El viaje de ida y vuelta entre Madrid y Valencia duraría siete horas, pero Luis dominaba el arte de conducir largas distancias gracias a todas las horas que había pasado en los circuitos de carreras a lo largo de los años. Puso su lista de reproducción de música clásica, ralentizó su respiración hasta alcanzar un estado meditativo y no se permitió imaginar el final del viaje, solo la carretera que tenía debajo de las ruedas.

Sin embargo, le estaba costando más de lo normal despejar la mente, por culpa de Matías. Era trece años mayor que él y había sido un hermano diferente. Matías siempre había sido un adulto desde

que él tenía uso de razón. Fue él quien les sugirió a sus padres que lo dejaran probar las carreras de karts. A diferencia del resto de la familia, Luis y Matías compartían la misma intrepidez, y si no hubiera sido por el respaldo constante de su hermano, no tendría la carrera profesional que tenía.

Apretó el volante de una manera muy poco meditativa.

Aunque Matías estuviera ocupado con sus cosas, nunca se olvidaba de los cumpleaños ni del aniversario de sus padres. Contestaba el teléfono cada vez que Araceli o él lo llamaban, sin importar la hora que fuera en Nueva York. Incluso su arte era un regalo, una sonrisa en un mundo que, con demasiada frecuencia, fruncía el ceño.

«Es demasiado bueno para morir», pensó.

—Me prometiste que estarías la primera vez que dirigiera un equipo de diseño para Maserati —dijo en voz alta mientras tomaba una curva y luego una larga recta en su camino hacia Valencia—. Todavía no ha sucedido y, como siempre cumples tus promesas, supongo que eso significa que no puedes morir.

Se imaginó a Matías riéndose de la broma.

Eso lo ayudó a sentirse un poco mejor. No del todo, pero sí lo justo para seguir adelante.

Y eso era lo máximo que podía pedirle a esa noche.

Claire

—Buenos días —dijo Claire mientras subía al coche de Luis por la mañana. El hermano de Matías tenía unas ojeras todavía más oscuras que las del día anterior, y llevaba un enorme termo plateado en el portavasos—. ¿Has dormido algo esta noche?

Luis negó con la cabeza.

—He ido a buscar las cosas de Matías y de sus amigos a la casa de la playa que alquilaron cerca de Valencia.

—¿Está lejos?

—Algunos dirían que sí —respondió Luis—. Pero he aprovechado el viaje para pensar, así que… —No terminó la frase, pero no era necesario.

Claire lo entendió. Muchas veces, tener algo que hacer era mejor que quedarse tumbado en la oscuridad con tus miedos.

—Si el accidente náutico ocurrió tan lejos, ¿por qué está Matías en un hospital de Madrid? —preguntó.

—Porque mis padres tienen una compañera de instituto que trabaja aquí como médico y que ocupa un puesto muy importante —respondió Luis—. Nos ayudó a trasladar a Matías en helicóptero a su hospital.

—Qué suerte tiene Matías —comentó Claire, dándose cuenta nada más pronunciar las palabras de que no tenía ninguna suerte. Estaba en coma. Todavía podía morir—. ¿Y Leo y Facu?

—Están en un hospital en Valencia. Su perro y su gato no dejan de llorar sin ellos y no comen.

A Claire se le llenaron los ojos de lágrimas.

No se atrevía a preguntar por Carlos y Diego, los dos que ya habían fallecido. ¿Cómo estaban llevando la pérdida sus esposas? ¿Y sus hijos? Sus padres nunca volverían a casa.

Luis se hizo con una caja de pañuelos de papel que llevaba en el salpicadero y se la ofreció en silencio.

Se mantuvieron callados durante el resto del trayecto hasta el hospital, ambos sumidos en sus propios pensamientos. Cuando llegaron al aparcamiento, Claire abrió la puerta del coche de inmediato y resistió a duras penas el impulso de correr hacia el hospital y lanzarse sobre el cuerpo inconsciente de Matías.

Sin embargo, Luis abrió primero el maletero, y ella se quedó sin aliento al ver la conocida maleta de Matías, desgastada por los viajes, con los bordes deshilachados y la colorida etiqueta que él había diseñado cuando estudiaba en la escuela de arte, manchada por el paso del tiempo y los viajes internacionales.

—Esta mañana he encontrado una cosa que creo que deberías tener —le dijo Luis, que abrió el bolsillo delantero de la maleta y sacó lo que parecía un pequeño diario con una cubierta de cuero negro liso, con los bordes de las páginas pintados con un estampado de cachemira de colores vivos.

—¿Qué es? —le preguntó Claire.

—No era mi intención fisgar —le aseguró él—, pero estaba en la mesa del salón de la casa que alquilaron, así que tuve que mirar para saber si era de Matías o de alguno de sus amigos. En cuanto vi tu nombre, dejé de leer.

Claire abrió el diario.

La primera entrada tenía fecha de hacía dos semanas.

7 de julio

Querida Claire:

Pronto te pediré que te cases conmigo, así que voy a empezar un proyecto. Este diario será una recopilación de cartas de amor para ti, de escritos y de pensamientos aleatorios sobre nosotros.

El matrimonio es un gran paso, y sé que nuestra relación seguramente ha avanzado a un ritmo más rápido del que tú habrías elegido si estuvieras al mando. Pero espero que nuestro viaje a España, cuando conozcas a mi familia y veas dónde crecí, te ayude a llenar cualquier vacío que necesites resolver para decir que sí cuando te lo proponga.

Con esa esperanza en mente, voy a empezar a escribir en este diario ahora y te lo daré como regalo el día de nuestra boda.

Todavía no estará completo, pero a lo largo de nuestra vida juntos, voy a llenar este y muchos otros, porque nunca habrá suficientes páginas para ti.

M

—Ay, Matías —susurró Claire—. ¡Qué romántico eres!

Estuvo a punto de llorar aliviada al ver a Matías en la cama del hospital. No estaba muerto ni era un fantasma. Por una vez, el pitido de las máquinas no era siniestro, sino más bien tranquilizador. La cánula de oxígeno significaba que todavía respiraba. El monitor que medía su pulso significaba que todavía le latía el corazón. Incluso la sonda gástrica y el catéter indicaban que su cuerpo, en general, seguía funcionando.

Sin embargo, como tenía tantos familiares, las enfermeras tuvieron

que limitar a tres el número de personas que podían estar en la pequeña habitación. Sus padres, Armando y Soledad, habían organizado un sistema de turnos para que los visitantes entraran y salieran. Ella, sin embargo, podía quedarse durante todas las horas de visita si quería, porque tener a su novia cerca seguramente le daría fuerzas a Matías para curarse.

—Esta es tu silla, *corazón* —le dijo Soledad mientras la acompañaba al otro lado de la cama de Matías—. Todo el mundo entiende que está reservada para ti y nadie se sentará en ella.

—*Gracias* —replicó Claire—. Te agradezco que hayas hablado con las enfermeras para que me dejen estar aquí. Pero si yo no estoy, otra persona puede sentarse…

—Tonterías —la interrumpió Soledad—. Esta es tu silla, y Matías lo sabrá, aunque esté inconsciente. Nadie más utilizará este espacio. Es tuyo.

Claire asintió con la cabeza.

—Muy bien. Gracias.

Las personas inteligentes no discuten cuando una madre hace algo para proteger a su hijo.

Sin embargo, el sistema de turnos de Armando y Soledad significaba que nunca estaba sola con Matías, salvo durante los dos minutos entre turnos de visita, cuando un grupo de familiares se marchaba y el siguiente todavía no había llegado. Así que, durante la mayor parte de la mañana, estuvo sentada en la silla y se limitó a observar cómo el pecho de Matías subía y bajaba despacio, mientras varios miembros de la familia se turnaban para hablarle o leerle en español al otro lado de la cama y la miraban con lástima. Le encantaría comunicarse con ellos de otra forma que no fuera

haciendo gestos tristes.

«Si te despiertas —pensó, dirigiéndose a Matías—, te prometo que me esforzaré más en aprender español».

Sin embargo, cayó en la cuenta de que «esforzarse más» era un compromiso a medias. Matías había empezado un diario con la intención de llenar muchos más a lo largo de su vida. Ella era capaz de hacer algo mejor que «esforzarse» para aprender español.

«Aunque no despiertes, aprenderé a hablar español con fluidez, en tu honor. Pero, ¡por Dios!, espero que despiertes».

Más tarde, Armando entró con una anciana menuda y canosa que empujaba un andador. Tenía la cara llena de arrugas y en cuanto le sonrió, Claire descubrió que sus ojos desaparecían por completo entre los profundos pliegues de la piel.

—*Soy la abuela Gloria* —dijo, señalándose a sí misma.

«Abuela» era una de las primeras palabras que Claire había estudiado meses antes, en su lista de vocabulario español. Sin embargo, habría reconocido la palabra porque Matías tenía una pila de cartas de su querida abuela, que le escribía todas las semanas.

—*Novia* —dijo Claire, indicando que era la novia de Matías. No se habían visto antes por videollamada, porque la abuela Gloria no sabía usar Zoom. Era posible que ni siquiera tuviese ordenador—. *Me llamo Claire*.

La abuela Gloria asintió con la cabeza y dijo con su dulce vocecita:

—*Ya lo sé. Matías me ha escrito mucho sobre ti*.

Armando ayudó a su madre, que tenía noventa y dos años, a sentarse en una silla y le dejó el andador al lado, al alcance de la mano.

—Dice que ya sabe quién eres porque Matías te ha mencionado

mucho en sus cartas —le tradujo el padre de Matías.

Claire se mordió el labio. Esperaba que hubiera dicho cosas buenas… y que no hubiera mencionado su estricto sistema de organización de los cubiertos; ni su insistencia en que se usaran posavasos en todas las superficies, incluso en las encimeras que se podían limpiar con facilidad; ni su costumbre de «reorganizar el salón» todas las noches antes de acostarse, enderezando las revistas, guardando los mandos a distancia en el cajón de la mesita del sofá y ahuecando los cojines para que pareciera una exposición de muebles.

Sin embargo, la abuela Gloria ya no estaba pensando en ella. Estaba completamente concentrada en su nieto, que tenía delante, tumbado en la cama.

—*Ay, cielo*…

Armando se sentó a su lado, tomó la mano de su madre y le dijo algo en voz baja en español.

Gloria se quedó quieta y luego asintió con la cabeza.

—Mi madre acostumbraba a cantarles a mis hijos todo el tiempo —le dijo Armando a Claire—. Y como la doctora nos ha dicho que Matías a lo mejor nos oye, se me ha ocurrido que… —La emoción le impidió acabar la frase.

Sin embargo, su madre le apretó la mano, respiró hondo y empezó a cantar.

Su voz era rica y fuerte, algo sorprendente para una mujer tan pequeña y anciana que cuando hablaba parecía susurrar. Claire no entendió ninguna de las palabras, salvo «*Rosa de Madrid*», pero alcanzó a sentir la melodía, ligera y casi juguetona, como una canción interpretada por una antigua estrella de Hollywood.

Cuando terminó, Armando se secó una lágrima y Claire aplaudió

con delicadeza.

Se oyeron más aplausos, más moderados, procedentes del vano de la puerta, donde se encontraban la doctora y Soledad, con Araceli y Luis a su espalda. Claire no se había dado cuenta de que el resto de la familia había entrado, porque estaba muy concentrada mirando a Matías por si daba alguna señal de despertarse durante la canción de su abuela (aunque ni siquiera había pestañeado).

La doctora y todos los demás entraron en fila. Al parecer, el límite de visitas no se aplicaba cuando el médico estaba presente.

—Hola, usted debe de ser la novia de Matías —le dijo la doctora en inglés con la sonrisa tranquilizadora de una profesional acostumbrada a hablar con los seres queridos en situaciones difíciles —. Soy Liliana Rodríguez, la doctora a cargo del cuidado de Matías.

—Gracias por todo lo que ha hecho por él —replicó Claire con voz temblorosa.

—Estamos haciendo todo lo posible. La verdad es que Matías está muy mal.

—Parece peor que ayer —añadió Araceli en voz baja.

—El equipo de Valencia logró detener la hemorragia interna durante la primera serie de operaciones —le explicó la doctora—. Pero el daño ya estaba hecho. El cuerpo de Matías está intentando curarse, pero no puedo garantizar que lo consiga ni que vaya a despertar.

Silencio.

Soledad se echó a llorar. Luis rodeó a su madre con los brazos.

Armando fue el único con la suficiente entereza como para hablar.

—¿Y su actividad cerebral? ¿No nos dijo en el pasillo que se había producido un pico?

—Sí —respondió la doctora Rodríguez—. Ayer, sobre las nueve y veinticinco hubo un aumento repentino en los signos vitales de Matías. La actividad cerebral, la frecuencia cardíaca y la frecuencia respiratoria aumentaron durante un breve período de tiempo.

Claire se enderezó en su silla. Eso fue más o menos a la hora de la puesta de sol.

Cuando vio el fantasma de Matías el día anterior.

—¿Cuánto duró el pico de actividad? —preguntó.

—Aproximadamente un minuto —respondió la doctora—. Luego, todo volvió a la normalidad.

«Un minuto». Ese fue el tiempo que duró su conversación con Matías. ¿Podría estar relacionado de alguna manera el aumento en la actividad de sus signos vitales?

Sin embargo, acabó meneando la cabeza. Era solo una coincidencia que su alucinación se produjera al mismo tiempo que un repunte momentáneo en la frecuencia cardíaca de Matías.

«Vamos, Claire —se dijo—. Eres demasiado racional como para intentar establecer conexiones tan endebles como esa. ¡Por Dios, que eres abogada!».

La doctora Rodríguez comprobó todos los monitores conectados a Matías y revisó de nuevo las notas de su historial. Se quedó y respondió a las preguntas de sus padres, aunque cambiaron al español porque desconocían la mayoría de los términos médicos en inglés. Claire no los culpaba, por supuesto. Les estaba agradecida por haber hablado en inglés hasta ese momento.

Mientras hablaban, ella volvió a mirar la cabeza parcialmente afeitada de Matías, su rostro magullado y arañado. Ya se le notaba mucho la barba. Al cabo de unos días, ya la tendría muy crecida. Sus

preciosos ojos permanecían cerrados.

El que tenía delante era su Matías y, al mismo tiempo, no lo era.

Buscó a tientas el diario que Luis había encontrado en la casa alquilada. Necesitaba conocer los pensamientos más recientes de Matías, las últimas cosas que había querido que ella supiera antes de ese terrible giro de los acontecimientos. Lo abrió por una de las pocas entradas que había.

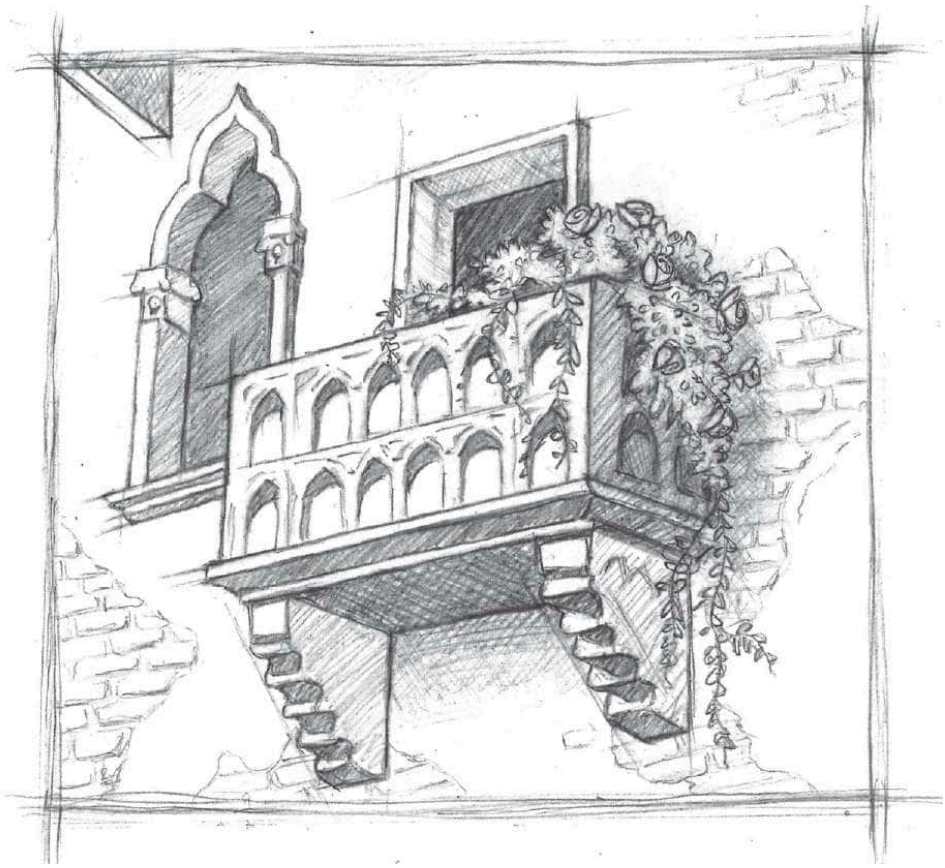
10 de julio

Querida Claire:

No puedo evitar pensar en ti hoy, porque es el día que Romeo y Julieta se conocieron, por lo menos según esa novela que tanto te gusta.

¿Recuerdas que la segunda vez que quedamos me interrogaste sobre el tipo de libros que leía? Todavía me hace gracia lo horrorizada que te quedaste cuando descubriste que, a veces, leo tres novelas diferentes a la vez y que doblo las esquinas de las páginas o dejo abiertos los libros sobre la mesa en vez de usar marcapáginas.

En fin, aquí tienes un dibujo del balcón de Julieta, para conmemorar el 10 de julio.



M

14 de julio

Querida Claire:

No me vas a acompañar a Madrid.

No te voy a mentir. Estoy decepcionado. Quería que conocieras a mi familia en persona, sobre todo a mi madre y a mi padre, a mi querida abuelita, a la mandona de mi hermana y a mi brillante hermanito. Quería presentarte a mis mejores amigos, que crecieron conmigo en el mismo barrio. Y, por supuesto, quería pedirte matrimonio.

Sin embargo, esto a lo mejor es el universo diciéndome que no estaba destinado a ser así, que tal vez haya algo mejor esperándonos.

Así que seré paciente. Porque creo que la espera vale la pena en nuestro caso.

M

17 de julio

Querida Claire:

Hoy es mi primer día completo en Madrid (ayer lo pasé casi todo en el avión, así que no cuenta) y ya te echo de menos.

Sin embargo, mi familia me ha rodeado, lo que ha sido una distracción bienvenida para no añorarte tanto, y mi madre y mi abuelita me han llenado de tanta comida que seguramente podría sobrevivir en hibernación durante todo el verano.

Aunque no hay tiempo para hibernar, porque mañana me voy a la playa con mis amigos para «La Aventura Loca». Así es como Carlos ha bautizado nuestro viaje de chicos, ja, ja.

¡Ojalá estuvieras aquí, churri!

M

20 de julio

Querida Claire:

Mañana, Carlos, Diego, Leo, Facu y yo vamos a navegar en una lancha motora. Creo que no te gustaría nada. Demasiado rápido, demasiado temerario sobre todo con la forma de conducir de Diego, pero será muy divertido.

Ayer fuimos a bucear por la noche. Todo estaba oscuro, Claire, más oscuro de lo que te puedas imaginar. Cuando estás a veinte metros de profundidad en el mar, es sorprendente que ni las luces de las calles ni las estrellas iluminen tu camino.

Solo contábamos con la débil luz de unas linternitas que nos permitían ver las langostas, los pulpos y otras criaturas marinas nocturnas que salían a toda

velocidad de las rocas para nadar entre los corales. ¡Ojalá hubieras podido verlo! Hay todo un mundo diferente bajo la superficie, Claire. Nosotros existimos arriba, a plena luz. Pero es como si ellos vivieran en una dimensión opuesta, debajo del agua, en la más absoluta oscuridad. No pueden comprender nuestra existencia, y a nosotros nos cuesta entender la suya.

Ni siquiera tenemos las palabras adecuadas para describir cómo se mueven los pulpos. Son como el mercurio, líquidos, pero sólidos, cambiantes de un instante a otro.

En la vida he visto nada tan hermoso, salvo tú.

M

Matías

Diez meses antes

Durante sus primeros días en Nueva York, Matías tenía la sensación de que la ciudad era un mundo totalmente distinto a todo lo que había conocido antes, aunque en realidad había llegado desde el otro lado del océano. Madrid también era una metrópolis bulliciosa, pero la personalidad de Nueva York no podía ser más opuesta. Por ejemplo, la actitud hacia la comida. Todavía intentaba entender la costumbre de los neoyorquinos de comer directamente de los envases de comida para llevar delante de sus ordenadores. Y también las prisas: los madrileños se tomaban su tiempo para todo, desde leer un libro debajo de un árbol a media tarde hasta ponerse al día con un amigo o ir de copas. Los neoyorquinos, en cambio, siempre parecían tener un objetivo, una meta.

Le gustaban mucho los habitantes de Nueva York; solo tenía que adaptarse a sus diferencias. Como cuando se reunió con la directora del Departamento de Bellas Artes de la Academia para tomar un café, lo primero que ella le dijo después de sentarse fue: «Me alegro mucho de que hayamos podido vernos. No te preocupes, no voy a quitarte mucho tiempo porque tengo que irme dentro de media hora. Pero quería tener la oportunidad de darte la bienvenida en persona antes de que comience el año académico». Matías se quedó desconcertado un momento, no le preocupaba en absoluto que ella le quitara tiempo. ¿No era ese el objetivo de una reunión?

Sin embargo, nada de eso lo molestó. Para cualquier otra persona, el carácter brusco de la ciudad y la costumbre de la gente de no mirar a nadie a los ojos y no saludar al cruzarse con alguien podrían haber resultado desagradables, pero a Matías, con su insaciable curiosidad, le parecía fascinante.

—Es como si estuviera dentro de un documental sobre la naturaleza —le dijo a Claire la segunda vez que quedaron para dar un paseo por Central Park un sábado por la tarde.

—¿Así que nosotros somos los animales y tú eres David Attenborough? —replicó ella con una sonrisa burlona.

Matías se echó a reír.

—De la forma más inocua e inofensiva.

Claire lo llevó a dar un largo paseo por el parque. Caminaba deprisa (otra característica de Nueva York, según había podido observar), pero en ella resultaba encantador. Se mostraba muy decidida en todo lo que hacía, ya fuera sobre las horas que trabajaba en la oficina o en su deseo de mostrarle lo mejor de su ciudad adoptiva. Sabía que Claire había investigado y preparado las rutas tanto para la cita en Coney Island como para esa, y sonrió al verla tomar las riendas, halagado por lo mucho que le importaba que él se lo pasase bien.

Para empezar, lo llevó al Gapstow Bridge para disfrutar de una hermosa vista del estanque desde el puente, donde no pudo resistirse a tomarle algunas fotos (para gran vergüenza de ella, que se puso colorada). Después fueron andando hasta un tiovivo, en el que él insistió en montarse, aunque Claire protestó al principio con la excusa de que era una atracción para niños.

Luego fueron a Strawberry Fields (Matías descubrió que se

llamaba así por la canción de los Beatles, y no al revés) y a Bethesda Terrace Arcade, con sus magníficas columnas, sus arcos y sus azulejos amarillos y azules en el techo que le recordaban un poco a su hogar.

Había otro puente precioso y, a continuación, el Shakespeare Garden.

Un castillo al estilo Disney, con un mirador en lo alto de una escalera de caracol.

Un obelisco egipcio llamado «Aguja de Cleopatra».

Después de varias horas explorando, empezó a rugirle el estómago. Había un puesto de comida no muy lejos, así que le preguntó a Claire:

—¿Te apetece un helado?

—Siempre me apetece un helado.

Sonrió mientras pedían, porque Claire no se lo pensó y pidió directamente uno de vainilla y, aunque solo era la tercera vez que se veían, Matías ya sabía que eso era lo que ella quería. Él, en cambio, tardó un rato mientras charlaba con el vendedor y exploraba todas las opciones de sabores disponibles antes de decidirse por un bombón de pistacho y caramelo.

Sin embargo, Matías frunció el ceño cuando sacó la cartera para pagar.

—¿Va todo bien? —preguntó Claire.

—Sí… Es que todos vuestros billetes parecen iguales. Son todos de un color verde apagado, un color que yo no habría elegido, y tienen exactamente el mismo tamaño. Los euros tienen diferentes colores y tamaños para cada uno de los valores.

—No te preocupes, yo te ayudo —se ofreció Claire.

—¿De verdad?

—Claro.

Matías podría haberlo hecho solo. Tampoco era tan difícil, pero sí le habría llevado más tiempo que con los euros. Sin embargo, le encantaba que Claire quisiera ayudarlo, que se lo ofreciera de inmediato. Daba partes de sí misma libremente, y eso era más raro de lo que la mayoría de la gente podría pensar.

Después de pagar, buscaron un lugar con césped debajo de un árbol con grandes ramas arqueadas y se sentaron a disfrutar de los helados.

Matías devoró el suyo en cinco bocados y luego observó, muy entretenido, a Claire, que lamía su cucurucho despacio y con mucho tiento.

Ella lo miró de reojo.

—¿Por qué me miras como si fuera un animal salvaje? —Matías meneó la cabeza e intentó contener la sonrisa—. Se te ven los hoyuelos. ¿Por qué te ríes de mí?

—Por nada. Es que eres muy graciosa.

Claire levantó una ceja.

Al final, él se rindió y dejó que la sonrisa apareciera en su cara.

—Le vas dando la vuelta al helado mientras te lo comes. Ahora está completamente simétrico.

Ella miró su cucurucho y arrugó la nariz.

—¡Vaya! Pues ni me había dado cuenta. Solo quería evitar que me goteara encima.

—Parece que lo has conseguido. Pero ¿te enfadarías si yo hiciera esto? —Matías se inclinó hacia ella a toda prisa y le robó un bocado.

—¡Oye! —Lo apartó de un manotazo.

En ese momento, faltaba un trozo más que asimétrico de su helado. Claire se removió un poco sobre el césped.

—No te gusta, ¿verdad? —Matías no podía dejar de sonreír—. Que esté desigual.

Ella fingió hacer un puchero.

—Ahora está un poco feo.

—Puedo ayudarte con eso. Solo tengo que darle otro mordisco… —Hizo ademán de acercarse.

—¡No! —Claire se metió el helado en la boca para salvarlo de su ataque, y se manchó de vainilla por todas partes por reírse e intentar comer a la vez.

Estaba hecha un desastre.

Estaba preciosa.

Y la deseaba, con sus perfectas imperfecciones incluidas.

Claire

Después de pasar cinco horas en el hospital, Claire necesitaba un descanso. La familia iba a volver a casa de Araceli para comer (los españoles almorzaban tarde, alrededor de las dos) y la invitaron a acompañarlos, pero ella se excusó, ya que quería tomar aire fresco y estar un rato tranquila antes de volver junto a Matías.

Fuera del hospital, la vida en Madrid continuaba sin darse cuenta de que su vida se había puesto en pausa. El sol brillaba alegremente sobre los álamos y los enebros. Los administrativos comían sin prisas con sus compañeros en las terrazas de las cafeterías. Las abuelas empujaban los cochecitos bajo los soportales sombreados de los edificios y por todas partes los pájaros trinaban con alegría, como si fuera su descanso para chismorrear a media tarde.

Claire sabía que debía comer (se lo prometió el día anterior a los sanitarios de la ambulancia que la atendieron), pero no tenía hambre. ¿Quién podría comer en esas circunstancias? Sin embargo, con el calor que hacía en julio en España, tenía que hidratarse por lo menos o se arriesgaba a otra visita de la ambulancia, y seguramente no le permitirían librarse del ingreso por segunda vez.

Había un quiosco de bebidas en el parque cercano (Madrid estaba lleno de amplios espacios verdes en medio del ajetreo de la ciudad) y se puso en la cola para comprar una Coca-Cola. El hombre que trabajaba en el quiosco tenía una sonrisa amable y la piel curtida y bronceada por pasar muchas horas al sol cada día. Saludó a varias de las personas que estaban en la cola por su nombre. Por lo menos, eso

fue lo que ella dedujo con su limitado español.

Cuando llegó su turno, el hombre sonrió y dijo algo deprisa que ella no entendió.

Nerviosa, recurrió a señalar y a un intento fallido que ni siquiera era una frase completa.

—Mmm… *¿Una* Coca-Cola? —En el último momento, se acordó de añadir—: *Por favor.*

—*Una Coca-Cola para la señorita* —dijo el hombre—. *Un euro veinticinco.*

Claire rebuscó en su bolso y sacó unas monedas. Pero además de no saber cuánto costaba la Coca-Cola porque no entendía los números en español hablado tan rápido, tampoco estaba familiarizada con las monedas de euro, y se quedó allí parada como una idiota con un puñado de dinero en la mano, sin comprender nada. No solo tenían monedas de céntimos, sino también de uno y de dos euros. ¿Por qué no hacían como ellos y dejaban las monedas para los céntimos? ¿Qué dios de la discordia estaba a cargo de esa decisión?

—*¿Eres estadounidense? ¿Quieres hielo?* —le preguntó el hombre.

Ella lo miró sin comprender, con el corazón latiéndole acelerado en la garganta. Ojalá Matías estuviera allí para traducirle, para ocuparse de algo que debería ser muy fácil, pero que, de alguna manera, le parecía demasiado difícil en ese momento.

—Eh…

—Te está preguntando si eres estadounidense —le dijo un hombre que tenía detrás—. Y si quieres hielo con la Coca-Cola, ya que es algo típico de los estadounidenses.

Claire no podía moverse. Porque reconocía esa voz. Le había

susurrado muchas noches mientras la besaba por todo el cuerpo. La había saludado por las mañanas con café cargado y tostadas.

Resonaba en los museos cuando le señalaba sus cuadros favoritos.

«Matías», pensó.

Al ver que no respondía y que tampoco le decía nada al hombre del quiosco, que tenía su Coca-Cola en la mano, Matías dijo:

—Si quieres hielo, puedes decir: «*Con hielo, por favor*».

—*Con hielo, por favor* —repitió ella de forma robótica.

El hombre asintió con la cabeza y llenó un vaso de papel con hielo.

Seguía sin poder, o sin querer, darse media vuelta para mirar al fantasma o lo que fuera que era la voz de Matías, por miedo a que desapareciera como había hecho el día anterior. Así que, en cambio, le preguntó al hombre del quiosco:

—Mmm, ¿cuánto costaba la Coca-Cola? —Y le ofreció las monedas que tenía en la mano porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Si no te importa, puedo ayudarte. —Matías se adelantó hasta quedar en su campo de visión, y Claire soltó un gritito ahogado. Estaba guapísimo. Muy vivo. Nada que ver con el hombre en coma que acababa de dejar en el hospital. Ese Matías tenía la cabeza cubierta de pelo, sin rapar para que los diodos del monitor cerebral pudieran medir su actividad. Tenía los huesos intactos, su piel estaba bronceada y sin magulladuras, y sus ojos… ¡Madre del amor hermoso, esos ojos dorados…!—. ¡Ah! —exclamó él al verle la cara —. Eres tú otra vez. Del hotel. Parece que estás mejor.

Claire no estaba segura de que eso fuera cierto. Volvía a tener alucinaciones. ¿Tendría una conmoción cerebral? ¿Y las conmociones cerebrales te hacían imaginar cosas?

Sin embargo, el día anterior había tenido la visión de Matías antes

de desmayarse y golpearse la cabeza.

—Déjame que te ayude con esas monedas —se ofreció él—, y luego quizá podríamos dar un paseo por el parque.

Claire asintió con la cabeza, todavía sorprendida por su presencia (y por su coherencia, porque ¿las personas imaginarias se mostraban tan lógicas?) y, sin decir nada, le acercó la mano con las monedas.

Respetuoso con una desconocida, Matías no la tocó, y se limitó a señalarle cuáles necesitaba para pagar el refresco. Ella le entregó el dinero al hombre del quiosco, que a esas alturas la miraba con el ceño fruncido, intrigado. ¿Podía ver el hombre a Matías? Si no era así, su comportamiento debía de parecerle rarísimo.

Acompañada por Matías, caminó hacia uno de los largos senderos flanqueados por árboles del parque. No sabía muy bien qué hacer. Sin duda estaba teniendo una alucinación y no sabía si era seguro dejarse llevar. ¿Le haría daño a su mente mantener una conversación con esa versión imaginaria de Matías? ¿Sería mejor bloquearlo y regresar sin pérdida de tiempo al hospital, donde podría volver a la realidad del verdadero estado de Matías?

Y, sin embargo, no quería renunciar a ese momento. No podía hacerlo. Porque allí, en ese instante, Matías caminaba despacio a su lado. Le llegaba el familiar aroma a pino y a especias de su colonia, solo un toquecito, pero lo bastante como para hacerla suspirar. La luz del sol podía atravesarlo, pero era su Matías. El que quería recordar si el verdadero Matías no despertaba.

¡Aunque quizá podía hacer algo al respecto! Sus signos vitales se habían disparado en el hospital la noche anterior, al mismo tiempo que ella hablaba con su versión fantasmal en el hotel, ¿verdad?

Así que, tal vez, si lograba mantener al espíritu de Matías con ella

durante un tiempo, ayudaría a la versión real en coma, ¿no?

Valía la pena intentarlo.

—Gracias por ayudarme con las monedas —le dijo.

Él esbozó su sonrisa torcida, y Claire tuvo que tragarse el gemidito de deseo que casi se le escapó.

—Ha sido un placer —replicó Matías—. Sé que puede resultar intimidante hablar un nuevo idioma.

—Mucho.

—Todavía recuerdo cuando era pequeño y estaba aprendiendo inglés. Lo habíamos estudiado durante varios años en el colegio, así que nuestros profesores decidieron que era hora de que pusiéramos en práctica nuestros conocimientos fuera del aula. Organizaron una excursión a una tienda de golosinas británica, propiedad de un londinense afincado en Madrid, donde podríamos comprar lo que quisiéramos, pero solo si hablábamos en inglés. Mis amigos y yo estábamos emocionados por la posibilidad de pasar una tarde llena de azúcar, pero se me hizo un nudo en el estómago en cuanto entramos en la tienda. Una cosa es aprender un idioma con libros de texto y diálogos preparados en clase, y otra muy distinta es hablarlo en voz alta con una persona británica real, y encima adulta.

—¿Y lo conseguiste? —le preguntó Claire, con verdadera curiosidad. Nunca había oído esa anécdota de boca de Matías. Una parte de ella sabía que no era un recuerdo real, que en su mente traumatizada ella estaba inventando toda esa conversación; sin embargo, otra parte quería creer que era algo que de verdad le había pasado al hombre que amaba.

Matías se echó a reír.

—Aquella tarde destrocé el inglés. Lo mismo les pasó a todos mis

compañeros. Pero el dueño de la tienda fue paciente y nos recompensó por nuestros esfuerzos, aunque no por nuestra precisión. Al final, el día resultó un éxito, porque no solo conseguimos caramelos, sino que nunca más volví a quedarme sin palabras. Había superado una situación incómoda y que podría avergonzarme, así que sabía que sobreviviría si volvía a pasar. Por irónico que parezca, esa desastrosa excursión fue lo que acabó dándome confianza con el inglés.

Claire sonrió para sus adentros mientras bebía su refresco y pensaba en Matías de pequeño. No le costaba imaginárselo, porque todavía conservaba una especie de asombro infantil, como lo demostraban sus pinturas y sus mil aficiones.

—Acabo de empezar a aprender español —dijo ella—, pero tienes razón en que estudiar con un libro y escuchar ejercicios de comprensión pregrabados no tiene nada que ver con hablar con una persona real. —Hizo un mohín al decir eso último, porque no quería ofender a Matías. Luego hizo otro al recordar que no podía ofenderlo, porque él no era real.

—¿Qué te trae por Madrid? Te llamas Claire, ¿no?

Oír su nombre de sus labios le derritió el corazón. Quería lanzarse a sus brazos, sentir que la rodeaban, enterrarle la cara en el hueco del cuello.

Sin embargo, él no la conocía. Y aunque lo hiciera, aunque no fuera ficticio y transparente, estaba bastante segura de que nadie más podía verlo. Desde luego que el quiosquero la había mirado con desconcierto y, desde entonces, había visto a otras personas en el parque mirándola de forma extraña. Seguramente porque daba la impresión de que estaba hablando sola y no llevaba auriculares, por

lo que no parecía creíble que estuviera hablando por teléfono.

Así que lanzarse a los brazos de lo que bien podría ser un fantasma sería una mala idea en muchos sentidos. Por no mencionar que lo más probable era que acabase en el suelo con las rodillas despellejadas y la carga de la decepción.

—Estoy en Madrid para visitar… —Se quedó callada antes de decir que estaba allí porque su novio se encontraba en coma. Por algún motivo estúpido e inexplicable, no quería que el Matías imaginario supiera que tenía una relación, porque entonces el Matías imaginario podría no querer pasar más tiempo con ella.

«Ridículo. Ilógico. ¿En qué estás pensando, Claire?», se dijo.

Aunque de eso se trataba. En realidad, no estaba pensando y tampoco quería hacerlo. Por lo menos, durante un ratito más. Su cerebro había conjurado esa fantasía para darle una tregua de las preocupaciones de la vida real, e iba a aprovecharla. Solo durante la pausa para comer.

—He venido para ver a un cliente —contestó, algo que bien podría ser cierto. Intelligentsia Tech tenía oficinas por todo el mundo, incluida Madrid.

—¿Dónde trabajas habitualmente? —quiso saber Matías.

—En Nueva York.

Sus ojos dorados brillaron al sol del mediodía.

—¿En serio? Me mudo a Nueva York dentro de dos semanas. Soy pintor y la Academia de Arte de Nueva York me ha ofrecido un puesto en su Departamento de Bellas Artes como profesor visitante durante un par de años.

La Coca-Cola se le derramó sobre la mano cuando se paró en seco en el sendero del parque.

—¿Te mudas a Nueva York dentro de dos semanas?

Esa cátedra era la razón por la que Matías se había mudado a Nueva York hacía poco menos de un año.

—Sí —contestó él—. De hecho, iba de camino a mi estudio para empaquetar mis cuadros cuando me encontré contigo. Antes de que empiece el curso, voy a exponer mi obra en un lugar llamado Galería Rose. ¿Lo conoces?

—Sí… —susurró. La Galería Rose era donde Matías y ella se habían conocido. Once meses antes. La galería de la que Jason era dueño.

—¿Qué día es hoy? —le preguntó Claire.

—¿Qué?

—La fecha de hoy —dijo Claire.

—23 de julio —contestó Matías sin dudar.

Claire tomó aire con brusquedad. Efectivamente, era 23 de julio.

—¿De qué año?

Matías frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Hoy es 23 de julio… ¿de qué año?

Él soltó una risilla.

—Ah, ya veo, me estás tomando el pelo. Qué gracioso. Todo el mundo sabe qué año es.

Sin embargo, Claire no se rio. Matías estaba evadiendo la pregunta, y no se le ocurría ninguna razón por la que su cerebro hubiera creado una alucinación de su novio para que hiciera eso si de verdad lo había inventado.

Entonces, ¿sería posible que Matías no fuese un producto de su imaginación?

¿Que de alguna manera fuera el Matías de un año antes? Pero ¿cómo?

Se toparon con una fuente que representaba a una familia de sapos, y vio a un sapito con un paraguas que protegía a los demás de las salpicaduras de agua.

—Esta era mi fuente preferida de pequeño —dijo Matías—. Me encantaba el detalle inesperado de que un sapo llevara un paraguas y el sutil humor de que tuvieran miedo de mojarse.

—Entiendo por qué te gustaba. —No mencionó que también entendía que esa fuente hubiera servido de inspiración para el arte caprichoso por el que era aclamado.

—Creo que también me identifico con ella porque tengo dos hermanos —siguió Matías—. El que lleva el paraguas me recuerda a mi hermana, Araceli, que siempre está cuidando de mí y de nuestro hermano pequeño, incluso ahora que todos somos adultos. Fue ella quien pagó el alquiler de mi estudio cuando empecé, aunque todavía estaba en la universidad. Y, de hecho, se ha ofrecido a prepararme un tentempié y la cena para mi próximo vuelo a Nueva York. —Se rio con cariño—. ¿Qué me dices de tu familia? ¿Tienes hermanos?

Claire frunció el ceño. Otro detalle que su cerebro no habría elegido volver a sacar a relucir si ella hubiera estado al mando. Pero si se trataba de una versión de Matías de hacía un año, de antes de conocerla, no sabría que ella no tenía familia, que tanto sus padres biológicos como sus padres adoptivos habían muerto de forma trágica.

¿Se podía saber qué estaba pasando?

—Soy hija única —dijo Claire en respuesta a su pregunta, pero sin entrar en detalles.

—No puedo imaginarme la vida sin mis hermanos —replicó Matías—. Pero, en fin, Claire que estás en Madrid para ver a un cliente, ¿a qué te dedicas?

—Soy abogada. Mi especialidad son las fusiones y adquisiciones internacionales.

Matías silbó.

—Impresionante. Pero habría supuesto que alguien tan inteligente como tú sabría cómo contar las monedas para comprar una Coca-Cola.

Claire se echó a reír.

—Eres cruel.

—Y tú mala en matemáticas.

—¡Solo llevo aquí un día! Dale un respiro a una pobre chica y por lo menos una semana para averiguar el valor de cada moneda, ¿sí?

—Me parece justo. De todos modos, pronto seré yo quien estará confundido con vuestro dinero en Estados Unidos.

—No te preocupes, te ayudaré —dijo Claire sin pensarlo.

—¿De verdad? —preguntó Matías sorprendido.

¡Mierda! Se había olvidado por un momento de que ese no era su Matías. Que estaba hablando con una ilusión. ¿O con un fantasma del pasado? Fuera lo que fuese, él no sabía que acabarían juntos, que eso era más que un paseo por el parque con un desconocido.

—Pues… claro —respondió Claire mientras se devanaba la cabeza para decir algo que la hiciera salir del paso—. Es agradable tener una cara conocida en una ciudad nueva.

—Es muy amable por tu parte —dijo él—. Entonces…, ¿me darías tu número para que podamos ponernos en contacto cuando llegue allí?

—Sí, claro…

—A ver, que si no quieres, lo entiendo…

—No, no. No pasa nada.

Solo que, para ella, Matías debería haberse sabido su número de memoria.

Aunque se recompuso y se lo dio.

Él tecleó los dígitos en lo que debía de ser su teléfono, pero Claire no podía verlo, aunque evidentemente él sí.

El reflejo del agua de la fuente brillaba a través de Matías, y lo volvió transparente durante un momento. Claire sintió ese parpadeo de forma visceral, el breve segundo en el que desapareció la dejó vacía, solo para sentirse aliviada y llena de nuevo cuando reapareció.

—Vale, te voy a enviar un mensaje para que también tengas mi número —dijo Matías. Escribió algo y lo mandó.

Sin embargo, torció el gesto mientras miraba su teléfono. Intentó mandarlo de nuevo.

—Qué raro. Dice que no se puede enviar el mensaje.

Claire sintió que un escalofrío le recorría la espalda. ¿Estaba sufriendo un colapso mental? ¿Su mente, que normalmente era lógica, típica de una abogada, estaba intentando encontrarle sentido al hecho de que estaba paseando y hablando con una aparición, y había acabado llegando a la conclusión de que el Matías del pasado no podría mandarle un mensaje a la Claire del futuro?

Matías seguía mirando su teléfono.

—¡Ay, no, he perdido la noción del tiempo! —exclamó él—. Tengo que ir a mi estudio, pronto me entregarán las cajas para enviar los cuadros. Pero ha sido un placer charlar contigo, Claire. Te llamaré cuando aterrice en Nueva York dentro de un par de semanas.

¿Habrás vuelto para entonces? O, si te interesa, ven a verme. Mi exposición será en…

—En la Galería Rose —terminó Claire.

Matías se pasó la mano por el pelo y la miró con admiración.

—Tienes una mente brillante. Menos cuando se trata de contar monedas.

Claire soltó una carcajada renuente.

—Espero verte de nuevo, Claire. —Y después de decir eso, se despidió con un gesto de la mano y se alejó corriendo en la dirección opuesta, de vuelta hacia la parte del parque donde se encontraba el quiosco de bebidas.

Claire lo observó. Su Matías.

Hasta que un rayo de sol lo iluminó de lleno y desapareció en el aire.

Claire

Claire entró corriendo en su habitación del hotel y cerró de un portazo. Sacó el ordenador portátil del maletín, se tiró en la cama y se lanzó a investigar lo que había pasado en el parque.

¿Quién era ese Matías con el que acababa de pasar media hora? ¿Y el que había estado allí, en la entrada del hotel, el día anterior?

Aparte de lo que ya esperaba (alucinaciones inducidas por una conmoción cerebral u otra cosa causada por el trauma del accidente de Matías y el estrés que eso le había provocado), las búsquedas en internet fueron infructuosas:

Lo que estás viendo es un demonio con piel humana.

¿Estás tomando setas alucinógenas?

Las casas embrujadas a menudo usan proyectores para crear la imagen de un espíritu.

Después de la muerte de un ser querido, algunas personas afirman ver o sentir la presencia de un fantasma.

Luego estaban los diagnósticos pseudopsicológicos de dudosa veracidad:

Las alucinaciones pueden ser indicios tempranos de esquizofrenia.

Los amigos imaginarios a veces persisten hasta la edad adulta.

La visión del fantasma de una persona que sigue viva puede ser

en realidad una proyección astral, una situación en la que el alma se separa del cuerpo durante períodos de tiempo indeterminados.

Un momento. Se detuvo en la última respuesta. ¿Una proyección astral? Pidió más información.

Las proyecciones astrales son poco frecuentes, pero pueden ocurrir cuando un sujeto sufre circunstancias físicas o médicas graves. El alma puede separarse en tales casos. Por ejemplo, hay relatos de personas que observan sus propias cirugías desde el mismo quirófano, como si fueran un tercero.

¿Es posible hablar con las proyecciones astrales?

Hay pocas pruebas de interacción entre las proyecciones astrales y las personas vivas. De hecho, las proyecciones astrales no son un fenómeno verificable.

—Acabas de decir que se han producido proyecciones astrales de verdad —protestó Claire con la mirada clavada en la pantalla del ordenador—. Y ¿ahora me dices que el fenómeno no es verificable?

Le hizo más preguntas al programa, tecleando con fuerza.

El chatbot parecía adaptarse a lo que ella quería oír. Cuando insistía con curiosidad, le daba respuestas positivas sobre las proyecciones astrales. Cuando expresaba escepticismo por algunas de sus respuestas, le daba respuestas que socavaban la existencia de las proyecciones astrales y de las personas que afirmaban haberlas experimentado.

En un arranque de frustración, escribió una última pregunta: «¿Quién tiene más conocimientos y experiencia en proyecciones

astrales?».

Apareció una lista de médiums. Muchos supuestos médiums.

Y una académica: Margot Hong, profesora de fenómenos parapsicológicos de la Universidad de Stanford.

A pesar de haber visto una aparición, Claire era demasiado racional como para creer en médiums. Pero una profesora…

Cinco minutos después, había encontrado la información de contacto de la profesora y le había mandado un mensaje de correo electrónico con una breve explicación de que había visto el espíritu de Matías, junto con una solicitud de cita urgente a primera hora de la noche, siguiendo el horario de España, porque era por la mañana en Palo Alto, California, donde la mujer trabajaba.



—Buenos días —la saludó la profesora Hong, sonriéndole a la cámara. Margot Hong tenía una cara que no transmitía la edad que tenía (lo mismo podría tener veinticinco años que cuarenta y cinco), aunque, a juzgar por el número de artículos que había publicado, debía de estar en el extremo superior de ese espectro—. ¿O debería decir *buenas tardes,* ya que está en Madrid?

Claire intentó devolverle la sonrisa, aunque tenía la sensación de que le hormigueaba la piel por los nervios.

—Encantada de conocerla, profesora Hong. Gracias por atender mi llamada con tan poca antelación.

—Sin problemas. Aunque debo confesar que también lo hago por curiosidad profesional.

—Gracias. Pues… no soy de creer en cosas como estas. A ver, que soy abogada. Lo mío son las investigaciones basadas en hechos y

creencias racionales.

La profesora Hong asintió con la cabeza.

—No se preocupe. Soy científica. Yo también soy bastante inflexible con los hechos, aunque cuestiono la noción de lo que consideramos racional y lo que no. En fin, me ha mandado un mensaje de correo electrónico con algunos detalles sobre su situación, pero ¿le importaría contarme todo lo que ha pasado desde el principio?

Claire jugueteó con el bolígrafo del hotel que había sobre la mesa. Había repasado una y otra vez lo que iba a decir mientras esperaba el momento de la cita, pero se le había olvidado todo, así que se vio obligada a improvisar. ¿Cuánto debía revelar? ¿Qué era suficiente y qué era superfluo?

«Deja de pensar como una abogada en una negociación», se ordenó. Eso no era como el trabajo, cuando a veces la estrategia la llevaba a ocultar cierta información. Si iba a hablar de la visión de Matías, bien podía contarlo todo.

—Mi novio, Matías, tuvo un accidente horrible con una lancha motora. Dos de sus amigos murieron, y otros dos amigos y él están en coma.

La profesora Hong soltó el aire.

—Siento oírlo.

Claire asintió con la cabeza.

—Ha sido espantoso. Matías tiene soporte vital y no está bien. Pero el asunto es… que lo he estado viendo. No en el hospital. Es que he visto una versión transparente de él, como un fantasma.

—Mmm. Cuénteme más cosas. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—La primera vez fue aquí en el hotel. Estaba trabajando en el

vestíbulo y vi un fogonazo cuando el sol se reflejó en una ventana, y luego lo vi allí, en la acera. Salí corriendo y me vio, y hablamos, pero luego la luz lo atravesó, yo cedí al pánico y me desmayé. La segunda vez ha sido hoy. Acababa de dejar su habitación del hospital. Fui al parque en busca de aire y me lo encontré allí, justo detrás de mí en la cola de un quiosco de bebidas. Acabamos dando un paseo y charlando un rato. Pero no creo que nadie más pueda verlo.

—¿Qué pasó cuando se despidieron? —quiso saber la profesora Hong. A esas alturas, se había inclinado hacia la pantalla.

—Volvió por donde habíamos venido —contestó Claire—. Y luego la luz incidió en él y desapareció. No como si lo hubiera perdido de vista. Es que se esfumó.

—Mmm —murmuró la profesora Hong—. Déjeme un momento, por favor. Desapareció de la pantalla y volvió con una varita de incienso encendida en una botellita de cristal. Acto seguido, cerró los ojos y tomó una honda bocanada, aspirando el humo.

Claire frunció el ceño. Eso era lo que habría esperado de una médium de internet, pero no de una académica respetada. ¿Se podía saber qué estaba pasando?

Sin embargo, la profesora Hong se quedó así sentada durante casi cinco minutos, inmóvil. Claire jugueteó con el bolígrafo del hotel. Luego comprobó varias veces que la conexión a internet seguía funcionando y que la pantalla no se había congelado. Pero todo funcionaba bien; el incienso seguía balanceándose y su humo, fluyendo hacia la profesora en un flujo constante, aunque lánguido.

«¿Se supone que yo también tengo que hacer algo?», se preguntó. Cerrar los ojos y pensar en… ¿qué? ¿Se suponía que quizá tenía que concentrarse en Matías?

Justo cuando estaba a punto de intentarlo, la profesora Hong abrió los ojos.

—¿Ha tenido… mmm… una visión? —preguntó Claire.

La profesora sonrió.

—¡Ah, no era un trance ni nada sobrenatural! —Levantó la botellita con la varilla humeante—. Solo es aromaterapia con eucalipto. Tengo memoria fotográfica, pero a veces necesito un olor que me ayude a concentrarme mientras reviso los archivos mentales de todas las investigaciones que he realizado.

Claire no sabía qué decir. Se sintió estúpida por pensar que la profesora había entrado en algún tipo de estado hipnótico *new age*. Y nunca había conocido a nadie con una memoria fotográfica de verdad. Saber que la profesora Hong contaba con suficiente investigación sobre el tema como para tener que revisarla la ayudó a sentirse muchísimo mejor, pensando que tal vez lo de la visión de Matías era real y que no había perdido la cabeza.

—Creo que Matías te está buscando —dijo la profesora Hong, que pasó a tutearla.

Claire frunció el ceño.

—Pero estoy aquí mismo. Ayer fui al hospital directamente desde el aeropuerto y esta mañana he vuelto nada más despertarme.

—Sí, pero él te está buscando de otra manera. Lo que viste es lo que llamamos una proyección astral. Pero creo que ya estás familiarizada con el concepto, porque por eso has recurrido a mí, ¿no?

—Exacto.

—Matías está perdido —siguió la profesora Hong—. Su alma necesita algo en lo que centrarse, a lo que aferrarse, parecido a lo que

yo hago con el olor a eucalipto, y creo que ese algo eres tú.

Claire meneó la cabeza.

—Pero por lo que he hablado con él, tanto ayer como hoy, esa versión de Matías es de hace un año. Ni siquiera me conoce todavía.

La profesora Hong volvió a cerrar los ojos, pero, en esa ocasión, no se sumergió en su archivo mental durante tanto tiempo. Un minuto después, los volvió a abrir y dijo:

—Esto es lo que sugieren las pruebas. El cuerpo físico de Matías está ahora mismo en Madrid, por lo que su alma también se encuentra allí. Pero su alma también está perdida, atrapada en su propio subconsciente. Para dar sentido a su estancia en Madrid, su alma se ha refugiado en los recuerdos de la última vez que estuvo en la ciudad, hace un año. Pero un lugar no basta para anclar un alma a la realidad —añadió—. Tú eres la conexión de su alma con este mundo y debes hacer que se quede. Basándome en la investigación académica, así como en vuestra relación real, creo que debes asegurarte de que Matías se enamore de ti.

Claire frunció el ceño.

—Pero él ya está enamorado de mí.

La profesora negó con la cabeza.

—En su vida consciente, Matías está enamorado de ti. Pero ahora que está inconsciente, su alma está confundida. Esta versión de Matías no sabe nada del accidente y no se da cuenta de que está separado de su cuerpo. Y no te conoce, porque tú no formabas parte de su vida hace un año.

Claire hizo una mueca de dolor, aunque era cierto.

—En este momento —siguió la profesora Hong—, eres una desconocida para él, solo otra parte de este «mundo» que su alma ha

construido para darle sentido a su entorno. Pero también eres su ancla en el mundo real y la única forma de que regrese a él. Si consigues que esta versión de Matías se enamore de ti, él se verá arrastrado de vuelta a su cuerpo, a la realidad, para poder estar contigo de verdad.

—Demasiada información que procesar.

—Lo sé.

—No estoy segura de creerla.

—También lo sé. Pero hay una razón por la que me mandaste ese mensaje de correo electrónico a mí, a una científica especializada en fenómenos parapsicológicos, en vez de enviárselo a un espiritista o a un médium, ¿verdad? Está claro que ya has aceptado que has interactuado con algún tipo de visión de Matías. Así que me mandaste ese mensaje porque si yo podía respaldar lo que has visto con pruebas de que esos fenómenos se han documentado con anterioridad, tendrías una base racional suficiente para seguir adelante. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí… —confirmó Claire mientras asimilaba ese razonamiento.

—Bueno, tengo suficientes investigaciones para corroborar mi teoría. Y para decirte que no te estás imaginando cosas.

Claire se masajeó las sienes con gesto pensativo. Al cabo de unos instantes, meneó la cabeza y preguntó:

—¿Cómo consigo que un alma se enamore de mí?

—De la misma manera que os enamorasteis la primera vez.

La profesora Hong lo dijo como si nada, como si fuera fácil. Pero el primer encuentro de Claire y Matías había sido fortuito. Habían tenido un comienzo extraordinario y se habían dejado llevar por el impulso creado por sus circunstancias individuales.

Si ella tenía que recrear su relación desde cero, ¿funcionaría?

«Aburrida y poco interesante». Eso era lo que Glenn había dicho de ella. Era metódica y de fiar, lo que la convertía en una buena abogada, pero no en la mujer más emocionante con la que salir. Matías la quería, pero a veces ella no entendía el motivo. Su agenda diaria estaba planificada al minuto (en incrementos facturables para la empresa), mientras que Matías seguía el ritmo que le marcaba el día, dispuesto a vivir una aventura o a dejarse llevar por la curiosidad en cualquier momento. Eran opuestos y…

«No sé si tengo lo que hay que tener».

—Debo advertirte —siguió la profesora Hong— de que las proyecciones astrales son muy frágiles. Las almas son seres etéreos, a veces asustadizos. Debes tener cuidado de no tocarlo, porque lo atravesarás.

—De acuerdo.

—Y, Claire, no le digas a Matías lo que está pasando con su cuerpo y el hospital, no hasta que esté preparado. ¿Lo entiendes?

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—El vínculo de su alma con la realidad es muy débil, y la revelación de que el alma no es Matías de verdad podría ser demasiado para él.

—De acuerdo… Pero ¿cómo sabré cuándo estará preparado?

—No lo sé —contestó la profesora Hong—. Quizá cuando se haya enamorado tan profundamente de ti que esté dispuesto a atravesar el fuego, o incluso otros planos existenciales, para estar contigo. Pero recuerda: tú eres lo único que mantiene su alma unida a la vida. Si esa conexión se rompe…

Claire contuvo un sollozo.

—¿Matías morirá?

—Detesto decirlo, pero sí —contestó la profesora Hong—. Perderás a Matías para siempre.

Matías

Nueve meses antes

Un gigantesco monstruo apretó su cara contra la de Matías.

—¡Puaj! —Retrocedió tambaleándose y chocó con un pato Donald de tamaño real.

Times Square era famosa en las películas, y había esperado con ilusión visitarla desde que era pequeño. Estaba preparado para las marquesinas de Broadway, la bulliciosa energía de los turistas, las icónicas luces brillantes y las pantallas de las vallas publicitarias…, pero no para que lo acosaran Elmo y el pato Donald.

Elmo se acercó de nuevo con los peludos brazos rojos extendidos.

—¿Un abrazo? ¡Solo son veinte dólares!

—Eh… No, gracias —contestó Matías.

El pato Donald se acercó y graznó:

—¿Un selfi? ¡Veinticinco dólares!

—No me parece una buen forma de gastarme el dinero.

—¡Pero Elmo te quiere!

—¡Y Donald también!

—No le apetece, gracias, chicos —dijo Claire, que se acercó a Matías por detrás para sacarlo con habilidad de entre Elmo y Donald. Le parecía tan preciosa cuando tomaba el control que tenía la sensación de que si se le encargaba cualquier cosa, todo saldría bien.

Una vez a salvo, Claire le echó un sermón medio de broma.

—No puedes dejar que se te acerquen o se aprovecharán de ti.

—No sabía que los personajes de Disney pudieran convertirse en matones —replicó, y Claire se echó a reír.

—Bueno, ahora que te he rescatado de las garras del gemelo malvado de Elmo, vamos a ver qué tienen en TDF.

Según le había explicado Claire la última vez que quedaron, en TDF se podían comprar entradas para el teatro con un cincuenta por ciento de descuento. El problema era que no se sabía qué espectáculos había disponibles hasta el mismo día de la función, ya que las entradas a la venta eran las que no se habían vendido previamente. Sin embargo, a él nunca le había supuesto un problema ser flexible.

Se acercaron a un pabellón acristalado con un saliente rojo mucho más grande de lo que esperaba, con doce ventanillas y rodeado de gente. Claire y él se pusieron en la cola, y ella se puso de puntillas para intentar ver los carteles de la parte delantera en los que figuraban los espectáculos para los que se podían comprar entradas. Sin embargo, era demasiado baja y, además, los carteles estaban demasiado lejos como para poder leerlos.

Un hombre se reunió con su pareja en la cola, justo delante de ellos. Se había adelantado para echarle un vistazo al cartel y empezó a enumerar lo que había disponible.

—¡Oh, todos los espectáculos son muy buenos! —exclamó Claire —. Es difícil elegir. No sé cuál te gustaría más.

—¿De qué van? —preguntó Matías, y Claire y la otra pareja empezaron a explicarle las tramas de cada obra.

—*El rey león* es un clásico —dijo Jordan, uno de los hombres—. Si es la primera vez que vienes a Broadway, te lo recomiendo

muchísimo como punto de partida.

—Personalmente —añadió Riley, su pareja—, me gustan las novedades. Dicen que *New York, New York* es excelente.

—O a lo mejor te gustan *Sweeney Todd* o *Hadestown* —terció Claire mientras la cola avanzaba—. O *La vida de Pi.* Está basada en uno de mis libros preferidos. Creo que también te gustará.

—¿Eres fan de Michael Jackson? —le preguntó Jordan.

—¿Y qué hay de *El mago de Oz*? —sugirió Riley—. ¿Has visto *Wicked*?

—*Hamilton* también es muy, muy bueno —le aseguró Claire. Se estaban acercando a la taquilla y había empezado a mover los dedos, algo que Matías había notado que hacía cuando estaba a punto de tomar una decisión. Como le pasó en Coney Island, cuando estaban casi a punto de pedir los perritos calientes y ella todavía no había decidido qué quería para beber. O en Central Park, en el carrito de los helados. Aunque, seguramente, ya sabía que iba a pedir un cucurucho de vainilla, siguió moviendo los dedos hasta que les llegó el turno de pedir y tomó la decisión definitiva.

Matías sonrió. No creía que ella fuera consciente de que los dedos la delataban, pero a él le resultaba útil para saber cuándo estaba nerviosa, porque a veces podía ayudarla.

—Quizá deberíamos mirar las reseñas —sugirió ella, que hizo ademán de sacar el móvil.

—Oye —Matías sonrió, le puso las manos sobre los hombros y la giró hacia él, tras lo cual le deslizó despacio las manos por los brazos hasta llegar a las suyas y entrelazar los dedos. El movimiento nervioso desapareció—, da igual lo que veamos.

—Pero quiero asegurarme de que te guste. Y si miramos las

reseñas…

—Para mí son todas nuevas, así que no te preocupes, *churri*. Cualquiera me parecerá genial.

—*¿Churri?* —Claire lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Qué significa eso?

Matías sintió que se ponía colorado. «*Churri*» era un término cariñoso que se utilizaba en España para referirse a tu pareja cuando la cosa iba en serio… No había tenido intención de decirlo en voz alta, pero con Claire todo encajaba a la perfección. Se complementaban en muchos aspectos. Ella era nerviosa y él, tranquilo; él era olvidadizo y ella tenía listas mentales para todo. Ambos se esforzaban por asegurarse de que el otro se lo pasara bien cuando quedaban. Y, sobre todo, ella lo hacía reír. La verdad, Claire era la clase de mujer con la que podría construir una vida.

—*Churri* es como «cariño» o… «amor mío». —Acabó poniéndose como un tomate.

En los labios de Claire apareció una dulce sonrisa.

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó Matías, y ella se puso de puntillas de nuevo, aunque en esa ocasión no para mirar el cartel. Solo para mirarlo a él. Podría perderse para siempre en la profundidad de esos ojos—. No me importa qué espectáculo veamos —le aseguró—. Cuando estoy contigo, lo demás no importa.

Claire

Media hora después de que la videollamada con la profesora Hong dejara a Claire en estado de *shock*, la llamaron por teléfono.

—Claire, ¿qué te ha pasado? —le preguntó Araceli—. ¿Por qué no has vuelto al hospital después de almorzar? ¡Ha habido otro pico en las constantes vitales de Matías, mucho más largo que el de ayer!

—¿En serio? —Claire sonrió para sus adentros. Quizá su teoría era correcta y cuanto más tiempo pasaba con el alma de Matías, más fuerte se volvía el verdadero Matías. Eso tendría sentido según lo que había dicho la profesora, ya que ella era el vínculo de su alma con la vida.

—¿Estás bien? —le preguntó Araceli—. La hora de visita está a punto de terminar.

Presa de la culpa, Claire miró el reloj que había en la mesita de noche del hotel. Eran las siete de la tarde. Llevaba cinco horas fuera del hospital.

—Me he echado una siesta —mintió—. No me había dado cuenta de que había dormido tanto.

—Bueno, le diré a Luis que vaya a por ti dentro de un rato —siguió Araceli—. Vas a cenar en casa de mis padres. Mi madre no quiere que estés sola ahora mismo, ¿vale? Necesitas gente a tu alrededor y buena comida.

Claire sonrió con tristeza. La primera vez que quedó con Matías, él trató de demostrarle lo importante que era la buena comida.

No sabía si podría soportar a una familia tan numerosa. La suya

había sido muy pequeña, solo Jim, Sarah y ella. Y, después de que murieran, no le quedó nadie.

Empezó a mover los dedos y se los miró con el ceño fruncido. ¿Cuándo había empezado a hacer eso?

—La cena te sentará bien —le aseguró Araceli—. No te voy a dar alternativa. Luis se pasará por el hotel a buscarte a las ocho.

—De acuerdo —suspiró Claire, con los dedos inmóviles—. Estaré esperándolo abajo.



Cuando llegó con Luis al piso de la familia De León en el Parque de las Avenidas, Claire se sorprendió al encontrar allí solo a Soledad, Armando, Araceli y a la abuela Gloria.

—Hemos pensado que a lo mejor prefieres una velada más tranquila —dijo Araceli mientras la abrazaba en la puerta principal.

—Gracias —replicó Claire, abrazándola con fuerza pese al calor que hacía. No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba ese abrazo, pero después de haber visto esa tarde el alma incorpórea de su novio y de la inquietante, aunque útil, videollamada con la profesora Hong, era un alivio estar con gente que se movía dentro de los límites de la «normalidad».

Soledad, Armando y la abuela Gloria también la abrazaron cuando entró en el piso. El hogar de los De León irradiaba calidez: suelos de madera oscura, sillones mullidos, una alfombra estampada en el salón y fotos de Matías, Araceli y Luis de pequeños. Tragó saliva al imaginarse a Matías de niño.

Por supuesto, las paredes estaban decoradas con los intensos colores de las pinturas de Matías.

Encima de la tele había un cuadro de unos tigres cariñosos con sus cachorros, descansando en una pradera amarillenta, pero entre los cachorros había una cría de cebra que en vez de tener rayas blancas y negras, las tenía negras y naranjas. Diferente, pero igual que el resto de su familia.

Tal y como acostumbraba a hacer, Claire se volvió para ver si Matías estaba a su lado, esperando que ella descubriera ese detalle encantador e incongruente en su obra.

Sin embargo, él no estaba allí, ni el Matías de carne y hueso ni su alma. Parpadeó para contener las lágrimas. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo mucho que había esperado que él apareciera en su casa.

—Le dije a Matías que pintara a nuestra familia —le explicó Soledad—. Eso fue lo que me regaló. —Se rio con suavidad.

Claire asintió con la cabeza, porque lo entendía a la perfección. Matías podía parecer un ser humano como cualquier otro, igual que todos los demás, pero su esencia era distinta. Una cebra naranja y negra viviendo entre tigres.

—A mi madre le gusta que Matías pinte los grandes momentos sentimentales de la familia —añadió Araceli mientras señalaba otro cuadro en la pared opuesta; un retrato de Luis recién nacido, disfrutando de su primer baño. Matías debía de haberlo pintado cuando su hermano ya era mayor, porque era apenas un adolescente cuando nació el benjamín de la familia. Sin embargo, el estilo seguía siendo indiscutiblemente el de Matías, realista con un pequeño toque de lo sublime, aunque era evidente que a esa edad todavía no manejaba por completo la sutileza. El agua del cuadro era iridiscente.

Luis se colocó delante del retrato.

—A ver, que no hace falta que lo miremos con tanto detenimiento.

Araceli resopló.

—A Luis no le gusta que veamos su pene de bebé.

—*Es muy pequeño* —dijo Soledad—. Y muy bonito.

Hasta la abuela Gloria se rio.

Luis se puso colorado.

Claire contuvo la risa porque su español básico era suficiente como para entender la conversación. Sin embargo, se compadeció de Luis y se alejó de los sillones para acercarse a una acuarela de casas blancas sobre acantilados verdes, con vistas a un mar azul oscuro.

—Este es diferente de los otros que he visto.

—Ese cuadro es mío —le explicó Armando—. Es de las islas Canarias, de donde son mis abuelos. Donde creció mi madre.

La abuela Gloria sonrió radiante al contemplar el paisaje.

—Armando, ¿tú también eres pintor? —preguntó Claire.

—Solo un aficionado.

—Pero de ahí sacó Matías su talento —añadió Araceli, que miraba a su padre con orgullo.

A Claire le dio un vuelco el corazón y, de repente, echó de menos a sus padres. Aunque siempre había soñado con salir del pueblecito de Florida donde había crecido, admiraba la estabilidad de sus padres. En su etapa en el colegio, siempre se disfrazaba de cartero en Halloween y salía en busca de caramelos con una bolsa al hombro como la que su padre llevaba para repartir el correo. Disfrutaba de la fiabilidad de los macarrones con carne de su madre y de una película de Hallmark todos los viernes. Le encantaba saber exactamente dónde estaba su hogar: con ellos.

¿Podría volver a tener algo así? Si Matías despertaba y se recuperaba, ¿podría aceptar su proposición y volver a encontrar una familia con los De León?

—Araceli —dijo—, me has dicho que las constantes vitales de Matías volvieron a mejorar esta tarde, ¿verdad?

—Sí, durante media hora más o menos. —Araceli sonrió suavemente—. Creo que es una buena señal, ¿no te parece?

—Sí —contestó Claire, conteniendo las lágrimas. Al igual que el minuto del día anterior se correspondía con el minuto que había pasado con el alma de Matías en la entrada del hotel, la media hora de ese día se correspondía con el tiempo que había pasado con él en el parque. Su compañía parecía fortalecer a Matías. Tendría que averiguar cómo volver a reunirse con él.

Sin embargo, no era el momento de pensar en eso, porque Soledad los llevó a todos a la cocina, donde vio una encimera de azulejos con taburetes para sentarse y una mesa de madera desgastada apretujada en un rincón. Había un cuenquecito lleno hasta arriba de ajos; otro cuenco más grande, de color azul, estaba repleto de tomates tan maduros que perfumaban toda la estancia.

—Por favor, siéntate —le dijo Soledad, señalando los taburetes.

—¿Tienes mucha hambre? —le preguntó Araceli—. Las cenas en España suelen ser ligeras. Ensalada, jamón y queso, pan y fruta, porque el almuerzo es nuestra comida más importante. Pero si te has echado una siesta, a lo mejor no has comido mucho al mediodía.

Claire se mordió el labio, porque, por supuesto, no había dormido la siesta. Pero, aunque no había tenido apetito desde que salió de Nueva York, encontrarse de repente en una cocina acogedora, rodeada de caras amables y con el olor a tomate y a ajo inundando la

estancia, hizo que le rugiera el estómago.

—Vale —dijo Araceli, dando por buena la respuesta—. Mamá, abuelita, tenemos que darle de comer a esta mujer.

Soledad asintió muy seria.

Mientras Luis preparaba una ensalada y Araceli cortaba fruta, Soledad y la abuela Gloria sacaron algunas sobras del frigorífico y calentaron un plato de caldo para Claire, además de una buena ración de carne guisada, verduras, patatas y garbanzos. Armando cortó pan crujiente.

—Esto es *cocido madrileño* —le explicó Soledad—. Comida casera española. —Parecía tomarse la comida muy en serio, y Claire entendió por fin de dónde había heredado Matías su reverencia por ella.

Probó un bocado de carne, rica y caliente, rebosante de sabores a laurel, comino, tomate, ajo, aceite de oliva y vinagre.

—¡Por Dios!

Soledad le regaló una sonrisilla, de las que se comparten entre personas que sufren, pero que, de todas formas, logran encontrar breves momentos de paz.

—Una buena comida no puede resolverlo todo, pero sí consigue que las cosas parezcan más fáciles si se prepara con amor.

Soledad

Horas más tarde, Soledad yacía junto a Armando en la cama, ambos mirando al techo.

—Todavía recuerdo lo que sentía al sostener en brazos a Matías cuando nació —dijo llevándose las manos a los hombros como si lo estuviera acunando—. Era muy pequeño, pero muy cálido.

—Siempre me extrañaba que estuviera tan caliente —convino Armando.

—Nuestro pequeño horno —dijo Soledad con un suspiro. Cerró los ojos un instante e inclinó la cabeza, como si pudiera acariciar con la nariz el recuerdo de su hijo en aquella época. Tenía un olor dulzón, a leche y ropa recién lavada, y a ese aroma indeleble y puro de los recién nacidos.

Treinta y seis años después, seguía siendo su niño pequeño. Lo mismo daba que llevase veinte años siendo más alto que Armando o que fuera muy conocido en el mundo del arte internacional. O que fuera profesor visitante en una prestigiosa escuela de arte al otro lado del océano. Soledad siempre sería su madre, y eso significaba que él era su pequeño Mati, por mucho que hubiera crecido.

Ojalá pudiera dormirse, acurrucada con los tranquilos recuerdos del pasado.

Sin embargo, desde el accidente de Matías, el sueño solo llegaba a ratos, y Soledad abrió los ojos a regañadientes. Se giró para mirar a Armando.

—Estás muy callado. ¿En qué piensas, *cariño*?

Armando meneó la cabeza.

—En Claire. La pobre no tiene familia. Matías dijo que sus padres murieron hace muchos años. No tiene a nadie.

—Nos tiene a nosotros —replicó Soledad.

—Apenas nos conoce. Y vive en Nueva York. ¿Qué será de ella si Matías muere?

—No digas eso —le soltó Soledad.

—Es una posibilidad, *amor.*

—No. No lo es. —Soledad arrojó la sábana a un lado y se levantó de un salto de la cama.

—¿Adónde vas?

—A rezar. A suplicarle a Dios que me quite algunos años de vida para dárselos a Matías.

—*Soledad, por favor.*

—¡Sacrificaría toda mi vida por mis hijos!

—Pero no tienes por qué hacerlo.

Hubo una pausa. Y luego, con un hilo de voz, Soledad le preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

Sin embargo, Armando no tenía respuesta.

Soledad intentó tragarse el miedo que tenía en la garganta, pero se le atragantó.

Él se levantó de la cama.

—Espérame, Soledad. Yo también voy a rezar.

Claire

El tiempo pasaba como si Claire estuviera vadeando melaza contra corriente, pero a la mañana siguiente, por fin comenzó a sentirse un poco más fuerte, animada por el amor de los De León. Mientras el resto de la familia le leía libros a Matías, o le cantaba como en el caso de la abuela Gloria, ella empezó a reproducir lecciones de español en su teléfono cuando estaba con él, probando nuevas frases y practicando los diálogos en su habitación con la esperanza de que él la oyera intentar hablarle en el idioma que más le gustaba.

Además, tenía un plan para encontrar de nuevo el alma de Matías.

Llegó al Hospital Universitario La Paz tan pronto como comenzaron las horas de visita y se sentó en la silla junto a la cama de Matías. Sin embargo, ese día se había llevado el portátil. Además de las lecciones de audio de español, iba a pasar la mañana buscando ideas sobre las cosas que podía hacer con el alma de Matías en Madrid (como si estuviese saliendo con ella, vamos) mientras le hacía compañía a su cuerpo físico.

A las dos de la tarde, cuando todos se tomaran un descanso para almorzar, volvería al quiosco de bebidas del parque donde lo había visto el día anterior. El lugar más lógico para encontrar algo que se había perdido era volver sobre los pasos que se habían dado. Esperaba que eso también sirviese para las almas, aunque en su caso no la hubiera «perdido» exactamente.

—*Buenos días, Claire* —la saludó Soledad al entrar con Armando en la habitación del hospital.

—*Buenos días* —replicó ella—. ¿Cómo estáis?

Armando murmuró algo mientras se encogía de hombros. Claire sabía lo que quería decir. Cuando alguien a quien quieres está en coma, el simple hecho de superar la noche es una victoria.

—No estarás trabajando, ¿verdad? —le preguntó Soledad, que frunció el ceño al verla con el portátil.

Lo cierto era que Claire había estado en contacto con el bufete una vez al día desde que llegó a Madrid. Era imposible no hacerlo, porque la necesitaban. Pero en ese momento no estaba trabajando. Sin embargo, ¿cómo podía explicarle a Soledad que estaba pensando en organizar qué hacer mientras salía por Madrid con su hijo, que estaba en coma?

—Estoy haciendo una lista de ideas sobre cosas que hacer en España con Matías cuando despierte —contestó.

Soledad se tocó la cruz que llevaba al cuello.

—Muy bien. El optimismo es una forma de oración. Matías lo sentirá.

Armando le dio un apretón en la mano a Soledad.

Claire empezó a buscar ideas en internet, cosas que pudiera hacer con alguien que no tuviera un cuerpo sólido. No estaba segura de lo que pasaría si Matías se viera obligado a sostener o levantar algo. El día anterior fue incapaz de marcar su número de teléfono en el móvil, pero ¿y si tenía que tocar algo en este mundo, algo que no le pertenecía, como un tenedor o una copa de vino? La profesora Hong le había dicho que no podía tocarlo porque atravesaría su cuerpo. Así que tal vez el tenedor no existiera y él no le hiciera caso, como cuando ella le preguntó qué año era y él se confundió por un segundo, pero acabó dejando el tema.

O tal vez eso sacudiría su alma y lo ayudaría a darse cuenta de que, en realidad, no era Matías, y eso podría romper su frágil conexión con el mundo físico. Y entonces el Matías que yacía en la cama del hospital delante de ella se perdería para siempre.

La tercera posibilidad era que la profesora Hong estuviera completamente equivocada en todo, pero decidió rechazarla.

«De acuerdo, las comidas quedan descartadas», pensó. Sin embargo, aunque la comida era una parte importante de la cultura española, había muchas cosas que hacer en Madrid que no tenían que ver con comer.

- El Museo del Prado (aunque caminar entre la multitud podría ser contraproducente. Se imaginó a un grupo de turistas dentro del museo atravesando a Matías, y lo impactante que sería eso para él, así que tachó los museos de su lista).
- Paseos en globo aerostático (tendría que lidiar con que la posibilidad de que el piloto la tomara por loca por hablar sola, ya que el hombre no podría ver a Matías).
- Visitar la Plaza Mayor.
- Pasear por los Jardines de Sabatini, los jardines botánicos situados junto al Palacio Real.
- Asistir a un espectáculo de flamenco.
- Explorar el parque del Retiro.
- Un paseo nocturno por la Gran Vía.
- Echarle un vistazo a la Puerta del Sol, el Times Square de Madrid.

Lo último le arrancó una sonrisa. Recordó el horror de Matías

cuando lo llevó a Times Square por primera vez y se vio acorralado por Elmo y el Pato Donald.

Los familiares de Matías estuvieron toda la mañana entrando y saliendo de su habitación hasta primeras horas de la tarde, mientras ella buscaba itinerarios y guías turísticas de Madrid en internet. Sin embargo, en algunos momentos se limitaba a observar cómo respiraba Matías, dejando que el silbido de la cánula de oxígeno la acompañara.

Soltó un triste suspiro al darse cuenta de que se había acostumbrado al hospital. El olor de las toallitas desinfectantes y del limpiador antibacteriano para suelos ya no la molestaba, y las puertas abiertas y las constantes miradas de las enfermeras al interior ya no le parecían una violación de la intimidad. Sin embargo, no quería que el coma de Matías se convirtiera en el día a día, así que se sintió culpable, aunque aliviadísima, cuando su móvil vibró a las dos menos cuarto por la alarma que había programado.

Era hora de dejar a un Matías y, con suerte, encontrar a otro.



—*Una Coca-Cola, por favor* —le dijo Claire al hombre del quiosco de bebidas—. *Y…*

«¿Hielo? ¿Cómo se decía eso en español?».

—*¿Con hielo?* —preguntó el hombre.

—*¡Hielo! Sí, por favor* —respondió ella mientras abría la cartera.

Sin embargo, se detuvo de repente. Ya no le costaría mucho encontrar las monedas adecuadas porque recordaba lo que necesitaba. No obstante, titubeó, esperando que Matías apareciera para ayudarla. Dejó los dedos suspendidos sobre la cartera,

esperando…

No hubo ninguna voz, ninguna risa porque hubiera vuelto a confundirse con los euros. Nada.

Se volvió para ver si estaba en la cola detrás de ella, pero, a diferencia del día anterior, era la única clienta.

Suspiró mientras sacaba las monedas correctas de la cartera, le pagó al hombre del quiosco y se hizo con su Coca-Cola.

¿Qué debería hacer? Contaba con que la repetición del encuentro del día anterior provocara el regreso de Matías. Pero si eso no funcionaba, ¿debería quedarse por allí? En casa, él llegaba siempre tarde, tanto que había empezado a decirle que las citas y los eventos eran (por lo menos) media hora antes de lo que eran en realidad. No se trataba de que Matías no respetase el tiempo de los demás, el problema era que se dejaba llevar por las ideas que tenía en la cabeza o, si estaba en su estudio, se sumergía tanto en la pintura que el tiempo dejaba de existir para él.

Quizá a su alma le ocurría lo mismo. Al fin y al cabo, eran partes de la misma persona.

La lógica era endeble y, si se tratara de un contrato legal, le habría encontrado un sinfín de fallos. Pero como no se le ocurría otra forma de conseguir que el alma de Matías se reuniera con ella, se sentó en el banco más cercano y cruzó los dedos para que él llegara.

Dos horas más tarde, se había bebido toda la Coca-Cola y tenía muchas ganas de ir al baño. Los De León habrían vuelto al hospital después de comer y se estarían preguntando dónde estaba. El hombre del quiosco de bebidas había empezado a mirarla con lástima. ¿Era tan obvio que la habían dejado plantada?

Claro que Matías no podía dejarla plantada si no sabía que tenían

una cita.

Se levantó del banco del parque, con las marcas de los listones seguramente impresas en la parte posterior de las piernas por haber estado sentada en el mismo lugar durante tanto tiempo.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó el hombre del quiosco en un inglés titubeante.

—No lo sé —respondió Claire—. Quizá.



El resto de la tarde transcurrió con el runrún de los pitidos de los monitores y de los familiares que se turnaban en la habitación del hospital de Matías. Claire intentó analizar qué había hecho mal durante la pausa para comer, pero ¿quién sabía qué leyes regían las almas o si existía alguna regla?

Sin embargo, aunque lograse encontrar su alma, ¿podría conseguir que lo imposible sucediera dos veces? De alguna manera, Matías se había enamorado de ella en Nueva York, aunque él era un demonio de Tasmania de la pintura y la curiosidad, y ella era una abogada que planificaba lo que iba a ponerse con un mes de antelación. ¿Cómo podría replicar su relación en Madrid, cuando las posibilidades de que alguien como él la amara eran tan escasas?

A primera hora de la tarde, se marchó del hospital porque necesitaba comprar ropa interior. Había encontrado unas bragas de emergencia en el bolsillo lateral del bolso, un repuesto por si se le adelantaba la regla, pero lavarlas en el lavabo con jabón de manos y alternar solo entre dos no era lo ideal, así que había llegado el momento de solucionar ese problema.

La tienda que le había recomendado la recepcionista del hotel era

mucho más lujosa de lo que estaba acostumbrada. Como era una mujer práctica y había crecido sin mucho dinero, solía comprar bragas de algodón en paquetes al por mayor. Así que se quedó en la entrada de Oysho durante unos segundos indecisa, flanqueada por maniquíes con sujetadores y bragas de encaje que sin duda requerían más cuidados que simplemente meterlos en la lavadora con todo lo demás.

«Además, no tengo a nadie para quien ponerme cosas tan bonitas», pensó, con una opresión en el pecho.

«No, no pienses eso», se reprendió. Matías despertaría.

Se obligó a entrar. En casi todas las tiendas de Estados Unidos, la ropa más cara y deseada se colocaba en la parte delantera, y la más barata y funcional, en la parte trasera, y, por suerte, los españoles tenían la misma idea. Las bragas «sencillas» seguían siendo más elegantes que las que ella compraba en paquetes de doce en su país, pero los europeos parecían tener mejor sentido de la moda que los estadounidenses en general, por lo que tampoco se sorprendió mucho.

El cartel que vio sobre el expositor la llevó a decidirse. Según la aplicación de traducción, si compraba nueve, le regalarían una. Así que contó diez y se las llevó a la caja.

Mientras esperaba su turno en la cola, miró la bonita ropa interior que tenía en las manos. Hasta los diseños más sencillos tenían una hilera de botoncitos en la parte delantera, un lacito o un pequeño ribete de encaje.

¿Estaba comprando demasiadas? ¿Y si al comprar tantas estaba perjudicando la recuperación de Matías, porque le estaba insinuando al universo que se estaba preparando para un largo camino? ¿Que no

creía en una pronta recuperación ni que despertara al día siguiente? Diez bragas eran una semana y media sin repetir…

Apretó las bragas con más fuerza, deseando de nuevo que Matías estuviera allí. Él siempre tenía una forma de simplificar las cosas cuando empezaba a darle demasiadas vueltas a sus decisiones.

—*¿Señora?*

Claire levantó la mirada. Una de las cajeras estaba libre y le hacía señas. Sin embargo, cuando llegó al mostrador, miró hacia el escaparate.

Allí estaba Matías, caminando junto a la fuente de la plaza.

Dio un grito ahogado.

—¡Por favor, date prisa! —le dijo a la cajera.

La chica la miró con expresión desagradable.

—No puedo ayudarla a menos que me dé lo que va a comprar.

—¿Qué? ¡Ah! —Todavía tenía las bragas en las manos—. Aquí tienes.

La cajera murmuró algo.

—Lo siento —se disculpó Claire—. *Un hombre… fuera*. Quiero hablar con él.

—¡Aaah! —exclamó la chica, levantando una ceja donde llevaba un *piercing* en señal de aprobación. Sin embargo, frunció el ceño al ver las bragas tan recatadas que había comprado, quizá pensando que unas más sensuales habrían aumentado sus posibilidades con un hombre. En cualquier caso, pasó su tarjeta de crédito por el datáfono, envolvió las compras en un delicado papel de seda y las metió en una bonita bolsa con asas—. ¡Buena suerte!

—*Gracias* —dijo Claire, que salió de la tienda prácticamente corriendo—. ¡Matías!

Él se dio media vuelta y, cuando la luz del sol lo iluminó, habría jurado que era un poco menos diáfano que el día anterior. Pero tal vez solo fuera su imaginación, porque seguía siendo transparente hasta que dio un paso y salió del rayo de sol.

—¡Claire! Vaya, qué casualidad.

Desde luego. No sabía por qué había aparecido allí, justo en ese momento, cuando su plan más meditado en el quiosco de bebidas no había dado resultados. Claro que no iba a dejar pasar esa oportunidad.

—¡Sal conmigo! —le soltó Claire.

Matías pareció confundido por un segundo, pero se recuperó pronto.

—Me encantaría. Seguro que necesito una semana para instalarme cuando llegue a Nueva York, pero luego sería maravilloso verte.

—No.

—¿No?

—Quiero decir… que salgas conmigo hoy —dijo Claire.

—Lo siento, no puedo. Voy a estar ocupado las próximas dos semanas, preparándome para el viaje.

Un *déjà vu*, pero al revés, porque la primera vez que Matías la invitó a salir, cuando la llamó a la oficina para que cenara con él ese mismo día, ella le dijo que estaba muy ocupada.

Sin embargo, él insistió y ella cedió.

—Me niego a aceptar un «no» por respuesta —dijo Claire, cruzando los brazos por delante del pecho y haciendo todo lo posible para que no se le notara que iba de farol.

Sin embargo, no sabía qué ultimátum usar si él volvía a rechazarla.

Matías ladeó la cabeza y la miro fijamente.

—¿Todas las estadounidenses son tan tercas?

—¡Yo no soy terca! —protestó.

Matías se rio.

—Creo que eso demuestra lo que digo.

Claire hizo un mohín.

—Sin embargo —siguió él—, resulta que soy un experto en mujeres testarudas, porque mi madre y mi hermana tienen un carácter tremendo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué diría un experto en esta situación?

—Un experto diría que, si eres inteligente, haces lo que te diga la mujer terca. —Matías le guiñó un ojo—. Así que vamos a salir. Sé exactamente adónde llevarte.



El Museo Sorolla estaba a solo veinte minutos andando. Al principio, Claire se había resistido a entrar, preocupada por las multitudes que atravesarían a Matías, pero descubrió que los turistas ya no tenían ganas de visitar más museos por la tarde, porque habían gastado toda su energía por la mañana en los más famosos, como el Prado y el Reina Sofía.

—Joaquín Sorolla es uno de mis pintores preferidos, porque era un maestro a la hora de jugar con la luz en los paisajes —dijo Matías mientras se acercaban al museo—. ¡Ah, no he caído en preguntártelo antes de venir! ¿Te gusta el arte?

—Me gusta desde que te conocí —respondió Claire.

Él se rio.

—¡Un desmayo fuera de un hotel y un paseo por el parque, y ya he dejado huella en ti!

Claire se puso colorada. Había dicho la verdad, pero era para el otro Matías. Sin embargo, su alma era tan parecida a él que, por un momento, se le había olvidado que el Matías con el que estaba no era exactamente igual.

Compró las entradas mientras él estaba distraído con un cartel sobre Joaquín Sorolla. Sin embargo, no había necesidad de comprar dos, porque en la puerta solo le pidieron una. Estaba claro que el hombre no veía a Matías, y esa fue su confirmación definitiva de que era la única que podía verlo.

Por suerte, Matías estaba demasiado absorto con las obras de la entrada como para darse cuenta de que el hombre de la puerta solo había aceptado una entrada.

—Esta era la casa donde vivía Sorolla —le dijo Matías al entrar en una sala con paredes de un intenso color rojo anaranjado.

Había cuadros colgados por todos lados. Cuadros pequeños de jardines y fuentes; cuadros medianos de fachadas de edificios con arcos y estanques que reflejaban la luz; grandes retratos de mujeres jóvenes con vestidos blancos a la orilla del mar, con el viento salado agitando sus sombreros y sus sombrillas. Del techo, que tenía las vigas a la vista, colgaba una impresionante araña de metal y cristal. En las estanterías había jarrones y un sinfín de cosas más.

No era de extrañar que Sorolla fuese uno de los artistas preferidos de Matías. En esa estancia, se percibía el bullicio de la vida, aunque el pintor había muerto hacía mucho tiempo.

—¿Ves cómo se siente el sol en cada una de sus obras? —le preguntó Matías. Le brillaban los ojos y respiraba hondo, señales que reconocía en él cuando otro artista lo impresionaba.

A Claire le dolía el corazón, echaba de menos a Matías, aunque

estuviera allí mismo, a su lado.

—Cuéntame más sobre Sorolla y sus pinturas —le dijo, porque lo único que quería en ese momento era escucharlo hablar sin parar.

—Cuidado con lo que deseas —replicó él—. Puedo llegar a aburrirte si me dejas hablar sin parar.

—Eso nunca —le aseguró ella.

Matías se rio.

—Vale, tú lo has querido. Mira este. —Señaló el retrato de una mujer vestida de negro, con un enorme sombrero también negro en la cabeza—. La habitación detrás de la protagonista es tenue; las cortinas no destacan, tienen un color apagado, y desaparecen por completo con el verde aceituna sucio de la izquierda. Y, sin embargo, mira cómo Sorolla resalta el rostro de la mujer con la luz. Casi puedes sentir el sol entrando por esa pequeña y estrecha ventana solo para iluminarla, y, gracias a eso, se percibe la solemnidad con más fuerza que si la hubiera dejado también en sombra.

Mientras Matías le describía entusiasmado el uso de la luz de Sorolla en el retrato, la suave luz dorada del sol del atardecer se coló a través de una ventanita de la habitación y se posó en su cara. Matías se volvió transparente, aunque mucho menos que antes, por lo que la luz del sol logró resaltar el dorado de sus ojos y destacó todavía más el contraste de su pelo negro contra la piel. En el mentón destacaba la sombra de la barba. Claire cerró los ojos un momento, recordando el roce áspero contra su propia mejilla y la sensación de esos labios contra los suyos. Los feroces besos que se daban a veces, al principio de su relación, durante tanto tiempo que horas después tenía toda la zona de la boca como si le hubieran pasado una lija e incluso seguía teniendo los labios rojos e hinchados

al día siguiente. En el bufete, George le preguntaba si había tenido una reacción alérgica a algo y Yolanda se limitaba a reírse con complicidad, ya que estaba casada con un apasionado miembro del mundo del arte.

Durante los últimos meses, ya no le permitía a Matías que la besara así. Estaba cansada de ir al trabajo con aspecto de adolescente después de una sesión de besos en el asiento trasero del coche. Pronto la nombrarían socia y debía presentar un aspecto apropiado.

En ese momento, sin embargo, mientras miraba a Matías con el sol acariciando su cara, se preguntó: «¿Por qué?».

¿Por qué la alegría de su vida personal implicaba que no podía destacar también en su vida profesional? ¿Por qué había empezado a alejar a Matías, criticando las peculiaridades que lo hacían ser él?

Deseó besarlo. Quería atravesar la escasa distancia que los separaba, ponerse de puntillas y saborear el sol en su piel. Quería besarle el cuello, rozarle la aspereza de la barba con los labios, sentir sus brazos rodeándola y sus manos deslizándose por debajo de su camisa.

Pero no podía tocarlo. La profesora Hong lo había dejado claro.

Así que se quedó clavada en el sitio.

Matías seguía mirando el cuadro. Luego se volvió y le sonrió.

—¿Qué te parece?

«Creo que eres extraordinario —pensó—. Y no sé por qué no me daba cuenta de lo afortunada que era».

Se quedaron casi hasta la hora del cierre. Nunca le había gustado ser la clase de persona que se quedaba en los museos o en los

restaurantes hasta el último minuto. Suponía que para los guías o los camareros debía de ser incómodo acercarse a los rezagados y decirles con educación que era hora de marcharse. Por eso, siempre se aseguraba de irse lo bastante temprano, para que no tuvieran que hacerlo con ella.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó a Matías mientras salían del museo—. Solo son las ocho. La noche es joven.

—En realidad, debería irme a casa —contestó Matías—. Me lo he pasado muy bien contigo, pero tengo mucho que hacer antes de irme a Nueva York.

—Pero todavía faltan dos semanas —le recordó Claire. No sabía cuándo ni cómo volvería a verlo y no quería dejar pasar esa tarde. Además, le costaba entender que, para él, ir a Nueva York era algo que estaba en el futuro, mientras que para ella ya era algo del pasado.

¿Cuánto tiempo tenía en realidad? ¿Y si no era capaz de conseguir que Matías se enamorase de ella antes de que pasaran las dos semanas, cuando sus recuerdos de Madrid se acabaran y pasara a los de Nueva York?

Se estremeció. No quería pensar en eso.

De momento, solo tenía que estar con él tanto como fuera posible para mantener su alma conectada a ella, su ancla. Sus interacciones pasadas parecían haber ayudado a la versión de Matías que estaba en el hospital, y esperaba que sus signos vitales volvieran a mejorar esa noche.

—Tienes dos semanas enteras antes de que llegue la hora de irte. Es mucho tiempo —dijo, aunque también lo hizo para intentar convencerse a sí misma.

—Bueno, recuerda que voy a estar fuera del país durante dos años —replicó Matías—. No es tan sencillo como viajar por trabajo o irse de vacaciones. Hay muchas cosas de las que tengo que ocuparme.

—Sí, pero…

—Claire —dijo con un deje irritado en la voz—, ¿y si nos vemos cuando esté en Nueva York?

—No quiero esperar —respondió.

¡Uf, qué patética! Parecía desesperada, pero había demasiado en juego como para preocuparse por eso.

—De verdad que tengo que irme —insistió Matías—. Tengo tu número. Te buscaré cuando llegue a Estados Unidos.

Sin embargo, a esas alturas de la vida ya había oído demasiadas veces en el pasado y de boca de otros hombres eso de «te llamaré» o «pronto quedaremos». Nunca la llamaron ni volvieron a quedar con ella. Era su forma de desaparecer, lo que no dejaba de ser irónico y triste en el caso de Matías.

Seguramente, tuviera la intención de ponerse en contacto con ella cuando llegara a Nueva York, pero también era posible que lo hubiera presionado demasiado y él se estuviera alejando.

Se despidió de ella agitando una mano y cruzó la calle. Pasó un autobús, que le bloqueó un instante la vista y, cuando la calle quedó despejada, Matías ya se había ido.

Matías

Siete meses antes

Después de cuatro meses de relación y durante su sexta visita al Met (el museo más famoso de Nueva York), Claire le confesó un secreto.

—Antes de conocerte, no había venido nunca.

—¿Qué? —preguntó Matías tan alto que su voz resonó en el museo. Algunos visitantes lo miraron disgustados, así que levantó las manos en señal de disculpa. Bajó la voz y la miró con expresión guasona mientras meneaba la cabeza—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Nueva York?

—Es que… antes de conocerte no me interesaba mucho el arte.

—Pero eres amiga de Yolanda y de Jason.

—Sí, pero eso es porque me caen bien como personas, no porque me interesara especialmente a qué se dedicaba Jason. A ver, que está casado con Yolanda, pero creo que la única vez que ella le habla de trabajo es cuando Jason le pide que le cuente las novedades en materia de legislación laboral para ayudarlo a conciliar el sueño.

Matías se echó a reír.

—Vale, es lógico. Pero ¿has estado fingiendo delante de mí en lo que respecta al arte? Por favor, dime que no te he estado haciendo sufrir durante los últimos cuatro meses.

Claire se puso de puntillas y lo besó.

—No, el arte es mucho más interesante contigo. Explicas cada pintor y cada cuadro como si fuera una historia en vez de limitarte a

recitar datos históricos sin más. Me gusta escuchar lo que sucedía en la vida de la pintora cuando trabajaba en una obra, como que eligió usar amarillo ocre en vez de tierra de siena natural porque su marido había tenido una discusión con el dueño de la empresa que fabricaba pintura con el pigmento italiano. O como el hombre aquel que le tenía un miedo mortal al agua, por lo que dedicó toda su carrera a pintar barcos y el mar para enfrentarse a su miedo. Y tu forma de hablar de los cuadros en sí… Le das vida al arte, y eso me encanta.

Matías sintió una oleada de calor por todo el cuerpo al pensar que le había proporcionado tanta alegría.

—¿Qué vemos ahora? —preguntó ella—. ¿Qué me dices de unas esculturas? Todavía no hemos visto esa parte del museo.

Matías se tensó.

Claire frunció el ceño.

—¿No te gusta la escultura?

—Me gusta…

—Pero te da miedo no saber lo suficiente del tema y que te avergüences cuando yo me dé cuenta —replicó ella en tono burlón.

Matías intentó que su expresión fuera lo más neutra posible.

—Estuve saliendo con una escultora.

Claire tropezó con sus propios pies.

—Ah. ¿En serio?

Él se encogió de hombros.

—Sí, pero es agua pasada. De todas formas, tenía ganas de ver la exposición de trajes. ¿Qué te parece?

A Claire se le movieron los dedos, y Matías estaba bastante seguro de que estaba dudando entre preguntarle más sobre su ex o no. Esperaba que decidiera no preguntarle. Siempre que llegaba al final

de sus citas con ella, cuando le preguntaba «¿Cuándo puedo volver a verte?», siempre parecía sorprendida de que siguiera interesado. Así que no quería hablar de su relación anterior en ese preciso momento, porque conocía lo bastante a Claire como para saber que empezaría a compararse de inmediato con su ex, y él no sería capaz de convencerla de que estaba muchísimo mejor con ella, una mujer con los pies en la Tierra, que con una artista de espíritu libre como él mismo.

Quizá lo que Claire necesitaba era verse con más claridad, darse cuenta de que no solo era una abogada estirada, sino también una mujer que podía soltarse el pelo y divertirse sin planificación previa de vez en cuando.

—Vamos a dejar la exposición de trajes —dijo—. Se me ha ocurrido algo mejor.



Dejaron atrás la ciudad y condujeron por una serie de sinuosas carreteras con rumbo al bosque. Matías comprobó la dirección en su teléfono una vez más y le pidió a Claire que se detuviera en un pequeño claro.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella mientras salían del coche y lo seguía hacia los árboles, cuyas hojas rojas y doradas se mecían con la brisa.

Matías señaló un cartel de madera pintado: Bienvenidos a Cualquier Cosa que Desees.

—Un profesor de mi departamento heredó muchísimas hectáreas aquí —le contestó—. Pero, en vez de edificarlas, decidió convertirlas en una colaboración artística. Cualquier artista puede venir a su

tierra, en cualquier momento, para crear. La única restricción es que no se puede dañar la vegetación ni la fauna. Tenía ganas de venir, pero todavía no se había presentado la oportunidad.

Encontraron un sendero estrecho y muy transitado que partía de un claro y que se adentraba en la propiedad.

—¿Así que este lugar se llama «Cualquier Cosa que Desees»? ¿Qué significa eso? —preguntó Claire mientras paseaban entre la espesura de los árboles, algunos con delicadas hojas de color naranja claro y otros con hojas anchas de tonos carmesí.

—Aquí puedes hacer lo que quieras, literalmente —contestó él—. Así de simple.

Señaló hacia la izquierda, donde se veían unos felpudos cuadrados hechos de fibras de coco que habían teñido de negro y de un color casi blanco, y que habían colocado a lo largo y ancho del terreno accidentado como un tablero de ajedrez irregular. En algunas de las casillas, había piezas de ajedrez de entre noventa y ciento ochenta centímetros de altura hechas de alambre de cobre; peones rechonchos, caballeros majestuosos sobre sus monturas, alfiles con cuerpos huecos excepto por una cruz sólida en el corazón.

—¡Madre mía, mira! —exclamó Claire entre risas mientras señalaba una figura de alambre detrás del tronco de un árbol especialmente robusto—. ¡Ahí está el rey!

Matías también se echó a reír. Porque el rey estaba acurrucado detrás del árbol, solo asomaba su cabeza coronada, y a pocos metros de él, una reina se erguía sobre su casilla de fibra de coco, con el cuerpo de alambre montado en un poste para que girase en círculos, como si lo estuviera buscando.

—Jaque mate —dijo Matías.

—Sin duda. —Claire sonrió y se colgó de su brazo mientras continuaban por el sendero.

Pasaron junto a un cobertizo de madera alargado con un cartel sobre la puerta que decía: Herramientas de la Imaginación.

Más adelante había más obras: un dragón hecho con engranajes de bicicleta, suspendido de una tirolina entre las copas de los árboles. Una plataforma con una placa cubierta de cristal, en cuyo interior había una manzana de mármol esperando a Blancanieves. Casitas de hadas enclavadas en campos de flores silvestres y coloridas campanas de viento de cristal en las ramas de los árboles. Una estatua dorada del león Aslan. Un topiario de una pareja bailando. Un tronco caído por culpa de un rayo que habían tallado con la forma de un tótem en reposo.

Llegaron a un puente de piedra emplazado sobre un arroyo que se había secado, y a Matías se le hinchó el pecho de la misma manera que cuando le llegaba la inspiración para un nuevo cuadro.

—Ahí —dijo.

—¿Ahí qué? —Claire miró el puente y todo lo que lo rodeaba.

—Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

Atravesó el bosque a toda velocidad, siguiendo los tortuosos senderos de tierra, hasta que llegó al cobertizo de madera con las Herramientas de la Imaginación. La puerta estaba abierta y, dentro, encontró lo que esperaba: pintura, pinceles y lienzos, así como todo tipo de materiales artísticos que no necesitaba en ese momento, pero que podría usar otro día.

—¿Para qué es todo eso? —le preguntó Claire cuando regresó con varios botes de pintura en espray.

—Vamos a decorar el puente de piedra —contestó él.

Ella puso los ojos como platos.

—¿Con grafitis?

Matías sonrió.

—Más o menos. Sé que no va contigo vandalizar algo como un puente, pero como tenemos el permiso del profesor para crear lo que queramos, ¿te apetece intentarlo?

Claire se mordió el labio. Sus dedos hicieron ese gesto tan gracioso e inconsciente de moverse por los nervios. Luego respiró hondo.

—Muy bien. Vamos a pintarlo.

Al final, no garabatearon sus nombres sobre las rocas ni hicieron nada parecido al arte que adornaba las paredes de los callejones de la ciudad. En cambio, Claire quiso pintar caras en las piedras redondas. Montones de caritas felices.

Cuando terminó, las miró con una sonrisa radiante.

Matías, en cambio, la miraba a ella con una sonrisa radiante.

—Es solo un pequeño acto de rebeldía —dijo ella— y, técnicamente, ni siquiera es un acto de rebeldía porque teníamos permiso para hacerlo. Pero, de alguna manera, siento que cuenta.

—Pues claro que cuenta —le aseguró él, que tiró de ella, dándole una vuelta, para besarla.

El olor de la pintura permanecía en la piel de Claire, y sabía a sol y a sal. El moño se le había deshecho y varios mechones se agitaban en torno a su cara con el viento.

Le gustaba Claire en la ciudad, donde lo tenía todo organizado a la perfección.

También le gustaba Claire en el bosque, con esa expresión ligera en los ojos que había aparecido después de soltar un poco las riendas.

La pegó al tronco liso de un árbol junto al puente y la besó con más

pasión, buscando su lengua con la suya. Le deslizó una mano por la cinturilla de los vaqueros.

Claire se pegó a su cuerpo, y él sintió la urgencia de su deseo tanto como sentía la propia.

Sin embargo, ella dijo entre besos:

—Aquí no.

—Nadie nos va a ver —replicó mientras enganchaba un dedo en el elástico de las bragas—. No hay nadie más.

—Pero nos están observando… —protestó Claire.

—¿Quién?

Ella miró de reojo hacia el puente. Matías siguió su mirada.

—¿Te refieres a… las piedras? —preguntó él.

A Claire se le escapó una risilla, que se convirtió en una carcajada.

—Esas caras tan bonitas…

Entre risas, Matías se la cargó al hombro. Se internó con ella en el bosque, donde no había senderos ni otras obras de arte.

Después, la tumbó sobre una cama de hojas otoñales e hicieron el amor bajo las copas de los árboles, mientras las motitas de sol les iluminaban la piel, en la propiedad de otra persona. Y así fue como Matías ayudó a Claire a ejecutar su segundo acto de rebeldía ese día.

Claire

Cuando Claire llegó al hospital a la mañana siguiente, estaba teniendo lugar una acalorada discusión fuera de la habitación de Matías entre Araceli y la que seguramente era la mujer más guapa que Claire había visto en su vida. Tenía unos ojazos como los de Ana de Armas y una espesa melena negra y ondulada. Su atrevido vestido largo de flores tenía un escote pronunciado que se le ceñía a las curvas del pecho y caía hasta ondular alrededor de sus pies como olas. Tenía a todos los hombres de la sala del hospital hipnotizados, y todas las mujeres la odiaban y querían ser ella al mismo tiempo.

Menos Araceli, que parecía odiarla mientras señalaba repetidamente hacia el ascensor.

—*¡Las visitas son solo para los familiares!* —exclamó Araceli, que estaba casi gritando.

—*Pero yo casi fui de la familia* —protestó la mujer.

—*Exacto, «casi». Tomaste tu decisión y dejaste a mi hermano hecho polvo. Por eso se fue del país. Desde entonces no le has dicho nada.*

Una enfermera que estaba detrás de la mujer tan guapa señaló con las manos a Araceli y le susurró algo en español que Claire supuso que significaba «¡Haga el favor de bajar la voz!».

—Hola, Claire —la saludó Luis, que apareció a su lado—. Llegas justo a tiempo para el espectáculo.

—¿Quién es esa y qué está pasando?

—Es Vega Castillo, la ex de Matías. Quiere verlo, pero Araceli no la deja.

«¡Ah, Vega!». Matías había mencionado su nombre un par de veces, pero no le gustaba hablar de ella. Claire sabía que Vega y él se conocieron en la escuela de arte y que estuvieron juntos durante un tiempo, pero él nunca le había contado qué había sucedido entre ellos, solo que era agua pasada.

Pero ¿de verdad lo era? Porque Vega estaba empezando a llorar. Cayó de rodillas al suelo, suplicando entre sollozos.

Araceli puso los ojos en blanco.

—Vega es muy exagerada —le dijo Luis a Claire en voz baja.

Sin embargo, Claire vio dolor real en la postura de la mujer cuando extendió un brazo para agarrar las manos de Araceli. A Vega le temblaba el cuerpo, no de forma exagerada como alguien que fingía llorar, sino de la misma manera que le había pasado a ella durante el vuelo a Madrid, cuando tenía las emociones tan a flor de piel que tenía la impresión de que todas sus terminaciones nerviosas estaban expuestas y hasta una ráfaga de aire podría provocarle un *shock*.

Aun así, Araceli se zafó de su mano y se plantó con más firmeza delante de la puerta de Matías.

—¿Qué daño haría darle unos minutos? —le preguntó Claire a Luis.

Luis suspiró.

—Matías le pidió a Vega que se casara con él cuando solo tenían veinte años. Ella dijo que sí, pero nunca se comprometió hasta el punto de fijar una fecha para la boda, por mucho que él se lo pedía. Cuando lo invitaron a ser profesor visitante en Nueva York hace año y medio, le volvió a pedir una fecha para la boda, para que ella pudiera acompañarlo a Estados Unidos como su esposa, pero Vega le devolvió el anillo y le dijo que se fuera solo.

«¿¡Qué!?».

Claire se agarró al respaldo de una silla cercana. ¿Matías y Vega habían estado comprometidos durante quince años? ¿Y seguramente juntos durante más tiempo? Ella pensaba que no era una relación importante, ya que sabía muy poco sobre la mujer.

Sin embargo, al echar la vista atrás, se dio cuenta de que solo lo había creído así porque Matías nunca hablaba de ella. Algo que no resultaba tan extraño, ya que Vega era, al fin y al cabo, una ex, y no podía decirse que fuera un tema muy apropiado para hablar con la novia actual.

Sintió una opresión en el pecho al comparar la larga historia que Matías había tenido con esa preciosa artista con los once meses y una semana que había pasado con la aburrida y estirada Claire. Su renuencia a mencionar a Vega implicaba todo lo contrario al hecho de que no significaba nada. Salvo por el último año que Matías había pasado en Nueva York, Vega había formado parte de toda su vida de adulto.

¿Seguía queriéndola?

¡Por el amor de Dios…! ¿El anillo de compromiso que había encontrado en su cómoda era el mismo que Vega había llevado en algún momento?

Sintió que se le revolvía el estómago y apartó la mirada de Vega, arrodillada en el suelo. Incluso desesperada, la ex de Matías era guapa a rabiar.

—Araceli nunca le perdonará a Vega que le partiera el corazón a Matías —dijo Luis—. Y desde luego que no la va a dejar entrar en la habitación.

La enfermera que había estado pidiéndoles a Araceli y a Vega que

bajaran la voz acabó rindiéndose y llamó a seguridad. Se abrieron las puertas de la sala y entraron dos hombres muy corpulentos con uniforme que se acercaron a Vega y le dijeron algo en voz baja.

Ella les respondió, en voz lo bastante alta como para que se oyera en toda la sala.

—*¡Ay, por favor!* —exclamó Araceli, que levantó los brazos.

Aunque Claire no quería mirar, era imposible no hacerlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Luis meneó la cabeza al ver la escena; uno de los guardias de seguridad se agachó para levantar a Vega en brazos.

—Vega dice que el dolor la ha dejado demasiado débil y que hay que llevarla en brazos. Como ya te he dicho, muy exagerada.

Vega se apoyó con elegancia en el cuerpo del guardia, como si fuera consciente de la imagen que estaba creando. Todos los hombres, salvo Luis y su padre, se inclinaron un poco hacia delante, como si esperaran que se formase una de esas cadenas humanas y tuvieran que pasarse a Vega de unos brazos a otros para ayudarla y llevarla a salvo abajo.

Sin embargo, Claire solo atinaba a pensar en que, en el pasado, Vega se había pegado por completo al cuerpo de Matías. Ella nunca había sido teatral ni dependiente. De hecho, se enorgullecía de ser independiente, pero desde la perspectiva de otra persona, se dio cuenta de lo rígida que debía de parecer en comparación con Vega.

«¿Por qué me ha elegido Matías a mí cuando podía tener a una mujer como ella? Una mujer que vive la vida de forma tan intensa como él».

Los guardias entraron con Vega en el ascensor. Cuando se cerraron las puertas, los hombres que se quedaron atrás soltaron un suspiro

decepcionado todos a la vez.

Araceli, en cambio, apoyó la cabeza en la puerta de la habitación de su hermano y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, vio a Claire y esbozó una débil sonrisa.

—Vamos, Claire. Tú sí puedes ver a Matías.

Claire dio un paso en esa dirección, pero se dio cuenta de algo que, sinceramente, habría preferido que no se le ocurriera.

Con un suspiro, miró hacia el ascensor.

—Ahora vuelvo. Por desgracia, tengo que hablar con Vega.



—*Perdón* —dijo Claire cuando alcanzó a Vega en la entrada del hospital, donde ya no tenía problemas para andar por su propio pie.

—*¿Sí?* —Vega se dio media vuelta y la miró a la cara con esos ojazos, hipnóticos a pesar de que se le había corrido el delineador.

—Soy Claire Walker, la… Mmm… —De repente, se sintió avergonzada de declarar que Matías era suyo, cuando había sido de Vega durante tanto tiempo.

—*No hablo inglés* —replicó Vega. Sacó su teléfono y abrió una *app* de traducción, activó el micrófono y se lo acercó a Claire.

—Soy Claire Walker. La novia de Matías. —Y la *app* repitió sus palabras en español con una voz un tanto robótica.

—Ah —dijo Vega—. *Araceli te ha mencionado*. —Le tendió la mano sin titubear—. *Encantada de conocerte, Claire.*

Estrechó la mano de Vega.

—Eso no me lo esperaba.

La *app* lo tradujo. Era mucho mejor que la aplicación básica que ella había estado usando desde que llegó a Madrid.

Vega se encogió de hombros y le habló al teléfono, que tradujo:

—A lo mejor me arrepiento de la decisión de cortar con Matías, pero la tomé. Y las mujeres no tienen por qué ser enemigas solo porque estén enamoradas del mismo hombre, ¿no?

Claire dio un respingo cuando oyó ese presente. «Enamoradas del mismo hombre». Esperaba que Matías hablara en serio cuando dijo que era agua pasada. Porque, al parecer, Vega seguía queriéndolo, aunque había permitido que Matías pusiera un océano de distancia entre ellos. Y ella no sabía si Matías seguía sintiendo algo por Vega, dado que nunca había hablado de ella a fondo.

Aunque no podía lidiar con esos pensamientos en ese preciso momento. Había corrido escaleras abajo para alcanzar a Vega por un motivo. Y si iban a tener que turnarse para usar la *app* de traducción para lograrlo, se las apañaría.

—Estoy de acuerdo —dijo Claire—. Las mujeres no deberían ser enemigas por culpa de un hombre. Y por eso estoy aquí, en realidad. Me preguntaba si podrías contarme cosas de la vida de Matías cuando vivía en Madrid.

Vega ladeó la cabeza.

—*Sí, pero ¿por qué?* —La *app* tradujo eso también.

—Supongo que porque tengo miedo de perderlo. Ansío saber detalles de su vida.

La verdadera razón era que conocer los lugares donde Matías trabajaba y vivía, donde compraba la comida o donde le gustaba ir a comer, podría ayudarla a descubrir cómo encontrarlo de nuevo. Ya no podía contar con que Matías apareciera sin más. Tenía que ser proactiva, aunque eso significara enfrentarse a otra mujer a la que él había querido… a lo mejor incluso más que a ella.

Claro que no podía decirle a Vega: «Estoy persiguiendo el alma de Matías».

Vega soltó un hondo suspiro antes de hablarle al teléfono, que tradujo con esa voz robótica y femenina:

—¿Qué te parece si te lo enseño en vez de contártelo? A mí tampoco me importaría recorrer los recuerdos que tengo de él.



El barrio de Malasaña parecía ser la zona artística de Madrid. Vega llevó a Claire por delante de tiendecitas de ropa *vintage* y bohemia; una tienda de libros usados en cuyo escaparate se veía un *collage* de viejas revistas *punk*; pequeñas cafeterías que parecían locales donde se tocaba música en directo o se recitaba poesía; y misteriosas puertas pintadas de colores chillones que, según le explicó Vega, eran las entradas a los clubes con algunos de los mejores DJ del continente.

—Esa —dijo Vega mientras señalaba un escaparate al otro lado de la calle que estaba repleto de pinturas— es la tienda de material artístico que nos gusta a Matías y a mí. Tienen las mejores pinturas para él y la arcilla para mí. Soy escultora. La siguiente puerta —dijo al tiempo que señalaba un bar que no abría hasta más tarde— es donde me emborraché tanto durante mi primer año en la universidad que Matías tuvo que llevarme en brazos a mi casa.

«¿Un truquito habitual en ti?», quiso preguntarle Claire al recordar lo que había hecho en el hospital.

Sin embargo, no tenía motivos para ser maleducada con Vega cuando se estaba tomando la molestia de mostrarle cosas del pasado de Matías. Además, habían acordado que la rivalidad entre ellas

sería… ¿El qué? ¿Inmadura? ¿Una tontería, ya que Vega había cortado con él? ¿Algo innecesario porque Matías estaba con ella en ese momento?

Sí a todo eso, pero, aun así, Claire era incapaz de contener la oleada de inseguridad que la invadió, vestida con su coleta y su camiseta de manga corta básica al lado de una artista que exudaba sexo y seguridad en sí misma con cada vaivén de cadera y cada movimiento de su falda al andar.

En ese preciso momento, alguien le silbó a Vega y gritó:

—*¡Guapa!*

Claire lo tradujo en su mente, no necesitaba la *app* para eso.

Vega se limitó a echarse a reír y a saludar al hombre con la mano, como si eso le pasara a todas horas. Algo que seguramente sucediera de verdad.

Ella no quería precisamente que un desconocido le silbara por la calle, el problema era que a ninguno se le ocurriría silbarle. Su mejor cualidad era la inteligencia. Salvo por eso, era lo suficientemente guapa como para ir tirando, pero nunca destacaría.

Quizá por eso Matías la prefería a ella; no tenía que espantar a otros hombres como sin duda debió de hacer cuando estaba con Vega.

¡Estupendo! Un punto para ella. Qué victoria tan deprimente.

Caminaron varias manzanas más antes de que Vega se detuviera delante de una panadería con un escaparate de azulejos amarillos brillantes en el que se leía La Mantequilla y el Huevo. Le dijo varias frases a su *app*:

—Esta es La Mantequilla y el Huevo, nuestro sitio preferido para desayunar. A él le gusta lo dulce y a mí, lo salado, así que se pedía

magdalenas o *churros con chocolate*. Y yo pedía una tortilla. Pero, cuando ya estábamos terminando de comer, siempre se las apañaba para darme uno de sus churros bañado en chocolate caliente. —Cerró los ojos y soltó un gemidito.

Quizá ese no fuera un recorrido del todo amigable por los recuerdos en cuanto a Vega se refería.

Claire sintió una punzada en el corazón. Creía que los *churros* y el chocolate eran algo especial que a Matías le gustaba preparar solo para ella, pero allí estaba otra mujer (una mujer con la que él había estado durante más de quince años y con la que quiso casarse) soltando comentarios no muy sutiles cargados de insinuaciones, y ella se sentía muy… idiota.

Y pequeña.

Claire la anodina, una huérfana de Florida a la que otra familia había acogido y que creía que podría cambiar quién era al mudarse a una gran ciudad y ponerse elegantes trajes de abogada. Pero, en el fondo, seguía siendo Claire sin más.

Que sí, que Yolanda le diría que había conseguido enamorar a Matías de León, así que ¿a quién le importaba la sensual artista con la que se acostaba antes?

Sin embargo, su problema era que debía conquistar de nuevo a Matías. No solo tenía que encontrar su alma, sino que también tenía que asegurarse de que esa versión de Matías se enamorara de ella. ¿Y si en esa ocasión no conseguía proyectar lo que fuera que lo atrajo hacia ella en Nueva York? Allí en España, no era una abogada incansable, se había puesto las mismas bragas sucias dos días seguidos antes de conseguir armarse de valor para comprar unas nuevas ¡y seguía siendo analfabeta! ¿Y si…?

«Ay, por favor», pensó.

¿Y si el alma de Matías también se le había aparecido a Vega? Estaba ligado a su vida en Madrid de hacía un año. Ella ya habría cortado con él para entonces, pero aun así… Si él todavía la quería antes de irse a Nueva York, si estaba dispuesto a volver con ella…

Claro que ¿cómo iba a preguntárselo? Si Vega le contestaba que no, que no había visto el alma de Matías, ella quedaría como una tonta que estaba mal de la cabeza. Pero si le contestaba que sí… A lo mejor era ella quien podía hacer que Matías regresara.

—Cre-creo que voy a volver al hospital ya —dijo—. Gracias por acompañarme a algunos de los lugares más importantes de la vida de Matías.

Vega abrió los ojos despacio, parpadeando, y la miró con los párpados entornados.

—*¿Qué?*

Claire tomó una honda bocanada de aire y le repitió lo que había dicho a la *app* de traducción.

Vega soltó una especie de exclamación decepcionada.

—¿No quieres ver nuestro piso? Bueno, ahora es mío, pero vivimos allí juntos muchos años.

Claire tragó saliva para contener la bilis que le subía por la garganta. Si Vega quería ser una arpía, estupendo. Pero ella no tenía por qué aguantarlo. Y se juró que sería ella quien reconectaría a Matías con la realidad.

—Tranquila. Gracias. —Se dio media vuelta.

—Su estudio sigue estando aquí en el barrio —dijo Vega, con un tono más suave de repente. Más triste. La *app* no transmitió eso, pero Claire lo captó con claridad.

—¿En serio? —Se volvió para mirarla.

Vega asintió con la cabeza.

—La casera está loca por él, así que le permitió conservarlo sin tener que pagar el alquiler mientras estaba en Estados Unidos. No pudo llevarse todas sus piezas, y de esta forma la mujer se aseguraba de que volvería después de los dos años. La casera, por cierto, tiene ochenta y seis años.

Claire se echó a reír muy a su pesar.

—El estudio está a tres manzanas de aquí —siguió Vega, que señaló en una dirección que todavía no habían tomado—. Seguramente Armando tenga la llave por si quieres ir a verlo. —Tenía una expresión perdida en la mirada, como si estuviera recordando una época en la que podía entrar y salir a su antojo del estudio, sin que la familia de Matías hiciera de portero. Cuando podía ver, tocar y sumergirse en la imaginación de Matías.

Sin embargo, el tiempo de Vega con él estaba en el pasado, y ella no pensaba invitarla a su estudio cuando obtuviera la llave. No después de la historia del *churro*.

Claro que la razón más importante era que esperaba encontrar a Matías (o, más concretamente, su alma) en el estudio.

Al fin y al cabo, él le había dicho que necesitaba empaquetar sus cuadros y prepararse para mandarlos a la Galería Rose en Nueva York, ¿no?

Claire

—Gracias por venir —dijo Claire—. No esperaba acabar en Malasaña cuando perseguí a Vega.

—De nada —replicó Armando—. De todos modos, todavía no era mi turno para sentarme en la habitación de Matías, y entiendo por qué quieres visitar su estudio, sobre todo si ya estabas en el barrio.

Juntos, se dirigieron al elegante edificio blanco, alargado y de dos plantas, que albergaba varios estudios artísticos. Una vez dentro del portal del edificio, que tenía una puerta de hierro forjado, Claire se sorprendió al descubrir un soleado patio lleno de orquídeas y helechos. Todos los estudios contaban con una pared de cristal que daba a dicho patio. Calculó que estaban orientados hacia el norte, para contar con la mejor luz, un detalle que Matías echaba de menos en su estudio de Nueva York, donde había tenido que instalar iluminación artificial con focos fotográficos y reflectores, porque la orientación de las ventanas no era la adecuada.

—El estudio de Matías está al final —dijo Armando, que señaló en dirección a un grupo de orquídeas amarillas. Las persianas estaban bajadas, por lo que Claire no podía ver el interior.

Armando sacó un llavero y abrió la puerta de hierro forjado, tras lo cual la precedió por el pasillo. Las puertas también eran blancas, con placas o letreros que señalaban quién trabajaba allí.

—¿Aquí solo hay pintores o también otros tipos de artistas? —preguntó Claire.

—Solo pintores —respondió Armando—. La casera dice que los

alfareros ensucian mucho al trabajar con la arcilla y que los escultores hacen demasiado ruido cuando trabajan con piedra. No te preocupes. Vega no está aquí.

Se mordió el labio, agradecida de que él hubiera comprendido su inseguridad sin tener que expresarla en voz alta. Y, en ese momento, se dio cuenta de que había sido una tontería preocuparse por Vega. Si su estudio también estuviera allí, no se habría entristecido por no tener acceso al edificio.

Una vez que llegaron al estudio de Matías, todos los pensamientos sobre Vega se desvanecieron, porque el letrero de la puerta era su conocida firma, Matías de León, con su elegante letra curvada y sus tildes, que expresaban una innegable exuberancia en sus trazos alargados, como si fueran fuegos artificiales elevándose hacia el cielo poco antes de estallar. Ver la firma le arrancó una sonrisa y la dejó al borde de las lágrimas al mismo tiempo.

Armando abrió la puerta y la invitó a pasar. Ella entró, esperando ver tubos de pintura por todas partes, obras a medio terminar en caballetes, trapos usados, modelos de naturalezas muertas por todo el suelo y el caos general que rodeaba el proceso de Matías. Sin embargo, en vez del caos y del olor a disolvente que normalmente flotaba en el aire, el lugar estaba casi vacío.

Había algunos dibujos antiguos en las paredes, y tablas de madera sin utilizar en el suelo, pero no había tubos de pintura al óleo a medio usar esparcidos por ningún lado. Todavía olía a disolvente y a aceite de linaza, pero muy poco. Llevaba once meses vacío.

Se quedó boquiabierta al ver una estancia tan inmaculada.

—Es extraño verlo tan… ordenado.

—Se llevó gran parte de su obra a Estados Unidos —replicó

Armando.

—Supongo que sí. —Claire recorrió despacio el estudio. Había dos mesas de trabajo con tapa de cristal, una cerca de la puerta y otra más en el interior, ambas con botes viejos de café llenos de pinceles de distintos tamaños y formas. Cuatro caballetes de madera, todos robustos pero de diferentes tamaños, porque la mayoría de las obras de Matías tenían dimensiones «normales», pero también le gustaba alternar con un proyecto enorme y de larga duración mientras estaba pintando otra cosa. Estantes con botes de imprimación, PVC, paletinas de espuma y otros materiales menos utilizados.

—¿Te importa si abro las persianas? —preguntó Claire.

—En absoluto, siempre que las cerremos antes de irnos —respondió Armando.

Claire se acercó a la pared de cristal y bajó todas las persianas. A la mayoría de la gente le parecería que estaban al revés, pero se debía a la costumbre de los pintores realistas de bloquear el sol desde la parte inferior de la ventana para que la luz entrara desde arriba y cayera sobre sus modelos en un ángulo atractivo.

Junto a los ventanales había un sofá gris. A Matías le gustaba pensar tumbado, lo que a veces significaba que se quedaba dormido sin querer, aunque no era algo necesariamente malo, porque en muchas ocasiones el sueño lo ayudaba a aclararse las ideas. Al pasar junto al sofá, Claire acarició con un dedo el reposabrazos, salpicado de manchas de pintura. Se preguntó de qué obra procedía cada color. ¿El rojo era del cuadro del alienígena diminuto que salía del libro que se estaba leyendo la mujer? ¿El naranja, del cuadro del monje que ofrecía el mundo en sus manos? ¿El amarillo, el verde, el azul, el morado, el negro y el blanco de otros cuadros que ella había tenido

la suerte de ver? ¿O pertenecían a obras que habían aparecido y desaparecido mucho antes de que él la conociera?

Con la luz del sol entrando a raudales en el estudio, el espacio se parecía todavía más a Matías. Miró las tablas de madera que estaban apoyadas en una pared cercana. Todas preparadas con cola de conejo e imprimación, pero todavía en blanco. Como Armando le había dicho, Matías se había llevado la mayor parte de su obra con él para exponerla en galerías de Nueva York.

Sin embargo, en ese momento, vio lo que parecía una de las enormes tablas de Matías en la parte trasera del estudio, apoyada contra la pared. Estaba cubierta por una sábana. Se acercó a él.

Armando se volvió justo cuando ella extendía el brazo.

—Claire, no…

Demasiado tarde. Ya había levantado la sábana.

«¡Oh!».

Era un autorretrato de Matías y Vega, realizado con su realismo característico, aunque el toque surrealista era mucho más evidente. En el cuadro, Vega y él se miraban el uno al otro en ese mismo estudio, pero ambas figuras estaban sin terminar. Si se tratara de una fotografía, sería una instantánea de dos artistas en pleno proceso de creación. Matías sostenía en la mano un pincel con el que pintaba a Vega, que estaba delante de él, como si la estuviera inventando en tiempo real. Su cuerpo estaba muy bien representado, con todas esas curvas sensuales que ella imaginaba acariciadas por el pincel, pero su cara estaba sin terminar y parecía algo deliberado, como si fuera un boceto difuso, un contorno en el que solo se atisbaba la forma borrosa de lo que estaba por venir, incluidas las líneas oscuras del boceto. El pincel de Matías le estaba pintando los labios.

Al mismo tiempo, Vega lo estaba esculpiendo a él, creándolo con arcilla. Había acabado la cabeza, los brazos y el torso, pero en ese momento sus manos acariciaban lo que se convertiría en la pelvis.

Una oleada de náuseas le agitó el estómago. Soltó la sábana para que tapase de nuevo el cuadro y retrocedió tambaleándose.

—De verdad que es agua pasada —le dijo Armando en voz baja—. Por eso Matías dejó aquí ese cuadro.

—Claro. Por supuesto —replicó Claire.

Claro que ¿cómo podía ser agua pasada algo tan apasionado? Matías y Vega habían estado juntos durante más de quince años. Ambos eran artistas, almas gemelas, y él había soñado con estar con ella el resto de su vida.

A lo mejor ella solo era el clavo que sacaba a otro clavo. Apareció en Nueva York en el lugar adecuado, en el momento adecuado, cuando él llegó. Que su personalidad fuera totalmente opuesta a la de Vega (una abogada que vivía siguiendo fielmente su agenda y que no entendía nada de arte) podría haber sido justo lo que él creía que necesitaba.

Y luego se quedaron estancados en la progresión de una relación, donde una cosa llevaba a la siguiente, hasta que se enfrentaron a la encrucijada en la que debían decidir si cortar o seguir adelante. Y Matías, que era un romántico empedernido, había elegido el camino de proponerle matrimonio menos de un año después de conocerla. El camino en el que podría casarse y tener ese «fueron felices y comieron perdices» de los cuentos en el que una vez imaginó a Vega.

Claire carraspeó e intentó aparentar tranquilidad, aunque todavía tenía la sensación de que iba a vomitar. Usó una táctica que le resultaba muy útil como abogada cuando se enfrentaba a situaciones

difíciles: un repentino cambio de tema.

—Armando, ¿tú también pintas aquí?

Él la miró un momento en silencio, evaluando si de verdad estaba bien después de haber visto una representación tan íntima de Vega con Matías. Sin embargo, si algo se le daba bien, era levantar una fachada de imperturbabilidad y fortaleza cuando los demás se dejaban llevar por el pánico; por eso sus clientes confiaban en ella para llevar a cabo sus acuerdos decisivos. Volvió a hacer un trabajo convincente, porque Armando respondió a su pregunta.

—Matías me dijo que considerara el estudio como mío mientras él no estuviese, pero sigo pintando mis acuarelas en casa.

—¿Por qué? Este es un espacio estupendo.

—Sí, pero… A ver cómo te lo explico. —Sonrió—. Vale. Imagina que tienes un niño pequeño. En su dormitorio hay un rincón donde juega con todos sus peluches y sus coches de juguete. Es un niño generoso, así que te dice: «Mamá, cuando vaya al colegio, puedes jugar en mi rincón». ¿Lo harías? Seguramente no. Porque en tu mente, ese rincón es de tu hijo. Como madre, ese espacio es sagrado para ti porque es suyo. Del mismo modo, yo nunca podría considerar este lugar como mío. Este es el estudio de Matías. No quiero cambiar nada, aunque solo tenga que usar un rincón.

—*Vale* —replicó Claire en voz baja. Era una palabra que había oído usar a los De León cuando estaban de acuerdo, algo que ocurría con bastante frecuencia. Lo que decía Armando tenía sentido, incluso en el contexto de que su hijo se fuera al extranjero durante un par de años. Pero dado que Matías estaba en coma, parecía todavía más importante conservar todo lo que había tocado, todas las habitaciones que había honrado con su presencia.

—Voy a volver al hospital —anunció Armando mientras le ofrecía la llave del estudio—. ¿Volverás pronto?

—Por supuesto —contestó ella—. Solo quiero quedarme aquí un rato si te parece bien.

Armando asintió con la cabeza.

—Lo entiendo. El estudio es como estar con Matías, pero de otra manera.



Claire observó a Armando a través de los ventanales mientras se alejaba. Una vez que estuvo fuera del edificio, ella salió, se dirigió a una cafetería al otro lado de la calle y se sentó a una mesa de la terraza exterior. Esperaba que Matías fuera al estudio, porque había dicho que tenía que empaquetar sus cuadros para enviarlos al extranjero. Pero ella no podía estar dentro cuando él apareciera. Eso haría saltar todas las alarmas en su cabeza. Ya tenía un punto en contra, dada la desesperación con la que había actuado la tarde anterior después del cierre del Museo Sorolla.

Nueva táctica: actuar con naturalidad.

«Solo estoy sentada a una mesa de una cafetería que está justo delante de la puerta principal del edificio donde tienes tu estudio. No, no es nada raro. Es una coincidencia total».

Habría sido una espía terrible.

Sin embargo, ¿qué otra cosa podía hacer? No se le ocurría ninguna idea mejor para interceptar a Matías. El día anterior, su cuidadosa estrategia de estar en el quiosco del parque a la misma hora que lo vio con anterioridad había fracasado, pero él apareció de repente más tarde, fuera de una tienda de lencería que ella no había visitado

antes. Matías era impredecible. Así que estar allí, cerca del único lugar donde él había dicho que estaría, le parecía la mejor opción.

Suponiendo, por supuesto, que las almas siguieran los planes que habían trazado.

Y dado que se trataba de Matías (que en su forma corpórea tenía dificultades para cumplir con su agenda), la probabilidad no era muy alta.

Sin embargo, decidió quedarse allí sentada.

Se quedó durante tres tazas de café.

Se quedó mientras se comía una tostada con mermelada de granada y luego una ración de huevos estrellados.

Se quedó mientras el protector solar se desvanecía de su piel y empezaba a quemarse.

Matías no aparecía.

¿No iba a ir? ¿Y si había llegado sin que ella se diera cuenta y ya estaba en su estudio?

¿O estaría con Vega?

Todo el café que había bebido amenazaba con volver a subirle por la garganta.

«¡No pienses en Vega!».

Se sacó la llave del estudio del bolsillo y la pasó de un dedo a otro durante unos minutos.

Luego se enfadó consigo misma por ser tan impaciente.

Después de descubrir que la proposición de matrimonio no iba a producirse como había planeado, Matías había escrito en su diario: «Así que seré paciente. Porque creo que la espera vale la pena en nuestro caso».

Tenía toda la razón. Así que se quedaría allí, en la cafetería,

esperándolo, todo el tiempo que fuera necesario.

Pero ¡uf, cómo lo echaba de menos! Era un peso constante y ardiente en el centro de su pecho. No era un dolor agudo como un pinchazo en el corazón, sino más bien como si tuviera un trozo de carbón incrustado en su interior y las brasas nunca se apagaran.

Cerró la mano alrededor de la llave, aplastándola contra la palma de la mano.

Matías apareció en la entrada de la cafetería. Pasó a su lado y entró, como si fuera a pedir algo.

«Pero ¿qué…? ¿Cómo?».

Claire lo miró boquiabierta durante un segundo. Luego bajó la mirada hacia su puño. Abrió los dedos y vio que la llave del estudio descansaba justo encima del lugar donde Matías la había besado antes de marcharse de Nueva York.

«Estaré aquí contigo», le había dicho.

—¡Oh! —susurró Claire.

La primera vez, cuando Matías apareció en el hotel, ella se había rozado la palma de la mano con los labios.

La segunda vez, en el quiosco de bebidas, tenía un puñado de monedas en la mano. Sin embargo, el día anterior no apareció porque ella ya sabía identificar las monedas, así que no las había sacado todas, solo las que necesitaba, y las había aferrado con dos dedos.

La tercera vez, sostenía un montón de ropa interior.

Y, en ese momento, la llave…

Sin embargo, no podía ser tan sencillo como que algo le tocara la palma de la mano. Aferraba cosas todo el tiempo. Si solo se necesitara eso, Matías estaría con ella prácticamente a todas horas.

Así que ¿cuál era el otro nexo?

Sin embargo, tuvo que dejar de pensar en el tema, porque lo vio salir de la cafetería.

Quería levantarse de un salto y correr hacia él, pero ya lo había hecho el día anterior, y no quería que él se sintiera como un conejo que acababa de caer en una trampa, aunque, a decir verdad, lo había estado esperando.

«Actúa con indiferencia», se recordó a sí misma. Levantó el móvil de la mesa y se lo llevó a la oreja, fingiendo que estaba hablando, y se colocó de manera que él pudiera verla.

Estaba a punto de pasar a su lado, susurrando consigo mismo, algo que acostumbraba a hacer cuando estaba absorto en sus pensamientos, a menudo elaborando una idea para un nuevo cuadro.

Iba a pasar a su lado sin verla siquiera.

Claire se disculpó en silencio con el camarero por lo que estaba a punto de hacer.

Tiró la taza de café vacía al suelo y, al romperse, los fragmentos de cerámica salieron disparados en todas direcciones.

—¡Ay, por Dios! —exclamó, levantándose de un salto de la silla—. Lo siento mucho —le dijo al camarero que se apresuraba a acercarse, asegurándose en todo momento de estar colocada de manera que Matías le viera la cara, pero sin mirarlo a los ojos. Era importante que *él* la viera primero en esa ocasión si quería que la puesta en escena tuviera alguna posibilidad de parecer una coincidencia creíble—. Por favor —le dijo al camarero—. Déjame pagar la taza. —Hizo todo lo posible por interpretar el papel de turista estadounidense ruidosa, armando un escándalo mientras sacaba la

cartera del bolso y gesticulando mucho con los brazos para que Matías se diera cuenta de todo. Era como si estuviera haciéndole indicaciones a un avión para que aterrizase.

—¿Claire? —dijo Matías—. ¿Eres tú otra vez?

Fingió estar demasiado nerviosa como para reconocerlo al principio, aunque le resultaba difícil no mirarlo fijamente, porque cuando salió de la sombra del edificio y volvió a la luz del sol, comprobó que ya no era transparente, sino translúcido. Su cuerpo no se volvía difuso al sol, sino que mantenía todo su color, aunque de una forma desvaída que se difuminaba en los bordes.

¿A qué se debía ese cambio? ¿Estar con ella estaba ayudándolo poco a poco a solidificarse a medida que Claire fortalecía la conexión de su alma con ella?

Sin embargo, tenía que seguir con su actuación, así que entrecerró los ojos y dijo:

—¡Ay, madre, Matías! Qué vergüenza que me veas así. Normalmente no soy torpe. Es que esta llamada… —Agitó su móvil en el aire antes de darse cuenta de que era la pantalla de inicio, sin ninguna llamada activa. ¡Mierda! Puso cara de desconcierto—. Creo que mi cliente me ha colgado.

—¿Por romper una taza de café? Qué exigente. —Matías sonrió, y ella contuvo el aliento.

Después de haber pasado horas esperándolo, se quedó allí de pie, prendada por su encanto natural, que le resultaba familiar y nuevo al mismo tiempo.

—¿Qué haces en Malasaña? —le preguntó él.

Soltó el aire. Ya tenía preparada la respuesta.

—Es que he pensado que ya que he venido a Madrid por trabajo,

debería intentar ver algo más que el hotel y la oficina de mi cliente. Todas las recomendaciones en internet dicen que este es un barrio estupendo para visitar, así que… aquí estoy. Trabajando, pero de todas formas he salido ganando, porque estoy en el exterior y no en una sala de conferencias.

—¿Has probado los *almendrados* de la cafetería? —le preguntó él.

—No —respondió—. ¿Qué son?

—Toma, prueba uno —contestó Matías al tiempo que hacía el gesto de abrir lo que podría ser una bolsa de papel, pero al igual que le sucedió el otro día con el móvil, Claire no veía nada. Le ofreció el dulce invisible a Claire—. Están hechos con almendras.

—Te gustan mucho los dulces que llevan almendra, ¿eh?

—La verdad es que sí. ¿Cómo lo sabes?

Claire se quedó blanca. No debería saber eso, por lo menos en lo referente a ese Matías. La primera vez que quedaron en Nueva York, él llevó los frasquitos de cristal de bienmesabe canario, una antigua receta familiar. Pero eso todavía no había sucedido, no en su línea temporal.

—Solo es una suposición —contestó con voz aguda—. A mí también me encantan los dulces que llevan almendra, pero por ahora voy a pasar, gracias. Estoy muy llena después del desayuno.

—Tú te lo pierdes, pero más para mí. —Matías sonrió mientras sus dedos se afanaban en cerrar la bolsa que ella no podía ver.

Habían llegado a un punto crítico en el encuentro «fortuito». Matías podía marcharse, pero ella podía evitarlo invitándose a su estudio. Claro que así podría volver a darle la impresión de ser una cazadora acechando a su presa, además de parecer patética. Y estaba segura de que Matías no se había enamorado de ella en Nueva York

precisamente por ser patética, así que no iba a funcionar como gancho esta vez.

Decidió probar con la psicología inversa.

—Bueno, me ha encantado volver a verte, Matías.

—¡Ah! Pues sí. A mí también. —Se quedó un momento indeciso y luego se dio media vuelta para marcharse.

«Paciencia», pensó.

Conocía a Matías. Esa parte de su cerebro dispuesta a encontrar nuevos pasatiempos era la responsable de su carácter contradictorio. Si alguien decía: «De adulto es imposible aprender a jugar bien al tenis», Matías se compraba una raqueta y alquilaba una pista para demostrar que se equivocaba. Si la opinión generalizada era que el café y el queso no combinaban bien, se pasaba todo el fin de semana en la cocina hasta que daba con una receta en la que sí combinaban.

Ella no era solo un pasatiempo, pero entendía su mente lo bastante bien como para predecir que, si lo rechazaba, por lo menos se lo pensaría dos veces.

Eso suscitaba una pregunta: ¿era lo bastante atractiva como para que él volviese?

Matías se alejó un paso. Dos, tres.

Después de dar el cuarto, se dio media vuelta.

—¿Claire?

—¿Mmm? —Levantó la mirada de algo que supuestamente era importante en su teléfono.

—Ayer, en el Museo Sorolla, tu forma de mirar los cuadros y hablar de ellos… ¿Cómo es que entiendes tan bien el arte? ¿Creciste rodeada de él o lo estudiaste en la universidad?

—No —respondió—. Antes no entendía nada de arte. Pero luego

un amigo me enseñó a apreciarlo. A ver más allá de la superficie. Ahora, una de mis cosas preferidas es descubrir nuevos pintores que no conocía.

—¿En serio?

—Sí.

Matías dudó solo un instante. Luego preguntó:

—¿Te interesaría venir a mi estudio a ver mi trabajo?

—¡Ay, no! No quiero molestarte. Estás ocupado y no quiero estorbar.

—¡No molestarías! De todos modos, tengo que empaquetar los cuadros, así que si quieres verlos mientras lo hago, no me supondrá ningún esfuerzo adicional.

—¿Estás seguro? —le preguntó, ya de pie y guardando el móvil en el bolso.

—Por supuesto. De hecho, mi estudio está justo al otro lado de la calle.

—No me lo creo —dijo Claire—. ¡Menuda coincidencia!



Matías abrió la puerta, o eso creyó hacer, y entró.

Sin embargo, la puerta real, la sólida, seguía cerrada delante de Claire.

—Bienvenida a mi estudio —lo oyó decir desde dentro.

«¡Mierda!», pensó mientras buscaba la llave que se había guardado en el bolsillo.

Abrió la puerta y entró.

—Siento que esté todo patas arriba. No soy muy ordenado y ahora está todavía peor porque estoy a punto de mudarme al otro lado del

Atlántico —le explicó Matías mientras ella dejaba abierta la pesada puerta metálica (para no tener el mismo problema al salir). Acto seguido, él se dio media vuelta para mirarla y añadió—: Bueno, ¿qué te parece?

Claire abrió los ojos de par en par. El estudio estaba casi vacío, ya que Matías se lo había llevado casi todo hacía un año. Sin embargo, lo que él estaba viendo seguramente fuera algo parecido a lo que ella esperaba encontrar cuando visitó el estudio con Armando: tubos de pintura, espátulas y pinceles esparcidos por las mesas de trabajo; reglas manchadas de pintura, trapos, lonas, bocetos descartados y estudios de color por todo el suelo.

No había pensado en la diferencia entre sus líneas temporales cuando aceptó la invitación para ver su trabajo.

—¿Tan mal está? —le preguntó Matías.

—No, es que… —Intentó buscar las palabras adecuadas. Por suerte, al ser abogada, tenía cierta práctica en ofrecer respuestas vagas y evasivas—. Soy organizada hasta el extremo. Pero me gusta que me recuerden que existen otras personalidades en el mundo.

—Esa ha sido una forma muy amable de decir: «Matías, qué desordenado eres».

—No, eso no es lo que…

Él se rio, y se le iluminó la cara como si irradiara pura luz solar. Claire juró que la temperatura del estudio acababa de subir unos grados.

Por supuesto, estar cerca de Matías también le provocaba ese efecto en general.

—En fin —dijo él—, has venido para ver cuadros. —Soltó la bolsa de almendrados en el extremo de la mesa de trabajo más cercana y

luego señaló un espacio vacío situado en el centro de la estancia—. Este es en el que he estado trabajando desde que recibí la invitación para ir a Nueva York. Está casi terminado. Solo le faltan unos cuantos retoques.

Por la altura a la que señalaba, ella supuso que se refería a un cuadro en un caballete, aunque en ese momento no veía nada.

Claro que ¿qué representaba el cuadro?

—Es impresionante —dijo, de forma evasiva—. ¿Qué necesitas retocar?

—Creo que necesita que la luz se refleje más en la niña mientras mira al charco. Lo típico sería ponerle brillo en los ojos mientras se mira a sí misma como un abejorro. Pero lo que me interesa es resaltar la sorpresa que siente. Como el retrato de Sorolla que vimos ayer, con la mujer vestida de negro en la habitación grisácea.

Claire se emocionó al mirar el espacio donde se suponía que debía estar el cuadro de Matías con el horizonte de Nueva York y los girasoles. Había sido la primera obra suya que había visto, en el escaparate de la Galería Rose. «Lo quiero», había pensado. Quería ese tipo de alegre sorpresa en medio de la vida cotidiana.

Matías se volvió hacia ella.

—Claire, ¿te encuentras bien? Estás llorando.

Ella intentó sonreír mientras se secaba las lágrimas.

—Es impresionante, Matías. De verdad. Una delicia surrealista.

Él frunció el ceño un segundo.

—¿Acabas de decir «una delicia surrealista»? Ese es el título que he pensado ponerle a mi exposición.

—Increíble. —Claire sonrió de oreja a oreja.

—Sí. ¡Qué fuerte! —Matías meneó la cabeza—. Bueno, quiero

enseñarte más cosas. Ven por aquí. —Echó a andar hacia la izquierda, rodeando el caballete y esperando que ella lo siguiera.

Sin embargo, moverse por un estudio en el que no veía nada era más fácil de decir que de hacer. ¿Cómo iba a saber si estaba a punto de tropezarse con una silla o con un caballete que no estaban en el mismo lugar que los que sí veía? ¿Cómo saber si Matías había dejado algún tiento en el suelo o alguna lata enorme de disolvente vacía?

Aunque ¿de verdad importaba? Lo mismo daba si atravesaba las cosas que no estaban allí en el presente. Lo importante era que Matías no la viese hacerlo.

De todas formas, intentó seguirle los pasos sin acercarse demasiado.

Matías se detuvo delante de la pared orientada hacia el este y Claire se acercó a él.

—Quiero llevarme este —dijo él.

—Mmm… —murmuró, porque no tenía ni idea de lo que estaban mirando.

—Pero mi hermana, Araceli, dice que no debería hacerlo porque me dará nostalgia.

¡Ah! Supuso que se trataba de su serie *Homenaje a España*. Parte de la exposición de la Galería Rose estaba dedicada a dicha serie. El chef espolvoreando corazoncitos sobre la paella. La flamenca bailando en la playa que llevaba en las manos un par de almejas en vez de castañuelas. Un torero tendiéndole a un toro negro un ramo de flores en vez de un estoque.

—Creo que siempre llevarás contigo a tu país natal, te lleves los cuadros o no —le dijo Claire—. Vivir en Estados Unidos nunca cambiará eso.

Él cruzó los brazos por delante del pecho mientras contemplaba tanto la obra como lo que Claire había dicho. Dado que ella no podía ver los cuadros, salvo en su memoria, se limitó a observarlo a él. Y lo que vio fue algo que no había notado antes. Había tristeza en los ojos de Matías, como si una parte de él se resistiera a abandonar ese lugar. Cuando lo conoció en Nueva York, ya llevaba allí una semana y se había lanzado con su característico entusiasmo a experimentar todo lo que la ciudad le ofrecía. Nunca demostró el menor indicio de arrepentimiento.

Sin embargo, el Matías que tenía delante todavía no se había marchado, y eso significaba que el futuro era como las fauces abiertas de lo desconocido. Además, seguía teniendo el corazón destrozado por la ruptura con Vega, que acababa de decirle que se fuera al otro lado del mundo sin ella.

—Definitivamente creo que deberías llevarte estos cuadros cuando te vayas —dijo Claire.

Sabía que lo haría de todos modos, porque los había visto en la Galería Rose. Pero también le pareció correcto decirlo, ya que él se encontraba en la cúspide de un cambio monumental en su vida. Para Matías, el arte siempre había sido tanto una exploración salvaje como un refugio seguro. Sabía lo que significaría para él llevarse un trocito de su hogar.

Él asintió despacio con la cabeza.

—Gracias. Creo que voy a empaquetarlos.

Acto seguido, le enseñó el resto del estudio, señalándole las otras obras que había seleccionado para su primera exposición en Nueva York. Hablar de arte lo alegraba, y le encantaba verlo tan animado, con esa mirada ardiente en los ojos y los músculos bronceados de sus

brazos flexionándose mientras señalaba un sinfín de detalles en sus cuadros.

Era muy diferente de su homólogo, tan pálido, inconsciente y maltrecho, del hospital, que iba debilitándose y adelgazando según pasaban los días.

Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Matías se desviaba hacia la derecha para esquivar algo que ella no podía ver.

—¡Claire, no!

Matías se abalanzó hacia ella, apartándola de lo que fuera que había visto. La inercia los lanzó contra la pared, pero no llegó a golpearse la cabeza, porque Matías la rodeó de forma instintiva con un brazo y absorbió el impacto.

La mantuvo inmovilizada así durante un buen rato, torso contra torso, con su cara enterrada en el hueco del cuello. La respiración acelerada de Matías le agitaba el pelo y también sentía los fuertes latidos de su corazón.

Jadeó.

Se suponía que no debería sentirlo.

Matías no era exactamente sólido, pero sí parecía tener presencia. Tocarlo era una especie de impresión, como cuando cerró los ojos y presionó los labios contra la palma de la mano y sintió que él estaba allí de verdad. Imaginó la presión de su boca de forma tan visceral (sus labios aterciopelados y la fuerza de su mandíbula) que fue como si estuviera allí.

Igual que en ese preciso momento. Él la abrazaba, con la espalda contra la pared, y sentía el peso fantasmal de su cuerpo contra el suyo. Matías estaba más caliente que el aire del resto del estudio, y ese calor la puso colorada porque recordó otras ocasiones en las que

sus cuerpos habían estado tan cerca.

En el húmedo invernadero del Jardín Botánico de Nueva York. Apretados contra un arco de piedra en Los Claustros del Met. Detrás de un puesto de algodón de azúcar en Coney Island.

Sin embargo, en la intimidad de un estudio, podían hacer mucho más. Ella quería besarlo en el cuello, pasarle las manos por la espalda, bajarlas y desabrocharle el cinturón, y hacer las cosas que sabía que lo llevarían a apoyarse en sus hombros para mantenerse en pie.

—Claire —susurró él.

—¿Qué?

Él le levantó la barbilla con un dedo, y Claire se encontró con su ardiente mirada.

Y, acto seguido, sus labios se encontraron con los suyos en un beso que fue como una tormenta de verano. Si cerraba los ojos, Claire podía sentirlo, como si el viento y el sol le acariciaran la boca. Recordó el sabor de su lengua en su primer beso (sabía a almendra y azúcar moreno) y, mientras besaba a este Matías que todavía no era suyo, también echaba de menos al que sí lo era, y las lágrimas le corrieron por la cara, mezclando la sal con el recuerdo de su dulzor.

Sin embargo, en ese momento, recordó dónde estaba de verdad: en coma, rodeado de pitidos interminables, con una silla vacía junto a su cama, esperándola.

De repente, él se apartó, respirando con dificultad, y se llevó una mano a la frente.

—¡Matías! ¿Estás bien?

—Solo estoy… mareado.

Claire se quedó blanca. ¿Y si él se había dado cuenta de que la

estaba tocando, pero no podía sentirla? Si su alma se daba cuenta de que algo no iba bien, podría romper su conexión con este mundo.

—Creo que voy a tumbarme un momento.

Claire se movió para ayudarlo, pero acabó apartándose de un brinco. No debía volver a tocarlo. La profesora Hong se había equivocado en sus suposiciones y saltaba a la vista que haberla sentido estaba teniendo algún tipo de efecto negativo en él.

Mientras Matías se tambaleaba hacia el sofá y se dejaba caer, la llamaron por teléfono.

El identificador de llamadas decía «Araceli».

«¡No, no, no…!», pensó. ¿Habría pasado algo en el hospital porque había tocado el alma de Matías?

El momento era demasiado oportuno como para ser una simple coincidencia. Pero no podía contestar la llamada allí, delante de ese Matías, cuando podía tratarse del estado del Matías comatoso. No podía permitir que el alma de Matías se enterara del accidente.

¿Qué hacía? Si él estaba en peligro en el hospital, tenía que ir a verlo. Sin embargo, su alma también la necesitaba. Si lo abandonaba en ese estado, ¿qué pasaría?

Matías gimió en el sofá.

—¿Puedo ayudarte? —le preguntó Claire.

—No lo sé —respondió él con un hilo de voz—. Me ha dado de repente.

Se acercó y vio que tenías gotitas de sudor en las sienes.

«¡Oh! ¿Y si es…?», pensó.

—Matías, ¿es posible que tengas problemas con tu nivel de azúcar en sangre? ¿Es posible que tiendas a la hipoglucemia?

Por supuesto, sabía que la respuesta era afirmativa. Cuando Matías

se concentraba demasiado en su trabajo y se olvidaba de comer, muchas veces lo asaltaba una oleada de debilidad de repente. Se mareaba, se acaloraba y empezaba a sudar.

—Mmm, sí, la verdad es que sí —contestó él, que se incorporó despacio—. ¿Puedes traerme los *almendrados*?

Claire se apresuró a ir a la mesa de trabajo emplazada cerca de la puerta y barrió con ambos brazos el área donde él había dejado la bolsa invisible. Contuvo la respiración con la esperanza de haberla atrapado con su torpe movimiento.

Regresó al sofá y Matías extendió una mano para hacerse con algo que supuestamente llevaba en el brazo derecho.

—Gracias.

Soltó el aire, aliviada, mientras él abría la bolsa invisible y se llevaba un dulce invisible a la boca.

En ese momento, recibió otra llamada.

Araceli.

«¡Mierda!».

El corazón le latía con fuerza en los oídos.

—¿No vas a contestar? —le preguntó Matías.

Ella negó con la cabeza.

—¿Estás segura? Porque no es necesario que hagas de niñera. Ya se me está pasando.

—Me quedaré hasta que te acabes todos los dulces —le dijo. En casa, una dosis de azúcar solía resolver sus episodios de hipoglucemia con bastante rapidez. Luego tendría que comer algo más sustancioso, pero por lo menos ya no se sentiría mal.

Matías se comió con gusto el resto de los *almendrados* y luego se echó en la boca las migas que quedaban en la bolsa. O eso creyó ella

que estaba haciendo porque, en realidad, no podía verlo.

Le llegaron varios mensajes al móvil y, luego, recibió otra llamada.

Matías parecía casi sólido a esas alturas, todavía sentado en el sofá.

—Claire, contesta.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Lo ves? —Se levantó del sofá y se mantuvo firme sobre los pies.

El móvil seguía sonando.

—De acuerdo. Lo siento. ¡Tengo que irme! —Corrió hacia la puerta abierta moviéndose por el perímetro del estudio para asegurarse de no chocar con algo invisible.

Sin embargo, cuando salió del edificio, Araceli ya había colgado.

Le devolvió la llamada mientras corría hacia el metro.

Tenía que ir al hospital.

Tenía que saber si había cruzado una línea infranqueable al tocar de forma tan imprudente el alma de Matías.

Claire

Araceli contestó su llamada justo antes de que entrara en la boca del metro.

—Claire…

—¿Qué ha pasado?

—¡No lo sabemos! Luis y yo estábamos sentados con Matías, contentos porque su actividad cerebral y cardíaca habían vuelto a elevarse, en el buen sentido. Creíamos que a lo mejor era una señal de que saldría del coma. Pero hace unos minutos, su ritmo cardíaco se disparó, más que si estuviera corriendo incluso, y saltaron todas las alarmas. Las enfermeras nos han echado de la habitación y los médicos están llegando ahora.

—¡Dios mío!

—Claire, tienes que volver al hospital.

—Acabo de salir del estudio de Matías. Llegaré tan pronto como pueda.



El trayecto en metro se le hizo interminable. Parecía que el conductor se detenía en cada estación más tiempo del necesario y, justo cuando el tren estaba a punto de partir, aparecía inevitablemente alguien rezagado que bajaba corriendo las escaleras, y los pasajeros bienintencionados mantenían las puertas abiertas durante treinta preciosos segundos más.

«¡Vamos, vamos, vamos!», pensaba ella mientras caminaba de un

extremo al otro del vagón, mirando sin parar el mapa del metro, como si así pudiera conseguir llegar antes a las siguientes estaciones. Sin embargo, cada vez que llegaban a una, el tren reducía la velocidad en medio del túnel. O se tomaba su tiempo para llegar a una parada y luego se quedaba allí, sin moverse, esperando seguramente a que se despejara la vía, aunque ella no pudiera verla, claro.

Se puso los auriculares y trató de escuchar una lección de español. Sin embargo, su mente no se concentraba. Las conjugaciones verbales y el vocabulario nuevo revoloteaban desde el teléfono hasta sus oídos y luego se escapaban a las estaciones del metro, sin molestarse en quedarse en su cabeza aunque fuese un segundo. Las frases que había entendido al final de la última lección, que escuchó el día anterior junto a la cama de Matías, le parecían un galimatías en ese momento.

No, ni eso, porque apenas registraba los sonidos. La charla preocupada de sus pensamientos ahogaba todo el español.

Cuando el tren llegó por fin a su parada, salió en tromba y corrió hasta el hospital, empujando a la gente en las aceras, sin dejar de gritar «*¡Perdón!*» aunque no estuviera arrepentida en absoluto, porque no le importaba cómo se sintieran. Lo único que le importaba era llegar hasta Matías, y había tardado demasiado.

Irrumpió en el hospital y estuvo a punto de chocarse con un celador en la entrada. Lo esquivó por los pelos mientras corría hacia el ascensor, que la llevó a la tercera planta, y ya allí recorrió el pasillo que pasaba por las salas previas.

En cuanto atravesó las puertas de la unidad de Matías, Soledad y Araceli se abalanzaron sobre ella, ambas llorando, y la abrazaron.

—Dios mío. ¿Es grave? —preguntó con voz entrecortada. Quería saber y al mismo tiempo no quería saber lo que les habían dicho los médicos mientras ella estaba atrapada en el metro.

—Todavía no sabemos nada —contestó Araceli.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y se desplomó contra Soledad y Araceli. No por el alivio, porque sabían que al corazón de Matías le había pasado algo. Pero por lo menos no era la terrible noticia de que Matías había muerto.

Todavía.

Salieron dos cardiólogos de la habitación. Toda la familia De León se abalanzó hacia ellos.

—*¿Qué está pasando?* —preguntó Armando.

La doctora habló en español rápido. Claire se quedó indefensa, y su único recurso fue examinar las caras y el lenguaje corporal de los que la rodeaban para intentar averiguar lo que decía la mujer. No era el momento de pedirle a Araceli que se lo tradujera.

Soledad se santiguó. Armando apretó los ojos con fuerza. Araceli se mantuvo rígida, luchando por mantener la compostura. Luis se alejó.

El resto de los De León reflejaban la misma variedad de reacciones. Pero faltaban suspiros de alivio o gente que volviera a sentarse. Todos se quedaron de pie, haciéndoles preguntas a los médicos.

Claire miró a su alrededor, esperando que alguien pudiera explicarle lo que estaba pasando.

Sin embargo, todos estaban hablando al mismo tiempo en español.

Se volvió en busca de Luis, que se había separado de la multitud y estaba sentado con la cabeza entre las manos.

Se sentó a su lado.

—¿Qué está pasando? —preguntó en voz baja.

Luis no levantó la cabeza. Sin embargo, exhaló un largo suspiro y dijo:

—Es posible que Matías haya sufrido un infarto.

—¿Qué? —replicó ella con el corazón en un puño.

Luis levantó la mirada despacio, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para separar la cara de las manos.

—Tienen que hacerle más pruebas. Lo siento, no sé cómo se llaman en inglés.

Claire soltó un sollozo.

—¿Por qué no me esforcé más en aprender español hace meses cuando tuve la oportunidad?

Luis se encogió de hombros, con un movimiento triste y mínimo.

—Seguramente no habría cambiado nada. Yo empecé a aprender inglés cuando tenía cuatro años y todavía no sé cómo traducirte estos términos médicos.

Claire se quedó sin aliento. ¡Traducir! Sacó el móvil del bolso y empezó a buscar en la tienda la aplicación de traducción que Vega había utilizado esa mañana.

—Toma —le dijo a Luis, ofreciéndole el teléfono—. Dime lo que ha dicho el médico. ¿Por favor?

Él miró el móvil con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es?

—Una aplicación que traduce lo que dices al momento. Vega me la enseñó esta mañana.

—¡Vaya! No sabía que existía. Pero supongo que es normal que ella esté al tanto para poder vender su trabajo a nivel internacional. Su inglés es pésimo.

Claire se echó hacia atrás un segundo. Sabía que Araceli detestaba a Vega, pero era la primera vez que Luis hablaba de ella con tanta dureza.

Luis pulsó el botón de grabar y repitió lo que habían dicho los médicos. Un momento después, la *app* tradujo:

—En los análisis han visto que varios parámetros del corazón de Matías parecían anormales. Puede haber sido un infarto u otra cosa. Necesitan hacerle más pruebas para saber qué ha sido. Dentro de un rato vendrá una enfermera para hacerle un electrocardiograma y le sacarán sangre para comprobar los niveles de troponina. También le harán una radiografía y quizá un TAC si las otras pruebas no arrojan resultados definitivos.

—¿Cuánto tiempo tardarán en hacer todo eso? —le preguntó.

—Por lo menos dos horas, quizá más —respondió Luis, que miró la traducción en el teléfono y asintió con la cabeza mientras leía las palabras en inglés que antes desconocía—. El electrocardiograma será lo más rápido, pero con lo demás tardarán más. Aunque le saquen sangre pronto, tienen que analizarla.

Claire se desplomó en su silla. Ella era la culpable porque había besado a Matías. O, más bien, al alma de Matías.

¿Qué podía hacer? La profesora Hong le había dicho que debía conseguir que el alma de Matías se enamorara de ella. Sin embargo, cuando se tocaban, parecía dañar la parte de Matías que intentaba salvar.

Aunque… ¿y si la profesora Hong se equivocaba? Al fin y al cabo, no había atravesado a Matías con su cuerpo como le había dicho la mujer que sucedería.

La profesora Hong era académica, y sus conocimientos se basaban

principalmente en los informes de otras personas que habían interactuado con proyecciones astrales, ya que era imposible realizar estudios científicos sobre el tema. Por lo tanto, todo lo que le había dicho eran conjeturas. Bien fundamentadas, pero conjeturas al fin y al cabo.

Así que… ¿qué podía hacer?

Tenía ganas de golpear algo. Pero justo cuando estaba cerrando la mano, se quedó paralizada.

¿Podría atraer el alma de Matías al hospital y reunirla con su cuerpo con solo presionarse la palma?

Se volvió y clavó la mirada en la puerta de la habitación, que estaba abierta, ya que los médicos se habían marchado para ocuparse de lo que fuera necesario y la familia De León había vuelto a sus asientos en la sala de espera, abrazándose unos a otros. Soledad, Armando y Araceli no estaban por ninguna parte; debían de estar dentro con Matías.

Sin embargo, la profesora Hong le había advertido expresamente que no podía hablarle al alma de Matías del accidente hasta que él estuviera listo. Aunque ya no estaba segura de que la profesora tuviera razón, esa parte todavía tenía sentido. Exponer de repente al alma de Matías a su propio cuerpo maltrecho, lleno de puntos de sutura, moretones, férulas y escayolas por los treinta y siete huesos rotos, le causaría un *shock*.

Y ella no podía arriesgarse a que ese impacto rompiera los frágiles hilos que conectaban el alma de Matías con la realidad. Sin su alma, moriría.

Así que abrió el puño. Se aferraría a la esperanza y dejaría que los médicos hicieran las pruebas y todo lo que pudiesen.

Respiró hondo de forma entrecortada y echó a andar hacia la habitación de Matías. Mantuvo la mano izquierda abierta y alejada de su cuerpo, sin tocar nada. Por si acaso.



Soledad se había arrodillado junto a la cama de Matías y estaba rezando. Armando se encontraba detrás de ella, con la mano sobre su hombro. Y Araceli estaba en una silla, mirando fijamente a Matías. Seguro que las enfermeras hacían la vista gorda con la norma de las visitas, al menos durante un rato.

Claire se sentó en su silla al otro lado de la cama. La silla que la familia siempre le reservaba. Se sintió culpable al sentarse, consciente de que el asiento había estado vacío durante demasiado tiempo. Matías la necesitaba allí. Lo sabía. Pero su alma errante también la necesitaba fuera.

De momento, sin embargo, se acomodó, con la intención de quedarse en el hospital hasta que terminara el horario de visitas.

Inclinó la cabeza hacia Araceli.

—Oye, ¿estás bien? ¿Por qué lo miras con el ceño fruncido?

—Estoy enfadada con él por asustarnos —contestó Araceli, con voz acalorada, pero también temblorosa.

—¡Ah!

—Es mi hermano mayor. Se supone que debe ser fuerte. Se supone que siempre debe estar ahí, y que yo debo estar tranquila al respecto. Y míralo… —Su expresión se volvió más intensa conforme hablaba.

Claire lo entendió. Cuando murieron sus padres, ella también se enfadó con ellos, de una forma completamente irracional. Se enfadó por lo ansiosos que estaban por irse de viaje en autocaravana a

Carhenge. Se enfadó porque murieron sin consultarlo primero con ella. Se enfadó porque no estarían allí para despedirla cuando se fuera a la Facultad de Derecho, para verla cuando se casara, para conocer a sus nietos.

Se enfadó porque otra vez la habían dejado sola en el mundo.

—Lo entiendo —le dijo Claire a Araceli—. A veces, el dolor se disfraza de ira, porque con la ira puedes lidiar. El dolor por sí solo te va consumiendo hasta que te quedas marcada por la tristeza y el arrepentimiento. Es mejor gritar, dar patadas y puñetazos a las cosas.

—Creo que los médicos no estarían muy contentos si le diera un puñetazo a Matías —replicó Araceli con una risa amarga.

—Puedo buscarte una almohada de repuesto si quieres —se ofreció ella.

Una enfermera entró empujando un carrito lleno de viales, agujas, torniquetes y otros suministros. Dijo algo en español (Claire supuso que le estaba diciendo a la familia que iba a sacarle sangre a Matías) y luego comenzó el proceso de desinfectarle la flexura del codo, uno de los pocos lugares que no estaba cubierto por vendajes y escayolas.

Claire se mordió el labio. La piel de Matías estaba amoratada por todos los pinchazos. El primer día, preguntó por qué no le ponían una vía intravenosa para poder extraerle sangre por ahí, pero la respuesta fue que algunas pruebas requerían una extracción estéril y eso significaba que primero tenían que limpiarle la piel. Todavía no entendía por qué las vías intravenosas no se consideraban estériles, pero durante los días que llevaba allí había visto a las enfermeras sacarle sangre a veces de una vía intravenosa y otras veces del mismo sitio maltrecho que estaban usando en ese momento.

Apartó la mirada durante el proceso. No le daba asco la sangre en

sí, pero ver que extraían la fuerza vital del cuerpo ya debilitado de Matías era demasiado para ella. Parecía mucho más pequeño en la cama del hospital; era impactante lo rápido que los músculos perdían el tono, lo rápido que un paciente podía perder peso.

Cuando la enfermera se marchó, entró otra con un electrocardiógrafo portátil. Araceli se levantó.

—No puedo seguir aquí. Voy a tomar el aire.

Cuando la enfermera le abrió la parte delantera de la bata a Matías, Claire soltó un grito. Era la primera vez desde que estaba en el hospital que veía esa parte de él al descubierto. Sabía que lo habían operado para detener la hemorragia interna, pero en ese momento le vio las marcas rojas y los gruesos puntos negros de las incisiones. Vio el afeitado irregular y poco digno del vello de su torso que hicieron para limpiarle la piel y prepararla para la cirugía y los adhesivos del monitor cardíaco, como si una cortadora de césped hubiera enloquecido. La flacidez de sus abdominales, normalmente tensos.

«¡Dios mío, Matías!».

El resto de la tarde transcurrió así: enfermeras entrando y saliendo a medida que se solicitaban más pruebas. Le hicieron radiografías. No vieron nada obvio. Solicitaron un TAC para verle el corazón.

La cirujana amiga de Soledad y Armando regresó con el cardiólogo de antes. Dejaron que los padres se quedaran en la habitación, aunque estaba abarrotada, para que oyeran los resultados de las pruebas.

—*Tiene los niveles de troponina elevados, lo que indica estrés en el corazón* —dijo el cardiólogo.

Luis, que había aprendido cómo se decía esa terminología médica en inglés gracias a la *app* de Claire, le tradujo en voz baja:

—Los niveles de troponina de Matías son altos, lo que significa que había algún tipo de estrés en el corazón.

Claire sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—*¿Eso es malo?*

—*Todavía es difícil saberlo* —respondió el cardiólogo—. *El electrocardiograma tampoco era normal, pero en la radiografía no se ve nada preocupante*.

—Todavía es difícil saberlo —le tradujo Luis—. El electrocardiograma no era normal, pero en la radiografía no han visto nada preocupante.

—Sí, pero eso no significa que esté bien, ¿verdad? Es difícil ver las cosas en las radiografías. ¿No es por eso precisamente por lo que han pedido un TAC?

Luis le tradujo las preguntas al médico, y el hombre ni lo confirmó ni lo negó, solo dijo que debían esperar hasta contar con más información.

Soledad levantó los brazos.

—*¿Y a qué esperamos? ¡Su corazón podría sufrir daños irreversibles! Dadle algún medicamento o algo. ¡Por favor!*

Su amiga, la cirujana, la abrazó, y Soledad rompió a llorar. Sin dejar de abrazarla, Liliana les explicó que los parámetros de Matías habían recuperado los valores normales para un paciente en coma (frecuencia cardíaca, presión arterial, pulso), por lo que no querían administrarle medicamentos como un betabloqueante que pudiera suprimir demasiado su corazón. Los medicamentos cardíacos eran muy potentes, pero debían tener en cuenta sus efectos secundarios. No querían excederse y causarle más daño del que ya había sufrido si no era necesario.

Claire no había apartado la mirada de Matías desde que entraron los médicos, ni siquiera mientras les hacía preguntas. Lo cierto era que su cuerpo parecía incapaz de seguir aguantando y ella entendía el afán del equipo médico en encontrar el equilibrio entre la precaución y la atención médica.

Aun así, la incertidumbre de la espera era horrible.

Sintió la vibración de su móvil. Era un mensaje de Yolanda. En Nueva York era la hora del almuerzo.

Qué tal estás? Cuéntame.

Claire suspiró. Necesitaba hablar con una amiga con desesperación. Sin embargo, Yolanda tendría que esperar. Así que le contestó:

En el hospital. Te llamo dentro de unas horas?

Yolanda contestó al instante.

De acuerdo. Si estoy ocupada con alguna llamada, la dejo. Aquí está pasando algo. Tenemos que hablar.

Matías

Cinco meses antes

Matías estaba de pie en su estudio, examinando el bodegón que ya tenía casi acabado. Quería sorprender a Claire con esta obra para celebrar sus seis meses juntos, justo cuando ella regresara del viaje de trabajo en el que se encontraba. El cuadro no estaría terminado del todo para entonces, ya que tendría que secarse por completo durante un par de meses antes de poder barnizarlo, pero por lo menos ella podría ver el regalo ya. También le haría un marco a medida, del estilo que a ella le gustara.

Se hizo con la paleta y un tiento para apoyar la mano, porque ese día pensaba trabajar en los detalles. El cuadro representaba una galleta de la fortuna partida por la mitad, unida por la tira de papel blanco que había en su interior. Pensaba añadir versiones en miniatura de Claire y él sentados en la galleta, disfrutando de un pícnic con comida china para llevar.

Le echó un vistazo al boceto que había pegado en la pared detrás del caballete y eligió varios de sus pinceles más pequeños, que se colocó entre los dedos de la mano izquierda. De esa manera podía trabajar más rápido con múltiples colores de diferente intensidad: rojo fuerte para el vestido de Claire, marrón oscuro para su pelo y un melocotón radiante para su cara.

Sin embargo, cuando empezó a pintarla, afloró a la superficie un recuerdo desagradable. Años antes, en Madrid, había pintado un

enorme cuadro de la que entonces era su novia, Vega, y él. Se conocieron a los dieciocho años, cuando empezaron a estudiar en la escuela de arte, y en aquel entonces quiso plasmar su trayectoria de crecimiento juntos como artistas, como pareja y como personas. Así que se pintó dándole vida con sus pinceles desde el boceto preliminar a la colorida obra, mientras ella lo moldeaba con arcilla. Moldeándose mutuamente mientras crecían como artistas individuales.

Se estremeció al pensar en dónde había colocado las manos de Vega en el cuadro. El sexo entre ellos había cobrado mucha importancia porque él era muy joven cuando la conoció y, en la mente de un chico de dieciocho años, pocas cosas ocupan más espacio que el sexo. Sin embargo, reflexionando a esas alturas, le quedaba claro que su desenfrenada pasión física no le había dejado ver el egoísmo de Vega, su incapacidad de dar más de lo que recibía.

Vega era una mujer guapísima y usaba su belleza para exigir. Esperaba que la dejaran pasar en cualquier cola y que la invitaran en todos los bares. Si quería salir, siempre era siguiendo los planes de Vega, no los suyos. Y si ella lo llamaba a las cuatro de la madrugada borracha desde una fiesta a la que no lo había invitado, esperaba que él se levantara de la cama y fuese a recogerla.

Claire, en cambio, tenía una belleza serena. No la usaba como un arma. Estaba ahí, pero no era lo más importante para ella, y eso, pensaba, la aumentaba todavía más.

Pintó el óvalo de su cara en el cuadro. Las ondas castañas de su pelo. Luego dibujó su cuerpo con un vestido burdeos y, mientras la punta del pincel acariciaba cada curva (los pechos, la cintura, las caderas), se le aceleró el pulso.

Sin embargo, a diferencia de Vega, en el caso de Claire no era solo su cuerpo lo que le aceleraba el corazón. Era su forma de iluminarse cuando lo veía al final de un largo día. Era su forma de tocarlo siempre que pasaba a su lado: un ligero roce de los dedos en la nuca o una mano que se posaba un momento en su hombro.

Era su forma de gemir agradecida cuando cocinaba para ella y los regalitos que le llevaba cada vez que veía algo que pensaba que podía gustarle: una novela, un cuaderno de bocetos encuadernado a mano, una flor preciosa.

Era la atención con la que lo escuchaba. Era su forma de ayudarlo a no olvidar sus citas.

Y, sobre todo, era su amor.

Claire

—Hola, cariño, ¿cómo lo llevas? —le preguntó Yolanda en cuanto se conectaron por videollamada. A diferencia de ella, Yolanda iba muy arreglada; llevaba una blusa de seda de color crema, collar y pendientes a juego y pintalabios rojo en plan «mujer poderosa». Estaba sentada en su espacioso despacho con vistas a Central Park, ya que la habían hecho socia del bufete Windsor & Black el año anterior.

—Solo he estado peor una vez en mi vida —contestó Claire, que se había desplomado en la cama del hotel. La cámara la enfocaba desde un ángulo poco favorecedor, desde el regazo hasta la cara, de modo que solo se le veían la papada y los lóbulos de las orejas. Pero le daba igual.

Yolanda meneó la cabeza.

—Lo siento mucho. ¿Eso significa que Matías no está mejorando?

—Es posible que haya empeorado. Sigue inconsciente y es posible que hoy haya sufrido un infarto. Todavía no lo saben con certeza. Tienen que hacerle un TAC para que el equipo de cardiología lo vea y, una vez que lo tengan, evaluarán los resultados. Así que no sabremos nada hasta mañana por la mañana, como muy pronto.

—¡Ay, Claire!

—Sí.

Se quedaron en silencio durante un minuto, haciendo lo que las amigas saben hacer mejor: estar ahí la una para la otra, aunque no se pudiera arreglar nada.

Al final, fue Claire quien rompió el agobiante silencio.

—Distráeme. Me dijiste que está pasando algo. Supongo que en la oficina. ¿Qué es?

Yolanda jugueteó con su pendiente, un gesto que Claire conocía muy bien.

—¿Tan mal está la cosa? —le preguntó.

—Es posible, no lo sé —respondió Yolanda—. Es que algunos socios se han quejado porque te has marchado dos semanas antes de la fecha para cerrar el acuerdo con Intelligentsia Tech.

—¿Qué? —Claire se incorporó en la cama—. ¡Es que tengo una emergencia personal! Además, me conecté y respondí las preguntas del equipo tan pronto como pude después de aterrizar. He intentado conectarme una vez al día, ¡y tampoco llevo tantos días fuera!

—Lo sé —dijo Yolanda con un suspiro—. Eres un ser humano, y todo lo que dices es lógico y debería ser más que suficiente para justificar tu ausencia. Tampoco deberías estar obligada a conectarte y trabajar. Pero ya sabes cómo son los grandes bufetes. La única excusa aceptable para ausentarse de la oficina es el permiso por maternidad e, incluso entonces, esos imbéciles nos ponen de vuelta y media. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a Gemma Tanaka?

—Todavía no me puedo creer que escribieran en su evaluación que ponían en tela de juicio su «compromiso con la empresa» solo porque decidió formar una familia.

—Yo tampoco, pero no me sorprendió en absoluto. Ella habló sin tapujos con nuestro mentor antes de pedir el permiso de maternidad, y reflexionó sobre cómo cambiaría su vida con un bebé. Eso sí, pecó de ingenua al pensar que las mujeres podemos sincerarnos con las personas que se supone que deben guiar nuestras carreras

profesionales.

—En fin —replicó Claire—, por lo menos volvió con ganas de revancha y les demostró lo que valía.

—Sí, pero tuvo que trabajar el doble para «recuperar» su reputación. Jason no deja de preguntarme cuándo vamos a tener niños, pero me aterra que nunca sea un buen momento. En el ámbito laboral, han mejorado muchas cosas para las mujeres, pero todavía queda muchísimo por hacer.

—Muy bien dicho.

—En fin, dejemos el tema —sugirió Yolanda—. Estamos hablando de ti. Me preocupa la situación porque he visto lo difícil que es recuperarse una vez que los socios empiezan a hablar mal de alguien.

Claire se hundió de nuevo en la almohada.

—Y ¿qué se supone que debo hacer? No puedo dirigir la fusión desde aquí. Necesito estar con Matías. ¡Joder, Yolanda! ¿Llevo menos de una semana fuera de la oficina y ya me están apuñalando por la espalda? ¿Quién se ha ido de la lengua? No puede ser Bill. Dime que no es Bill.

Bill Nguyen era el socio que participaba en la fusión. Era un generador de ingresos para Windsor & Black. Su lista de clientes incluía a grandes nombres del mundo tecnológico, como Intelligentsia Tech. También fue él quien reconoció su talento para la gestión de proyectos en su primer año en el bufete después de salir de la Facultad de Derecho. Bill la tomó bajo su ala y empezó a ofrecerle oportunidades que la ayudaron a que la valoraran tanto en la empresa.

—No es Bill, pero él no es el único socio involucrado en la fusión.

Mitch Tahir está armando una escandalera porque abandonaste las negociaciones, y eso está poniendo nervioso al bufete, que teme perderlo como cliente.

—¿No me han defendido? ¿No le han explicado a Mitch por qué me fui?

—Es un asunto personal. Eres tú quien debe decidir si se lo cuentas a Intelligentsia Tech.

—¡Mierda! —Dio un puñetazo en la cama—. Le enviaré un mensaje de correo electrónico en cuanto terminemos.

Sin embargo, no era solo eso. Como cualquier abogado en el competitivo mundo de los grandes bufetes, Claire sabía que demostrar el menor signo de debilidad se interpretaría como un defecto de carácter. Como le había sucedido en ese momento. Su carrera profesional estaba en peligro porque su novio se había atrevido a tener un accidente. Se suponía que ella debía ser capaz de manejar ambas cosas a la perfección, como señal de que se le daba bien aguantar la presión. Era inhumano.

Apretó los dientes al pensar en el gran esfuerzo que había hecho por la empresa. En realidad, lo que había hecho equivalía a dar tres volteretas en el aire: se levantaba en plena noche para coordinar las llamadas con las filiales de Intelligentsia Tech que tenían sede en la India; madrugaba para poder trabajar con los bufetes de abogados europeos encargados de conseguir los permisos legales necesarios y, a veces, ni siquiera se iba a casa y dormía un par de horas en un saco de dormir debajo de su mesa a fin de estar disponible en ciertos momentos cruciales que requerían de una revisión urgente de documentos que debían devolverse tan pronto como llegaban a su bandeja de entrada.

—No he salido huyendo de las negociaciones —señaló.

—Lo sé —le aseguró Yolanda.

Y ese era el quid de la cuestión. Los hechos no importaban. La lógica no importaba. En el competitivo mundo de los prestigiosos bufetes de abogados internacionales, los socios vivían con el temor de que sus clientes con mayor poder adquisitivo los abandonaran. De ahí que empezaran a hablar de ella y de su marcha en el momento más importante de la mayor operación corporativa del año para Windsor & Black.

Todo el arduo trabajo que había llevado a cabo durante diez años podía caer en saco roto en cuestión de días. Estaba a punto de convertirse en socia, pero eso dependía de que liderara con éxito la adquisición de Einstein Corp. por parte de Intelligentsia Tech, una adquisición que tenía unvalor de mil millones de dólares.

Tragó saliva.

—¿Están tratando de reemplazarme?

—Mia Kovač está intentando quedarse con tu puesto.

—¡Si ni siquiera participa en este acuerdo!

—Es como un tiburón.

—Y ha olido mi sangre en el agua. —Se acostó y se tapó con la sábana, haciendo que el portátil se le cayera del regazo a la cama.

—¿Claire?

Enderezó el portátil, y la cámara mostró un primer plano de su cara aplastada, medio tapada por la sábana.

—Ojalá pudieras dirigir el acuerdo por mí.

—Ya me gustaría —replicó Yolanda—. Pero estoy especializada y no llevo los temas de fusiones corporativas generales como tú. No me dejarían dirigir la fusión de Intelligentsia Tech aunque lo

suplicara. Eso sí, haré lo que pueda por ti entre los socios. No sé hasta qué punto me harán caso, ya que estoy en el escalafón más bajo, pero sabes que Bill y yo te apoyaremos.

Claire cerró los ojos, deseando simplemente echarse a dormir en vez de tener que lidiar con otro problema.

Sin embargo, ser abogada en un gran bufete significaba estar «activa» todo el tiempo. Había que hacer un esfuerzo sobrehumano y ponerse una gruesa armadura para bloquear cualquier emoción que pudiera hacer daño. Y ella había trabajado demasiado y durante demasiado tiempo como para rendirse sin luchar cuando estaba a punto de alcanzar por fin el ansiado puesto de socia.

Abrió los ojos, apartó las sábanas y se incorporó.

—Supongo que será mejor que me conecte, le envíe un mensaje de correo electrónico a Mitch y me ponga al día con lo que está pasando —dijo.

—No deberías verte obligada a hacerlo —replicó Yolanda.

—Lo sé, pero la cuestión es que lo estoy.

Claire

De: clairewalker@windsorblackllp.com
Para: mitch.tahir@intelligentsia.tech
Asunto: Actualización personal

Estimado Mitch:

Siento que no te hayan puesto al corriente de mi situación. Pensé que la empresa te informaría de la razón por el que he estado menos disponible, pero no lo han hecho por motivos de privacidad.

En resumen, mi novio ha sufrido un grave accidente y ahora mismo está en coma. He viajado a Madrid para estar con él en el hospital.

Aunque es posible que no pueda responder a los mensajes de inmediato, sigo aquí para ayudar a que la fusión de tu empresa se lleve a cabo sin problemas. Valoro mucho mi trabajo contigo y con Intelligentsia Tech, y quiero que sepas que puedes contar conmigo.

Claire

De: mitch.tahir@intelligentsia.tech
Para: clairewalker@windsorblackllp.com
Asunto: Actualización personal

Claire:

Siento mucho que estés pasando por eso y te pido disculpas por mi comportamiento irascible.

Hace poco pasé por algo similar con mi esposa. Por suerte, se recuperó, pero sé que ver sufrir a un ser querido es una de las cosas más difíciles que te pueden pasar.

Ahora mismo no deberías ni siquiera pensar en el trabajo. Pero, por supuesto, no pienso ofrecerte un consejo que ni yo mismo puedo seguir. Entiendo que el trabajo a veces puede ser una distracción reconfortante. Pero recuerda que, al fin y al cabo, solo son montones de papel, no tu vida.

Cuídate mucho. Rezaré por tu novio.

Mitch

Matías

Un mes antes

En cuanto Matías entró en su propio apartamento, Claire asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—¡Por fin llegas! —exclamó. Llevaba un impecable vestido negro y el pelo recogido en un moño elegante—. ¿Dónde has estado?

—Estaba jugando al voleibol en las pistas de arena. —Intentó acercarse para darle un beso, pero ella se apartó.

—¡Matías! ¡Las zapatillas!

Él miró hacia abajo.

—¿Qué?

—Estás dejando arena por todas partes. Creía haberte dicho que nos descalzamos nada más entrar por la puerta.

—¡Ah, claro! —Volvió a la entrada y se quitó las zapatillas. Salió más arena. Claire suspiró. Lo cierto era que estaban en su piso y a él no le importaba la arena, pero ella quería que todo estuviera limpio y ordenado para él, y lo entendía y lo apreciaba. El problema era que tenía una regla para todo y le resultaba difícil recordarlas todas.

—El voleibol no estaba en tu agenda —dijo Claire.

—Lo sé, pero cuando salía del estudio, me llamó Lawrence y me preguntó si me apetecía jugar, así que pensé: «¿Por qué no?».

—«¿¡Por qué no!?» —exclamó Claire, levantando los brazos—. ¡Porque mi bufete celebra esta noche en Le Bernadin la gran cena de bienvenida de verano para los estudiantes en prácticas de la

Facultad de Derecho, y empieza dentro de media hora!

—*Coño* —maldijo Matías—. Se me había olvidado. Lo siento mucho. Me cambiaré rápido y…

—No, no puedes ir así. Estás lleno de protector solar y tienes el pelo sudado. Matías… —la voz de Claire pasó de enfadada a desesperada—, pronto me nombrarán socia. No puedo… Tú no puedes… —Le temblaba todo el cuerpo.

—Oye, oye, *churri*, shhh. No pasa nada. Lo sé. La he fastidiado y lo siento. —Se acercó a ella para abrazarla, pero recordó que llevaba la ropa de deporte, sudada y llena de arena.

Claire bajó la cabeza, todavía temblando.

—Tengo que irme. Por favor, dúchate, arréglate y ven tan pronto como puedas, ¿sí?

Matías le levantó la barbilla para que lo mirara.

—Eso haré. Y te compensaré, te lo prometo.

El agua caliente caía en cascada sobre el cuerpo de Matías mientras se lavaba el pelo con champú lo más rápido que podía. Tenía que controlarse. Al principio de su relación, Claire había sido paciente con su impulsividad y su tendencia a olvidar las citas, pero después de diez meses juntos, sabía que esa parte de su personalidad estaba empezando a cansarla.

No quería que se enfadara con él, como le pasaba a su hermana cuando vivía en Madrid y tenía que ir a buscarlo para asegurarse de que no se había sumergido en el trabajo y había abandonado el resto de sus responsabilidades. Una cosa era que Araceli se sintiera así, porque era su hermana y no podía abandonarlo, y otra cosa muy

distinta era empezar a irritar a Claire.

Porque quería pasar la vida con ella. Lo tuvo claro desde el principio, pero con el trascurso del tiempo se había ido convenciendo cada vez más. Eran polos opuestos, pero juntos conformaban algo precioso, como la luna y su reflejo en un lago. A diferencia de lo que sucedió con Vega, que se parecía mucho a él, pero multiplicado por mil.

Echando la vista atrás, estaba claro que no debería haberse quedado tanto tiempo con Vega. Pero después de estar comprometidos durante más de diez años, había aceptado que así era su vida. Vega era temperamental y egocéntrica, que era lo que la ayudaba a crear esculturas únicas. Muchos artistas eran egocéntricos y propensos a los excesos.

Sin embargo, cuando lo invitaron a ir a Estados Unidos y ella reaccionó negándose a casarse con él y quitándose del dedo el anillo de compromiso de ónix negro, lo vio todo por fin con claridad. Vega no apoyaba su carrera profesional. Vega nunca sacrificaría sus propios deseos por los suyos. Y su tendencia a quemar cualquier cosa cuando sufría un arrebato temperamental era lo contrario de lo que él necesitaba, porque, a veces, también se sumergía tanto en el arte que cobraba vida en su cabeza que se desconectaba de la realidad. Necesitaba a alguien con los pies en la tierra, y Vega no era esa persona.

«Quédatelo —le había dicho ella, refiriéndose al anillo de ónix—. Quizá puedas reutilizarlo con alguna estadounidense guapa».

El corazón de Matías estaba roto y pisoteado, pero sabía que nunca conservaría ese anillo, que nunca se lo daría a otra mujer. Le pidió a Carlos que lo vendiera, y su amigo lo hizo al día siguiente. Luego,

salió con todo el grupo y se gastaron el dinero del anillo de Vega en cerveza suficiente para ahogar sus penas durante una semana.

Sin embargo, eso fue entonces, cuando sentía que toda su vida estaba en constante cambio. En ese momento, tenía a Claire, que era como un reloj preciso que marcaba el tiempo, ayudándolo a no perderse demasiado mientras deambulaba por el mundo.

El problema era que ella se estaba alejando. Tenía que encontrar la manera de recuperarla.

«Le pediré matrimonio —pensó mientras el agua caliente le aclaraba el champú del pelo—. ¿Por qué esperar? Quiero pasar el resto de la vida con ella».

Comenzó a diseñar el anillo en su cabeza de inmediato. Un sol brillante compuesto por un diamante redondo en el centro y topacios alargados a su alrededor como si fueran llamas, porque le daría a Claire todas las estrellas del cielo si pudiera, pero, como no podía, por lo menos que tuviera el sol.

Sería perfecto. Tenían previsto visitar España al mes siguiente. Ella conocería a su familia en persona, y también a sus mejores amigos. Él le enseñaría los mejores lugares de Madrid, igual que ella le había enseñado Nueva York. Y luego, cuando estuvieran en el teleférico que cruzaba la ciudad ofreciendo unas panorámicas impresionantes, hincaría una rodilla en el suelo y le pediría a Claire que se casara con él.

Y, con suerte, ella le diría que sí.

Claire

Claire se despertó sobresaltada al oír el teléfono. Se había quedado dormida sobre el teclado, ¿a qué hora, a las 4:30 de la madrugada? ¿A las 5? Por un momento fue incapaz de ubicarse, porque despertarse después de una noche de trabajo en una habitación de hotel era algo habitual para ella, y podría haber estado en cualquier ciudad, trabajando en cualquier acuerdo.

Sin embargo, el segundo tono del teléfono la devolvió a Madrid, a las 9:30 de la mañana.

¡Matías!

Se abalanzó sobre el móvil, sin mirar siquiera la pantalla antes de contestar.

—¿Araceli?

—No ha sido un infarto.

—¡Gracias a Dios! —suspiró por el alivio, y todo el aire que tenía en los pulmones la abandonó de golpe—. Entonces, ¿su corazón está bien?

—Los resultados del TAC no muestran ninguna anomalía y acaban de hacerle otro electrocardiograma y también está bien. Van a seguir vigilándolo. Algo causó estrés en el corazón de Matías. No saben qué fue, pero su corazón está estable por ahora.

«Fui yo —pensó—. Yo le causé estrés al corazón al besarlo».

Sin embargo, a lo mejor solo fue como las otras veces que había estado con el alma de Matías y eso aumentó la actividad cardíaca del Matías real.

A lo mejor el contacto físico (el beso) fue una estimulación excesiva y cruzó la línea entre un aumento positivo y unos niveles preocupantes para los médicos.

Así que no podía volver a tocarlo.

Claro que debía considerar otra cosa. El alma de Matías se volvía cada vez más sólida según aumentaban sus encuentros.

Debía de estar funcionando. Estaba conectando con él, y eso estaba fortaleciendo su apego a este mundo.

Y como ya sabía que la parte física de Matías se encontraba estable en el hospital, tendría que encontrar su alma y disculparse por haber salido corriendo el día anterior del estudio. También tenía que inventarse una excusa para explicar por qué no podían tocarse.

—Claire, ¿vas a venir al hospital? —preguntó Araceli—. Mi madre está preguntando por ti.

—Lo siento, acabo de despertarme —respondió—. Tengo que hacer una cosa esta mañana, pero te prometo que iré más tarde.



Volvió a la cafetería del día anterior, donde apareció Matías. Se sentó en la misma mesa de la terraza. La repetición no había funcionado en el quiosco de bebidas, pero estaba agotada y no se le ocurría nada mejor.

Se acercó una camarera y Claire, que sabía que tenía que practicar el español si quería mejorar, respiró hondo y dijo despacio:

—*Buenos días. Un café con leche, por favor*.

—*Vale* —dijo la camarera—. *¿Algo para comer?*

Claire repitió la pregunta en su cabeza, analizando las palabras. Entendió las tres sin problemas.

Por desgracia, todavía no sabía leer lo suficiente como para entender el menú, y no quería pedir *churros con chocolate* porque, por mucho que lo intentara, la descripción que hizo Vega contándole que Matías se los daba de comer estaba demasiado fresca como para no recordarla antes de tomarse el café. Sin embargo, había aprendido otro truco con la aplicación del móvil. Muchas palabras inglesas se parecían a las españolas, aunque no se escribieran exactamente igual.

—*¿Una recomendación?* —le dijo a la camarera—. *Una sorpresa, por favor.*

La camarera sonrió.

—*Vale* —le dijo la chica, y eso no necesitó traducirlo.

El café llegó unos minutos después y se lo bebió despacio mientras miraba hacia las aceras y la calle, aunque en realidad no veía nada. Sus pensamientos estaban centrados en Matías.

¿Cómo le decía que no podían tocarse?

¿Y si se inventaba que había algo en su pasado que la hacía tímida? En cierto sentido, era verdad. Después de la muerte de sus padres, no soportaba los abrazos ni las muestras de afecto. El amor y los brazos fuertes eran asuntos familiares, y desde que le arrebataron a Jim y a Sarah, se negaba a que alguien mancillara el recuerdo de su ternura. Tardó tres años completos en superarlo, mientras estudiaba en la facultad. Cuando se graduó, se sentía lo bastante preparada como para volver al mundo normal. En el momento en que su compañera de habitación en la residencia de estudiantes le dio un abrazo aquel día, no sintió ganas de vomitar.

Sin embargo, aunque esa era una información que podía compartir con su Matías (de hecho, él ya lo sabía), era demasiado para el otro Matías, que todavía no la conocía lo suficiente. Además, nadie quería

estar con una persona que en la segunda cita (o cuarto encuentro) se presentaba con todo el equipaje abierto y la ropa tirada por el suelo, ¿verdad? Y el objetivo de todo era conseguir que se enamorase de ella, que se sintiera obligado a volver a esta realidad para estar con ella y, entonces, que Matías despertara.

¿O el objetivo era simplemente conseguir que se enamorase de ella? Esa había sido una de las suposiciones de la profesora Hong. Sin embargo, la mujer no había previsto que cuanto más tiempo pasara ella con el alma, más sólida se volvería su presencia hasta el punto de que Matías podría llevarla en volandas al otro lado del estudio, inmovilizarla contra la pared y besarla.

¿Y si no tuviera que conseguir que se enamorara por completo de ella? ¿Y si solo tuviera que pasar suficiente tiempo con él para que su vínculo se fortaleciera? Al fin y al cabo, hasta ese momento parecía haber dado resultados positivos, aparte del beso, la verdad fuera dicha, que la excitaba solo con pensarlo. No le extrañaba que a Matías se le hubiera acelerado el corazón.

La camarera regresó a la mesa con un plato humeante.

—*Migas* —dijo, señalando el plato.

Claire sonrió. Sabía lo que eran las *migas* (trocitos de pan frito con chorizo, tocino y ajo) porque Matías se las había preparado.

—*Delicioso, gracias* —replicó cuando tuvo el plato delante.

—*¿Más café?* —le preguntó la camarera, señalando la taza vacía.

—*Sí, uno más, por favor*.

Claire se detuvo un momento para disfrutar del aroma de su desayuno. No había nada como una comida rica y abundante después de una noche larga. Para mucha gente, sería comida de resaca. Para ella, era comida para después de trabajar hasta las cinco

de la madrugada.

Gimió al probar las migas y cerró los ojos. Los sabores se fundían en su lengua (carne, especias, ajo y aceite de oliva), mezclados con la textura crujiente del pan. Aunque nunca había estado en España antes, esa comida le sabía a hogar. Era una de las muchas cosas que Matías le preparaba, y lo echaba de menos, lo echaba de menos a él. Quería comer a cámara lenta, saborear cada bocado.

Abrió los ojos. «¡Eso es!», pensó.

«Quiero tomármelo con calma», eso le diría a Matías. Sabía que si le decía algo así, él lo respetaría. Era un hombre atento y considerado.

La progresión sería la contraria del comienzo de su relación en Nueva York, cuando hicieron el amor de forma impulsiva y apasionada en el suelo de la biblioteca jurídica. Esperaba ser lo bastante atractiva sin ese tipo de pasión física. No quería pensar en Vega, pero lo cierto era que el alma de Matías acababa de separarse de su novia de los últimos quince años.

Bueno, el Matías que se enamoró de ella en Nueva York también venía de lo mismo.

«Pero no puedo tocarlo sin poner en peligro su vida —pensó—. Así que no me queda alternativa».

Eso tendría que bastar.

Mientras terminaba de desayunar, pensó en el plan de decirle a Matías que le gustaba, pero que necesitaba ir despacio. No era lo que quería (se pasaría la vida rememorando una y otra vez el beso en el estudio), pero ansiaba todavía más que su Matías real y corpóreo despertase, se curara y volviera a estar con ella.

—De acuerdo —dijo mientras apuraba el plato y se bebía el

segundo café—. Estoy preparada. *Lista.* ¡Vamos a hacerlo!

Se armó de valor respirando hondo para tranquilizarse y luego presionó los dedos contra la palma de la mano izquierda.

La actividad en la calle continuaba como de costumbre. No había ningún conocido.

Claire frunció el ceño. Flexionó y extendió los dedos de ambas manos, y luego lo intentó de nuevo, manteniendo la presión sobre la palma.

Se quedó así durante cinco minutos enteros, mirando la acera y la entrada de la cafetería, sin resultado.

«¿Matías?», pensó, probando la técnica de visualización que algunos amigos del mundo del arte de Yolanda y Jason defendían a capa y espada. (Los abogados no acostumbraban a creer en temas esotéricos, pero eso era antes de que empezara a salir con el alma de su novio).

Aun así, Matías no apareció.

Miró las mesas cercanas. Había un anciano leyendo un periódico. Un par de madres charlando mientras movían los cochecitos de sus bebés. Una ejecutiva con traje escribiendo en el móvil.

Nadie la miró mal cuando se llevó la palma de la mano a los labios y se la besó.

Pensó en la boca de Matías, suave y caliente al mismo tiempo, sobre la suya.

En sus manos, recorriéndole la piel desnuda.

En sus cuerpos fundidos, como si nunca pudieran estar lo bastante cerca, como si hubiera una forma de ocupar el mismo espacio.

Dejó que el beso y la ensoñación se prolongaran durante un buen rato, como la sensación del sol en la piel después de un día de

verano.

Luego abrió los ojos, expectante.

Solo estaban las mismas personas de antes. Y el anciano del periódico la miraba con preocupación paternal, con las pobladas cejas levantadas.

—¡Mierda! —susurró. ¿Por qué no funcionaba? Matías siempre había aparecido cuando presionaba ese punto de su mano.

Se quedó en la cafetería otra hora, repitiendo el proceso de presionarse la palma. Lo intentó con las monedas. Sosteniendo otra taza de café. Se la pinchó con un bolígrafo que le pidió prestado a la camarera.

Pero Matías no apareció.

Al final, tuvo que rendirse para irse al hospital. Si no podía estar con el alma errante de Matías, necesitaba estar con su cuerpo inmóvil.

Sintió un nudo en la garganta al pensar en él como una masa inmóvil de carne y huesos.

«No, él es más que eso. Mucho más».

Dejó más dinero del que debía por el desayuno y se apresuró a regresar al hospital.



En los hospitales, el aburrimiento es una buena señal. Después de pasar la noche en vilo por el corazón de Matías, para Claire fue un alivio triste, pero bienvenido, el simple hecho de sentarse a su lado.

La tía Juanita y el tío Víctor se levantaron de sus asientos al otro lado de la cama. Llevaban allí una hora, y la abuela Gloria había estado una hora antes, cantándole; era el turno de otra persona. La

dedicación de la familia De León era asombrosa. Siempre había alguien en la habitación durante las horas de visita, asegurándose de que Matías pudiera sentir su amor y supiera que, en ese lado de la conciencia, muchas personas se preocupaban por él y anhelaban su regreso.

La familia de Claire no había sido numerosa. Ni siquiera recordaba a sus padres biológicos, que murieron antes de que se le fijaran los recuerdos. Y la familia que los siguió fue reducida. Rebosante de amor, pero solo eran un pequeño trío.

¿Cómo habría sido crecer rodeada de tantos familiares? ¿Saber que si te caías, había tantas manos dispuestas a levantarte?

«Traidora», pensó. Había tenido suerte de contar con Jim y Sarah. Algunos de los otros niños de su hogar de acogida nunca consiguieron un lugar permanente donde quedarse ni los adoptaron. Pasaban de una casa a otra, año tras año, hasta que cumplían dieciocho y los arrojaban al mundo, completamente solos.

Ella había tenido familia durante un tiempo por lo menos.

Araceli y Soledad entraron en la habitación. Claire sonrió al verlas.

Soledad no le devolvió la sonrisa.

—¿Dónde has estado?

—Yo… tuve que trabajar hasta tarde por la diferencia horaria —contestó—. Así que me quedé dormida. Y luego tenía que ocuparme de una cosa antes de venir. Se lo dije a Araceli.

Soledad se dejó caer en su asiento con pesadez, cruzando los brazos.

—No deberías trabajar mientras estás aquí.

—Lo sé. Pero mi trabajo…

—Los estadounidenses estáis casados con el trabajo. Pero un

trabajo no es la vida.

Claire torció el gesto. Lo sabía. Todo el mundo lo sabía. Pero también le encantaba su trabajo; la emoción de trabajar en acuerdos que luego aparecían en los titulares de la prensa; la adrenalina de hacer malabarismos con tantas cosas importantes a la vez sin que se le cayera ninguna, de saber que sin ella nada de eso sería posible. Que ella era la hechicera detrás de la cortina.

Lo cierto era que los estadounidenses se volvían adictos al trabajo en detrimento de otras facetas de sus vidas. Pero, en su caso, tenía claro que no quería la fantasía con la que soñaban tantos otros: pasarse la vida sentada disfrutando del tiempo libre sin más. Se volvería loca (y volvería loco a Matías) en menos de un mes si no tuviera un objetivo de alta intensidad por el que luchar.

Sin embargo, no quería que Soledad y Araceli pensaran que estaba ausente solo por el trabajo. Eran la única familia con la que contaba en ese momento, aunque todavía no formara parte oficialmente de ella, y necesitaba que entendieran que estaba tratando de ayudar a Matías.

¿La creerían?

No lo sabía. Pero tenía que intentarlo.

—He… estado con el alma de Matías —confesó—. Fuera del hospital. Por eso me ausentaba.

Araceli y Soledad la miraron sin comprender.

Claire tragó saliva y lo intentó de nuevo.

—Creo… que su conciencia está separada. Pero fue a verme al hotel y he hablado con él. Por eso no he estado aquí. Siento que necesito estar con el alma de Matías, para intentar que vuelva a conectar con esta realidad.

—Ya vale —la interrumpió Soledad—. No quiero oír excusas tan ridículas.

—Pero yo…

Araceli meneó la cabeza.

—Es un momento difícil para todos, Claire. Sé que es duro y lo siento. Pero si quieres ayudar a Matías, tienes que centrarte.

—Él está aquí —dijo Soledad—. No es un fantasma en tu hotel.

Claire sentía el escozor de las lágrimas en los ojos.

—No he dicho que fuera un fantasma. No me lo estoy inventando…

—Mañana por la mañana se celebrará una reunión —le dijo Araceli mirándola con tristeza, como si le doliera que estuviera enloqueciendo—, la *reunión conmemorativa*, para recordar a Carlos y Diego. Eran como hermanos para Matías. Él siempre estaba en sus casas y ellos siempre estaban en la nuestra. Han estado con nosotros desde que tengo uso de razón y eran como hermanos para mí.

Claire se secó las lágrimas que amenazaban con derramarse. Había sido una apuesta arriesgada contarle a Araceli y a Soledad lo de Matías, pero ni siquiera le habían dado una oportunidad. Habían descartado sus palabras con la misma facilidad con la que alguien se encoge de hombros al oír las historias fantásticas que cuentan los niños pequeños y, en ese momento, sentía su desapego con fuerza.

Sin embargo, tenía que seguir contando con su apoyo. Soledad y Araceli controlaban el acceso a Matías.

—*Reunión conmemorativa* mañana por la mañana —repitió—. Por supuesto. Allí estaré.

—No —la contradijo Soledad—. ¡Estarás aquí! En esa silla. —Señaló con el dedo el lugar donde estaba sentada.

—¡Oh! —Sintió que le temblaba todo el cuerpo mientras intentaba mantener su orgullo y, al mismo tiempo, ceder a la voluntad de Soledad—. Mmm, de acuerdo. Creía que Araceli me estaba pidiendo que fuera a la reunión, pero, por supuesto, me quedaré con Matías.

—Él es tu vida —añadió Soledad, meneando la cabeza—. Se suponía que ibas a venir a España con él. Sin embargo, te quedaste en Nueva York por tu trabajo. Pero él iba a pedirte que te casaras con él. ¿Lo sabías, Claire?

—Sí… —Sorprendida por la dura reprimenda, fue incapaz de mentir.

Araceli soltó un gritito ahogado.

—¿Lo sabías? ¿Y decidiste no venir?

Claire bajó la mirada al suelo.

—Cometí un error.

—Y no es el único —replicó Soledad—. Mi Matías está aquí, sufriendo, cada minuto, cada segundo de cada día. El resto de la familia está aquí, cada minuto, cada segundo de cada día, todo el tiempo que nos permiten. ¿Y tú dónde estás? ¿Trabajando? ¿Durmiendo? ¿Visitando un estudio vacío y buscando un fantasma?

—Yo…

—No sé lo que estás buscando, Claire —la interrumpió Soledad—, pero no está ahí fuera.

Claire

Tan pronto como terminó el horario de visitas, Claire huyó del hospital y de las miradas vigilantes de Soledad y de Araceli. Los De León no la habían invitado a cenar, aunque su español ya era lo bastante bueno (después de llevar casi una semana inmersa en el país) como para entender, en términos generales, que habían estado haciendo planes entre ellos.

Tampoco quería ir, la verdad. Deseaba con desesperación formar parte de la familia, pero también necesitaba alejarse, y mucho.

«¡Ay, Matías! —pensó—. Así no era como quería conocer a tu familia por primera vez. Siento mucho haberlo estropeado. Lo estoy intentando con todas mis fuerzas, pero… Ojalá estuvieras aquí para ayudarme a lidiar con todo esto. Podrías decirme qué hacer, y podrías traducirme, porque tengo la sensación de que se me están escapando muchos matices. Y hay muchas cosas que querías enseñarme de tu ciudad natal, pero ahora estoy sola. No sé qué hacer durante las horas que no estoy a tu lado. Es que me siento… sola».

Cuatro manzanas después de que saliera del hospital, Matías apareció de repente a su lado.

—¡Joder!

—Lo siento, no quería asustarte —dijo Matías.

—Tú… Yo… Da igual. Estoy, mmm, bien —replicó mientras se miraba la mano.

Tenía los dedos cerrados, con las uñas clavadas en la palma.

Así que en ese momento había funcionado, pero antes no. ¿Por

qué?

Claro que el motivo le daba igual. Soltó el aire y dejó que los tensos músculos de sus hombros se relajaran un poco, porque Matías estaba allí. Su alma no se había desintegrado después de que lo besara y lo dejara en el sofá de su estudio.

Y su presencia también quería decir que ella podía hacer algo más que recibir sermones de su familia. Podía ayudar a Matías a volver, por todos ellos.

—¿Qué hacías en el hospital? —le preguntó él, que echó a andar a su lado mientras se dirigía a la boca del metro.

—Mmm… Estaba visitando a… un colega. Está enfermo.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó él.

—Eso espero.

—¿Ese era el motivo de las llamadas de teléfono que recibiste en mi estudio y por lo que saliste corriendo?

Claire se mordió el labio y asintió con la cabeza. Claro, ¿por qué no? Era una explicación razonable, aunque se basara en la mentira que acababa de contarle.

—Bien —siguió Matías—. A ver, ¡que no está bien que tu colega esté mal! Siento mucho oírlo. Me refería a que no saliste corriendo ayer porque te besé y compliqué las cosas… —La miró con una sonrisa tímida, y Claire sintió que unos cálidos temblores le recorrían el cuerpo, porque era la misma sonrisa esperanzada con la que la había mirado la primera vez que quedaron en Nueva York, cuando se presentó en el bufete con la cena. Parte del atractivo de Matías residía en la combinación de ese cuerpo fuerte y rudo con ese encanto juvenil y alegre. Claire seguía derritiéndose, incluso después de casi un año con él, y eso la ayudó a dejar atrás el desánimo y a

creer que quizá habría un futuro para Matías.

—Fue un beso estupendo —replicó ella, colorada—. Pero…

—¡Uy!

—Me gustas, Matías. Mucho. Y quiero conocerte mejor mientras ambos estamos en Madrid si no te importa. No quiero esperar a que te mudes a Nueva York. Pero quiero hacerlo a la antigua, que sea en plan inocente y contenido, para que nos entendamos.

—¿Eso quiere decir que no puedo besarte ahora mismo? —le preguntó él—. Porque tal como te ilumina la cara la luz de esa farola, me están entrando ganas de pintarte.

Soltó una carcajada al oírlo.

—¡Qué frase más mala! ¿Se la dices a todas las mujeres?

Matías sonrió.

—La culpa la tiene mi mal uso de tu idioma.

—Lo hablas perfecto.

—No si algo sale mal. En ese caso es un problema de traducción, está clarísimo.

Claire se rio de nuevo. Por Dios, qué bien le sentaba hacerlo, y además con su persona preferida.

—Para responder a tu pregunta —le dijo ella—, sí que quiero besarte, pero prefiero que no lo hagamos. Creo que hay algo romántico en las películas antiguas, cuando el chico y la chica quedan y se enamoran de la mente y de la personalidad del otro, no solo de sus cuerpos. Las mujeres llevan guantes y cuellos hasta la barbilla y nadie se toca hasta el final de la película.

Sabía que eso era todo lo contrario a como habían empezado, haciendo el amor en el suelo enmoquetado de la biblioteca jurídica, llevados por un impulso. Y lo contrario de la relación tan carnal que

él había tenido con Vega, a juzgar por el cuadro de su estudio.

Sin embargo, era la única manera que se le ocurría para mantener su interés sin romper esa tenue conexión entre el estado intermedio de Matías y su propia realidad.

—Mmm —murmuró él al tiempo que se pasaba una mano por el pelo, despeinándose. Justo como a ella le gustaba—. Creo recordar —siguió— que, en aquellos tiempos antiguos, incluso ver la parte posterior del cuello o la piel de los tobillos era escandaloso. No tendremos que llegar tan lejos, ¿verdad? Porque hoy me gusta cómo te queda esa coleta.

Claire se llevó instintivamente la mano al pelo y a la parte posterior del cuello.

Él le guiñó un ojo.

Sintió que se ponía colorada de nuevo.

—De acuerdo —dijo Claire—. Pero cuando te enamores de mí, más te vale que sea primero por mi mente.

—Trato hecho —replicó Matías—. Y ¿me dejarás que te vea los tobillos entonces?

Ella resopló y luego se tapó la boca al oírse.

—Haz como si no hubieras oído nada. Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?

—Espero que llevar a una mujer preciosa a ver Madrid de noche.



Con los atardeceres tardíos del verano, el Palacio Real (la residencia oficial de la familia real española y el palacio más grande de la Europa continental) estaba bañado por la suave luz del atardecer. Había algunos turistas desperdigados por la zona, pero la mayoría

no parecía saber que aunque el interior del palacio estaba cerrado a esa hora, los jardines que lo rodeaban permanecían abiertos hasta las diez.

—No me puedo creer que haya gente que viva en un lugar tan grandioso —dijo Claire mientras admiraba las columnas y las esculturas del palacio barroco.

—Siento desilusionarte —replicó Matías—. El Palacio Real se usa principalmente para actos oficiales y ceremoniales.

Claire frunció el ceño.

—Pero el cartel de la entrada decía que era la residencia de la familia real.

—Es la residencia oficial en Madrid —explicó Matías—. Pero no viven en la ciudad.

—¡Ah! Tantos palacios y tan poco tiempo.

Matías se echó a reír.

—No me molestaría tener ese problema.

Ella meneó la cabeza.

—No creo que te gustara tener tantas propiedades inmobiliarias. Sería un quebradero de cabeza logístico demasiado grande. Piensa en el mantenimiento de la propiedad y en los gastos anuales de jardinería de varios palacios. A ver, mira este sitio. —Claire abarcó el espacio que los rodeaba con un gesto del brazo, señalando todos los árboles, los setos y las flores cuidados a la perfección.

—Y eso que no has visto los jardines del palacio —dijo Matías.

—¡A eso me refiero! Necesitarías contratar a un ejército de jardineros. Y solo de pensar en las implicaciones fiscales internacionales…

—¿Quién ve un palacio y lo primero que se pregunta es cuántos

impuestos se deben pagar? —replicó Matías, con arruguitas alrededor de los ojos por la risa.

Claire volvió a resoplar y, en esa ocasión, no se molestó en disimularlo.

—No puedo evitarlo. Soy abogada de los pies a la cabeza.

Matías se detuvo en medio de la plaza y se limitó a mirarla.

—¿Qué? —dijo Claire.

—Nada.

—No, en serio, ¿qué? —Miró por encima del hombro, pero no había nada allí. Desde luego que la estaba mirando a ella.

—Eres muy sensata —contestó Matías—. Diferente de la mayoría de mis amigos y… de otras personas que conozco.

Estaba bastante segura de que se refería a Vega, que, en ese momento, era su exnovia desde hacía muy poco tiempo.

—No puedo evitarlo —repitió—. Soy como soy.

—¡No es algo malo! —le aseguró Matías—. Seguramente necesite más de eso en mi vida. Soy la clase de persona que se olvida de lo básico cuando estoy pintando. Cuando era más joven, mi madre o mi hermana, Araceli, llamaban a mi puerta a la hora de comer y me sorprendía al descubrir que habían pasado diez horas desde la última vez que había probado bocado. Pero a mis años soy capaz de perder días enteros si estoy inmerso en la pintura.

Claire asintió con la cabeza, pero cerró los ojos un momento. Porque era algo que ya sabía de él y, aunque estaba disfrutando de ese rato con él, también le resultaba doloroso que Matías no supiera que ya se conocían, que ya se querían, que ya tenían muchos recuerdos en común.

Ya sabía que era un hombre brillante y con mucho talento, pero

despistado y sin sentido del tiempo. Ella le pedía que hiciera algo, como sacar la basura, y él le aseguraba de buena fe que lo haría «ahora mismo», pero luego, cuatro horas después, el cubo de la basura seguía a rebosar mientras él estaba dibujando una nueva idea, tocando algo nuevo en el ukelele o jugando una séptima partida de ajedrez *online*.

Eso la había estado desquiciando durante los últimos meses. Pero allí, en Madrid, con la posibilidad real de que él muriera, tenía muy claro que se había equivocado. Al igual que ella no podía evitar ser organizada al extremo y tener un cerebro que funcionaba como un calendario, Matías no podía evitar volcarse en todo lo que hacía. Eso era lo que lo convertía en un artista maravilloso y con tanto éxito. Pero esa misma capacidad de sumergirse en el profundo estanque de su imaginación cuando pintaba también significaba que se sumergía con la misma intensidad en todo lo demás (el ajedrez, el dibujo, tocar el ukelele) y que, a veces, se olvidaba de pequeñas preocupaciones mundanas como la basura.

Cada persona tenía un precio de admisión. Lo había leído en un libro de consejos sobre relaciones hacía años, pero no lo había entendido hasta ese momento. El precio de admisión para estar con ella era aguantar su necesidad de control absoluto. El precio de admisión para estar con Matías era aceptar que no se le podía controlar de ninguna de las maneras.

Abrió los ojos y le sonrió.

—No entiendo cómo puedes olvidarte de comer, porque yo, literalmente, apunto las comidas en mi calendario, pero me gusta que seas capaz de involucrarte tanto en lo que haces que te olvides por completo de las necesidades básicas.

Él sonrió.

—No creo que mi madre y mi hermana estén de acuerdo con tu valoración de mí, pero gracias. Es una forma muy generosa de… interpretarme.

—Creo que el mundo sería un lugar mejor si todos nos interpretáramos unos a otros con un poco más de generosidad.

—Incluidos nosotros mismos —replicó Matías.

Rodearon el Palacio Real dando un paseo, atravesaron las amplias plazas y acabaron llegando a los Jardines de Sabatini. Era curioso que, aunque en un principio estaba en su lista de «cosas que hacer», había logrado ir sin planearlo. El sol se estaba poniendo, y el palacio y el cielo se reflejaban en un estanque alargado en tonos pastel, como una acuarela de colores muy saturados.

—Qué bonito —murmuró Claire, mirando del resplandeciente reflejo del estanque al Palacio Real y el cielo.

—Esta fue una de las primeras escenas que pinté cuando era pequeño —dijo Matías—. Todavía no sabía mezclar colores ni conocía ninguna técnica, pero recuerdo que cada pincelada parecía magia, ¿sabes? Al principio, solo había un papel en blanco delante de mí. Pero luego esbocé la forma del palacio y el largo estanque rectangular y las siluetas de los árboles, y luego añadí pintura, capa sobre capa, hasta que el papel se deformó por la humedad y el peso. Era una interpretación infantil de una puesta de sol en el Palacio Real, pero pintarla fue una experiencia pura.

—Alegría sin límites —replicó Claire, pensando que esa era también una descripción perfecta del propio Matías.

—Bueno, antes esa era mi filosofía sobre cómo debería ser la vida —le aseguró él mientras se adentraba en los jardines—. Pero ahora

creo que, a veces, las barreras de seguridad son buenas.

—¿Ah, sí? —le preguntó mientras lo seguía por el sendero.

—Sí. No se puede vivir solo en busca del hedonismo. No se puede atropellar a todo el mundo que se cruza en tu camino y reorganizar la vida de los demás para adaptarla a la tuya. —Le dio un golpecito a un seto—. Hay que renunciar a ciertas cosas.

«Vega», pensó Claire.

—Pero la alegría y el hedonismo no son necesariamente lo mismo —protestó ella—. Creo que se puede aspirar a la alegría sin límites y seguir siendo responsable.

Matías reflexionó al respecto mientras se adentraban en los jardines en dirección a una gran fuente.

—Quizá tengas razón. Pero es como jugar con fuego. Si vas a hacerlo, debes asegurarte de tener agua cerca.

«¿Eso es lo que soy? —se preguntó ella—. ¿Agua para su fuego?». A lo mejor Vega y él eran dos llamas, y juntos acabaron ardiendo sin control. A lo mejor por ese motivo Matías se mudó a Nueva York, por eso se sintió atraído por alguien tan rígido como ella.

«Soy una aguafiestas —pensó—. Maravilloso».

Y, sin embargo, era lo más cerca que había estado de encontrar un motivo que explicara que alguien como Matías estuviese con alguien como ella.

Cuando el sol se hundió todavía más en el horizonte, Claire le preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

Matías frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que me ibas a enseñar Madrid de noche. Y ya no hay

sol; por lo tanto, es oficialmente de noche.

—¡Ah, cierto! En fin, veamos. ¿Tienes hambre?

—¡No!

No podía dejar que la llevara a un restaurante. ¿Qué iba a hacer, comer comida fantasma mientras ella comía algo real? Pero, aunque Matías no se diera cuenta de que no estaba comiendo de verdad, notaría que ella pedía al camarero lo justo para una persona. Y no pensaba pedir una botella de vino entera solo para ella.

Y, ¡por Dios!, el momento de entrar en el restaurante, si el jefe de sala le preguntaba si quería mesa para uno…

—Has contestado con mucho énfasis —dijo Matías—. Pero ¿estás segura? Me ha parecido oír que te rugía el estómago en el laberinto de setos. Podríamos tomarnos unas tapas.

—No tengo nada de hambre —mintió.

«Nada de cena. Ni hablar».

—Vale, si no tienes hambre —dijo él—, ¿has visto alguna vez flamenco en directo?

Claire negó con la cabeza.

—Perfecto. Conozco el mejor sitio.



Para asegurarse de que Matías no intentara acercarse a la taquilla, Claire insistió en comprar las entradas con su teléfono, alegando que podía cargarlas a su cliente como gasto de empresa. (Era mentira, pero Matías no se enteraría). Compró dos entradas, por supuesto, para asegurarse de que nadie intentara sentarse junto a ella y encima de Matías. Pero era un único código QR para las dos y, cuando entraron por las puertas del teatro, el acomodador se limitó a

escanear su teléfono y los invitó a entrar; Matías, al ser invisible, por supuesto, pasó desapercibido.

El teatro era bastante íntimo por su tamaño, y encontraron sus asientos sin problemas.

—¿Qué sabes del flamenco? —le preguntó Matías.

Ella pensó en su cuadro de la flamenca con el vestido rojo de volantes, bailando en la playa con almejas a modo de castañuelas.

—Es una forma de arte apasionada —contestó al recordar la concentración y el ardor de la cara de la flamenca en el cuadro—. Los vestidos son preciosos y forman parte de la actuación, porque el movimiento de la tela contribuye a la danza tanto como el movimiento del cuerpo. Y el ritmo es muy importante.

—Muy bien —replicó Matías—. Estoy impresionado. ¿Seguro que nunca has visto flamenco? Lo describes como una española.

«Eso es solo porque llevo once meses y una semana enamorada de un español», pensó. Pero ¿quién llevaba la cuenta?

Pues ella. Porque con Matías en el hospital, de repente había comprendido que cada hora, cada día, cada semana, importaba.

—El flamenco tiene una larga historia y muchas formas —siguió él —, pero este tipo, en el teatro, es uno de mis preferidos. Es como una emoción plasmada físicamente. El ritmo, desde las castañuelas hasta el taconeo, es un corazón latente. Y cada baile cuenta una historia. A veces, de fuerza; a veces, de amor o de tristeza; pero siempre con un espíritu profundo.

Al poco tiempo, las luces se atenuaron. Durante un minuto, el escenario se quedó completamente a oscuras y el público, en silencio.

Luego comenzó a sonar una solitaria guitarra. Se abrió el telón. Se

encendió el foco.

Y una mujer con un vestido rojo apareció meciéndose al ritmo de la melodía.

El público contuvo la respiración.

La siguiente hora transcurrió en una vorágine de vestidos y volantes, pasos de baile ardientes y canciones apasionadas. Hubo un baile sobre amantes despechados y venganza. Una historia sobre inmigrantes empobrecidos y los sacrificios que hicieron por sus hijos. Un dúo sobre una flor que se enamoró de un pez, y los ríos y las montañas imposibles que los separaban. Matías le susurró las tramas mientras las veían, y ella estuvo embelesada todo el rato.

Para el número final, una bailaora entró en escena con un vestido diseñado para parecer un reloj de arena, con granos que caían desde el corpiño hasta la falda y la cola.

—*Soy la Señora del Tiempo* —dijo.

—Soy la Señora del Tiempo —repitió Matías en inglés, con la boca tan cerca de su oreja que Claire sintió un escalofrío.

—*Y todos estáis a mi merced.*

Matías le tradujo las palabras de nuevo.

Claire volvió a estremecerse, pero no por deseo. Se fijó en el maquillaje oscuro que delineaba la cara de la mujer, casi como si tuviera la intención de parecerse a una calavera o a una máscara de la muerte.

—Por favor, no —dijo Claire hablando consigo misma, aunque, al parecer, lo hizo en voz alta, porque Matías le preguntó:

—¿Estás bien?

—No… no sé si puedo ver esto.

—Vale. ¿Quieres que nos vayamos? —Matías, siempre dispuesto a

sacrificarse por lo que ella quisiera, ni le preguntó el motivo.

Ella asintió con la cabeza y se agachó en busca del programa, que quería conservar, y de su bolso, que había dejado en el suelo. Pero justo cuando estaba a punto de levantarse, una máquina de humo comenzó a cubrir el teatro con una niebla y el resto de los integrantes de la compañía salieron al escenario. Unos cuantos llevaban vaporosos trajes negros con equis pintadas sobre los ojos. La otra mitad llevaba trajes y vestidos completamente blancos.

El público estaba embelesado a su alrededor.

—No podemos irnos ahora —dijo ella.

—¡Shh! —le soltó el hombre que tenía al lado con el ceño fruncido. La mujer que tenía delante se volvió y la miró enfadada.

Claire se pegó el bolso al regazo y esperó que no se tratara de un baile sobre la muerte.

Sin embargo, durante los primeros segundos, quedó claro que así era. Un proyector lanzaba la imagen de un cementerio en el lado izquierdo del escenario, detrás de quienes iban vestidos de negro, como sombras en el más allá. Al mismo tiempo, un colorido telón de fondo de la vida nocturna madrileña se proyectaba detrás de quienes iban vestidos de blanco, los que todavía estaban vivos.

Supuso que las sombras negras perseguirían a las almas blancas, las agarrarían y las arrastrarían al inframundo. Y deseó poder estirar el brazo y tomar la mano de Matías, cuyo fuerte apretón le aseguraba que, mientras estuvieran juntos, todo iría bien.

Claro que no estaban juntos, ¿verdad? No en realidad.

En el escenario, los muertos no perseguían, sino que bailaban con los otros muertos, y los vivos bailaban con los otros vivos, cada uno con su propio estilo apasionado, pero todos al son de la misma

canción. Eran como un océano negro por un lado y uno blanco por el otro, con los cuerpos doblándose y curvándose los unos sobre los otros como las olas. Por raro que pareciera, le recordó a esas veces que Matías la hacía bailar a altas horas de la madrugada en Nueva York por las calles vacías, y se entregaban al momento con la energía y la despreocupación que demostraban los artistas en el escenario.

Sin embargo, apartó ese recuerdo de su mente. Porque se negaba a pensar en la obvia analogía que seguía: ella, viva, bailando con Matías, muerto.

Como si hubieran captado ese pensamiento expulsado, algunas de las sombras comenzaron a bailar despacio a través de la niebla y tomaron a personas vivas como sus parejas. La frontera entre el blanco y el negro en el escenario comenzó a difuminarse hasta tornarse gris.

Aunque estaban atrayendo a almas metafóricas hacia el más allá, lo hacían con un esplendor entusiasta que solo el flamenco podía demostrar, una nueva clase de dúo que celebraba tanto a los vivos como a los difuntos.

El hombre que estaba sentado a su lado sorbió por la nariz. Pero no estaba afligido; sonreía mientras se secaba una lágrima.

El número de personas que cruzaba la línea entre la vida y la muerte fue cediendo, y a medida que las almas cruzaban a la tierra de las sombras, los bailaores se arrancaban dramáticamente los trajes blancos para revelar otros negros más elegantes debajo.

E incluso así, seguían bailando, y todavía así, sus movimientos eran preciosos, quizá hasta más increíbles que cuando estaban vivos.

A medida que la melodía se desvanecía y solo quedaba una guitarra que acabó silenciándose, las almas siguieron bailando como

una sola, unidas en un último y coordinado taconeo. La paz de la muerte.

Los bailaores saludaron a la par, y luego la niebla del escenario los envolvió por completo.

El público estalló en un aplauso estruendoso. Furioso. Hubo muchos silbidos. Muchas lágrimas de asombro.

Una reacción entusiasta, menos la suya. Ella, que había perdido a sus padres en un accidente de tráfico un día que se suponía que era de celebración. Ella, que tenía a su novio en coma en el hospital y su alma errante al lado.

Ella entendió el mensaje que los bailaores intentaban transmitir: que la muerte no tenía por qué ser triste. Que la Señora del Tiempo acabaría yendo a por todos, pero que se podía conseguir que la vida mereciera la pena antes de que eso pasara, de manera que cuando se acabara el tiempo, no se tuviera la sensación de ser arrancado del mundo, sino de trasladarse a la otra vida bailando.

Seguramente eso haría el alma de Matías. Desde luego que él vivía cada minuto al máximo, tanto en potencial como en exuberancia.

Aunque ¿qué pasaba con las personas que se quedaban atrás después de la muerte de sus seres queridos? No había valses en la funeraria, ni taconeaban felices sobre sus tumbas. Cuando Jim y Sarah murieron, fue una tragedia, simple y llanamente.

Si Matías muriera…

—¿Podemos irnos? —preguntó.

—Por supuesto —contestó Matías—. Lo siento. No esperaba que el espectáculo fuera tan filosófico. Y con tu amigo en el hospital… Lo siento.

—No es culpa tuya. El espectáculo ha sido increíble, de verdad. Es

solo que…

—Sí.

Cuando salieron, Claire tomó una honda bocanada de aire, como si eso pudiera llevarse el dolor y el miedo. No fue así; no era tan sencillo. Pero se sintió un poco mejor después de caminar unos minutos.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Matías.

—Estoy… bien —contestó—. Más tranquila ahora.

—¿Quieres hablar del tema?

—Quizá algún día —respondió—. Pero esta noche no.

Él asintió con la cabeza.

—Pues muy bien. ¿Quieres seguir explorando Madrid? O si es demasiado y quieres volver al hotel, lo entiendo.

—No, sigamos. —No estaba preparada para volver a estar sola. Y tampoco quería dejar que Matías se fuera, mucho menos con la imagen de las almas bailando en el más allá.

Claire

Madrid era preciosa en la oscuridad, con los monumentos iluminados como faros resplandecientes, y estuvo paseando y hablando con Matías hasta el amanecer. Él no la tocó en ningún momento, aunque ella se daba cuenta de que quería hacerlo: un movimiento aquí, una inclinación allá, antes de recordar su petición de hacerlo a la antigua usanza, así que se apartaba con una sonrisilla tímida.

Cuando salió el sol, Matías soltó un suspiro feliz mientras observaba el cielo cambiar poco a poco de morado a rosa.

—Me encanta esta hora de la mañana. Es como si pudieras sentir que el mundo gira.

Claire sonrió para sus adentros. Sabía muy bien lo que quería decir, pero desde otra perspectiva. Estaba más cerca de su alma que nunca, más cerca que en Nueva York, y sentía como si algo en su universo estuviera cambiando. Despacio, pero para bien.

A medida que el cielo se iluminaba, se adentraron en El Retiro, un extenso parque verde en medio de la ciudad que antes era el patio de recreo privado de la familia real, pero que, a esas alturas, pertenecía a todo Madrid. Era enorme, uno de los parques europeos de estilo clásico en los que se inspiró el Central Park de Nueva York. Claire se pasaría toda la vida allí con Matías si pudiera retenerlo. Había un lago con barcas de remos, un edificio hecho completamente de cristal llamado el Palacio de Cristal e innumerables senderos y jardines.

—Si fuera más tarde y el embarcadero estuviera abierto, te llevaría

a dar un paseo en barca —dijo Matías.

—No puedo. Me mareo —replicó. Además de que no podía dejarlo remar, porque él no podría manejar los remos—. ¿Crees que hay algún sitio donde podamos sentarnos un rato? Necesito descansar los pies. Creo que no había caminado tanto… en la vida.

Lo cierto era que seguramente podría haberse quedado dormida de pie. A veces se pasaba toda la noche en vela en el bufete, pero incluso en esas ocasiones estaba sentada en una silla o podía acurrucarse unos minutos en el saco de dormir que guardaba debajo de su mesa. Pero merecía la pena caminar toda la noche si eso significaba tener a Matías cerca.

—Vamos a los Jardines de Cecilio Rodríguez —sugirió él—. Son como un jardín de cuento de hadas. Y hay pavos reales.

Claire levantó una ceja.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Pero no tienes por qué creerme. Puedes verlo con tus propios ojos.

La entrada a la parte de los Jardines de Cecilio Rodríguez del parque del Retiro era como un enorme tablero de ajedrez hecho con baldosas, y Claire sonrió al recordar el día que Matías la llevó a aquel bosque cercano a Nueva York donde los artistas tenían permitido crear sus obras. Allí se había sentido como Alicia entrando en el País de las Maravillas, y la sensación mágica era muy parecida a la que sentía en ese momento. Justo delante de ellos había un camino flanqueado por ornamentadas farolas de hierro forjado y altos setos cilíndricos. A ambos lados, había pérgolas con hileras e hileras de columnas blancas rodeadas por la hiedra que las envolvía con un verde intenso.

En cuanto pisó una de las baldosas del damero, un pavo real azul zafiro cruzó el camino justo delante de ella. Se detuvo para mirarla y sus plumas del color de las piedras preciosas se asemejaron a una cascada de flores; luego inclinó la cabeza y miró directamente a Matías.

—Buenos días —lo saludó él con una sonrisa.

Claire no se rio. ¿Podía verlo el pavo real?

El animal se alejó pavoneándose antes de que ella pudiera examinar más detenidamente su mirada.

—¿Banco o césped? —le preguntó Matías.

—Césped sin duda —contestó ella. Los bancos eran de piedra y, después de haber tenido piedra, baldosas y hormigón debajo de los pies toda la noche, quería algo blando en lo que hundir los dedos.

Encontraron un sitio, y Claire suspiró feliz mientras se quitaba los zapatos. La hierba todavía estaba fresca por la noche y un poco húmeda por el rocío de la mañana, pero no le importaba en absoluto.

—¡Aaah, qué maravilla…! —Se tumbó y estiró los brazos por encima de la cabeza, alargando la columna vertebral y soltó un gemido satisfecho al sentir los crujiditos y los chasquidos que liberaban la tensión de su espalda.

Matías, por su parte, se quedó mirando la franja de piel que quedaba al descubierto entre el borde de su camiseta y la parte superior de sus vaqueros, y soltó un pequeño gemido.

—Dios mío. Las cosas que te haría si pudiera…

Claire se echó a reír y se bajó la camiseta para cubrirse el abdomen.

Él puso los ojos como platos.

—¿Has entendido lo que acabo de decir?

—Sé un poco de español. —No le dijo que él siempre le decía esas

mismas palabras cada vez que hacían el amor. «Dios mío. Las cosas que te haría si pudiera…».

A lo que ella siempre contestaba en español: «*Puedes*».

Se miraron a los ojos, y el lazo invisible que los unía se tensó un poco más.

Matías se puso colorado.

—Lo siento. No ha sido muy caballeroso por mi parte.

Claire suspiró, todavía perdida en el recuerdo. Pero luego se recompuso y se volvió hacia él con una sonrisa.

—No pasa nada. Seguramente era lo que pensaba el señor Darcy cada vez que miraba a Elizabeth Bennet.

Matías se rio entre dientes.

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

—Solo por esta vez.

—A partir de ahora, me comportaré lo mejor posible —le aseguró mientras se llevaba una mano al corazón.

«¡Qué pena!», pensó ella. Pero también era necesario.

Se tumbaron uno junto al otro en la hierba durante un rato, casi sin tocarse, contemplando la salida del sol. La gente solía interpretar el amanecer como el comienzo del día y el atardecer como el final, pero para ella la puesta de sol de la noche anterior había sido un comienzo, y la salida del sol de esa mañana le parecía otro comienzo distinto. El tiempo con Matías estaba lleno de un sinfín de comienzos.

—Es precioso —dijo ella, refiriéndose tanto al cielo como a la idea de que Matías, de alguna manera, hacía que el mundo fuera infinito.

Hasta que recordó que él estaba en coma. Y que las cosas podían llegar a su fin.

—Estás frunciendo el ceño —señaló él.

—Sí… Mmm, no pasa nada. —Esbozó una sonrisa forzada—. Cuéntame algo bonito. ¿Qué hacemos ahora?

—¿No estás cansada todavía?

—Solo un poco —contestó, aunque tenía la sensación de que los párpados le pesaban cinco kilos cada uno—. ¿Y tú?

—Nada de nada —le aseguró Matías. Claro que a ella no le sorprendió. No tenía las limitaciones de un cuerpo físico que exigía dormir.

Matías miró de nuevo las nubes.

—¿Alguna vez has hecho paracaidismo?

—Por Dios, no.

Matías se echó a reír.

—Pareces muy segura de algo que nunca has probado.

—Me gusta tener el control —dijo Claire.

—Deberías soltarlo.

—¿Qué?

—El control. —En sus labios apareció el asomo de una sonrisa.

Claire conocía esa expresión. Guasona y desafiante a partes iguales. Así era como Matías ponía a prueba sus límites. Al principio de su relación, ella había cedido, pero en los últimos meses se había aferrado a su estable *statu quo*. Al fin y al cabo, uno de los dos tenía que ser el práctico en la relación.

Y si lo hubiera acompañado en el viaje original a España, podría haber insistido para que ni sus amigos ni él condujeran la lancha motora como especialistas de Hollywood, o habría conseguido incluso que no se subieran.

—El paracaidismo queda descartado por completo —dijo.

—¿Por qué?

—Es demasiado peligroso.

—No si vas con alguien con experiencia —insistió Matías—. Además, si te parece que ver el amanecer y el atardecer desde tierra es hermoso, hacer caída libre mientras se pone el sol es una obra maestra. Tienes que probarlo sí o sí.

—Matías…

—Esta noche, a las nueve. Volaremos con Nubes Aladas, en el aeródromo de Ocaña. Tienen los mejores instructores y puedes saltar en tándem con uno de ellos. Y yo estaré a tu lado.

—No.

—Piénsatelo.

—Ya lo he hecho. La respuesta sigue siendo no.

Matías suspiró.

—Tú te lo pierdes… Pero yo creo que voy a ir de todas formas. Ahora que lo hemos hablado, me he dado cuenta de que quiero hacerlo una vez más antes de irme de Madrid. Seguro que las puestas de sol en Nueva York son bonitas, pero no hay nada como el sol español. Si cambias de opinión…

—No lo haré.

—Ya sabes dónde voy a estar.

Claire pensó en echarle un sermón sobre los peligros de saltar de un avión a miles de metros de altura y de confiarle tu vida a una lona frágil y ondulante. Pero luego recordó que eso no importaba, porque el verdadero Matías ya estaba en peligro de muerte, y las nubes y el aire no podían dañar a un alma.

Tendría que volver a lo que había investigado en el ordenador sobre las actividades que el alma de Matías y ella podían hacer sin

tener que saltar de un avión. De hecho, tal vez pudiera recordar la lista en ese momento. Tenía la mente nublada por la falta de sueño y de comida, pero si cerraba los ojos, a lo mejor conseguía visualizar lo que había escrito…

Soledad

Soledad se sentaba en el salón, lleno de flores e iluminado con la tenue luz de las velas, junto a las madres de Carlos y Diego, y muchas otras madres, tías y abuelas del vecindario. El resto de la familia De León se había dispersado, los niños estaban entretenidos con los coches de juguete que Luis les había llevado, los jóvenes en la habitación de Diego, escuchando los CD de su adolescencia, los padres, tíos y abuelos en la cocina jugando al dominó sin mucho entusiasmo y bebiendo.

Todo el barrio estaba de luto porque Carlos García, Diego Ramírez y el resto del grupo habían crecido los unos en las casas de los otros. A veces, Matías estaba en casa de Carlos, al final de la calle, con Diego y unos cuantos niños más, ayudando a su madre a doblar empanadillas y comiéndose la mitad de ellas como recompensa. Otras veces estaban todos en casa de Soledad, creando un alegre desastre con las pinturas de Matías. Pero la mayoría de las veces estaban allí, en casa de Diego, porque tenía una Xbox y una PlayStation, y una hermana mayor que tenía amigas guapas.

—No me puedo creer que se hayan ido —dijo Guadalupe—. Sigo esperando que mi Diego entre por la puerta en cualquier momento, llevando a sus gemelas en cada brazo.

—Yo tengo las mismas alucinaciones —replicó Lucía—. Anoche me pareció oír a Carlos llamando a la puerta. Eran Sofía y Carlitos, pero habría jurado que era el toque de mi hijo. —Golpeó tres veces rápido y luego dos veces lento en la mesa del sofá.

—Pobres niños —dijo otra madre.

—Y sus esposas.

Todas se quedaron sentadas con la cabeza gacha durante un minuto. Hasta que Guadalupe dio una palmada y dijo:

—*¡Se acabó!* Queríamos reunirnos hoy para compartir nuestros mejores recuerdos de Diego y Carlos. Rezaremos por sus almas, pero también debemos celebrar sus vidas.

Soledad asintió con la cabeza, conteniendo a duras penas las lágrimas. No solo porque Carlos y Diego habían muerto, sino porque ella todavía tenía a Matías, y la culpa le retorcía las entrañas, aunque no fuera culpa suya y nadie se lo echara en cara. Al contrario, eran amables con ella, al igual que con las familias de Leo y de Facu, que seguían en Valencia con ellos. Nadie quería que los supervivientes murieran. Perder a dos ya era demasiado.

Las mujeres cerraron los ojos y unieron las manos mientras Lucía empezaba a rezar.

—Señor, Carlos y Diego ya no están en esta morada terrenal y han dejado atrás a los que lloramos su ausencia. Ayúdanos a guardar su recuerdo con cariño, sin amargura por lo que hemos perdido ni arrepentimiento por el pasado, sino siempre con la esperanza del reino eterno donde nos reunirás de nuevo. Por Cristo, nuestro Señor.

—Amén —susurraron todas a la vez.

Las llamas de la velas parpadeaban a su alrededor. Todas las flores parecían más mustias.

Sin embargo, después de otro minuto de silencio, Lucía abrió los ojos y esbozó una sonrisa valiente.

—Y, ahora, vamos a contar anécdotas sobre momentos más felices, por favor. Muchas habéis conocido a nuestros hijos durante mucho

tiempo, y nos encantaría escuchar cómo han marcado vuestras vidas, aunque sea algo mínimo.

Soledad se secó una lágrima.

—Me gustaría empezar. ¿Os parece bien?

Guadalupe y Lucía asintieron con la cabeza. Estas historias sobre sus hijos eran tan importantes para ellas como para la práctica de recordar a los que ya no estaban.

—Esto sucedió antes de que muchos estuvierais ya en el barrio —siguió Soledad—, pero algunos lo recordaréis. Los niños tenían siete años y era mayo. Eran bastante mayores como para creerse las mentes más brillantes del planeta y lo bastante pequeños como para creer que nadie se daría cuenta de sus travesuras.

Todos los presentes sonrieron un poco.

—Habían decidido que ese año querían preparar sus propios regalos para el *Día de la Madre*, y ¿qué es lo que más desean las madres ese día? Dulces. Por lo menos, esa fue su conclusión. Pero, en vez de prepararlos ellos mismos con los ingredientes que había en la cocina, como habrían hecho sus hermanas más inteligentes, ¿qué decidieron hacer?

Lucía empezó a reírse, porque recordaba bien lo que había pasado. Guadalupe también sonreía.

—¿Qué hicieron? —preguntó una de las otras mujeres.

—Decidieron robar en las pastelerías del barrio —contestó Soledad.

Muchas de las presentes se quedaron boquiabiertas y las demás chasquearon la lengua.

—Aunque ya os he dicho que tenían siete años y eran lo bastante inteligentes como para saber que los atraparían si intentaban robar

bandejas enteras de galletas para sus queridas madres. Sin embargo, pensaron que si solo robaban un dulce o dos de cada establecimiento, nadie se daría cuenta. No sé de quién fue ese brillante plan…

—Tuvo que ser mi Diego —replicó Guadalupe—. Siempre fue el más temerario de un grupo que ya de por sí era intrépido.

—El plan tiene las huellas de Diego —convino Lucía.

—Como las galletas —añadió Soledad, y se produjo un coro de risas en el salón. Esas carcajadas casi histéricas que acompañan al dolor, cuando todo es más triste y más gracioso y demasiado descarnado, todo a la vez—. Bueno —siguió, intentando hablar entre lágrimas y risas—, pues los chicos pusieron en marcha el plan el sábado, la víspera del *Día de la Madre*. Pero había cinco madres para las que reunir dulces y solo cinco pastelerías en el barrio. Por lo tanto, necesitaban un horario para poder entrar por la puerta trasera de los establecimientos a diferentes horas del día y tomar un par de galletas. Calculaban que al final del día habrían reunido suficientes.

Lucía meneó la cabeza, con una sonrisilla todavía en los labios.

—Esa parte suena muy a Carlos. Mi hijo siempre se encargaba de organizar las travesuras. No nos sorprendió que de mayor se convirtiera en director de logística.

—Es increíble lo mucho que se puede saber de la personalidad de una persona desde la infancia —comentó otra mujer.

—Sí —dijo Soledad—. El momento crucial de la vida de Matías fue cuando se dio cuenta de que era más divertido pintar con los dedos que comerse la pintura.

La sala estalló en otro coro de carcajadas teñidas de tristeza.

—¿Acabasteis todas con una caja de galletas el *Día de la Madre*? —

preguntó una de las señoras mayores cuando todas se calmaron.

—Todo lo contrario —respondió Soledad—. Para empezar, los niños de siete años saben que a sus madres les gustan las galletas, pero no piensan en lo importante que es que las galletas estén enteras.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir —contestó Lucía— que aunque mi Carlos tuviera aptitudes tempranas para la planificación, todavía no había comprendido los detalles más sutiles de la gestión de proyectos. No se dio cuenta que necesitaban una caja para las galletas que robaron.

—¡Se las metieron en los bolsillos! —exclamó Guadalupe, resoplando.

—¡Ay, no! —replicó alguien.

—¡Ay, sí! —confirmó Soledad—. Las galletas que lograron robar eran migajas cuando por fin nos las dieron. Pero no creas que se fueron de las pastelerías a darnos las galletas, ¡el plan no se ejecutó tan bien! Porque lo segundo que debemos recordar sobre los niños de siete años es que no son tan sigilosos como creen. Sus robos matutinos tuvieron éxito porque las pastelerías estaban muy concurridas a esa hora. Era muy fácil para un niño menudo entrar sin que lo vieran por la puerta trasera, tomar un par de galletas de las estanterías y salir a toda prisa. Al parecer, los robos que hicieron a última hora de la mañana también fueron un éxito. Pero en la tercera ronda, después del parón del mediodía, fue cuando su arrogancia les pasó factura. Dio la casualidad de que Lucía, Guadalupe y las madres de Leo y de Facu, Pilar y Carmen, estaban en mi casa para tomar café y hablar un rato como solíamos hacer los sábados, cuando me llamaron por teléfono. Era el dueño de la Pastelería la

Favorita, que me dijo: «Tengo aquí a un ladronzuelo que dice que se llama Matías. ¿Es vuestro?».

Las mujeres que estaban en la habitación se rieron. Como también eran madres, no les resultaban desconocidas las travesuras infantiles.

—Le pedí que esperara —siguió Soledad— y les conté a Lucía y Guadalupe el motivo de la llamada. Y entonces, como era de esperar, volvió a sonar el teléfono. Era el marido de Lucía, Esteban, que llamaba para decir que los habían llamado de El Pan Dulce para decirles que habían descubierto a Carlos robando galletas. Le dijimos que lo llamaríamos pronto para darle instrucciones sobre qué hacer. Y luego llamó el marido de Guadalupe, Salvador, para informarnos de que tenían a Diego en la Panadería Corona por el mismo delito. A esas alturas, estaba claro que no se trataba de una coincidencia. Por lo tanto, el Consejo de Madres Sabias (Lucía, Guadalupe, Pilar, Carmen y yo, por supuesto) deliberamos y decidimos que el mejor regalo que podíamos pedir para el *Día de la Madre* era divertirnos un poco con nuestros hijos.

Las mujeres que estaban junto a Soledad pusieron los ojos como platos y las que estaban en el sofá más alejado se inclinaron hacia delante para oírla mejor.

—Le pedimos a un policía que los recogiera. Y llegó con un cura.

—¡No!

—*¡Dios mío!*

—*¿De verdad?*

—Sí, de verdad —contestó Soledad con una sonrisa—. Carmen tiene un amigo policía. Estaba fuera de servicio, pero se puso el uniforme, recogió al cura por el camino y fue deteniéndose en las pastelerías para recoger a los chicos. Les dijo una mentira piadosa;

que podía arrestarlos, pero que el cura había suplicado clemencia por ellos.

Los llevaron a la iglesia y los «penalizaron» con trabajo en beneficio de la comunidad durante la tarde en vez de llevárselos a la comisaría.

Guadalupe se rio.

—Fuimos unas madres terribles por asustarlos así.

—Pero, a partir de aquel momento, fueron mucho más inteligentes a la hora de meterse en problemas —señaló Lucía.

—Exacto —convino Soledad—. Además, la iglesia quedó limpísima para la misa del domingo.

Todas las presentes se rieron con cariño.

—¡Y después de todo nos regalaron galletas! —añadió Lucía—. Rotas y robadas, pero con amor.

—Para que quede claro, fuimos a pagar a las pastelerías —dijo Soledad—. Bueno, fueron los chicos, que también llevaban cartas de disculpa escritas a mano.

Guadalupe y Lucía sonrieron entre lágrimas.

—Yo tengo una historia que contar —dijo Isabel, una de sus amigas más antiguas—. Los padres de Leo y de Facu no pueden estar aquí porque están en Valencia al lado de sus hijos, pero sé que querrían que contara esto.

El grupo murmuró su aprobación.

—Fue el verano que los chicos tenían dieciséis años. Los cinco conocían todos los aspectos de la vida de los demás hasta ese momento. Pero con las hormonas llegaron los cambios, y mientras Carlos, Diego y Matías estaban ocupados mirando a las chicas, Leo y Facu habían empezado a mirarse de reojo, aunque solo cuando el

otro no se fijaba. Es cierto que la mayoría de los enamoramientos juveniles pasan relativamente rápido, pero para ellos fue distinto, porque ya eran muy amigos. Sin darse cuenta, se habían enamorado el uno del otro, porque eran especiales. A Leo le gustaban tanto los libros que hablaba de los personajes como si fueran reales. Facu tenía una memoria enciclopédica de estadísticas de fútbol. Leo mimaba a su hermana pequeña y compraba regalitos cada vez que pasaba por el escaparate de una tienda y veía algo que pensaba que le gustaría. Facu siempre era el primero en ofrecerse como sacrificio a los monstruos cuando jugaban con la videoconsola para salvar al resto del equipo. Pero no querían arruinar su amistad revelando sus sentimientos, porque ¿y si el otro no sentía lo mismo? Y tampoco querían destruir la dinámica de su grupo, porque siempre habían estado juntos los cinco desde que sus madres se conocieron en el parque cuando ellos solo gateaban. Así que un día, cuando Facu estaba ocupado y no pudo salir con ellos, Leo se lo confesó a Carlos, a Diego y a Matías. Y unos días después, mientras Leo estaba con su hermana, Facu les confesó sus sentimientos a Carlos, a Diego y a Matías y les pidió consejo. En fin, esos tres ni siquiera dudaron. Le dijeron a Facu que se lo contara a Leo. Aunque ellos no podían revelar los sentimientos de Leo, le dejaron claro que lo ayudarían en todo lo que pudieran. Aquel fin de semana, era el cumpleaños de Leo. Los chicos le prepararon una búsqueda del tesoro y la primera pista lo llevó a la biblioteca. Pero solo Carlos, Diego y Matías estaban con él.

Isabel siguió contando la historia como si estuviera viéndola:

—¿Dónde está Facu? —preguntó Leo.

Los chicos se encogieron de hombros.

—Dijo que vendría más tarde, pero que empezáramos sin él.

Leo bajó los hombros, con evidente decepción, pero todos entraron en la biblioteca, donde Leo resolvió acertijo tras acertijo, recogiendo papelitos escondidos en los libros. Cada papel contenía una palabra, el mensaje estaba mezclado:

«Tengo. Contarte. Secreto. Que. Un».

—¿Tengo que contarte un secreto? —preguntó Leo.

En ese momento, Facu salió de entre los pasillos de la biblioteca con otro papelito en las manos, que le entregó temblando a Leo.

Leo desdobló el trozo de papel y se quedó sin aliento.

—Creo que te quiero —leyó con un hilo de voz.

Facu sonrió.

—Creo que yo también te quiero.

El salón se quedó en silencio durante un momento, cuando Isabel concluyó la historia. Todas tenían lágrimas de tristeza y orgullo. Eran sus chicos. Habían vivido con intensidad, habían amado con intensidad y lo habían hecho todo juntos.

—Eran unos chicos muy tiernos —dijo Guadalupe—. Un poco traviesos, pero maravillosos. Tuvimos suerte de tenerlos.

«Matías es muy tierno», pensó Soledad, al tiempo que se avergonzaba de lo traicionero que era ese pensamiento en medio de ese momento, pensado para recordar a Carlos y Diego.

Miró a su alrededor, al salón en penumbra lleno de velas y del olor dulzón de las flores mustias. Pobres. Los padres no deberían enterrar a sus hijos. Era la peor de las crueldades.

Contuvo un sollozo.

Y rezó para no tener que reunirse de nuevo y recordar a Matías.

Claire

Cuando Claire se despertó, el sol estaba bien alto en el cielo. Le dolía la piel como si la hubieran asado, y un pavo real la estaba mirando fijamente.

—¡Ay! —Se echó hacia atrás.

El pavo real graznó con la misma sorpresa.

Claire retrocedió todo lo rápido que pudo, por si los pavos reales asustados se volvían agresivos como los gansos en Nueva York.

Sin embargo, el animal solo sacudió la cabeza, como si la considerase una idiota, antes de alejarse.

Claire esperaba que Matías se echara a reír. Pero cuando miró a su alrededor, descubrió que no estaba.

—¡Joder! —exclamó entre dientes. No había sido su intención quedarse dormida, pero el desfase horario y la falta de sueño parecían haberse confabulado contra ella esa semana.

Se llevó la palma de la mano izquierda a la boca.

Por supuesto, no pasó nada.

¿Por qué Matías aparecía solo a veces?

Lo intentó un par de veces más, pero estaba claro que no funcionaba.

Le rugió el estómago. Tenía la ropa arrugada y manchada de hierba, y estaba convencida de que le olía el aliento, porque seguro que le había crecido una espesa y blanca colonia de bacterias en la lengua durante la noche.

Miró la hora en el móvil.

—¡Joder!

Les había prometido a Soledad y Araceli que estaría sentada junto a la cama de Matías toda la mañana mientras la familia asistía a la reunión donde iban a recordar a Carlos y Diego. Les había jurado que Matías no estaría solo, que ella estaría en esa silla.

Y ya era más de mediodía, y ellas llegarían pronto al hospital, si no estaban ya allí.

Se levantó de un salto y echó a correr.



Una vez en el hospital, Claire suspiró aliviada. La sala de espera estaba vacía, no había ningún De León. Debían de estar todavía reunidos con los familiares de Carlos y Diego.

Echó a andar hacia la habitación de Matías, pasando por el mostrador de enfermería.

—*Disculpe* —le dijo una enfermera.

—*¿Sí?* —Claire no la reconoció.

—¿*A quién está buscando*?

—Lo siento, ¿podría repetirlo más despacio?

La enfermera frunció el ceño, sin entenderla.

—*Lo siento* —dijo Claire traduciéndolo al español—. *No entiendo*. *¿Más lento?* —Todas las frases formaban parte del listado de «frases útiles» de las lecciones que había estado estudiando esa semana en la habitación de Matías. Pero no le servía de nada si la respuesta estaba formada por palabras desconocidas.

—*¿A quién va a visitar?* —le preguntó la enfermera, hablando más despacio.

¡Ah, así sí! Era una construcción gramatical bastante básica. Así

que desgranó las palabras una a una para entender la pregunta.

—A Matías de León —contestó.

—*¿Cómo se llama usted?*

—*Mi nombre es Claire Walker*.

—*¿Y su relación con el paciente?*

—¿Mi relación con Matías? *Soy su novia*.

La enfermera levantó una ceja mirándola fijamente y luego negó con la cabeza.

—*No. Su novia ya está aquí*.

Claire tradujo las palabras una a una en su cabeza.

—¿Qué? —preguntó—. No, eso es… *es imposible*. —Se señaló a sí misma—. *¡Yo soy su novia!*

La enfermera señaló el registro de visitas.

En la primera línea de ese día, nada más empezar el horario de visita, había un nombre escrito a mano:

08:00 Vega Castillo

Por suerte, nada más leer el nombre, se abrieron las puertas de la sala a su espalda y entró Araceli, seguida de Soledad y del resto del clan De León, todos vestidos de negro.

Al ver a Claire en la sala de espera, Soledad preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Matías está bien?

No, no, no, no, no. Eso no estaba pasando.

Claire miró con impotencia a Soledad, que al interpretar su desaliño como un indicio del mal estado de su hijo, echó a correr hacia la habitación de Matías. Abrió la puerta de golpe, entró y se quedó paralizada.

Se dio media vuelta como si lo hiciera a cámara lenta, hecha una

furia.

—¿Qué está haciendo ella ahí dentro? —preguntó enfatizando cada palabra. La otra mitad de la pregunta quedaba implícita, aunque no la dijo en voz alta: «¿Y qué haces tú aquí fuera?».

Claire tragó saliva.

—¿A qué se refiere mi madre? —quiso saber Araceli.

—Mmm… Vega… —susurró Claire.

Los ojos de Araceli echaron chispas. A su espalda, Luis meneó la cabeza. Armando se santiguó.

Araceli la agarró por el brazo y la arrastró hasta la puerta de la habitación de Matías.

Vega estaba sentada al lado de Matías, acariciándole el pelo desgreñado. Parpadeó al mirar a Claire, Araceli y Soledad con los ojos rojos e hinchados.

—*Estaba solo* —dijo en voz baja.

Claire la entendió, y la culpa le atenazó el corazón.

—Lo siento.

—¿Dónde estabas? —le soltó Araceli—. Sabías que íbamos a estar fuera esta mañana. Sabías que Matías necesitaría a alguien a su lado.

—Ha sido una metedura de pata.

—Otra. Has vuelto a meter la pata otra vez. ¿No entiendes lo importante que es que estés aquí para él? Leo y Facu, los amigos de Matías que estaban en coma en el hospital de Valencia, ¿sabes qué ha pasado hace solo media hora? Se han despertado.

Claire se quedó sin aliento.

—¿En serio?

—Sí —dijo Araceli—. Se despertaron a la vez. Porque están enamorados y compartían la misma habitación del hospital. Han

seguido estando juntos pese al coma. He hablado con la hermana de Leo y me ha dicho que justo antes de que se despertaran, su ritmo cardíaco empezó a sincronizarse.

Soledad se secó las lágrimas de los ojos.

—Pero Matías no tiene eso —siguió Araceli—. La mujer a la que quiere de verdad, que eres tú y no ella —dijo al tiempo que señalaba a Vega con un dedo—, parece incapaz de estar aquí a su lado. No me puedo creer que Matías nos dijera que confiáramos en ti, que si alguna vez no podíamos localizarlo en Nueva York o si había una emergencia o cualquier otra cosa, podíamos llamarte y contar contigo. Todos nos sentimos muy aliviados en ese momento, porque quiero a mi hermano, pero bien sabe Dios que puede perder el contacto con la realidad si se obsesiona demasiado con su trabajo o con cualquier afición nueva que descubra. Creíamos que por fin había encontrado a una mujer que pudiera ser su contrapeso, que mantuviera el globo de sus caprichos atado al suelo. Pero en cambio, es Vega quien está aquí cuando él necesita a alguien. Y tú no estás haciendo nada por él.

—¡Sí que lo hago! —gritó Claire.

—¡Shhh! —Soledad la miró, enfadada.

—¡Sí que lo hago! —repitió Claire en voz más baja. Las lágrimas le corrían por la cara—. Intenté explicároslo…

—No me vengas otra vez con esa mierda de los fantasmas.

—¡Estoy diciendo la verdad!

La abuela Gloria entró en la habitación.

—¿Qué pasa?

Soledad le dijo algo en español a toda velocidad.

—Vete, Claire —dijo Araceli, y la dejó sin aliento.

—No. Por favor —le suplicó Claire.

—Lo digo en serio —insistió Araceli—. Y no vuelvas hasta que te centres. Todos estamos sufriendo, pero los demás seguimos viniendo, Claire. Hemos pedido permiso en los trabajos. Sacrificamos horas de sueño. No ponemos excusas.

—Pero, por favor, entendedme… —dijo Claire, mirando a Soledad, que cruzó los brazos por delante del pecho y se volvió, dándole la espalda.

La abuela Gloria frunció el ceño y sus ojos desaparecieron debajo de las arrugas.

—Vete, Claire —repitió Araceli.

Claire empezó a llorar con más fuerza. Dio un paso hacia Matías para despedirse, pero Araceli se interpuso en su camino.

Lloraba con tanta fuerza que ni siquiera veía cuando pasó corriendo por delante del mostrador de las enfermeras en dirección al ascensor.

Matías

Dos semanas antes

Matías se sentó en el borde de la cama, temblando. Claire acababa de marcharse después de decirle que no iría a Madrid con él y, aunque había puesto buena cara delante de ella, en ese momento se sentía derrotado. Se parecía demasiado a lo que había pasado con Vega, cuando decidió no acompañarlo a Nueva York.

«¿Podría haber hecho más por Claire?». Se devanó los sesos buscando la respuesta. La quería con toda el alma e intentaba ser el hombre que ella quería que fuera. Había empezado a crear recordatorios en el reloj inteligente para que el móvil le organizara una lista de tareas pendientes que veía cada vez que lo encendía. Recordaba que no debía dejar la cartera ni las llaves en la mesa del comedor ni en la encimera de la cocina, porque eran superficies que tenían que estar limpias para la comida, y el dinero y las llaves no estaba limpios precisamente. Incluso se había acostumbrado a quitarse los zapatos nada más entrar por la puerta. Se acabó lo de dejar el apartamento lleno de arena.

«No puedo hacer más», concluyó. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por Claire, pero no creía haber pasado nada por alto. Ella no era como Vega, que había sido un libro abierto en cuanto a exigencias de regalos, atención y cumplidos.

A veces, le resultaba imposible interpretar a Claire. Todavía había partes de sí misma que mantenía ocultas. De hecho, parecía que

cuanto más se enamoraba de él, más se alejaba. Ya no iban a pasear al bosque, a la propiedad que su profesor había cedido a la comunidad artística, para hacer el amor entre los árboles. Dejaba que sus horas de trabajo se prolongaran hasta la noche mientras estaban juntos, de modo que a veces él leía en el sofá mientras ella escribía en su portátil sentada en un sillón. Y aunque él hablaba todas las semanas por videollamada con su familia, que era muy sociable, Claire no le había enseñado ninguna foto de sus padres. Solo sabía que habían muerto el mismo día que ella se graduó para ir a la universidad. Ni siquiera sabía sus nombres.

Esperaba que las vacaciones en España los acercaran más. Esperaba que, al pedirle matrimonio, Claire volviera a abrirse.

Sin embargo, le había dicho que no iba a ir y ya no sabía qué hacer para llegar hasta ella.

Soltó un largo suspiro y apoyó la cabeza en las manos.

Lo único que podía hacer era seguir siendo él mismo y esperar que ella acabara abriéndose y lo dejara acercarse del todo.

Claire

Claire no tenía otro sitio donde ir que no fuera el hotel. Entró tambaleándose en su habitación, llorando y desaliñada, y se derrumbó en la cama, que seguía hecha de forma primorosa desde el día anterior, porque había pasado la noche deambulando por Madrid.

Oyó que le llegaba una notificación al portátil, que estaba en la mesa.

Se le tensaron todos los músculos del cuerpo. La última vez que lo encendió fue porque Yolanda le advirtió de que algunos de los socios dudaban de sus capacidades. Así que se pasó toda la noche apagando incendios relacionados con la fusión, intentando delegar en los demás miembros del equipo para que se hicieran cargo de sus tareas.

Sin embargo, habían pasado más de treinta horas desde entonces.

Lo mismo daba. ¡Que se fueran a la mierda!

Había cosas más importantes en ese momento.

Aunque… no podía hacer nada con respecto a las otras cosas. El trabajo, en cambio…, era algo que todavía podía controlar. Era un mundo donde la gente escuchaba lo que tenía que decir. Aunque su vida se estuviera desmoronando, esa parte lo hacía más despacio y a lo mejor todavía podía arreglarla.

Se levantó de la cama, se detuvo en el minibar en busca de dos botellas pequeñas de vino barato y se dejó caer en la silla. Encendió la pantalla del ordenador mientras abría el *chardonnay.*

Tenía más de doscientos mensajes de correo electrónico sin leer. Sabría Dios cuántos tenía en Slack.

Claro que si hubiera pasado algo malo de verdad, Yolanda le habría enviado un mensaje, ¿no? Y no había recibido ninguno suyo.

Miró el móvil. La batería había muerto.

«¡No!».

Lo enchufó al cargador, pero tardaría unos minutos en tener suficiente batería para poder mirar los mensajes y, mientras tanto, la esperaban todos esos mensajes de correo electrónico y de Slack…

Se bebió la primera botella de vino de un trago, luego abrió la otra y también se la bebió. Era un cabernet igual de malo y tan fuerte que acabó con el ceño fruncido.

Luego respiró hondo y abrió la ventana de Slack.

¿Dónde están las notas de la llamada con el asesor jurídico de Atwood IP sobre la renegociación de la licencia de la patente 416?

¿Qué significan las casillas de color rosa claro en la hoja de cálculo del contrato corporativo? ¿Son diferentes de las de color rosa medio y rosa oscuro? ¿Y los diferentes tonos de amarillo?

No encuentro el diagrama de flujo que muestra las asignaciones de los diferentes contratos de la filial de Singapur a la filial italiana. ¿Qué relación tiene con la sociedad matriz finlandesa? ¿También estaba involucrada la filial alemana? ¿Por qué Einstein Corp. complica tanto las estructuras corporativas que ni su propia gente entiende qué es cada cosa y qué relación guarda todo?

Había un montón de mensajes parecidos a ese. Cuando ella estaba al mando de un acuerdo, todo funcionaba a la perfección porque su

rígido sistema organizativo le permitía encontrar de inmediato cualquier cosa que se necesitara. Su código de colores era tan preciso que usaba treinta y ocho colores y tonos distintos, que indicaban no solo las categorías, sino también cómo se relacionaban las cosas, y las referencias cruzadas se guardaban en pestañas separadas, todas llenas de notas al pie de página.

El problema era que nadie más que ella podía descifrar su meticuloso sistema. Se había vuelto indispensable, en parte por sus tendencias controladoras típicas de su personalidad tipo A y en parte para que el bufete siempre la necesitara y, por lo tanto, tuviera que ascenderla a socia tarde o temprano. Pero, en ese momento, cuando era imposible estar presente para dirigir la fusión, era como si alguien hubiera pegado chicles en la maquinaria y no se moviera nada.

Si estuviera en su apartamento de Nueva York y la vida siguiera siendo normal, habría llamado a Matías y él habría aparecido en su puerta tan pronto como le fuera humanamente posible, con abrazos y una tarta de almendras de Épicerie Boulud.

Sin embargo, allí estaba. Completamente sola. Enterró la cara entre las manos.

—¿Qué voy a hacer, Matías?

—Primero, pide algo al servicio de habitaciones —contestó él—. Mi madre siempre dice que una comida no lo resuelve todo, pero puede hacer que las cosas sean un poco más fáciles.

Claire apartó las manos de la cara.

Matías estaba sentado con naturalidad en su cama, como si hubiera estado allí todo el tiempo.

Lo miró boquiabierta y luego se frotó los ojos para asegurarse de

que lo estaba viendo de verdad.

Efectivamente. Allí estaba Matías.

—¿Cómo has entrado?

Él puso cara de no entenderla y luego miró hacia la puerta de la habitación.

Claire, sin embargo, se quedó mirando su palma izquierda.

—¿Por qué estás aquí? Quiero decir, ¿por qué has aparecido ahora?

—¡Guau! —Matías se levantó de la cama, meneando la cabeza—. Si no me quieres aquí, me voy.

Claire se presionó las sienes con los dedos. Matías estaba evadiendo de nuevo las preguntas cuyas respuestas no tenían sentido. No podía presionarlo demasiado o correría el riesgo de que se diera cuenta de que algo no encajaba; de que ella no lo había dejado entrar, de que él no estaba allí un minuto antes.

—No, lo siento, no pasa nada —le dijo—. Es que… el trabajo es una locura ahora mismo y estoy pasando por un mal momento.

La expresión de su rostro se suavizó.

—¿Qué puedo hacer?

Ella suspiró.

—Solo estar aquí.

Él sonrió y volvió a sentarse en el borde de la cama, a solo unos centímetros de distancia.

—Puedo hacerlo. Estaré aquí siempre que me necesites.

Claire contuvo el aliento.

¿Era eso? ¿Matías aparecía no solo cuando ella tocaba la zona donde la había besado en la palma de la mano, sino también cuando lo necesitaba?

La primera vez que se besó la mano en el vestíbulo del hotel, dijo

en voz alta: «Te necesito, Matías».

La segunda vez que apareció, estaba un poco asustada mientras intentaba comprar una simple Coca-Cola en el quiosco del parque.

La tercera vez estaba comprando ropa interior, pero le aterrorizaba que el número de bragas pudiera significar de alguna manera su confianza en la recuperación de Matías y pudiera meter la pata.

En cuanto al día anterior, acababa de salir del hospital después de que le dijeran que no estaba haciendo lo suficiente por él y llevaba el bolso agarrado con fuerza, molesta porque se pasaba los días haciendo todo lo posible por conectar con su alma, por intentar acercarlo para que pudiera reunirse con su cuerpo y, con suerte, despertar.

En cada uno de esos momentos, había dejado de lado parte de la coraza que solía llevar puesta. Y cuando presionaba la palma de la mano en esos momentos vulnerables, Matías acudía a su llamada.

Porque sabía que lo necesitaba.

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras lo miraba, allí sentado en su cama.

—No he hecho nada para merecerte.

Matías negó con la cabeza.

—No tienes que hacer nada para merecer a nadie, Claire. Solo sé tú misma.

—Dudo que eso sea suficiente.

—Estoy bastante seguro de que lo es.

Le rugió el estómago.

En los labios de Matías apareció una sonrisa.

—¿Qué tal si pedimos algo de comer?



Claire no podía comer mucho por la ansiedad que le provocaba lo que había en su bandeja de entrada, pero después de un poco de pan y de gazpacho, por lo menos ya no se sentía al borde del desmayo.

—Me da miedo mirar —confesó al tiempo que se alejaba del portátil.

—¿Quieres que lo lea por ti? —se ofreció Matías.

—Sí —respondió ella—. Pero no. Debería hacerlo yo.

Bebió unos sorbos más de Coca-Cola. Y luego, sin más excusas para postergarlo, se giró despacio hacia el portátil e hizo clic en la bandeja de entrada del correo electrónico.

Les echó un vistazo a los nombres de los remitentes. Había tantos mensajes que tendría que priorizar a la hora de leerlos todos. Se saltó los nombres de sus subordinados de primer año y pasó directamente a los mensajes de Bill Ngyuen, su mentor y socio a cargo de la fusión, y a los de Mitch Tahir, consejero delegado de Intelligentsia Tech.

Empezó a leer los mensajes en orden cronológico y vio que comenzaban con el habitual bombardeo de preguntas que Mitch hacía a diario para mantenerse al día de los miles de detalles de la fusión.

Sin embargo, cuando llegó a los mensajes de las últimas horas (el final de la jornada laboral del día anterior en Estados Unidos) se dio cuenta de que no había ninguno con Bill como remitente.

En cambio, Mitch le estaba enviando a ella sus respuestas a los mensajes de Bill… de los que este último la había excluido.

Hasta que por fin vio un mensaje de Mitch a Bill:

> ¿Claire ya no participa en el acuerdo? ¿Debería dejar de incluirla también en los mensajes?

—No… —Claire se quedó boquiabierta mirando la pantalla.

—¿Qué pasa? —le preguntó Matías.

No respondió. Le temblaba la mano mientras empezaba a desplazarse presa de los nervios por los siguientes mensajes. Mitch le había reenviado uno con el asunto «Lo siento, Claire», y debajo había un mensaje de Bill:

De: billnguyen@windsorblackllp.com
Para: mitch.tahir@intelligentsia.tech
Cc: miakovac@windsorblackllp.com
Asunto: Claire Walker

Mitch:

Mis más sinceras disculpas. La ética laboral de Claire no está a la altura del estándar requerido en Windsor & Black, y no es apta para dirigir un acuerdo tan importante como el vuestro. Pero ten la seguridad de que Intelligentsia Tech es mi prioridad. Yo mismo me encargaré de gestionar todos los detalles relacionados con la adquisición de Einstein Corp., con Mia Kovač como mi segunda al mando. (He puesto a Mia en copia en este mensaje).

Llámame cuando puedas. Quedo a tu entera disposición.

Bill

«¿¡Qué!?». ¿Por qué la había descartado Bill después de solo una semana fuera? Siete días en los que ella se había comunicado siempre que había podido, pese al terror paralizante de perder al amor de su vida y a pesar de haber elegido trabajar en vez de dormir unas horas. Había trabajado mucho para Bill durante años y pensaba que se merecía más respeto por su parte. No solo eso, sino que ni

siquiera se había puesto en contacto con ella para decirle que iba a sustituirla.

—¡Joder! —gritó, cerrando de golpe el portátil.

Matías se levantó de la cama de un brinco y se acercó a ella con los brazos extendidos para consolarla.

—¡No me toques! —exclamó.

Él levantó las manos y retrocedió.

—No quería…

—Lo siento —se disculpó Claire, que apretó los puños y empezó a golpearse ambos lados de la cabeza—. No es por ti. Es que…

—No pasa nada —dijo Matías, que se sentó a sus pies en el suelo enmoquetado—. Estás en estado de *shock*. Pero aquí me tienes para ayudarte.

Claire se desplomó en la silla.

—Acaban de echarme del proyecto que estaba dirigiendo. Llevaba ocho meses trabajando en él. Se suponía que iba a ser mi gran logro, el que me convertiría en socia.

Matías frunció el ceño.

—Pero ¿no estás aquí en Madrid por trabajo? ¿Por qué te han echado?

—Estoy aquí por… otro cliente —contestó.

—Bueno, entonces no es justo. Si tienes que trabajar en otra cosa, ¿por qué te culpan por no poder ocuparte de ese proyecto?

Claire soltó una carcajada carente de humor.

—Los bufetes de abogados no son precisamente lugares humanos para trabajar, sobre todo los más importantes y de ámbito internacional, como Windsor & Black. Hay muchos abogados que matarían por estar en un bufete como el mío. Por el prestigio, el

sueldo y la emoción de las negociaciones en las que a veces nos vemos envueltos. Y como la oferta supera a la demanda, eso significa que los bufetes pueden abusar de nosotros como quieran, porque si yo no puedo hacer el trabajo, está la asquerosa de Mia Kovač, deseando ocupar mi lugar en cuanto yo flaquee. Algo que, al parecer, sucedió ayer.

—Entonces, ¿por qué no renuncias?

Claire lo miró con la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

—Porque soy muy buena en mi trabajo y me gusta.

—¿Aunque te traten así?

Se mordió el labio inferior.

—No. No, cuando me tratan así no me gusta. Pero es la primera vez que lo hacen. Me han exigido de todo, menos que vuele a la Luna, pero siempre me han respetado hasta que…

—¿Hasta que te atreviste a ser humana?

—¿Cómo dices?

—Me gustas, Claire. Hace poco que te conozco, pero es raro porque de algún modo siento como si te conociera bien. —Se mesó el pelo, como acostumbraba a hacer cuando estaba resolviendo un problema complicado.

Claire se quedó paralizada. ¿Eso era a lo que la profesora Hong se refería cuando dijo que el alma de Matías debía estar preparada para la verdad? Sus contornos seguían siendo borrosos, pero los colores eran más vivos. No del todo sólido, pero casi.

—A lo mejor solo es un *déjà vu* —siguió Matías— o quizá lo estoy confundiendo con cosas que hemos hecho juntos. Pero ya sé que cuando te comprometes a hacer algo, te entregas al doscientos por cien. Como cuando te dije que quería enseñarte Madrid de noche y

no te quedaste solo unas horas, sino la noche entera. O como aquella vez que nos encontramos por casualidad y te dije que estaba ocupado, pero insististe en que saliéramos de todos modos. Lo entiendo. Yo soy igual. Mi hermana diría que soy despistado porque hay muchas cosas que me interesan, pero cuando encuentro algo que me gusta, me entrego en cuerpo y alma. Así es como pinto, entregándome por completo al trabajo. Así es como amo: a mi familia, a mis amigos, a mi… En fin, que entiendo esa parte de ti, vamos. Aunque sospecho que eso significa que también dedicas cada segundo de tu vida a tu empresa si te lo piden. Eres el mejor soldado, el que nunca muestra debilidad, el que siempre dice que puede seguir luchando sin importar lo agotados que estén sus recursos o lo imposible que sea la situación. Sin embargo, Claire…, eres humana. Tienes límites. Si tu empresa te respetara de verdad, lo entendería.

Claire meneó la cabeza.

—No es tan sencillo. Además, no tengo alternativa. Me encanta estar a cargo de fusiones y adquisiciones de alto nivel. Y se me da muy bien. De todas formas, las cosas mejorarán cuando me asciendan a socia.

—¿De verdad? —le preguntó Matías, mirándola fijamente con esos ojos dorados.

Claire apartó la mirada y la bajó al móvil. Por fin tenía suficiente batería como para ver los mensajes y, efectivamente, había varios de Yolanda. El último decía:

Lo siento mucho. No pude hacer nada.

Quizá Matías tuviera razón. Las cosas no iban a mejorar mucho

una vez que la hicieran socia. Su posición en el bufete sí mejoraría, pero estaría en el escalafón más bajo de los socios. Sí, Yolanda ganaba más dinero, pero todavía tenía miedo de formar una familia porque todos los clientes importantes eran «propiedad» de los socios principales, y la función de los socios recién nombrados no era otra que la de trabajar para ellos. No se diferenciaba mucho del puesto que ella tenía, salvo por la mejora del sueldo.

—Sin embargo, me gusta demasiado lo que hago como para dejarlo —siguió—. Solo… tendré que volver a demostrar lo que valgo cuando regrese a Nueva York.

—Mmm —murmuró Matías.

Claire levantó una ceja.

—¿Qué quieres decir con ese «mmm»?

—Nada. Da igual.

—Pues me ha dado la impresión de que querías decir algo.

Matías suspiró.

—Creo que eres mejor que eso, Claire.

—¿Mejor que qué?

—Que permitir que los demás te pisoteen, darles las gracias y volver a por más.

—¡Guau! Dicho así parezco… patética.

—No eres…

—No, gracias por aclararlo —lo interrumpió—. ¿Tienes más verdades incómodas que decirme? Porque parece que me gusta. Ya sabes, que me humillen y luego suplicar más.

—Claire…

—A ver, Matías, no todo el mundo nace siendo un artista fenomenal. Algunos tenemos que trabajar para conseguir lo que

queremos.

—¿Cómo dices? Yo trabajo, Claire. Es posible que la gente en general no lo entienda, porque muchos piensan que el arte es algo que cualquier adulto o niño puede hacer, ya que todos dibujaban cuando estaban en el colegio. Pero no es así. He estudiado durante años para dominar mi técnica y definir mi estilo. Tardo más de quinientas horas en completar un cuadro de tamaño normal, y eso sin contar los meses que espero a que la pintura se seque por completo antes de barnizar la obra, ni el tiempo que le dedico a construir marcos a medida para cada cuadro. Cuando estoy en mi estudio y me olvido de comer, no es porque sea un artista frívolo e irresponsable; es porque mi trabajo me consume, porque hacerlo bien es importante para mí. Tú, por el contrario, confundes el amor por lo que haces con el amor por el lugar donde trabajas. Te crees valiente por ser capaz de aguantar las mierdas que te echan encima tus socios, tus supuestos futuros «colegas». Pero hay otro tipo de valentía y es la capacidad de afrontar la verdad, aunque sea incómoda.

Claire resopló.

—¡Uf, es gracioso que precisamente tú digas eso! Si ni siquiera eres real.

Él la miró muy serio, con el ceño fruncido.

—¿Qué has dicho?

«¡Mierda!», pensó Claire. Se le había escapado sin querer esa referencia a la incapacidad de su alma para lidiar con lo que estaba sucediendo de verdad. Pero se le había soltado la lengua por la crispación del momento.

—Olvídalo.

Matías volvió a mesarse el pelo y, al verlo, Claire se preguntó si se habría pasado de la raya.

Sin embargo, este Matías no se había mareado como cuando lo besó en el estudio. En cambio, levantó los brazos.

—No, no quiero olvidarlo —replicó—. Estaba empezando a enamorarme de ti, pero quizá sea mejor que digamos lo que tenemos que decir ahora. Así no perderemos el tiempo el uno con el otro cuando estemos en Nueva York.

Claire se quedó blanca.

—Matías…

—En realidad, creo que ya he oído suficiente —la interrumpió mientras se levantaba del suelo enmoquetado—. Ha sido un placer conocerte, Claire. No hace falta que me acompañes a la puerta.

—¡Matías, espera!

Echó a andar hacia la puerta sin mirar atrás y desapareció.

—¡No, vuelve! —Claire se frotó la palma de la mano—. ¡Te necesito, Matías! Y tú también me necesitas a mí. Pero no lo sabes, por favor…

Sonó el teléfono del hotel.

—¿Matías? —dijo al contestar, rebosante de una esperanza sin sentido. Porque ¿cómo podría un alma llamarla por un teléfono real?

—Señora Walker —oyó que le decía la recepcionista—, perdón por molestarla, pero hay una persona que quiere verla.

Todavía esperaba que fuera Matías, dispuesto a disculparse. Pero se dio cuenta de que no podía ser él, porque acababa de marcharse. Y la recepcionista no podría verlo de todos modos.

¿Serían Soledad o Araceli, que habían ido a reconciliarse?

—¿Quiere bajar? —preguntó la recepcionista—. ¿O le digo que

suba?

—¿Quién es? —quiso saber.

—Dice que la conoce como la abuela Gloria.

Gloria

Una amable recepcionista había ayudado a Gloria a sentarse en uno de los sillones del vestíbulo, con su andador justo al lado por si lo necesitaba. Por supuesto, la recepcionista estaba siendo educada. Y claro que iba a necesitarlo, no era una cuestión de «por si acaso». Hacía ya algunos años que no podía moverse sin ayuda.

Había salido del hospital poco después de que Claire se fuera. La familia la mimaba mucho, pero en esa ocasión estaban demasiado ocupados echando a Vega de la habitación de Matías como para darse cuenta de que ella se había ido sin que la vieran. Seguro que, a esas alturas, estarían frenéticos, pero se limitó a reírse al pensarlo. Aunque su cuerpo de noventa y dos años era lento y crujía mucho, su mente seguía tan aguda como siempre. Mientras pudiera sentarse, como en el taxi de camino hasta el hotel o en ese momento, en ese lujoso sillón, estaría estupendamente.

Además, no le quedó más remedio que irse del hospital sin que se dieran cuenta, porque si Soledad o Araceli hubieran sabido que iba al hotel, seguramente habrían intentado detenerla. Los De León tenían fama de ser muy rencorosos si alguien les hacía daño a uno de los suyos, y Claire acababa de unirse a Vega en su lista de enemigos.

Claire salió con cautela del ascensor del hotel, caminando despacio, como si estuviera entrando en la jaula de una pantera. Gloria no la culpaba, después de la reprimenda que le habían echado Araceli y Soledad en el hospital.

Sin embargo, sonrió para tranquilizarla. Era muy joven, una

abogada prestigiosa, sí, pero demasiado joven todavía. Sabía que había que permitirles a los jóvenes cometer sus propios errores en la mayoría de los casos. En otras ocasiones, como en ese momento, solo quería ayudar. Quería estrechar a Claire entre sus brazos y decirle que todo acabaría bien.

Claro que ¿cómo iba a hacerlo, cuando era posible que acabara mal?

—Gracias por bajar a verme —dijo despacio, recitando la frase en inglés que había buscado en su teléfono durante el trayecto en taxi.

Una chispa de titubeante esperanza apareció en las comisuras de los labios de Claire.

—*Hola, abuela Gloria.*

—Yo… perdón. Mi inglés muy malo. —Ojalá fuera mejor, pero no podía cambiar la historia. La enseñanza de idiomas extranjeros era inexistente durante su infancia, en plena guerra civil española, y después Franco se convirtió en dictador y declaró el español como única lengua del país. Todos los demás idiomas fueron prohibidos o fuertemente «desaconsejados».

Claire le restó importancia a sus palabras con un gesto de la mano mientras se sentaba en el sillón contiguo.

—*No pasa nada. Yo estoy…* No, *yo soy una mala estudiante de español.*

Gloria agradeció el intento de Claire de hablar español. Era un poco mejor que su inglés, pero igual de sincero.

Claire se sacó el móvil del bolsillo, tocó la pantalla y luego dijo algo muy rápido en inglés.

—Esto es un programa de traducción —le informó una voz robótica a Gloria en español.

—*Dios mío, qué útil* —replicó ella.

La voz femenina y robótica tradujo con claridad sus palabras a un inglés reconocible, porque Claire asintió con la cabeza. Sin duda, eso iba a ser muy útil.

—Pues muy bien —siguió con una sonrisa, y el teléfono tradujo de forma automática sus palabras a algo que Claire pudiera entender—. Supongo que te gustaría saber por qué he venido.

—Siento curiosidad, sí —replicó Claire a través del teléfono—. Sobre todo por lo que el resto de la familia opina de mí ahora mismo.

—No deberían proyectar sobre ti su experiencia con Vega.

Claire suspiró.

—No creo que sea eso… No he estado en el hospital todo el tiempo que les gustaría.

—¿Desde que se abren las puertas hasta que te echan las enfermeras? —preguntó Gloria, que resopló con sorna—. La silla que Soledad marcó como tuya es un regalo y una cárcel a la vez.

Claire entreabrió los labios por la sorpresa. Seguramente no se había dado cuenta de que ella la había estado observando siempre que habían estado juntas en la habitación de Matías. Pero tenía claro lo mucho que Claire quería a su nieto y que deseaba ayudarlo, y al mismo tiempo lo atrapada que estaba la pobrecilla bajo el magnánimo, aunque aplastante, peso del amor que Soledad le profesaba a su hijo.

—Mmm, pero la familia tiene buenas intenciones —dijo Claire, después de recuperar la compostura—. Entiendo que estén enfadados. Pero tengo un buen motivo para no estar allí.

Gloria asintió con un gesto solemne de la cabeza.

—Lo sé. Y por eso he venido al hotel. Por favor, háblame de Matías.

Claire soltó una carcajada breve y seca.

—Dudo mucho que me creas. Intenté explicárselo a Soledad y a Araceli, y ellas tampoco me creyeron. Pero, claro, ¿por qué iban a hacerlo cuando a mí también me parece una locura? Lo normal es que yo sea la persona más lógica y racional en cualquier circunstancia, y yo tampoco me creería. —Se encorvó en el asiento.

Gloria se había pasado tiempo de sobra observándola durante la última semana como para saber que no era una mujer que se doblegara con facilidad. La novia de Matías era una luchadora. Se había visto atrapada en una situación espantosa, casi inimaginable, en un país extranjero, rodeada por la enorme y cariñosa, aunque a veces abrumadora, familia De León y no había tirado la toalla. Intentó acompañar a Matías al tiempo que trataba de compaginarlo con su exigente trabajo, y si lo que Soledad había dicho en el hospital era cierto, la chica también lo había estado dando todo por Matías lejos de la mirada de la familia.

—Cuéntamelo —le pidió Gloria en voz baja—. No te juzgaré. —Extendió un brazo y le dio unas palmaditas a Claire en la mano, consciente de pronto del contraste entre esa piel lustrosa y joven y la suya. ¿Cuándo había envejecido tanto? Claro que ese era el precio que se pagaba por la experiencia, y se alegraba de todo lo que había tenido que vivir. Así era cómo, al final de la vida, se encontraba la paz—. He visto muchas cosas a lo largo de los años y me gustaría creer que eso me ha concedido cierta sabiduría.

Claire soltó un largo suspiro. Gloria se preguntó si eso era lo que hacía a diario como abogada: armarse de valor para decir la verdad, aunque le diera miedo.

—Puedes hacerlo —dijo Gloria—. Te escucho.

—Muy bien… —replicó Claire. Todavía temblaba, casi de forma imperceptible, pero su voz sonó firme—. Pues aquí va. He visto a Matías, fuera del hospital. Por eso no he estado junto a su cama. He estado con él en su estudio, en un espectáculo de flamenco, quedándome dormida en el parque del Retiro… —Se mordió el labio, como si se preparase para que le echara una bronca como había hecho Soledad.

En cambio, Gloria le preguntó:

—¿Como si fuera un fantasma? —Quizá Soledad y las generaciones más jóvenes de la familia les habían dado la espalda a lo que creían que eran supersticiones anticuadas, pero ella creció en plena guerra civil y en la España de Franco. Sabía que los fantasmas existían.

—No, era su alma. Está un poco perdido y vive como si estuviera en el año pasado.

Gloria recorrió con los dedos un botón del brazo del sillón mientras pensaba en el alma de Matías, separada de su cuerpo. Típico de su nieto ponerse a vagar por ahí.

Aunque Claire había dicho que estaba perdido, así que no era la curiosidad lo que propulsaba su alma.

—Mmm —murmuró—. Eso tendría sentido si está confuso.

Claire se quedó boquiabierta.

—Un momento. ¿Crees que puedo verlo? ¿Y que de verdad es el alma de Matías?

Gloria sonrió con tristeza.

—Como te he dicho, he visto muchas cosas en noventa y dos años y, más recientemente, eso ha implicado la muerte de muchos de mis amigos. Nunca he podido ver sus almas, pero las he sentido en el

momento en el que abandonaban sus cuerpos. Y no se lo digas a Armando, pero a veces puedo sentir la costura donde está unida mi propia alma. Ha empezado a deshilacharse. —No era una revelación alarmante, solo una observación, como cuando uno se daba cuenta de que un abrigo muy querido estaba empezando a desgastarse en los codos.

—¡Ay, no, por favor, no digas eso, Gloria!

Ella meneó la cabeza.

—No pasa nada, cariño. Ya he disfrutado de mi tiempo en la Tierra. —Había pasado por la guerra, sí, pero también había disfrutado de lo mejor de ser humana: enamorarse de su vecino Pedro, tener hijos y verlos crecer, y luego estar allí cuando estos se enamoraron a su vez y tuvieron sus propios hijos. La vida siempre conllevaba algunos traumas, pero lo más importante eran las alegrías. Y Gloria había tenido toda una vida llena de bendiciones.

Ese no era el caso de Matías. Él se merecía vivir, casarse con Claire, tener hijos y enseñarles a montar en bici, a pintar y a cocinar. Las jóvenes vidas de sus amigos se habían truncado demasiado pronto; Gloria no soportaría que su propio nieto corriera la misma suerte.

—Claire —dijo al tiempo que se inclinaba hacia delante en el sillón, aunque le costó mucho esfuerzo incorporarse en el bajo y mullido asiento—, creo que todavía se puede hacer algo. Si el alma de Matías se siente atraída por ti, tú eres la única que puede salvarlo.

Sin embargo, al oír sus palabras, Claire se hundió más en el sillón.

—O quizá no sea yo. Quizá sea Vega. Su alma cree que está viviendo hace un año, y hace un año él todavía estaba enamorado de ella.

Gloria resopló.

—El alma de Matías no ha visitado a Vega. Créeme, si lo hubiera hecho, ella estaría gritándolo a los cuatro vientos, alardeando, en vez de colarse a la desesperada en su habitación del hospital. Y te equivocas al pensar que él la quería hace un año.

Claire parecía confundida.

—Pero… ¿no estaban comprometidos para casarse?

—Sí, pero llevaban juntos tanto tiempo que simplemente… así estaban las cosas. No avanzaban; de hecho, el compromiso los estaba lastrando. Matías y Vega eran dos artistas que respetaban mucho el talento del otro. Vivían en el mismo mundo voluble donde la mayoría de la gente no aprecia el trabajo que ellos crean con tanto esfuerzo y en el que cuesta ganarse la vida. Tener algo constante como una relación hacía que Matías sintiera que no estaba arriesgándose lo suficiente. Pero, como su abuela, lo conozco perfectamente. Le entusiasma probar cosas nuevas, pero también ansía la estabilidad. Creció en una familia sólida y cariñosa, y una vez que Vega y él empezaron a salir, creo que dio por sentado que ella sería su nuevo hogar. Sin embargo, a Vega le cuesta comprometerse con algo. Puede que Matías tenga muchos intereses, pero también es capaz de concentrarse intensamente en los proyectos y las personas que ama. A Vega, en cambio…, no se le da bien terminar las cosas. Su estudio está lleno de esculturas sin acabar y se queja de los clientes impacientes que piensan que no es razonable que una obra que encargaron hace cinco años todavía no esté terminada. No está hecha para estar atada, aunque no creo que lo entendiera cuando aceptó la proposición de Matías, porque entonces eran muy jóvenes. Cuando Matías recibió la invitación para dar clases en Nueva York, Vega y él ya se habían distanciado. Vivían

juntos en el mismo piso, pero coincidían pocas veces. Él trabajaba en su estudio durante el día; ella encontraba la inspiración al anochecer. Se querían como se quiere a los viejos amigos, con un cariño profundo y constante que das por sentado que siempre estará ahí, tanto si los ves todos los días como si solo los ves una vez cada pocos años. Su ruptura fue un alivio para toda la familia. Creo que incluso Matías se sintió aliviado. Es un hombre que cumple sus promesas y nunca se habría echado atrás si ella no lo hubiera dejado antes. Pero Matías necesita a alguien que sea su hogar, alguien en quien confiar y que le dé estabilidad. Alguien que le devuelva tanto como él da. Su alma te eligió a ti, Claire, no a Vega. El Matías consciente sabe que tú eres su hogar, por lo que su subconsciente lo siente de forma intuitiva, aunque supongo que todavía no te recuerda.

Claire se enderezó un poco en su sillón, como si se le acabara de ocurrir algo importante. Gloria frunció el ceño.

—¿Hay algo más sobre el alma de Matías que no me hayas contado? —preguntó Gloria.

—Bueno… —Claire se sonrojó.

Gloria cruzó los brazos por delante del pecho. Le crujieron los codos, pero la postura severa pareció surtir el efecto que quería en Claire.

—Es que… Matías y yo hemos estado saliendo.

—¿Qué quieres decir?

—Hablé con una profesora especializada en proyecciones astrales y me dijo que, para que Matías salga del coma, su alma necesita volver a conectar con la realidad. Así que he estado intentando estar con él, con su alma, hemos paseado por el parque, hemos ido al Museo Sorolla y cosas así. Por eso no puedo estar siempre en el

hospital.

Gloria le dio vueltas a sus palabras. Como teoría, tenía tanto sentido como cualquier otra.

—¿Está funcionando?

—Creo que sí… El otro día…, mmm, me besó.

Gloria se dio cuenta por el rubor en las mejillas de Claire de que debía de haber sido algo más que un simple beso.

—Y cuanto más tiempo pasamos juntos —siguió Claire—, más sólida se vuelve el alma de Matías. Antes, si había un rayo de luz, lo atravesaba y se volvía transparente. Pero ahora se está volviendo cada vez más opaco. —Terminó con una sonrisa esperanzada.

Sin embargo, Gloria se hundió en el fondo del sillón. Porque estaba claro que esa valiente muchacha creía que estaba ayudando a Matías, cuando (no le quedaban dudas) estaba haciendo justo lo contrario.

—¿He dicho algo malo? —quiso saber Claire.

—¡Ay, Claire…! —Gloria soltó un hondo suspiro—. No era tu intención. Es cierto que estás fortaleciendo el alma de Matías, pero me temo que lo estás haciendo de la forma que no es. Cuanto más tiempo pasa su alma contigo en el mundo irreal de hace un año, más se aleja de su cuerpo y menos probabilidades hay de que regrese a él. Y aquí, en nuestra realidad, Matías se está desvaneciendo.

—¡No! —exclamó Claire—. Soy su ancla y estoy tratando de atraerlo hacia mí.

Gloria titubeó antes de tomar una honda bocanada de aire. No quería que Claire se sintiera culpable, porque su conexión con el alma de Matías significaba que ella era realmente la única que podía salvar a su nieto. Pero Claire también debía entender que lo que estaba haciendo podría estar matándolo.

—Los médicos han dicho que Matías no está mejorando —dijo Gloria—. De hecho, está empeorando mucho.

—Ay, no —susurró Claire—. Es porque hemos discutido.

—¿Cuándo?

—Literalmente segundos antes de que llegaras y me llamara la recepcionista.

Gloria meneó la cabeza.

—No puede ser por eso. He tardado un rato en llegar aquí desde el hospital. —El trayecto en taxi fue rápido, pero el tramo hasta el vestíbulo del hospital fue arduo—. Matías ya estaba mal antes de que discutierais. Ha empeorado desde el episodio que creíamos que era un ataque al corazón. Todo el tiempo que pasas con el alma de Matías… el Matías que está en la cama del hospital se ha ido debilitando cada vez más.

—¡Ay, por Dios! —Claire parecía una niña pequeña que se había perdido en el bosque y que albergaba la esperanza de que ella estuviera allí para guiarla.

Sin embargo, no podía hacerlo. Claire era la persona que el alma de Matías conocía.

—Los médicos nos han dicho que empecemos a pensar si queremos desconectar a Matías de la respiración asistida. En España, es habitual no alargar el sufrimiento.

—¡No! —protestó Claire—. Es demasiado pronto.

—Se te acaba el tiempo —le recordó Gloria—. Cuanto más tiempo pasa el alma de Matías separada de su cuerpo, más se deteriora su estado. La hora de ser cautelosa ya ha pasado, Claire. Tienes que hacer las paces con él y traer su alma de vuelta a este mundo.

—¡Pero no sé cómo hacerlo!

—Pues tienes que averiguarlo. Porque eres la única capaz de salvarlo.

Matías

Una semana antes

Mientras recorrían el muelle hacia la lancha que habían alquilado para pasar la tarde, Diego le dio un puñetazo en el brazo a Matías.

—Bueno, colega, ¿estás listo para esto? No sé si te has vuelto un blando viviendo en Estados Unidos o si todavía puedes con nosotros.

Matías se rio y le devolvió el golpe.

—Hablas mucho para ser alguien que se pasa el día cambiando pañales y durmiéndose a las siete de la tarde en la cama de sus hijos, rodeado de peluches. Además, ¿no he estado a la altura estos últimos días? Creo recordar que fui el que menos se asustó al bucear de noche en la más absoluta oscuridad.

—Ahí tiene razón —dijo Leo, que iba de la mano de Facu, como de costumbre. Los dos eran inseparables y estaban orgullosos de ello, algo que le dolía un poco a Matías, que deseaba que Claire lo hubiera acompañado en el viaje.

Claro que a ella no le habría gustado lo que estaban a punto de hacer, no solo porque se mareaba en los barcos, sino porque Diego iba a conducir, y eso significaba velocidad, velocidad y más velocidad. No importaría adónde fueran ni qué vieran, siempre y cuando fueran más rápido que los demás.

Llegaron al embarcadero donde estaba su lancha y Carlos, que tiraba de la nevera detrás de ellos, soltó un silbido de admiración.

—¡Sí, esto va a ir de lujo! —exclamó Diego mientras se frotaba las manos. Fue el primero en embarcar de un salto y se dirigió de inmediato a los mandos para acariciar el volante de cuero y la palanca de cambios como si nunca hubiera visto nada tan hermoso en su vida.

—Cuidado —dijo Facu— o tu mujer se pondrá celosa.

—No necesita enterarse de lo que pasa durante nuestros viajes de chicos —replicó Diego, y todos se echaron a reír porque, en primer lugar, todo el mundo sabía lo mucho que le gustaba a Diego la velocidad (era capaz de recitar de memoria la velocidad máxima de todos los aviones, trenes y automóviles que alguna vez habían pasado por delante de sus ojos) y, en segundo lugar, Matías y sus amigos eran tan fieles a sus parejas que nunca tendrían nada que ocultar sobre un viaje de chicos. A ninguno de ellos se le ocurriría ser infiel.

Carlos, Leo, Facu y él también subieron a la lancha. Matías guardó su mochila en un compartimento para que no se mojara, pero la nevera de Carlos no cabía en ninguno de los compartimentos, así que la colocó en un rincón junto a sus piernas. De todos modos, daría igual si la nevera se mojaba con un poco de agua salada.

—*¿Listos, chicos?* —preguntó Diego mientras empujaba la palanca hacia delante. El motor rugió y abandonaron el puerto deportivo, primero despacio y luego acelerando al adentrarse en mar abierto.

El viento le azotaba el pelo a Matías, que respiró hondo y dejó que el cálido aire salino le llenara los pulmones. A su lado, el sombrero de Leo salió volando hasta el agua y Facu (guiado por su lealtad instintiva) se lanzó a por él. Leo lo agarró por la cintura y Facu se quedó paralizado, atónito por un momento al darse cuenta de que

estaba a punto de saltar al agua, hasta que Leo lo tiró hacia atrás sobre el banco y le dijo:

—*Gracias, bombón,* pero solo es un sombrero.

—Te compraré otro en cuanto volvamos a tierra —dijo Facu.

—Ya lo sé —replicó Leo antes de besarlo.

Matías suspiró con melancolía. Eso mismo era lo que quería con Claire. Solo tenía que convencerla de que aceptara pasar el resto de la vida con él.

Al timón, Diego gritó de alegría mientras aceleraba el motor casi al máximo. Carlos gritó algo, pero el viento se tragó sus palabras. Matías se acomodó en el asiento y les sonrió a sus amigos. Habían crecido juntos y tenían una relación muy estrecha, y los echaba de menos. Le encantaba su vida en Nueva York, pero esos chicos siempre estarían en su corazón, y se alegraba mucho de volver a estar con ellos.

Volaron a lo largo de la costa, dirigiéndose hacia el sur desde Valencia en dirección a Alicante. El plan era disfrutar de la velocidad sobre el agua durante un rato, yendo a donde el corazón amante de la velocidad de Diego quisiera, y luego echar el ancla cerca de una de las muchas calas apartadas para nadar, bucear, comer y beber algo.

Sin embargo, media hora después de iniciar el viaje, Diego vio una boya roja y blanca que se balanceaba a unos tres kilómetros de distancia.

—¿Cuánto tiempo creéis que puedo tardar en llevaros hasta allí?

—*¡Hombre, no!* —gritó Matías por encima del ruido del viento.

Sin embargo, Diego se limitó a sonreír y empujó la palanca hacia delante. La lancha, que ya iba a toda velocidad, salió disparada como una bala sobre el agua, tan rápido que todo se volvió borroso

alrededor de Matías. Se agarró al borde de su asiento mientras el agua salada golpeaba su cara como miles de pequeñas agujas.

La parte inferior de la embarcación rebotaba con violencia cada vez que golpeaba la cresta de una ola. Matías intentó leer el velocímetro, pero el rugido del viento y el agua que le escocía en los ojos le impedían ver con detalle y solo pudo confirmar que Diego estaba a punto de alcanzar la velocidad máxima.

Quizá no les habría pasado nada si lo hubieran tenido todo despejado por delante.

Sin embargo, Carlos se levantó.

—¡Cuidado! —Señaló hacia un grupo de delfines que se cruzaban con ellos en el agua.

—¡Mierda! —gritó Diego antes de dar un volantazo.

A la velocidad a la que iban, el repentino cambio de dirección hizo que se soltase la nevera de Carlos, que salió despedida hacia la cabeza de Diego.

A partir de ese momento, fue como si todo pasara a cámara lenta. Matías gritó, y el sonido le llenó los oídos como un timbal, cuando la nevera golpeó a Diego, dejándolo inconsciente en el suelo de la lancha. Carlos, que era quien estaba más cerca de los mandos, se lanzó a por el timón y lo agarró, pero ya era demasiado tarde. La caída de Diego había hecho que se desviaran todavía más de su rumbo, y la lancha salió por los aires.

Se precipitaron hacia la boya, girando a toda velocidad.

El metal rojo y blanco, que parecía tan pequeño e inofensivo desde la distancia, se alzaba sobre ellos en ese momento. También poseía una robustez implacable, ya que estaba hecho para soportar turbulentas tormentas, la corrosión de la sal y años y años de estar

anclado al fondo del duro mar.

Mientras la lancha quedaba casi boca abajo y seguía acercándose a la boya, el cliché que tanto había oído Matías se convirtió en realidad. Las partes más importantes de su vida pasaron por delante de sus ojos, un montaje final de sus grandes éxitos antes de que Dios acudiera para llevarse su alma al cielo.

Las sonrisas cálidas y los abrazos de su madre, su padre y la abuelita Gloria.

Araceli en su primer día de colegio, cuando la llevó de la mano mientras caminaban juntos.

Acunando a Luis de bebé, con solo unas horas de vida.

Y Claire: desde que la vio por primera vez en la Galería Rose hasta la sensación de tenerla entre los brazos cuando la tumbó en el suelo enmoquetado de la biblioteca del bufete. Su forma de entrar por las mañanas en la cocina, parpadeando y con los ojos entrecerrados porque todavía no se había puesto las lentillas; y que roncara como un ratoncillo por las noches, pero que le diera demasiada vergüenza admitirlo siquiera.

La costumbre de hacer un mohín con la nariz o de morderse el labio cuando se topaba con un problema legal complicado. Su forma de acurrucarse por las noches en su regazo y apoyarle la cabeza en el hueco del cuello.

La certeza de no haberse sentido nunca tan seguro, tan centrado y tan sólido como cuando estaba con Claire.

Y el anillo en forma de sol, con el diamante y los topacios, que la esperaba. Que los esperaba a ambos. Que esperaba un futuro que quizá ya nunca tendrían.

En el último momento antes de que la lancha chocara con la boya,

Matías vio el rostro de Claire rodeado por la luz del sol que se reflejaba en la superficie del agua.

«Te quiero —pensó—. Te querré siempre».

Y, luego, la lancha chocó con la boya a ciento ochenta kilómetros por hora, y todo se volvió negro.

Claire

—*¿Cuándo más tiempo?* —le preguntó Claire al taxista.

No estaba segura de que fuera la forma correcta de preguntar cuánto tiempo faltaba para llegar al aeródromo de Ocaña, pero, al parecer, se había acercado bastante, porque el hombre contestó:

—*Diez minutos, señora.*

Eso lo entendió.

—*Gracias.*

El pequeño aeródromo que Matías había mencionado para practicar paracaidismo estaba al sur de Madrid. Después de que su abuela se marchara, no había tenido suerte cuando intentó que apareciera tocándose la palma, así que iba de camino al lugar donde Matías le dijo que estaría a las nueve en punto, estuviera ella allí o no.

«No puedo creerme que vaya a tirarme voluntariamente en paracaídas», pensó.

Claro que, al mismo tiempo, era justo lo que debería hacer. No solo porque no había conseguido que Matías apareciera en el hotel, sino porque en su relación, él siempre era quien iba a buscarla. Le tocaba a ella ir a buscarlo.

Seguramente llevaba un tiempo siendo así, pero en el pasado no quiso comprometerse. Quería mantener su vida tal cual estaba, con su desquiciado horario laboral y su férreo e intransigente control y, sobre todo, con la muralla que tenía a su alrededor para protegerse. Toda la familia que había tenido había muerto. Todos los hombres

con quienes había salido en el pasado habían acabado encontrándole defectos y la habían dejado. De modo que había acabado asumiendo en su subconsciente que todo eso quería decir que si no entregaba mucho de su persona a nadie más, no le dolería tanto cuando acabase.

Sin embargo, Matías nunca había querido nada de ella, solo que fuera natural. Había hecho un enorme esfuerzo por encajar en su vida, memorizando tantas de sus reglas para mantener el orden como le había sido posible, aunque eran todo lo contrario a su personalidad, preparando comidas para los dos al tiempo que sorteaba las llamadas de sus clientes, no enfadándose cuando ella canceló su viaje a España en el último momento.

¿Y qué le había dado ella a cambio?

Orden. Fiabilidad. Un «hogar» como lo había descrito la abuela Gloria.

Fuera como fuese, no era suficiente. Matías la amaba, pero se merecía no solo una rutina estable, sino también su verdadera personalidad, su vulnerabilidad. El alma de Matías se sentía atraída por eso; era el motivo de que hubiera aparecido para ella en Madrid, cuando se permitió necesitarlo.

Y quizá en eso era en lo que se había equivocado la profesora Hong. El alma de Matías no necesitaba enamorarse de ella para conectar. Era ella quien tenía que abrirse lo bastante para ser su guía y llevarlo de vuelta.

Por irónico que pareciera, estar en Madrid y verse envuelta en esas circunstancias imposibles la había obligado a ralentizar el ritmo de su relación con Matías, a diferencia del impulsivo torbellino que los arrastró en Nueva York. Como había tenido que pasar largos

periodos de tiempo sin él en Madrid (y como la amenaza de perderlo la había obligado a ver con más claridad lo mucho que lo necesitaba), se había enamorado todavía más profundamente de él. O, en cierto modo, se había enamorado de verdad de Matías por primera vez, en contraposición a los últimos once meses en los que había mantenido su muralla protectora intacta, sin rendirse nunca por completo al amor porque temía que él viera sus debilidades y la abandonara.

En cambio, el alma de Matías se había manifestado cuando ella estaba en su momento más vulnerable, cuando tenía menos control. Y nada de lo que temía había pasado. Matías había visto a la persona dulce y asustada que se escondía debajo de su fachada de control y, al igual que su abuela, no la había juzgado. Así que ella lo había dejado entrar por completo en su corazón.

Y era muy posible que eso lo estuviera ayudando a recordar quién era él. Quién era ella. Quiénes eran juntos. Antes de su discusión en la habitación del hotel, él se había detenido, confundido por un momento, cuando sintió que la conocía. Tal vez era porque su Matías, el de Nueva York, siempre la había entendido mejor de lo que ella creía. No había tenido que esforzarse tanto por ocultarle sus puntos débiles y sus imperfecciones. Él ya las había visto y la quería, con todos sus defectos. Así que, durante la última semana, cada vez que se permitía necesitar el alma de Matías, lo había dejado acercarse un poco más, lo había dejado ver todo su ser. Y eso lo estaba ayudando a recordar.

Sin embargo, si la abuela Gloria tenía razón, también le estaba haciendo daño. Cuanto más tiempo pasaban juntos Matías y ella (cuanto más se sentía atraída su alma hacia ella), peor se le ponían

las cosas en el plano físico. Se le revolvió el estómago. En vez de guiarlo de vuelta a su cuerpo, lo había estado alejando de él sin darse cuenta, porque entablar una relación con ella le parecía más atractivo que el cuerpo débil y destrozado que lo esperaba en el hospital. Y cuanto más sólido se volvía su vínculo (cuanto más sustancial se volvía Matías cuando estaba con ella), más se debilitaban los lazos que lo ataban a su cuerpo.

Esperaba poder encontrarlo una vez más, convencerlo de que regresase.

—*Ya hemos llegado* —anunció el taxista al aparcar en el aeródromo de Ocaña.

—*Muchas gracias.*

Se bajó y se quedó allí plantada, un poco aturdida, mientras el taxista se alejaba. Había pensado que era un aeropuerto de verdad, pero era un aeródromo sin más. Había un pequeño edificio que parecía ser el principal y, luego, varios hangares. Nada más.

Tragó saliva con fuerza.

«Puedo hacerlo —pensó—. Si no por mí, pues por Matías».

Después de respirar hondo un par de veces, siguió los letreros que anunciaban Nubes Aladas. Ya estaba temblando, y eso que seguía en tierra.

—*Hola* —dijo al llegar al mostrador principal—. *Quiero…* ¿saltar de un avión?

Desde luego que le salió con entonación de pregunta, no como una afirmación.

El hombre que había al otro lado del mostrador sonrió.

—¿La primera vez? —le preguntó en inglés.

Claire asintió con la cabeza.

—Vale. No te preocupes. Es muy seguro y te cuidaremos muy bien. Tirarse al atardecer es una experiencia increíble. Te garantizo que te va a encantar.

Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, había estado frotando el pulgar derecho una y otra vez en el centro de la palma de la mano izquierda. Miró a su alrededor, con la esperanza de que Matías apareciera en cualquier momento para hacer eso con ella, pero no lo vio por ninguna parte.

Quizá porque había llegado temprano. El avión despegaba a las nueve, pero ella había querido llegar con tiempo de sobra para recibir la formación obligatoria que recibían los novatos.

O… quizá Matías no estaba allí porque se había enfadado demasiado. Al fin y al cabo, era un De León y podía guardar rencor tan bien como cualquiera de su familia. Cuando Mia Kovač habló mal de ella en la fiesta navideña del bufete de abogados del año anterior, los ojos de Matías pasaron de ser como rayos de sol a ser como relámpagos incandescentes en un segundo, y Mia decidió enseguida que debía marcharse temprano de la fiesta.

Sin embargo, Matías nunca había estado enfadado con ella durante mucho tiempo, e incluso cuando lo estaba, nunca la atacaba.

Apretó el pulgar contra la palma de la mano con más fuerza mientras el hombre del mostrador, Javier, le explicaba la información del paquete de paracaidismo. Había un breve vídeo instructivo que debía ver y saltaría en tándem con uno de los miembros de la tripulación, tal y como había dicho Matías. No tendría que preocuparse por abrir el paracaídas ella misma ni por dirigir el aterrizaje si no quería, porque estaría literalmente atada a un paracaidista experimentado.

Eso solo hizo que se sintiera un dos por ciento menos nerviosa.

Aun así, firmó el descargo de responsabilidad y pagó. Javier la llevó a una salita en la que solo había un televisor en la pared y unas cuantas sillas plegables, dos de las cuales ya estaban ocupadas por una pareja británica de mediana edad tan emocionada que no paraba de dar saltitos en sus asientos.

—¿Vas a hacerlo sola? —le preguntó el hombre.

Claire volvió a mirar a su alrededor, sin perder la esperanza de encontrar a Matías, pero estaba completamente sola.

—Supongo que sí —contestó.

—¿Esperabas a alguien? —le preguntó la mujer.

—Se puede decir que sí. Es que, mmm, no sabía si iba a venir.

La mujer torció el gesto.

—Vaya, lo siento, cariño. Los hombres pueden ser muy insensibles a veces.

—Con la excepción de un servidor aquí presente —replicó su compañero. La mujer le dio un golpecito juguetón y Javier encendió la televisión, así que la conversación terminó.

Después del vídeo de seguridad con las instrucciones, Claire se puso el mono rojo que le había dado Javier y pensó: «No será tan malo».

Claro que, luego, salieron a la pista.

—¿Vamos a volar en eso?

De la misma manera que el aeródromo de Ocaña era tan pequeño que no estaba segura de que pudiera considerarse apto para que despegase algo de allí, el avión parecía un juguete gigante. Era de color amarillo chillón, con hélices sobre las alas, una fila de asientos

en el interior y una puerta abierta que no estaba segura de si alguna vez se cerraba.

«¡Ay, madre! Ese es el agujero por el que voy a saltar. ¡Desde el puto cielo!».

Se detuvo mientras el resto del grupo seguía hacia la pista.

Un segundo después, Javier regresó al trote con una mujer de pelo oscuro vestida con un mono amarillo.

—¿Claire? Te presento a Esmeralda. Ha hecho miles de saltos y va a ser tu compañera hoy.

—Vamos a pasárnoslos muy bien —dijo Esmeralda. Era una mujer compacta, y se colgó del brazo de Claire para conseguir que se acercara al avión.

Claire miró una vez más por encima del hombro, pero Matías no había aparecido.

A lo mejor seguía enfadado con ella. ¿O se había alejado de Madrid para que su alma apareciese? ¿Era demasiada la distancia de su cuerpo en el hospital?

Pero si no estaba tan lejos de la ciudad…

Esmeralda y ella llegaron junto al avión. Si Matías no iba a aparecer, ¿de verdad tenía que seguir adelante con aquello?

«Sí, tengo que hacerlo», pensó. De la misma manera que había prometido que aprendería español con independencia de lo que le pasara a Matías, había decidido ir como prueba de que estaba dispuesta a hacer algo que la incomodaba por él. Y eso seguía siendo verdad, lo presenciara él o no.

Esmeralda le dio unas palmaditas en la espalda.

—*¿Lista, Claire?* —No necesitó traductor.

Se aferró al marco de la puerta un segundo. Luego, dijo:

—*Lista.* —Acto seguido, se metió en el avión de juguete.



La puerta del avión sí que se cerraba. Era como una versión más pequeña y transparente de una puerta de garaje que se bajaba una vez que todos estaban a bordo. La pareja británica se abrochó los cinturones en los asientos plegables a su izquierda, y Esmeralda y los demás instructores se abrocharon los cinturones al otro lado del estrecho pasillo. Aunque todos los demás disfrutaban viendo el despegue a través de la puerta transparente, ella cerró los ojos con fuerza.

Poco después de despegar, uno de los instructores volvió a subir la puerta.

Claire abrió los ojos de par en par.

—¿Ya vamos a saltar?

—No, no —gritó Esmeralda—. Es solo para que entre un poco de aire. Si no, el ambiente se cargará demasiado mientras esperamos a alcanzar la altitud.

—¿Qué altura vamos a alcanzar?

Esmeralda levantó las cejas.

—Eso estaba en el vídeo que has visto. ¿No te acuerdas?

Claire negó con la cabeza. En ese momento, solo atinaba a aferrarse a su asiento. Desde luego que era incapaz de recordar una cifra concreta.

—Quince mil pies —gritó el británico por encima del rugido del viento—. ¡Una de las mayores altitudes que se ofrecen en toda Europa!

—Por eso elegimos esta compañía —explicó su compañera con un

gesto de aprobación hacia Esmeralda y los demás instructores.

Claire volvió a cerrar los ojos con fuerza, con todos los músculos tensos y las palmas de las manos pegadas, como si estuviera rezando.

«Puedo hacerlo sola —pensó—, pero no quiero, Matías».

«Quiero hacerlo todo contigo».

«Quiero despertarme todas las mañanas y desayunar contigo. Quiero pasar todas las noches acurrucados en el sofá, hablando de cómo nos ha ido el día. Quiero tu opinión sobre mi carrera. Quiero mirarte durante quinientas horas mientras haces milagros pintando en tablas de madera».

«Quiero que seas capaz de hablarme de Vega sin temor a hacerme daño. Y quiero contarte historias de mi infancia y hablarte de Jim y de Sarah, aunque recordar que ya no están me haga llorar».

«Quiero darte todo mi ser, por entero, incluso las partes más tiernas y asustadas que mantengo ocultas bajo cota de malla y armadura».

«Harías cualquier cosa por mí, Matías, y quiero demostrarte que yo también lo haría por ti».

—Este parece un buen comienzo —dijo Matías, ataviado con un mono en el asiento que tenía al lado—. Vas a saltar de un avión.

Claire soltó un gritito. Esmeralda la miró, preocupada, pero ella esbozó una sonrisa forzada y le indicó con un gesto que estaba bien.

Luego se volvió hacia Matías. Parecía casi sólido, con los bordes apenas borrosos, los colores brillantes y esos preciosos ojos, del dorado fundido que ella adoraba. Dejó que el pelo le tapase la cara para que no pareciera que estaba hablando sola. El viento que azotaba el avión ocultaba el sonido de su voz.

—¡Matías, estás aquí!

—Dije que estaría, ¿no? Tanto si decidías venir como si no.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Él siempre cumplía sus promesas. Luis había dicho lo mismo de él, y era una de las cosas que más le gustaban de Matías.

—Siento mucho la discusión en mi habitación del hotel —dijo—. Solo intentabas ayudar y te rechacé sin miramientos.

—Yo también lo siento —replicó él—. Tu trabajo es importante para ti. No debería haberte sugerido que abandonaras sin más todo por lo que has trabajado. Yo habría reaccionado igual si alguien me hubiera dicho que dejara de pintar.

—Solo me estabas dando un consejo.

—Me gusta mucho que te entregues por completo a tu trabajo.

Claire suspiró.

—Y yo te quiero. —Las palabras brotaron con la facilidad que daba la costumbre.

Matías, en cambio, ladeó la cabeza.

«¡Mierda!». Se le había olvidado por un momento que ese Matías solo la conocía de unos cuantos encuentros.

Intentó parecer incómoda.

—¿Puedes fingir que no lo has escuchado? Es que creo que estoy nerviosísima por, ya sabes, lanzar mi cuerpo de un cilindro de metal volante a quince mil pies del suelo.

Sin embargo, en vez de echarse a reír, Matías frunció el ceño.

Acto seguido, se pasó una mano por el pelo alborotado.

—¿Sería raro si te dijera que tengo la sensación de que nos conocemos de otra vida?

Claire tuvo que contener un sollozo.

Extendió un brazo hacia él. Le temblaron los dedos, pero acortó ese último centímetro que los separaba y le tocó la mano.

Fue muy leve, apenas una caricia. Aun así, sintió las descargas en el minúsculo espacio entre ambos.

Matías se quedó inmóvil.

¿Lo sentía él también?

—¿Esto quiere decir que ya tengo permiso para tocarte? —le preguntó él.

Ella se echó a reír y a llorar a la vez.

—Sí. Lo tienes.

Al otro lado del pasillo, Esmeralda volvió a cerrar la puerta del avión. Uno de los otros instructores se volvió hacia ella y la pareja británica.

—Ya casi hemos alcanzado la altitud, así que vamos a cerrar temporalmente la puerta para llevar a cabo los últimos preparativos. Cada uno de nosotros pasará a comprobar vuestros arneses y luego estaremos listos para saltar.

Claire tomó una honda bocanada de aire.

—No te preocupes —dijo Matías—. Saldré del avión justo detrás de ti.

Esmeralda se acercó y revisó dos veces el equipo de Claire.

—Todo está bien. ¡En cuanto te pongas las gafas, estaremos listas para saltar!

Claire miró a Matías. Él le hizo un gesto de ánimo con la cabeza antes de colocarse las gafas sobre los ojos.

La tripulación volvió a abrir la puerta. El sol se estaba poniendo y el aire a su alrededor brillaba como si estuviera en llamas.

Sería una de las cosas más hermosas que Claire había visto en la

vida de no estar aterrada por la idea de saltar al vacío con solo un trozo de tela para frenar su descenso.

—Bien, acércate a la puerta —dijo Esmeralda.

Claire avanzó despacio, pero se negó a mirar hacia abajo.

—¡Te encantará cuando estemos ahí fuera! —Esmeralda agarró la parte superior del marco de la puerta y terminó de atarse a su espalda, y no al revés, como Claire había pensado en un principio. Pero así sería mejor, ¿no? Aunque tendría un primer plano de cómo se acercaba el suelo hacia ellas, la posición significaba que Esmeralda se encargaría de tirar de la cuerda del paracaídas, de dirigirlo y de todo lo demás.

—A la de *tres,* ¿vale? —preguntó Esmeralda a voz en grito, con el viento a su alrededor.

—Lo tienes controlado —dijo Matías mientras trepaba por encima de ellas y se asomaba a través de la puerta, agarrado al exterior del avión.

«¿Al exterior del avión?». Claire puso los ojos como platos, pero él le hizo un guiño.

—Yo también lo tengo controlado.

—*Uno* —dijo Esmeralda, que empezó a balancearse detrás de ella justo en la puerta—. *¡Dos, tres!*

Saltaron al cielo.

«¡Madre mía, madre mía, madre mía…!».

Matías saltó del avión un segundo después.

Sintió que se le subía el estómago a la garganta. Detestaba caer. Había vomitado incluso en las montañas rusas infantiles en la feria del condado. ¿Por qué se apuntaba la gente a hacer eso una y otra vez?

Una mano tomó la suya.

No era la de Esmeralda, así que miró a un lado.

Matías las había alcanzado y había entrelazado sus dedos, con su mano derecha enlazada con la izquierda de ella. Allí estaba, como cuando la besó en el estudio, aunque al mismo tiempo no estaba. Su mano era una cálida presión en la piel.

Lo miró con una sonrisa y, de repente, su miedo salió volando por las nubes.

Él le dio un apretón en la mano.

Que ella le devolvió.

Y, luego, miró fijamente al suelo, al cielo del atardecer que la rodeaba, abrió la boca y soltó un grito de alegría pura y desatada.

Matías aulló como un lobo exultante.

Y juntos bajaron trazando espirales en el cielo naranja y rosa, tomados de la mano todo el camino.

Claire

Cuando sus pies tocaron el suelo, Esmeralda felicitó a Claire, y ella le contestó algo, pero ni supo lo que le dijo, porque solo tenía ojos para Matías, con el pelo alborotado por el viento y las mejillas coloradas.

No podía dejar de sonreír, ni siquiera mientras cruzaban el campo en dirección al hangar para devolver el equipo.

—Ha sido divertido, ¿verdad? —le preguntó Matías.

—Sí. No creía que algo así pudiera gustarme. Gracias.

—¿Por qué?

—Por haberme ayudado a sentirme segura y a que me relaje.

Matías se detuvo en medio de la hierba, con una sonrisa tímida.

—¿De verdad? ¿Eso he hecho?

—Sí —contestó Claire—. Eras justo lo que necesitaba.



Después de cambiarse y de devolver el equipo, Claire se reunió con Matías fuera del hangar.

—Bueno —dijo él—, la última vez que pasamos una tarde juntos, te enseñé Madrid. Así que te toca a ti. ¿Qué hacemos ahora?

Claire se echó a reír, porque estaba parafraseando lo que ella le pidió después de que recorrieran los jardines del Palacio Real y los Jardines de Sabatini.

Sin embargo, la sonrisa se le borró enseguida, porque sabía lo que tenía que hacer.

—Matías… Tengo que decirte una cosa.

—Suéltalo. ¿He dejado el mono verde en el cesto de los morados? ¿O he puesto mi equipo en el cubículo que no era? —Hizo ademán de dirigirse hacia la oficina de la empresa de paracaidismo, pero se detuvo en seco—. Un momento. ¿Por qué me preocupa eso? No soy… A ver, no soy la clase de persona que se fija en que hay un cesto específico para cada color.

Claire se enrolló la correa del bolso en un dedo.

—Ya… De eso es de lo que quiero hablarte.

Él levantó las manos, como si lo hubieran cazado *in fraganti*.

—Te advertí cuando viniste a mi estudio que puedo ser desordenado.

Ella esbozó una sonrisilla.

—Lo sé. O, mejor dicho, ya lo sabía de antes.

Matías ladeó la cabeza, confundido.

—En el avión, me preguntaste si sería raro decir que tenías la sensación de que nos conocíamos de otra vida. Bueno, la cuestión es que…, en cierto modo, sí que nos conocemos.

—¿Cómo?

—Quizá sea mejor que te sientes para oír esto. —Señaló un banco que había a poca distancia, frente al aparcamiento vacío del aeródromo.

Así que se acercaron y Claire le contó, con la mayor delicadeza posible, lo del accidente. Le contó que habían estado juntos durante los once meses y una semana anteriores. Y le habló de sus lesiones y de que se les estaba acabando el tiempo. Que la abuela Gloria la había convencido de que se lo contara porque él tenía que volver a su cuerpo.

Cuando terminó, Matías se quedó sentado, con la cabeza entre las

manos. No dijo nada durante un buen rato.

Al final, soltó el aire.

—Eso… cuesta creerlo.

A Claire se le llenaron los ojos de lágrimas. Si no conseguía convencerlo de que regresara a su cuerpo, moriría. O bien en ese momento, porque su alma rompería la conexión con su cuerpo y ya no estaría atada a este mundo, o bien pronto, porque el cuerpo de Matías estaba llegando al límite de su capacidad para aferrarse a la vida.

—Pero… —siguió él, y Claire contuvo la respiración—, aunque cueste creerlo, lo siento. Cuando te besé en mi estudio, ya conocía tu boca. Conocía los contornos de tu cuerpo contra el mío. De alguna manera, recordaba (sin haberlo experimentado todavía) ese gemidito que se te escaparía cuando te rozase la garganta con los labios.

Claire soltó ese mismo gemido sin querer.

—Ese —susurró Matías—. Sí, ese.

Se quedaron en silencio durante unos minutos.

Al cabo de un rato, él le preguntó:

—Entonces, ¿no debería estar aquí contigo ahora mismo?

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza.

—No. Así no.

Matías se enterró las manos en el pelo. Pero, luego, las apartó para tomarle la cara con ternura.

—Tengo miedo, Claire. ¿Y si intento volver y no funciona? O ¿y si funciona, pero mi cuerpo está demasiado dañado como para recuperarse?

—No —replicó ella—. Eso no puede pasar. No va a pasar.

—Pero podría. —Matías le secó la lágrima que descendía por una

mejilla—. Así que, antes de irme, solo quiero una cosa.

—¿Qué? —preguntó ella, con una voz apenas audible.

—Hacerte el amor, Claire. Por si es la última vez.



Claire encontró un Airbnb cerca y, como en España en verano las nueve no es una hora tardía, el dueño, que estaba a punto de sentarse a cenar, aprobó el alquiler de inmediato.

Matías y ella se subieron a un taxi para recorrer el corto trayecto hasta el alojamiento, y le dio igual que el conductor creyera que estaba borracha o delirando porque hablara sola en el asiento trasero. El hombre los dejó en una preciosa casa de estuco rodeada de árboles, con una fuente en la entrada, senderos de piedra que conducían a la puerta principal y una verja de hierro forjado en el lateral.

—Por aquí —le dijo Claire a Matías al tiempo que le indicaba el segundo camino—. Nuestro alojamiento está en la parte de atrás; hay una cerradura digital en la puerta. —Lo tomó de la mano y lo condujo más allá de la casa, atravesando el patio y el jardín iluminado con guirnaldas de luces, mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho. Matías no la soltó mientras ella introducía el código en el teclado, tras lo cual abrió la pesada puerta de madera y entraron—. Es precioso —dijo. La habitación era acogedora, con las paredes pintadas de alegres colores azul cielo y amarillo. Había dos sillones de cuero y mantas con estampados españoles, y una pequeña cocina con galletas, un cuenco con frutos rojos, café, té y miel. Un altavoz reproducía una delicada música de piano y, en un rincón, había una cama con estructura de madera sobre la que

descansaba un edredón de plumas que parecía una nube.

—Mira esto —dijo Matías, que tiró de su mano para llevarla hasta un montón de lienzos en blanco y de pinceles emplazados sobre una mesita auxiliar—. Hay una nota del dueño: «Bienvenidos a La Casita de la Inspiración. Por favor, usad los materiales de dibujo y pintura como queráis si aparece la inspiración». ¿Sabías que iba a estar esto aquí?

Claire negó con la cabeza. No había muchos alquileres disponibles en la zona con tan poca antelación. Había elegido ese solo porque era un lugar independiente y privado, en vez de una habitación dentro de la casa de alguien.

—Supongo que es el destino.

—Es posible —replicó Matías, pero ya no miraba los pinceles. Solo la miraba a ella.

Y, a diferencia de otras ocasiones, en las que se habría asustado al ver que la miraba con tanta atención, no le ocultó nada y dejó que todas sus emociones se manifestasen. Su amor. Su miedo. Pero en ese momento, sobre todo, su deseo.

La cálida luz de los apliques de la cocina que Matías tenía detrás lo iluminaba como si estuviera resplandeciendo, las ondas negras de su pelo con las puntas como si estuvieran en llamas. Era como uno de sus propios cuadros, representado con detalles exuberantes y precisos, salvo por un pequeño capricho.

Matías de León, trascendiendo siempre la realidad.

Dio dos pasos hacia él, de modo que quedaron a pocos centímetros de distancia.

Él se quedó completamente inmóvil.

—*Bésame,* Matías —le pidió en español.

Él se inclinó y la besó en el cuello, una liviana caricia sobre la sensible piel de su garganta que le arrancó un jadeo. Aunque no estaba del todo allí, casi lo estaba, y como sus terminaciones nerviosas tenían que esforzarse más para sentirlo, su sensibilidad se disparó hasta límites insospechados.

Cada mirada era como la luz de las estrellas.

Cada respiración, precursora de un huracán.

Y cada caricia se asemejaba a unas ardientes hojas de otoño que se le deslizaban por la piel.

Se le escapó un gemidito y él le pegó el pulgar a los labios, con suavidad, hasta separárselos. Ella le lamió la punta del dedo y se lo chupó, una sola vez. Matías jadeó.

—*Dios mío* —dijo él con voz ronca—. *Las cosas que te haría si pudiera…*

Esto también lo entendió.

—*Puedes* —replicó Claire.

La llevó a la cama. Mientras ella se tumbaba, él dijo:

—Espera. —Y volvió junto al material de pintura a por los pinceles, o eso le pareció a él. No parecía darse cuenta de que no los tenía en la mano de verdad; quizá se había apoderado de sus almas. De la misma manera, fue a la cocina a por la miel, los frutos rojos y unos platos. Volvió a la cama y soltó su botín invisible junto a Claire.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Voy a pintarte —le contestó.

—Ah… —No tuvo que preguntar nada más. Porque él ya lo había hecho antes, en Nueva York. Había creado sus propios colores a partir de fresas y moras. La había pintado como si fuera una obra maestra. Luego había besado cada centímetro de su obra—. No

quiero mancharme la ropa —le dijo, agarrándose el bajo de la camiseta para subírsela despacio. Primero, se dejó al descubierto el abdomen, luego el delicado ribete de encaje del sujetador. Cuando se quitó la camiseta por la cabeza, Matías ya no se movía y casi había dejado de respirar, solo para mirarla.

—Quizá también deberías tener cuidado con los vaqueros —sugirió él con un hilo de voz—. Las manchas de los frutos rojos son dificilísimas de quitar.

Claire se puso de rodillas sobre el colchón y se desabrochó el botón superior de los vaqueros. Luego el siguiente. Despacio. Y el siguiente. A Matías se le aceleró la respiración cuando se los bajó por las caderas y se los quitó por completo para quedarse solo con las bragas que había comprado en España, las que tenían un lacito de raso en la parte delantera.

—Te toca —dijo Claire.

Él sonrió, casi con timidez durante un segundo, con ese toque juvenil que a ella le encantaba y que normalmente se ocultaba detrás del hombre. Pero, en ese momento, se quitó la camiseta con un solo movimiento, y le tocó a ella quedarse sin respiración mientras contemplaba su ancho torso, los musculosos brazos que la habían llevado en brazos por su apartamento tantas veces y el vello dorado que descendía desde su ombligo y que hacía juego con sus ojos, no con su pelo. Pero aunque no fuera así como se vería en el futuro (aunque tuviera el cuerpo débil y cubierto de cicatrices por el accidente y las operaciones), ella seguiría queriéndolo, seguiría deseándolo. Besaría cada una de esas cicatrices porque serían un recordatorio de que Matías había sobrevivido.

Lo miró mientras preparaba su pintura, machacando fresas

imaginarias en un plato y las moras en otro. No podía ver los colores, pero podía olerlos de alguna manera, percibía un ligero aroma afrutado que perfumaba el ambiente.

Se quitaron el resto de la ropa al mismo tiempo hasta que no quedó nada entre ellos salvo el calor del verano y el deseo.

—Túmbate —le dijo él.

Claire estaba acostumbrada a llevar la iniciativa, pero con Matías no le importaba recibir órdenes.

Él se sentó en el borde de la cama a su lado y mojó un pincel en uno de los platos. Las cerdas le rozaron el cuello, donde él la había besado antes, y Claire suspiró, envuelta en el aroma de las fresas, y cerró los ojos para concentrarse y sentir ese roce casi imperceptible.

La siguiente pincelada, más larga, le acarició a un lado del cuello, le cruzó una clavícula y bajó hasta rodearle el contorno de un pecho. Oyó que Matías tragaba saliva mientras hacía una pausa para mantener el control antes de usar otro pincel.

Usando la mora, le pintó una curva simétrica en el otro lado del cuerpo. Acto seguido, con ambos pinceles al mismo tiempo, descendió desde justo debajo de cada pecho para acariciarle la suavidad del abdomen y las curvas de las caderas, trazando espirales como el cuerpo de un violonchelo.

Claire arqueó la espalda, presa del anhelo.

—Todavía no —dijo él con la misma suavidad con la que aplicaba la pintura.

Le quitó la tapa al tarro de miel, y su olor dulzón flotó en el aire. Cuando volvió a tocarla con el pincel, fue en la cara interna de un tobillo. Y aunque no era real, sentía la miel cálida y espesa mientras el pincel le subía por el lateral de la pantorrilla. Y más arriba,

dejando atrás la rodilla. Más arriba, por la pálida piel de la parte de un muslo, que rara vez veía el sol, pero que en ese momento estaba febril, ardiendo, mientras la miel le acariciaba el pliegue donde la pierna se unía a su centro.

Procedió a pintarle la otra pierna con miel, torturándola, y cuando terminó, Claire le suplicó.

—Por favor.

—Por favor ¿qué?

—Por favor, tócame. Por todas partes. Hazme tuya.

Matías se inclinó sobre su cuello una vez más y la besó, con más pasión, mientras recorría el rastro de fresas por su garganta, su clavícula, mientras derramaba el calor de su boca en un pecho. Hizo lo mismo en el lado izquierdo sin dejar de susurrar su nombre, y acabó con su ardiente lengua en el pezón.

De fondo, la música de piano aceleró el ritmo, abandonada la languidez. A Claire también se le aceleró la respiración, acompasándose al tempo.

Matías veneró las curvas de su abdomen y de sus caderas con la boca. Se arqueó hacia él de nuevo cuando completó con los labios la segunda curva del violonchelo.

—Casi —susurró Matías.

Sin embargo, en vez de besarle los tobillos, se los rodeó con las manos, con los pulgares tocando la miel. Acto seguido, empezó a subir, centímetro a centímetro, muy despacio, un masaje por la cara interna de sus piernas que parecía tener vida propia, como el zumbido de la electricidad contra la piel. Tobillos. Pantorrillas. Muslos.

Subiendo cada vez más y más, muy despacio…

Hasta que los pulgares se tocaron.

—*Dios mío* —jadeó Claire.

Matías le separó los labios y la penetró.

—Oh, Claire…

Daba igual que solo fuera un alma. Claire recordaba a su Matías, y esa versión no se alejaba demasiado de la que conoció en la Galería Rose, del Matías que le había llevado una cena a su bufete antes de hacerle el amor en la biblioteca en penumbra. Ese alma (que solo estaba a un año del presente) era el mismo Matías que después la despertaría con besos tiernos y caricias entre las sábanas. El que también se la tiraría contra la pared en su estudio de Greenwick Village. Y en el suelo salpicado de pintura. Y, en una ocasión, en el ascensor con la parada de emergencia activada.

Así que en ese momento, con los ojos todavía cerrados, Claire fusionó sus recuerdos del pasado con el hombre del presente y sintió el pelo de Matías en las manos, sus cuerpos pegados el uno al otro, sus caderas saliendo al encuentro de las de él. Sentía la pegajosidad de la miel y de la fruta sobre sus cuerpos, aunque no estaba allí. Los latidos del corazón de Matías dentro de su pecho, contra el suyo.

Se les tensaron los músculos a los dos.

Con la respiración sincronizada, superficial y rápida.

Claire le mordió el hombro cuando la tormenta que los azotaba por dentro se desató todavía más. Y luego la tempestad se descontroló, explotando en una preciosa miríada de colores y de fragmentos de ambos, de luz cegadora y de truenos tan ensordecedores que vaciaron el mundo de sonido. Ella era Claire y, al mismo tiempo, no lo era, porque nada tan mundano como una persona podría existir en ese momento. Incluso el tiempo pareció detenerse.

Después, cuando acabaron, se quedó flotando durante un rato en la somnolienta felicidad.

Sin embargo, el corazón acabó por volver a un ritmo casi normal y abrió los ojos despacio.

—¿Matías?

Estaba sola en la cama. En la habitación.

Se incorporó de un salto.

—¿Matías?

Se había ido de verdad.

«¡Madre mía!».

¿Había regresado a su otra mitad, a la que estaba en coma? ¿Sería eso?

¿O ya era demasiado tarde?

Se levantó en busca del teléfono y pulsó la pantalla con fuerza, aunque le costó varios intentos conseguir llamar a un taxi. Mientras esperaba a que llegase, probó a llamar al hospital, pero se negaron a darle información. Ningún miembro de la familia De León contestó el teléfono.

En cuanto el taxi apareció, se metió a toda prisa, incluso antes de que el taxista pudiera parar del todo.

—Madrid —dijo con el corazón en la garganta—. *Hospital Universitario La Paz. ¡Rápido, por favor!*

Claire

A la una y media de la madrugada, el taxi se detuvo delante del hospital. Claire sacó unos cuantos billetes de su cartera y se los entregó al taxista.

—*Señora, esto es demasiado.*

El hombre intentó darle el cambio, pero Claire lo rechazó con un gesto de la mano mientras abría la puerta del coche.

—*¡Quédeselo!* —le gritó mientras corría hacia la entrada del edificio.

Sin embargo, cuando llegó allí, se estrelló contra la puerta de cristal.

¿Qué? ¿Por qué no se abría?

Buscó un tirador por todas partes, pero no, eran puertas correderas, unas puertas en las que nunca se había fijado en visitas anteriores porque se abrían nada más acercarse.

Intentó leer las palabras grabadas en el cristal. Había un horario (de 8:00 a 20:00), que coincidía con el horario de visitas. Pero no entendió el resto, así que sacó el móvil para escanearlo con la *app* de traducción.

> Para emergencias fuera del horario de atención, diríjase por favor a Urgencias →

Corrió hacia ese sector.

Allí había un guardia de seguridad en la entrada.

¿Por qué había un guardia? En la entrada principal, nunca había

visto a un guardia. ¿Se debía a que era plena noche?

—*Buenas noches. ¿Necesita ayuda, señora?* —Claire entendió lo que le decía.

—*Sí* —contestó ella—. *Quiero…* —Tuvo que pensar cada palabra para decir algo coherente en español, y eso le costaba horrores, porque lo único que oía en su cabeza en ese preciso instante era: «Por favor, Matías, tienes que estar bien, por favor, tienes que estar bien, por favor, tienes que estar bien»—. *Quiero visitar a mi novio* —dijo al final en español.

—*Lo siento, pero ahora no se puede.* —El hombre meneó la cabeza—. *Puede volver a las ocho.* —Se señaló el reloj y luego levantó ocho dedos.

—¿A las ocho en punto? Eso es dentro de seis horas y media, ¡no puedo esperar hasta entonces! —Claire intentó ver detrás del guardia con la esperanza de llamar la atención de la mujer que estaba sentada en el mostrador de admisión—. Esto… *es importante.* Ya… *¡ahora!*

El guardia cambió de postura para bloquearle la visión de la sala de urgencias y cruzó los brazos por delante del pecho.

—*Señora, no.*

—Pero ¡es una emergencia!

—*¿Tiene una emergencia?* —La señaló. Eso también lo entendió.

«Sí —quería decir—. El alma de mi novio está intentando regresar a su cuerpo comatoso y necesito entrar para saber si lo ha conseguido o…».

—*Mi novio está…* —Sin embargo, Claire no sabía cómo explicar nada de eso en español ni tampoco quería usar el teléfono para traducirlo, porque tampoco tendría sentido, ¿verdad? Soledad y

Araceli habían reaccionado a su revelación sobre el alma de Matías como lo haría cualquier persona en su sano juicio. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo ese guardia? Se dio cuenta de que parte del trabajo del hombre consistía en mantener a personas histéricas como ella lejos de los pacientes que sí necesitaban cuidados.

Estaba claro que no iba a poder entrar en el hospital a través de aquel sector.

—Mmm…, muy bien. *Gracias* —dijo Claire, que retrocedió.

El guardia de seguridad la miró con recelo.

Así que levantó ocho dedos.

—*A las ocho.* Volveré *a las ocho.*

Seguro que había otra manera de entrar. Aunque las visitas solo podían estar en el hospital doce horas a lo largo del día, el hospital en sí funcionaba las veinticuatro horas. Tenían pacientes a los que cuidar, alimentar y vestir.

«Tiene que haber una entrada trasera para la comida y la lavandería», pensó.

El muelle de carga que había en la parte trasera del hospital era un hervidero de actividad. Tal como sucedía en muchos ámbitos, la madrugada era el mejor momento para hacer las entregas, porque era cuando menos interfería con la actividad diurna. Había un enorme camión frigorífico del que estaban descargando cajas llenas de paquetes de leche y de verduras, y un camión de la lavandería estaba aparcado marcha atrás en otro muelle.

Aprovechó todo el ajetreo del trabajo para hacerse con un camisón de paciente de un burro lleno de ropa limpia y entró corriendo por la

puerta de la lavandería.

Una vez dentro, se agazapó entre dos enormes contenedores de ropa sucia (tapándose la nariz, porque los camisones de hospital estaban sucios de cosas que no tenían que ver con la ropa normal), y se apresuró a ponerse el camisón limpio. Se metió el bolso por la cinturilla de los pantalones, pegado al cuerpo. Una paciente real no andaría dando vueltas con un bolso. Pero el suyo era lo bastante pequeño como para que, si se encorvaba y dejaba que la tela le colgara por delante, pareciera una barriga abultada.

Vestida «adecuadamente» para estar dentro del hospital, empezó a zigzaguear entre los contenedores en dirección a una puerta de doble hoja que parecía conducir a los pasillos del hospital. Estuvieron a punto de descubrirla en dos ocasiones, pero se escondió detrás de unas estanterías y unas papeleras.

Al final, consiguió atravesar la puerta de doble hoja. Salió de ese pasillo en cuanto pudo y buscó un ascensor que la llevó a la tercera planta, aunque estaba en el otro extremo del edificio en el que se encontraba el ala de Matías. Estaba a medio camino cuando un enfermero salió de una de las alas y la miró con el ceño fruncido.

—*¿No debería estar en su cama?*

Claire no tenía ni idea de lo que había dicho el enfermero, pero ya había preparado una historia mientras se escabullía por el hospital.

—*Ejercicio* —replicó. Había visto lo mucho que las enfermeras del ala de Matías animaban a los pacientes que se ponían a pasear por la planta para hacer un poco de ejercicio durante su estancia en el hospital. Las enfermeras les sonreían a los pacientes que deambulaban despacio, porque comprendían lo mucho que les costaba moverse y que sería mucho más fácil quedarse en la cama.

—*Es un poco tarde* —le dijo el enfermero. Eso sí que lo entendió.

—*Un poco más* —replicó. Señaló hacia el ala de Matías, al final del pasillo, para indicarle su destino.

El enfermero titubeó mientras se lo pensaba.

—*Vale* —accedió antes de hacerle un gesto para que continuara.

Porque ¿qué podía hacer si ya iba de vuelta al lugar que le correspondía? ¿Impedirle que siguiera andando para ir a buscar una silla de ruedas? Eso iría en contra del objetivo de las enfermeras de animar a los pacientes a moverse por sí solos cuando fuera posible.

—*Gracias* —dijo Claire—. *Buenas noches.*



Una vez en el ala de Matías, Claire se agachó para que las enfermeras no la vieran desde detrás del mostrador situado en mitad de la sala. No podría usar lo de «paciente dando un paseo» con ellas porque o la reconocerían de sus visitas, o no la reconocerían pero sabrían que no era una de las pacientes a su cargo. Se quitó los zapatos y avanzó con los calcetines, dejando atrás diez habitaciones antes de llegar a la de Matías.

Sin embargo, una vez allí, titubeó. El corazón le latía contra las costillas y le temblaba todo el cuerpo mientras seguía agazapada sobre el suelo de linóleo.

«Por favor, que estés bien, Matías. Por favor, por favor, por favor, que estés despierto y sonriendo…».

No quería abrir la puerta.

Pero tenía que hacerlo.

Tomó una trémula bocanada de aire, giró el pomo y entró sin hacer ruido.

—No…

Matías tenía la piel gris y flácida, y los ojos hundidos. Había perdido muchísimo peso, y tenía el torso hueco y le resaltaba mucho las clavículas, sin parecido alguno con el hombre atlético con quien acababa de hacer el amor. Incluso los pitidos de las máquinas parecían más resignados que la última vez que ella estuvo allí.

—¡Ay, Matías! —Se acercó a la cama de puntillas—. Lo siento. —Le apartó un mechón de pelo apelmazado de la frente. Le recorrió con los dedos el mentón, que a esas alturas tenía una barba áspera y larga.

Deseó poder meterse en la cama con él. En cambio, le apoyó una mejilla en uno de los pocos huecos de su torso que no estaba cubierto de vendajes o de electrodos.

—Lo siento mucho, muchísimo.

—¿Por qué?

Se apartó de un salto.

—¿Por qué… lo… sientes? —le preguntó él con voz ronca.

Claire soltó un gritito ahogado, porque Matías acababa de entreabrir los ojos. Lo justo para que pudiera ver su brillo dorado.

—¡Matías! —Se abalanzó sobre él.

—¡Aaay…! Con cuidado, *churri.* —Habló despacio porque tenía la mandíbula rota sujeta con un alambre.

—¡Por Dios, lo siento, lo siento! —Se apartó de inmediato.

—Por favor…, deja… de… decir que… lo sientes —replicó él, aunque con una mueca por el dolor que ella acababa de provocarle.

Claire no podía dejar de llorar.

—Estás despierto.

Matías tosió, así que corrió a su lado.

—¿Necesitas agua? ¿O quieres que te ponga una almohada detrás de la cabeza?

Él hizo una mueca de dolor y se tocó las costillas.

—No…, estoy bien. Mejor que bien. Gracias a ti.

Las máquinas pitaban de fondo, pero los latidos del corazón eran ya más regulares. La cánula de oxígeno silbaba, y Matías le pidió que se la quitara de la cabeza.

Claire seguía llorando y las lágrimas caían al suelo.

—Has vuelto —dijo—. Estás aquí. Estás…

—Vivo —terminó él.

—Vivo —repitió ella.

Matías intentó sonreír, pero el alambre de la mandíbula apenas le permitió mover los labios. De todas formas, fue suficiente.

—Ven aquí, *churri*.

Ella se apoyó en la barandilla de plástico de la cama y le tomó la mano.

—Creía que te iba a perder.

—Nunca —replicó Matías en voz baja, todavía ronca por la falta de uso—. Has estado apoyándome incluso cuando estaba perdido y no sabía quién eras. Y, gracias a eso, tenía algo a lo que aferrarme: cada palabra, cada mirada, cada vez que casi nos tocábamos. Dejaste que recordara poco a poco quién era y me ayudaste a volver. Y…, aunque ahora me duele todo, mejoraré. Lo sé con tanta certeza como que te quiero.

Las lágrimas de Claire cayeron sobre el torso desnudo de Matías antes de empaparle el camisón.

—Matías, antes de que te fueras de Nueva York…

—No importa.

—Sí que importa. Encontré el anillo y sabía que ibas a pedirme que me casara contigo si te acompañaba. Fue un alivio enorme tener una excusa preparada para cancelar los planes. Es que… creía que éramos demasiado diferentes.

—Sí, pero…

—Por favor, déjame terminar.

—Perdona. —Matías le acarició la mano.

Claire tomó una honda bocanada de aire.

—Pero, después de todo lo que ha pasado desde entonces, ahora lo entiendo. Somos perfectos el uno para el otro precisamente porque somos diferentes. Me obligas a pensar de formas nuevas y a intentar cosas que ni se me habrían pasado por la cabeza de estar sola. Yo soy el ojo de tu huracán, donde todo es predecible y ordenado, para que puedas girar alrededor todo el tiempo que necesites, pero teniendo un hogar al que volver.

—Tú eres la otra mitad de mi naranja —dijo Matías.

—¿Qué? —Claire se echó a reír, aunque seguía llorando.

—Es algo que se dice en España: *mi media naranja.* En inglés, dices que alguien es tu mejor mitad. Pero en español…

—Somos mitades de la misma naranja. —Claire sonrió.

La puerta se abrió de golpe y ella se lanzó sobre Matías para protegerlo.

Sin embargo, era la abuela Gloria, que entraba sigilosamente con su andador, seguida de Soledad y de Armando primero y, luego, de Luis y de Araceli, que estaban despachando a la enfermera nocturna que intentaba decirles que el horario de visitas había terminado. Claire se preguntó si también se habían colado por la entrada de la lavandería, pero enseguida recordó que Soledad era capaz de

saltarse cualquier norma cuando se trataba de su hijo enfermo.

—¡Mati! —sollozó Soledad. Claire retrocedió un paso cuando vio que se adelantaba para abrazarlo.

—¡Ay, Matías! ¡Te has despertado! —Araceli se tapó la boca y se echó a llorar.

Armando y Luis también se acercaron, incapaces de hablar, con los ojos enrojecidos.

—*Os dije que ella lo iba a lograr* —dijo la abuela Gloria. Fue la primera de la familia en darse cuenta de que Claire estaba allí. Aunque eso no era un problema. Matías acababa de despertar del coma. Por supuesto que debían concentrar en él toda su atención.

Sin embargo, lo que fuera que les había dicho la abuela Gloria hizo que todos miraran a Claire al mismo tiempo.

Soledad se secó las lágrimas de la cara, aunque seguían brotando más para sustituirlas.

—*Claire, lo siento,* lo sentimos mucho. Te hemos tratado mal. Perdimos la fe. Rezamos por un milagro y, cuando llegó, no lo creímos. Gracias por salvar a mi hijo. —Rompió a llorar, y Claire la imitó.

Araceli rodeó la cama y abrazó a Claire, pegándola a ella con uno de sus largos y suaves abrazos.

—Lo siento, Claire. Espero que puedas perdonarme algún día.

—No hay nada que perdonar —le aseguró ella contra su hombro —. Estabas protegiendo a Matías porque lo quieres. Tiene suerte de contar con una familia tan llena de amor.

—A veces, nuestro amor también es asfixiante —dijo Araceli con sorna. La estrechó durante un momento más antes de soltarla—. Pero se aprende a vivir con él. ¿Verdad, Matías?

—Nunca tuve otra opción —respondió él, y eso disipó el último rastro de tristeza que quedaba en la habitación, porque todos se echaron a reír, en parte por alivio, en parte por felicidad y en parte por un agotamiento casi delirante.

Sin embargo, a Claire todavía le quedaba algo por hacer.

En la mesita de noche, había un rollo de esparadrapo azul que las enfermeras habían estado utilizando para fijar los tubos de la vía a la piel de Matías. Claire extendió un brazo para hacerse con él.

Cortó unos centímetros de esparadrapo y lo dobló varias veces a lo largo, de modo que quedó una tira larga y fina. Acto seguido, enrolló dicha tira para formar un círculo cuyos extremos pegó con otro trocito de esparadrapo.

—Me alegro de que estéis aquí para participar en lo que viene —le dijo Claire a la familia de Matías, que le cedió el espacio junto a su cama de forma instintiva.

—¿Qué haces? —le preguntó Matías.

—*Algo muy importante* —contestó en español—. Matías —siguió al tiempo que hincaba una rodilla en el suelo de linóleo y levantaba el anillo hecho con esparadrapo azul—, he vivido casi toda mi vida sin ti, pero no estaba viviendo de verdad hasta que te conocí. Eres el caos para mi orden; el color para mi blanco y negro. Estos últimos ocho años han sido los peores de mi vida, pero también han sido algunos de los mejores porque ya te veo con claridad y veo lo que somos juntos. Soy mejor cuando estoy contigo y me gusta creer que, quizá, tú también seas mejor cuando estás conmigo.

Matías asintió con la cabeza y con los ojos brillantes por las lágrimas.

—En fin, que sé que me lo ibas a pedir —añadió ella—, pero voy a

hacerlo yo primero porque, asumámoslo, me gusta estar al mando.

Matías se echó a reír.

—Matías de León, *mi media naranja*, ¿quieres casarte conmigo?

Una lágrima resbaló por la mejilla de Matías.

—Sí —contestó él—. Sin dudarlo, sí. Mi cuerpo y mi alma, todo, te pertenece, Claire.

Ella le tomó la mano izquierda y le deslizó el anillo azul en el dedo anular. Acto seguido, le dio la vuelta a su mano y le besó la palma.

—Si alguna vez volvemos a separarnos, Matías, presiona los labios contra la palma e imagina que tu beso se encuentra con el mío… Y estaré justo ahí contigo.

Epílogo

Un mes después

De: clairewalker@windsorblackllp.com
Para: mitch.tahir@intelligentsia.tech
Asunto: Actualización personal

Estimado Mitch:

Gracias por tu amable mensaje mientras mi novio estaba en coma. Debería habértelo dicho en cuanto supe que tenía que irme a Madrid en vez de esperar a que las negociaciones de la fusión se descontrolaran. Pero es algo en lo que estoy trabajando ahora, ya sé que nadie espera que lleve mi armadura puesta todo el tiempo. Todos somos humanos y lo hacemos lo mejor que podemos.

Lamento que tuvieras que pasar por una experiencia similar con tu esposa. Te agradezco que lo hayas compartido conmigo y espero que ahora los dos estéis bien. Matías sorprendió a sus médicos al recuperarse con bastante rapidez, pero eso es porque no lo conocen. Es un hombre con demasiados intereses como para quedarse quieto, por lo que está muy motivado para recuperarse por completo. Ya estamos de vuelta en Nueva York.

Me he enterado de que la fusión entre Intelligentsia Tech y Einstein Corp. se ha cerrado con éxito.

¡Enhorabuena por la adquisición! Les deseo lo mejor a tus empresas.

Claire

Dos minutos después

De: mitch.tahir@intelligentsia.tech
Para: clairewalker@windsorblackllp.com
Asunto: Actualización personal

Hola, Claire:

¿Qué te parecería dejar Windsor & Black? Te mereces algo mejor que una empresa que te da la patada por tener una vida fuera del trabajo.

Intelligentsia Tech está buscando un director de fusiones y adquisiciones internacionales. Creo que serías perfecta para el puesto. Y te juro que soy más humano de lo que parece. Además, si vienes a trabajar con nosotros, les podrás dar órdenes a los abogados de Windsor & Black.

Ya me cuentas.

Mitch

Treinta segundos después

De: clairewalker@windsorblackllp.com
Para: mitch.tahir@intelligentsia.tech
Asunto: Actualización personal

¿Puedo dividir mi tiempo entre las oficinas de Nueva York y de Madrid? ¿Y el trabajo incluye clases de español?

Porque si es así, ¡CUENTA CONMIGO!

Agradecimientos

Gracias a Juan David Piñeros Jiménez y a mi editor Leonel Teti, Kai Vega y a su equipo en Urano por toda su ayuda sobre la cultura de España y con las correcciones de mi español. Si hay errores en este libro, son culpa mía.

No podría haber escrito este libro sin mi editora, Anne Groell, y mi agente, Thao Le, que se enamoraron de esta historia y comprendieron su esencia desde el primer momento. Y muchísimas gracias a todos los demás miembros de mi editorial, Del Rey, por su increíble dedicación a mis libros. Es raro tener la sensación de que has encontrado una familia en el trabajo, pero vosotros lo sois sin duda. Estoy muy orgullosa de ser una de vuestras autoras.

El arte de Matías está inspirado en la pintora realista clásica Sally Fama Cochrane. Aunque las palabras nunca pueden captar la profundidad y la belleza visceral de la obra de Sally, hice todo lo posible y luego le di un toque personal con Matías. Muchísimas gracias a Sally por compartir tan generosamente su proceso, y también por el dibujo del balcón de Julieta en el diario de Matías. Si queréis ver más obras de Sally, podéis visitar su web: sallyfamacochrane.com.

Gracias a Angela Mann por pasar una tarde hablando conmigo sobre la experiencia de su familia mientras cuidaban de su madre cuando estaba en coma. Me impresiona la naturalidad con la que habló de un momento tan tierno y terrible, y me siento muy honrada de que haya compartido su historia conmigo.

No puedo publicar un libro sin darles también las gracias a mis

lectores y a todos los amantes de la lectura que difunden sin cesar su amor por mi trabajo. Es un gran honor poder escribir historias para vosotros, y espero seguir haciéndolo durante muchísimo tiempo.

Y, por último, gracias a mi hija, Reese, y a mi marido, Tom. Aguantáis todas mis reglas al estilo Claire, y yo me esfuerzo mucho por no enfadarme cuando los platos están mal colocados en el lavavajillas, porque sois las personas más importantes del mundo para mí y, si pudiera, os daría el sol y todas las estrellas del cielo. *Os quiero.*



#SíSoyRomántica